

Sharpe



y su regimiento
Bernard Cornwell

Lectulandia

Richard Sharpe y sus hombres aguardan en la frontera los refuerzos del segundo regimiento del South Essex, pero, a pesar de lo desesperado de la situación, los burócratas de Whitehall no envían la ayuda prometida.

Incapaz de permanecer impasible ante el sufrimiento de sus hombres, Sharpe decide trasladarse a Inglaterra y averiguar por sí mismo qué oscuros motivos retienen en la patria el regimiento que se le ha prometido. Allí se ve inmerso en una trama de tejemanejes políticos y económicos con la que están enriqueciéndose algunos de los miembros más importantes del Estado Mayor británico.

Sharpe deberá mostrar el mismo valor en el corazón de Inglaterra que en el campo de batalla si quiere lograr los hombres que por justicia le corresponden, pero sus adversarios son tan temibles como la caballería napoleónica.

Lectulandia

Bernard Cornwell

Sharpe y su regimiento

Richard Sharpe - 18

ePub r1.0

viejo_oso 26.06.13

Título original: *Sharpe's Regiment*
Bernard Cornwell, 1986
Traducción: Carmen Soler Rodríguez

Editor digital: viejo_oso
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Sharpe y su regimiento está dedicado,
con todo respeto, a los hombres de los
Royal Green Jackets, sucesores de Sharpe.

Prólogo

España, junio de 1813

MacLaird, el sargento mayor del regimiento, era un hombre fuerte y la presión de sus dedos, que agarraban la mano izquierda del comandante Richard Sharpe, resultaba dolorosa. Los ojos del sargento mayor se abrieron lentamente.

—No voy a llorar, señor.

—No.

—No podrán decir que me han visto llorar, señor.

—No.

Una lágrima le rodó por la cara. Se le había caído el chacó. Lo tenía en el suelo, a corta distancia de la cabeza.

Sharpe agarró al sargento con la mano izquierda y retiró suavemente la casaca roja.

—Padre nuestro, que estás en los cielos. —La voz de MacLaird se ahogó de repente. Estaba tumbado sobre las duras piedras de la carretera y algunas estaban manchadas con su sangre—. ¡Oh Cristo!

Sharpe tenía la mirada fija en el vientre destrozado del sargento mayor. La camisa mugrienta de MacLaird estaba metida dentro de la herida de la que manaba sangre. Sharpe dejó caer la casaca suavemente por encima de aquel horror. No se podía hacer nada.

—Señor —dijo el sargento con voz débil—, por favor, señor.

Sharpe se sentía violento. Sabía lo que quería aquel hombre duro, que había atemorizado y denigrado a su paso cumpliendo con su deber. Sharpe percibía la lucha que traslucía la cara de aquel hombre tan fuerte para no dejar ver su debilidad ante la muerte, y agarró la mano de MacLaird como si pudiera aliviar este último momento de orgullo de un soldado. MacLaird se quedó mirando al oficial.

—¿Señor?

—Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre... —A Sharpe las palabras le iban saliendo inseguras de los labios. No sabía si se acordaría de toda la oración—. Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. —Sharpe no era creyente, pero tal vez cuando muriera también él querría el consuelo de las antiguas frases—. El pan nuestro de cada día dánosle hoy y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. —Con una libra de pan al día hubiera sido el cabrón francés el muerto. ¿Cuáles eran las palabras siguientes?— No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal, pues Tuyo es el reino, el poder y la gloria, amén.

Se dio cuenta de que se había acordado de todo, pero ahora ya no importaba.

MacLaird había muerto, lo había matado un trozo de piedra del tamaño de una bayoneta que se había desprendido de una roca con el impacto de la bala de un cañón francés. La sangre había dejado de manar y ya no se notaba el pulso en el cuello.

Sharpe le estiró los dedos, le colocó la mano sobre el pecho, le secó las lágrimas de la cara y se puso en pie.

—¿Capitán Thomas?

—¿Señor?

—El sargento mayor está muerto; lléveselo y entiérrelo. ¡Capitán d'Alembord!

—¿Señor?

—Haga que esos piquetes se sitúen cincuenta metros colina arriba, hoy no es día de maniobras. ¡Venga!

Los piquetes estaban perfectamente apostados y todos lo sabían, pero Sharpe descargaba su ira donde podía. El terreno estaba mojado, empapado por la lluvia de la noche anterior. Había charcos en el camino, algunos teñidos de sangre. A la izquierda de Sharpe, allí donde la ladera se suavizaba, un grupo de hombres picaban en la tierra para excavar tumbas. Diez cuerpos, despojados de las chaquetas y las botas, demasiado valiosas para enterrarlas, esperaban junto a una trinchera poco profunda.

—¡Teniente Andrews!

—¿Señor?

—¡Dos sargentos! ¡Veinte hombres! ¡A recoger rocas!

—¿Rocas, señor?

—¡Háganlo!

Sharpe se volvió y gritó la orden. Estando de aquel humor, era tonto el hombre que contrariaba al oficial alto y de cabello negro que había ascendido desde la tropa. Su cara, siempre salvaje, se encontraba tirante de rabia. Fue caminando hacia el sitio protegido junto a las grandes rocas, donde los heridos se resguardaban del viento cortante. La vaina de Sharpe, que contenía la pesada espada de caballería que él blandía con la fuerza de un buey, resonó contra el suelo cuando se agachó.

—¿Dan?

Daniel Hagman, fusilero y antiguo cazador furtivo, le sonrió con picardía.

—Estoy bien, señor. —Tenía el hombro izquierdo vendado, la casaca y la camisa le cubrían la herida como si fueran capotes—. Pero no me puedo rellenar la pipa, señor.

—Tenga.

Sharpe cogió la corta boquilla de arcilla, rebuscó en la bolsa de municiones de Hagman para dar con el tarugo de tabaco oscuro y grasiento, mordió un pedazo, lo desmenuzó y lo metió en la pipa.

—¿Qué sucedió?

—Un maldito fusilero. Yo pensaba que el muy cerdo estaba muerto, señor.

Hagman era el hombre más viejo del batallón; tal vez pasaba ya de los cincuenta, en realidad nadie lo sabía. También era el mejor tirador del regimiento. Le cogió la pipa a Sharpe y observó cómo el oficial sacaba su caja de yesca.

—Le disparé al cabrón, señor. Avancé y él me rajó. Canalla. —Chupó de la pipa, soltó el humo y volvió a chupar—. Ángel se ocupó de él, le acuchilló bien. —Sacudió la cabeza—. Lo siento, señor.

—No sea tonto, Dan. No es culpa suya. Regresará.

—Derrotamos a esos canallas, señor.

Hagman, al igual que Sharpe, era fusilero; pero, como había ocurrido con muchos otros, había acabado en las filas de casacas rojas del South Essex. Sin embargo, seguían llevando las casacas verdes con obstinación y orgullo. Eran fusileros; los mejores.

—Siempre hemos derrotado a esos canallas, señor.

—Sí —sonrió Sharpe, y el aspecto sardónico y burlón que mostraba su rostro a causa de la cicatriz en la mejilla izquierda desapareció de repente—. Derrotamos a esos canallas, Dan.

Así había sido. El South Essex, un batallón con menos de la mitad de la tropa, menguado por la guerra igual que una bayoneta va adelgazando por el uso y el afilado, había derrotado a los mal nacidos. Sharpe pensó en Leroy, el americano que había sido el oficial al mando del batallón. Leroy hubiera estado orgulloso de ellos.

Pero Leroy estaba muerto, lo habían matado la semana anterior en Vitoria, y Sharpe sabía que pronto habría un teniente coronel nuevo, oficiales nuevos, hombres nuevos. Venían de Inglaterra, y Sharpe iba a dejar temporalmente el mando de aquel batallón tan reducido que en ese momento ni siquiera podía combatir en una batalla.

Habían estado avanzando hacia Pasajes; les habían ordenado ir allí después del gran triunfo de Vitoria. Las órdenes, que habían llegado a lomos de un caballo sudado por el galope, eran que el South Essex bloqueara el sendero que salía de las montañas. El oficial del Estado Mayor no sabía bien qué estaba sucediendo. Presa del pánico, tan sólo explicó que un destacamento francés salía de la frontera, y que el South Essex, por casualidad, era el que estaba más cerca. Dejaron a sus mujeres y bagajes en el camino principal y se dirigieron al norte para detener a los franceses.

Lo consiguieron. Bombardearon el sendero y sus mosquetes chasquearon con el ritmo mortífero del fuego de pelotón, desbaratando el acercamiento del norte, haciendo trizas las filas enemigas de casacas azules.

El South Essex no cedió terreno. Sus heridos se arrastraron en busca de refugio o se desangraron allí donde habían caído. Incluso cuando el cañón enemigo abrió fuego en la montaña, rechazando filas enteras y destrozándolas, ellos no retrocedieron. Combatieron contra los canallas hasta detenerlos y verlos marchar, y ahora el comandante Richard Sharpe, con el sabor amargo del tabaco todavía en su boca,

evaluaba el precio que había pagado. Once muertos y algunos más que morirían a causa de las heridas. Al menos doce de los heridos no regresarían a la tropa. Otra docena, como Hagman, vivirían para volver a luchar, a menos que sus heridas se infectaran. Pero no había ni que pensar en aquella muerte lenta, consumiéndose por la fiebre. Sharpe escupió. No tenía agua, una bala enemiga le había dado en la cantimplora.

—¡Sargento Harper!

—¿Señor?

El enorme sargento irlandés se dirigió hacia él. Este fusilero era quizás el único del batallón que no temía la ira de Richard Sharpe. Harper había luchado al lado de Sharpe en todas las batallas de aquella larga guerra. Habían avanzado por toda España hasta que, en ese verano de 1813, se encontraron cerca de la mismísima frontera francesa.

—¿Cómo está Dan, señor?

—Vivirá. ¿Tiene agua?

—Tenía, pero alguien ha hecho un milagro con ella. —Harper que, contra el reglamento, tenía vino tinto en la cantimplora, se lo ofreció a Sharpe. El comandante echó un trago, luego colocó el tapón de corcho.

—Gracias, Patrick.

—Tengo mucho más si lo necesita, señor.

—No por esto, sino por estar aquí.

Harper se había casado sólo dos días antes y, cuando les había llegado la orden de combate, Sharpe había ordenado al enorme irlandés que se quedara con su nueva mujer española, pero se había negado. Ahora Harper observaba en dirección al norte, hacia el horizonte vacío.

—¿Qué hacían aquí los franchutes?

—Estaban perdidos.

A Sharpe no se le ocurría otra explicación. Sabía que algunas unidades francesas, que tras la derrota de José Bonaparte en Vitoria se habían extraviado, regresaban en grupos dispersos a Francia. Este era superior en número al regimiento de Sharpe, y se preguntaba por qué habían interrumpido el combate. La única explicación que encontraba era que el enemigo se había dado cuenta de repente de que el South Essex no les cortaba el camino a Francia y que, por ello, no había ninguna necesidad de seguir luchando. Simplemente, se habían perdido, habían tropezado con un combate inútil y se habían ido.

—Canallas —dijo Sharpe con ira, pues sus hombres habían muerto por nada.

Harper, que con seis pies y cuatro pulgadas, era incluso más alto que Sharpe, frunció el ceño.

—Es terrible lo del sargento mayor, señor.

—Sí.

Sharpe estaba mirando hacia el cielo, se preguntaba si volvería a llover. Aquel verano había sido el peor que se recordaba en España.

—Tiene su puesto.

—¿Señor?

—Ya lo ha oído.

Mientras aún estaba al mando del batallón, Sharpe podía al menos dárselo al mejor sargento mayor del regimiento. El nuevo coronel no estaría en posición de cambiar el nombramiento.

Sharpe dio media vuelta y se alejó.

—¡Teniente Andrews!

—¿Señor?

El teniente dirigía a un grupo de hombres malhumorados que se tambaleaban por el peso de los cantos rodados que llevaban.

—¡Pónganlos sobre las tumbas!

Las piedras impedirían que los animales escarbaran en busca de la carne enterrada a poca profundidad.

—¿Todas las tumbas, señor?

—Sólo las nuestras.

A Sharpe no le importaba si los zorros y los cuervos se atiborraban con la carne francesa podrida, pero sus hombres yacerían en paz.

—¿Sargento mayor?

—¿Señor?

Harper sonreía a medias, sin saber con certeza si una sonrisa resultaba aceptable en aquel momento.

—¿Sí, señor?

—Necesitaremos un maldito carro para nuestros heridos. Pídale a un oficial montado que consiga uno del bagaje. Tal vez entonces podamos reanudar esta maldita marcha.

—Sí, señor.

Aquella noche la lluvia cayó sobre el desfiladero donde el South Essex había aguantado y sufrido, donde yacían sus muertos y de donde hacía tiempo que se habían ido los vivos. Los franceses muertos no habían sido enterrados, sino tan sólo cubiertos escasamente con tierra, y la lluvia de la noche anterior se la había llevado. La carne blanca y dura quedó al descubierto, y por la mañana los animales carroñeros vinieron en su busca. El desfiladero no tenía nombre alguno.

Pasajes era un puerto en la costa norte de España, cercano a la línea costera que tuerce al norte en dirección a Francia. Era un paso profundo hendido en las rocas, que

conducía a un puerto abrigado y a salvo, rebosante de barcos británicos. Las provisiones que alimentaban al Ejército de Wellington llegaban ahora a Pasajes, ya no iban a Lisboa y eran transportadas más allá de las montañas por carretas tiradas por bueyes. En Pasajes el Ejército reunía las provisiones que permitirían invadir Francia, pero el South Essex, que incluso antes del combate en el desfiladero sin nombre se había considerado demasiado diezmado por la guerra para tener un lugar en la línea de batalla, había sido enviado a Pasajes. Hasta que llegaran refuerzos, su trabajo consistía en proteger de ladrones los muelles y almacenes. Eran soldados de combate convertidos en vigilantes.

—Maldito país, maldita peste, maldita gente.

El general de división Nairn interrumpía cada comentario lanzando una naranja por la ventana. Hizo una pausa, con la esperanza de oír un grito de dolor desde abajo, pero tan sólo se oía el sonido de la fruta que golpeaba contra los adoquines.

—Debe de estar usted realmente decepcionado, Sharpe.

Sharpe se encogió de hombros. Sabía que Nairn se refería al trabajo de vigilar los almacenes.

—Alguien tiene que hacerlo, señor.

Nairn se burló de su docilidad.

—Lo único que puede hacer aquí es impedir que esos malditos españoles se meen en nuestro caldo. ¡Lo siento por usted! —Se puso en pie y se dirigió a la ventana. Observó a dos oficiales de aduanas españoles con botas altas que recorrían lentamente los muelles—. ¿Sabe usted lo que nos están haciendo esos bastardos?

—No, señor.

—Nosotros liberamos su maldito país y ahora ellos quieren cobrarnos una tasa de aduana por cada barril de pólvora que traigamos a España. ¡Eso es como salvar a la mujer de un hombre de ser violada, y que luego le pidan a uno que pague por ese privilegio! ¡Extranjeros! Sabe Dios por qué hizo a los extranjeros. No le sirven a nadie. —Echó una mirada a los dos hombres de aduanas, debatiéndose entre lanzarles la última naranja a ellos o no, luego se volvió hacia Sharpe:

—¿Con qué fuerzas cuenta?

—Doscientos treinta y cuatro efectivos. Noventa y seis en varios hospitales.

—¡Jesús!

Nairn se quedó mirando a Sharpe con incredulidad. Había conocido al fusilero por Navidad y desde el principio ambos se habían caído bien. Luego Nairn había cabalgado hasta Pasajes desde el cuartel general del Ejército en busca de Sharpe. El general de brigada gruñó y volvió a su silla, tenía unas cejas blancas y revueltas que crecían sorprendentemente hacia arriba hasta alcanzar una mata de pelo blanco.

—¿Doscientos treinta y cuatro efectivos?

—Sí, señor.

—Supongo que perdió algunos el otro día.

—Unos cuantos. —Tres hombres más ya habían muerto de las heridas recibidas en el desfiladero—. Pero estamos esperando reemplazos.

El general de brigada Nairn cerró los ojos.

—Está esperando reemplazos. ¿De dónde, por favor?

—Del segundo batallón, señor.

Durante una buena parte de la guerra, el South Essex tan sólo había contado con un batallón, pero ahora, en el depósito inglés de Chelmsford, se había formado un segundo. La mayoría de regimientos tenía dos batallones, el primero para entrar en combate y el segundo para reclutar hombres, instruirlos y luego enviarlos según las necesidades del primer batallón.

Nairn abrió los ojos.

—Usted tiene un problema, eso es lo que le pasa. ¿Sabe usted cómo afrontar los problemas?

—¿Señor? —inquirió Sharpe temeroso ante la incertidumbre.

—Los diluye usted en alcohol, eso es lo que hay que hacer. A Dios gracias, le robé al general algo de su brandy. Aquí tiene, hombre.

Nairn había sacado la botella de su portapapeles y vertió un par de tragos generosos en dos copas sucias que encontró sobre la mesa.

—Hábleme de sus malditos reemplazos.

No había mucho que decir. Antes de morir, el teniente coronel Leroy había mantenido una correspondencia muy activa con el depósito de Chelmsford. El invierno pasado las cartas de Inglaterra mencionaban a ocho compañías de reclutamiento que iban por los caminos, procedentes de amplios cuarteles en los que se les había dado instrucciones llenas de entusiasmo. Nairn escuchaba.

—¿Pidió usted que le enviaran hombres?

—¡Por supuesto!

—¿Y dónde están?

Sharpe se encogió de hombros. Eso era lo que se preguntaba él exactamente, y se consolaba con la idea de que los reemplazos podían haberse visto implicados en el caos que había supuesto el cambio de base de suministros del Ejército de Lisboa a Pasajes. Los nuevos reemplazos podían estar en Lisboa, o en el mar, o atravesando España; o peor aún, esperando todavía en Inglaterra.

—Los pedimos en febrero. Ahora estamos en junio; deben de estar de camino.

—Hace mil ochocientos años que dicen lo mismo de Cristo —gruñó Nairn—. ¿Le dijeron a usted con certeza que los enviaban?

—No —contestó Sharpe encogiéndose de hombros—. ¡Pero así tiene que ser!

Nairn miraba fijamente dentro de su copa de brandy como si fuera la bola de un adivino.

—Dígame, Sharpe, ¿ha oído usted hablar alguna vez de un hombre llamado lord Fenner? ¿Lord Simon Fenner?

—No, señor.

—Un político infecto, Sharpe. Un político cabrón de mierda. Siempre he odiado a los políticos: un día se arrastran a tu alrededor, con la lengua fuera para pedirte el voto, y al día siguiente son tan asquerosamente vanidosos que ni siquiera te ven. ¡Canallas insolentes y mequetrefes! ¡Los odio! Espero que odie usted a los políticos, Sharpe.

—¿Lord Fenner, señor?

Sharpe se daba cuenta de que había malas noticias. Sabía que los generales de brigada, por muy amigables que fueran, no cabalgaban grandes distancias para compartir una copa de brandy con los oficiales.

—Un mal nacido sucio y pomposo, eso es. —Nairn escupió el insulto—. Es el ministro de la Guerra, y probablemente nadie en todo el Ministerio sabría lo que es una guerra aunque se les pegara en el culo. Así que nos escribió. —Nairn extrajo un trozo de papel de su portapapeles—. O mejor dicho, lo hizo uno de sus secretarios picados de viruela. —Más que a la carta, miraba fijamente a Sharpe—. Afirma que no hay refuerzos disponibles para el South Essex, que no han enviado ninguno y que no van a enviar ninguno. Ninguno, aquí lo pone. —Le tendió el papel.

Sharpe no podía creérselo. Cogió la carta con temor y vio que era una larga lista, enviada por el Ministerio de Guerra, vía Guardia Real, de los reemplazos que se esperaban en las siguientes semanas. Al final de la lista estaba el South Essex, junto a su nombre se había escrito «2.º bat., ahora batallón de reserva. Refuerzo imposible». Eso era todo, y si era cierto, significaba que el segundo batallón del South Essex pasaba a convertirse en un mero batallón de reserva; un lugar en que los chicos de trece y catorce años, demasiado jóvenes para combatir, esperaban sus cumpleaños; un lugar donde enviaban a los hombres en tránsito o heridos mientras esperaban nuevos destinos. Un batallón de chusma, sin orgullo y con pocos objetivos.

—¡No puede ser! ¡Hay reclutas! ¡Teníamos ocho compañías de reclutamiento!
Nairn gruñó.

—En una carta de explicación dictada por su maldita señoría en persona, y que no voy a mostrarle para no ofenderlo, recomienda que su batallón se disuelva.

Durante unos breves segundos, Sharpe pensó que no había oído bien lo que había dicho Nairn. Un mulero español gritaba del otro lado de la ventana, del puerto llegaba el sonido chirriante de un torno, y a Sharpe le resonaba en la cabeza la palabra «disolver».

—¿Disolver, señor? —En la caliente estancia Sharpe sintió un escalofrío.

—Lord Fenner sugiere, Sharpe, que sus hombres pasen a otros batallones, que sus banderas sean enviadas a casa, que sus oficiales cambien de regimiento, o que

compren su ascenso, o que se pongan a nuestra disposición.

Sharpe no daba crédito a lo que oía.

—¡No pueden hacer eso!

Nairn soltó una risotada amarga.

—¡Sharpe! ¡Son políticos! ¡No puede usted pretender que esos canallas tengan sentido común! —Se inclinó hacia delante—. ¡Vamos a necesitar todas las unidades experimentadas que podamos arañar y reunir; todas, pero no espere que lord Fenner lo entienda! Es el ministro de Guerra, pero no distinguiría una bayoneta de una baqueta. ¡Es un civil! El es quien controla el dinero del Ejército, y por eso mismo no lo hay.

Sharpe no dijo nada. Pensaba en las banderas del batallón colgadas en alguna iglesia inglesa, bien elevadas en un presbiterio polvoriento mientras los hombres que habían luchado por ellas eran repartidos por todo el Ejército. Sentía rabia, rabia y amargura, porque esos hombres, que habían luchado por esas banderas, que habían sufrido, esos hombres cuyos compañeros yacían en tumbas sin señales en una docena de campos de batalla, iban a dispersarse. Pensaba en un batallón que, al igual que una familia, tenía sus peleas y sus risas, su calor y su orgullo. ¡Sacrificarlo todo!

—Disolverlo a usted —dijo Nairn con brutalidad—. Lástima que sea verdad. Busaco, Talavera, Fuentes de Oñoro, Ciudad Rodrigo, Badajoz, Salamanca, Vitoria, ¡menuda manera de acabar! Es como enviar una jauría de sabuesos al matadero, ¿eh?

—¡Pero si teníamos a ocho sargentos de reclutamiento!

—No tiene sentido alguno que me lo explique a mí, Sharpe, yo tan sólo soy un burro de carga. —Nairn sorbió por la nariz—. E incluso si lo transformáramos en un batallón provisional seguiría perdiendo hombres. ¡Usted necesita un destacamento de reemplazo!

Era cierto. Si el South Essex se unía a otro batallón seguirían teniendo bajas, hasta que el batallón al que se unieran quedara reducido y de nuevo diluido. En lugar de verse disuelto, el South Essex se marchitaría y moriría, se olvidarían sus banderas, su moral se desperdiciaría.

—¡No! —Sharpe casi aulló la palabra como una protesta atormentada—. ¡No puede hacerlo!

—Esperemos que no sea así —sonrió Nairn—. El general no está contento, todo esto le pone de malhumor, Sharpe. —Nairn le hablaba de Wellington—. Tiene la extraña idea de que el South Essex le resultaría útil en Francia.

El cumplido era cierto. Un batallón veterano como el South Essex, aunque sus filas estuvieran medio cubiertas con nuevos reemplazos, tenía una moral y un conocimiento que multiplicaba por dos su valor de combate. El South Essex se había convertido en una máquina de matar que podía hacer frente a todo lo que los franceses le lanzaran en contra, mientras que un batallón recién llegado, aunque

estuviera muy bien instruido en Inglaterra, podría tardar meses en conseguir la misma eficacia. Nairn sirvió más brandy en las dos copas.

—El general, Sharpe, no confía en esos bastardos de Londres. ¡Ministerio de Guerra! ¡Guardia Real! ¡Ministerio de Asuntos Exteriores! ¡Departamento de Armamento y Material! ¡Tenemos más ministerios dirigiendo esta maldita guerra que batallones! ¡Lo han hecho muy mal, han perdido los papeles, tienen los pantalones en los tobillos y no encuentran a su mamá para que se los suba! ¿Quién está al cargo de Chelmsford?

Sharpe tenía que pensar. Tenía la cabeza confundida entre la ira y la sorpresa ante la idea de que su batallón se disolviera.

—¿En Chelmsford, señor? Un hombre que se llama Girdwood, el teniente coronel Girdwood.

—¿Lo conoce?

—No lo he visto nunca.

—¡Girdwood tiene hombres! ¡Lo que pasa es que no quiere perderlos! ¡Sucede continuamente, Sharpe! El hombre tiene un segundo batallón, los instruye, los convierte en soldados de juguete, y no soporta tenerlos que enviar fuera donde el primer batallón los ensuciará. ¡Así que vaya a ver a ese Girdwood! —Nairn dijo aquel nombre en tono de burla—. ¡Convénzalo para que le dé algunos hombres para ese supuesto batallón de reserva! ¡Lámale las botas! ¡Emborráchelo! ¡Ofrézcase para complacer a su mujer! Encontrará algunos hombres en Chelmsford. —Nairn se echó a reír al ver la expresión de Sharpe y le lanzó un sobre sellado con órdenes—. Una autorización para usted y otros tres hombres más para ir a Inglaterra a seleccionar reemplazos. Vuelva hacia octubre, eso son casi cuatro meses.

Sharpe se quedó mirando al escocés.

—¿A Inglaterra?

—Ya sé que es desagradable —dijo Nairn, sonriendo burlescamente—, pero aquí no va a suceder nada, ¡nada! Los malditos políticos no nos van a dejar invadir Francia hasta que Prusia decida si se mete en el baile otra vez. Lo único que vamos a hacer es tomar San Sebastián y Pamplona y luego sentarnos en nuestros traseros sin hacer nada. Puede ir a casa tranquilamente, aquí no va a perderse nada. Váyase a Chelmsford.

—¡No puedo regresar! —Lo que quería decir era que no podía dejar a sus hombres.

—¡Pues qué diablos, tendrá que hacerlo! ¿Quiere que el South Essex muera? ¿Quiere ser un almacenero? —Nairn bebió un trago de brandy—. El general no quiere disolverlo. Lo convertirá en un batallón provisional si no le queda más remedio, pero preferiría que usted completara sus filas. ¡Vaya a Chelmsford, busque hombres! ¡Si no encuentra ninguno, búsquelos en otro lugar!

—¿Y si no hay hombres en ningún sitio?

El escocés se pasó el dedo por la garganta.

—Asistiré a la muerte de un regimiento.

Maldita lástima.

¿Precisamente ahora? ¿Ahora que el Ejército reunía sus fuerzas en el límite de la tierra de Napoleón, en la frontera francesa? Muy pronto, tal vez este otoño o la primavera siguiente, los hombres que habían desembarcado primero en Lisboa penetrarían en Francia, y el South Essex tenía que estar con ellos. Se habían ganado este privilegio. El día en que el imperio del enemigo fuera finalmente derribado, las banderas del South Essex ondearían victoriosas. Sharpe señaló la carta de lord Fenner.

—¿Cómo podré oponerme a eso?

Nairn sacudió la cabeza.

—¡Es un error, Sharpe! ¡Ha de serlo! ¡Pero no se pueden corregir errores enviando cartas! Les hemos escrito a esos malditos inútiles, pero meten las cartas dirigidas a la Guardia Real en un cajón donde está escrito ASUNTOS URGENTES QUE HAY QUE OLVIDAR. Pero no pueden olvidarse de usted. ¡Usted es un héroe! —Lo dijo con burla amistosa—. Vaya a Chelmsford, busque a sus hombres y tráigalos. Tardará la mitad de tiempo que haciéndolo por carta.

—Sí, señor —dijo Sharpe aturdido—. ¡Ir a Inglaterra!

—Y tráigame algo de whisky, ¡es una orden! Hay una tienda en Cornhill que se lo hace traer de Escocia.

—Sí, señor.

Sharpe contestó de forma distraída. ¿Regresar? ¿A Inglaterra? Él no quería ir, pero si la alternativa era ver morir el batallón que se había ganado el derecho de hollar los caminos de Francia, entonces iría al mismísimo infierno. Por su regimiento y por las banderas que habían ondeado entre el humo de cañón de medio continente, regresaría a Inglaterra para poder avanzar en Francia. Volvería a casa.

Capítulo 1

Inglaterra, julio y agosto de 1813

Al llegar a Chelmsford, Sharpe no recordaba el camino hacia el depósito del South Essex. Tan sólo había visitado el cuartel una vez, una breve visita en 1809, y se vio obligado a preguntar a un vicario que estaba dando de beber a su caballo en un abrevadero público. El vicario miró con desconfianza el uniforme desaliñado de Sharpe, y se le ocurrió una buena explicación para el aspecto del soldado vagabundo:

—¿Viene de España?

—Sí, señor.

—¡Bien hecho! ¡Bien hecho! ¡Estupendo! —exclamó el vicario, y señaló en dirección al este, indicando a los soldados hacia el campo abierto—. ¡Y Dios les bendiga!

Los cuatro hombres se dirigieron hacia el este. A Sharpe y a Harper los miraban mal, tal como había sucedido en Londres; parecía que hubieran llegado directamente de un campo de batalla de España y todavía esperaran, incluso en las calles tranquilas de la ciudad de este condado, encontrarse con una patrulla francesa. El capitán d'Alembord iba vestido con más elegancia que Sharpe o Harper, aunque su uniforme, como el del teniente Price, delataba los estragos de la batalla.

—Tendría que proporcionarme un éxito increíble con las damas —dijo d'Alembord, tocándose un rasgón en su casaca escarlata que le había hecho una bayoneta francesa en Vitoria.

—A propósito —intervino el teniente Harry Price, que había desenvainado la espada al salir del pueblo e iba dando sablazos a la hierba que cubría el camino—, ¿nos va a dar algún permiso, señor?

—Usted no quiere un permiso, Harry. Se metería en problemas.

—¡Todas esas chicas de Londres! —exclamó Price con tristeza—. ¡La mayoría no conoce a un héroe como yo! Regresa de la guerra y... ¿a qué le está usted sonriendo, sargento?

Harper lucía una amplia sonrisa.

—Lo estoy pasando estupendamente, señor.

Sharpe se echó a reír. Empezaba a creer que ese viaje era totalmente innecesario. Estaba convencido de que la carta de lord Fenner era un error; seguro que habría reemplazos esperando en Chelmsford.

En Londres, Sharpe visitó a la Guardia Real haciendo constar su presencia a las autoridades, y el secretario que había en el polvoriento despacho le confirmó que el segundo batallón estaba en Chelmsford. El hombre no pudo darle una explicación de por qué ahora era llamado batallón de reserva y, hastiado, le había sugerido que tal

vez era una conveniencia de tipo administrativo. Lo único que le podía confirmar era que se destinaban raciones y pagas para setecientos hombres.

¡Setecientos hombres! Semejante número le había dado esperanzas. Ahora estaba seguro de que el segundo batallón estaba salvado, de que en el espacio de unas semanas, incluso días, él conduciría a los reemplazos hacia el sur, hasta Pasajes. Caminaba hacia el cuartel con grandes esperanzas, su optimismo crecía con el esplendor de aquella campaña en verano.

Parecía un sueño. Sharpe sabía que Inglaterra estaba tan llena de mendigos, barrios bajos y horrores como cualquier ciudad de España; sin embargo, después de las llanuras de León o las montañas de Galicia, este paisaje parecía como un anticipo del cielo.

Atravesaban una Inglaterra repleta de comida y de suave vegetación, un país de estanques, ríos, riachuelos y lagos. Un país de mujeres de mejillas rosadas y hombres gruesos, de niños que no se mostraban cautelosos con los soldados o los extraños. Resultaba anormal ver gallinas picoteando en los bordes del camino tranquilamente, sin que los soldados les retorcieran el pescuezo; ver vacas y ovejas que no corrieran peligro por parte de los oficiales de intendencia, graneros sin vigilancia y las puertas y ventanas de las humildes casitas sin estar destrozadas para alimentar las hogueras, ni marcadas con los jeroglíficos hechos con tiza de los sargentos de alojamiento. Sharpe se dio cuenta que consideraba cada colina, cada bosque, cada curva del camino como un lugar para combatir. Aquel seto, con el sendero hundido detrás, sería un lugar peligroso para la caballería, mientras que un prado abierto que se elevaba hacia una granja sobre una suave colina, sería un lugar que habría que evitar como la peste si los *cuirasseurs* franceses anduvieran por la zona. Inglaterra le parecía un país pródigo, abundante y amable. Sin embargo, eso no era nada comparado con la reacción de la mujer de Harper.

Este había pedido a Isabella que fuera con ellos. Estaba embarazada, y el gran irlandés no quería que fuera siguiendo al Ejército hasta la hostil y extraña Francia. Harper tenía un primo que vivía en Southwark, y allí se quedaría Isabella hasta que acabara la guerra.

—Un hombre no necesita tener a su mujer colgada de las faldas —había afirmado Harper con toda la autoridad que le otorgaba ser un hombre casado desde hacía menos de un mes.

—No le importaba que estuviera con nosotros antes de casarse con ella —le había respondido Sharpe.

—¡Esto es diferente! —dijo Harper indignado—. El Ejército no es lugar para una mujer casada, no lo es.

—¿Será feliz en Inglaterra?

—¡Por supuesto que será feliz!

A Harper le sorprendió la pregunta. Para él la felicidad consistía en estar vivo y bien alimentado, y la idea de que Isabella temiera vivir en un país extraño no se le había ocurrido.

Para Isabella, Inglaterra era de lo más extraño. Durante el trayecto de Portsmouth a Londres le había hecho algunas preguntas a su marido, tímidamente. ¿Dónde estaban los olivos? ¿No había naranjas? ¿Ni viñas? ¿Ni iglesias católicas? No podía creer lo llenos y rebosantes que estaban los ríos, con qué despreocupación malgastaban los lugareños el agua, lo verde, frondosa y enredada que era la vegetación, lo gordas que estaban las vacas.

E incluso tres días después, saliendo de Chelmsford, a Sharpe le seguía pareciendo irreal que un país pudiera ser tan pródigo. Pasaron por huertos en maduración, luminosos campos de cereales con amapolas y cerdos corriendo en libertad, que hubieran podido alimentar a un cuerpo del Ejército durante una semana. El sol brillaba, la tierra era cálida y fragante, y Sharpe sintió la alegría despreocupada de un hombre que sabía que un trabajo que había creído que sería difícil o quizás imposible de realizar de repente fuera tan sencillo.

Su optimismo se desvaneció en el cuartel con la misma brusquedad que si la Guardia Imperial de Napoleón hubiera aparecido en la plaza del mercado de Chelmsford. Había ido allí con la esperanza de encontrar setecientos hombres, y parecía que el cuartel estaba vacío.

Ni siquiera había un guardia en la puerta. El viento levantaba el polvo, crecían malas hierbas entre las piedras del pavimento y una puerta chirriaba a uno y otro lado sobre los goznes sin engrasar.

—¡Guardia! —gritó Sharpe con voz furiosa. Sólo le respondió el silencio.

Los cuatro soldados penetraron en la sombra que proyectaba la arcada. El depósito no estaba totalmente abandonado, pues en el otro extremo del campo de instrucción una fila de jinetes avanzaban a pie con sus caballos. Sharpe empujó la puerta, que chirrió, y miró en el interior de un cuartel de la guardia vacío. Durante unos segundos, se preguntó si el batallón habría sido enviado a España, si en algún lugar del océano azotado por los vientos se habría cruzado en su camino, y esta misión era completamente inútil; pero, seguramente, si el batallón se hubiera trasladado, la Guardia Real lo habría sabido.

—¿Hay alguien en casa? —preguntó d'Alembord.

Hizo una señal con la cabeza hacia la bandera de la Unión, que ondeaba débilmente en un mástil situado delante de una elegante construcción de ladrillo que albergaba el comedor de oficiales y los despachos del regimiento. Junto al mástil con los varales vacíos, había un carruaje abierto.

Harper se retiró el chacó de la frente.

—¿Qué diablos hace la caballería aquí?

—Sabe Dios —respondió Sharpe con voz severa—. ¿Daily?

—¿Señor? —respondió d'Alembord limpiándose el polvo de las botas.

—Coja al sargento mayor. Dé una vuelta por este lugar y saque de aquí a esos mal nacidos.

—Si es que hay alguien a quien echar —replicó d'Alembord melancólico.

—¡Harry! Usted, conmigo.

Sharpe y Price se encaminaron hacia el edificio del cuartel general. Price vio cómo en el rostro de Sharpe se dibujaban los malos presagios, ¿quién había dejado el cuartel de la guardia vacío y el depósito sin vigilancia?

Sharpe subió las escaleras del elegante edificio y, al igual que en la entrada principal, no había centinela en la puerta. Condujo a Price al interior de un vestíbulo largo y frío, en él colgaban retratos de hombres con casacas rojas dispuestos para la batalla. De algún lugar de la casa surgía el sonido de una música y el ruido de carcajadas.

Sharpe abrió una puerta pintada de blanco y se encontró en un despacho vacío. Una mosca zumbaba junto a una ventana sucia sobre los cuerpos muertos de otras moscas. Los papeles que había encima de la mesa tenían un dedo de polvo, sobre el manto de la chimenea, un reloj pequeño de caja negra se había detenido a las seis.

Sharpe empujó una segunda puerta que había en el otro extremo del vestíbulo. Echó una mirada en el interior de un comedor elegantemente amueblado, tan vacío como el despacho, con una mesa grande y pulida sobre la que reposaban estatuillas de plata. Un tonel de vino medio vacío contenía una avispa que se iba ahogando lentamente. Sharpe cerró la puerta.

El vestíbulo estaba enmoquetado, los muebles eran pesados y caros y las paredes estaban recién pintadas. Encima de una escalera curvada colgaba una araña enorme, los brazos dorados con un dedo de cera. Sharpe puso su chaco encima de la mesa y frunció el ceño al oír que las risas aumentaban.

Distinguió la voz de una muchacha por encima del trinar de la espineta. El teniente Price sonrió burlescamente al percibir el jolgorio.

—Suena como un burdel, señor.

—Cierto —contestó Sharpe. Su voz denotaba la ira que sentía. Ira al ver un cuartel sin guardia donde la risa de mujeres se mezclaba con el sonido de la música.

Se dirigió hacia la última puerta del vestíbulo, que sabía daba al comedor de oficiales y de donde procedían las risas. Empujó la puerta lentamente, se quedó en la sombra del vestíbulo y observó. Tres oficiales, vestidos con las vueltas amarillas y la insignia del águila encadenada del South Essex, se encontraban en la estancia. Junto a ellos se encontraban dos muchachas, una sentada a la espineta, la otra con los ojos vendados en el centro de la estancia. Estaban jugando a la gallina ciega.

Los oficiales reían y esquivaban las arremetidas de la muchacha de los ojos

vendados. Uno de ellos montaba guardia para que no tropezara con una mesa baja sobre la que había una merienda con finos sandwiches, pastelitos y delicadas tazas de porcelana. Ese oficial, un capitán, fue el primero en ver a Sharpe y equivocarse con él. Era un error bastante frecuente: en España los hombres a menudo lo confundían con un soldado raso, pues el fusilero no llevaba las insignias propias de su rango en los hombros y hacía tiempo que había perdido la faja roja de oficial. Llevaba una arma de oficial, una espada, pero en la sombra del vestíbulo el capitán no la podía ver. Tan sólo vio el rifle que llevaba al hombro, y supuso, como era natural, que únicamente un soldado raso llevaría una arma larga. Harry Price, cuyo uniforme era más convencional, estaba escondido detrás de Sharpe.

El capitán frunció el ceño. Era un joven con una cara de rasgos duros, labios delgados y cabello rubio cuidadosamente rizado. La sonrisa que lucía mientras jugaba se vio repentinamente reemplazada por un gesto de irritación.

—¿Quién diablos es usted?

Su voz sonó segura, como la de un joven amo en su pequeño dominio, y detuvo a la muchacha con los ojos vendados. Los otros dos oficiales eran tenientes. Uno de ellos frunció el ceño al ver a Sharpe.

—¡Váyase! ¡Se ha equivocado! ¡Váyase!

El otro teniente reía tontamente.

—¡Media vuelta! ¡Marcha rápida! ¡Uno, dos, uno, dos!

Creía que había hecho una buena broma y volvió a reírse. La muchacha que estaba a la espineta se echó a reír con él.

—¿Quién es usted? ¿Bien? ¡Hable, hombre!

A Sharpe, la voz del capitán le llegó con petulancia, pero se desvaneció súbitamente al tiempo que el fusilero surgía de las sombras. La percepción de que tal vez hubieran cometido un error vino a la mente de los tres oficiales al mismo tiempo. De repente se quedaron callados y asustados al ver al hombre alto, de cabello negro, el rostro curtido por un sol extranjero y la cicatriz de una espada enemiga. Un rostro fuerte al que la cicatriz de la mejilla izquierda proporcionaba un aspecto burlón. Ese aspecto burlón desapareció cuando Sharpe sonrió, pero nadie más sonreía cuando entró en el comedor de oficiales. Tal vez no llevara las insignias de su rango, pero había algo en su cara, en la espada al costado y en la empuñadura rota del fusil colgado al hombro que hablaba de algo más allá de su entendimiento. La muchacha que había en el centro de la estancia se quitó la venda y emitió un grito sofocado al ver la aparición repentina y sorprendente de Sharpe.

El salón estaba bien iluminado por altas ventanas que daban al sur; la alfombra era gruesa. Sharpe fue avanzando lentamente y el capitán juntó los pies en posición de firmes y se quedó mirando la casaca descolorida, intentando convencerse de que las manchas oscuras sobre la tela verde no eran de sangre. Harry Price, viendo la

belleza de una de las muchachas, se apoyó con indiferencia contra la jamba de la puerta con lo que él consideraba una expresión digna de un héroe. Sharpe se detuvo.

—¿De quién es el carruaje de ahí fuera?

Nadie dijo nada, pero una de las muchachas hizo un gesto dudoso hacia su compañera. Sharpe se dio la vuelta.

—¿Harry?

—¿Señor?

—Encárguese de poner los arreos al coche de fuera. —Miró a las dos muchachas—. Señoras, lo que va a suceder aquí no es apto ni para sus oídos ni para sus ojos, hagan el favor de dirigirse a su carruaje con el teniente Price.

Price, encantado con las órdenes, se inclinó para saludar a las chicas, mientras que uno de los dos tenientes, el joven que se había reído de su propia broma y que parecía no tener más de diecisiete años, frunció el ceño.

—Yo digo, señor...

—¡Silencio!

Era una voz acostumbrada a mandar a través del caos de los campos de batalla, y su rapidez hizo que las muchachas chillaran y aturdieran a los tres oficiales, que permanecieron en silencio.

Sharpe volvió a mirar a las jóvenes.

—¿Señoras? Por favor, váyanse.

Ellas huyeron, agarrando los echarpes con prisas y abandonaron las partituras musicales, los pasteles sin comer, las tazas de té y un tazón de dulces de chocolate. Sharpe cerró la puerta tras ellas, dio media vuelta, se quitó el fusil del hombro y lo colocó bruscamente sobre una delicada mesa barnizada. El ruido hizo que los tres oficiales se estremecieran. Sharpe miró al capitán que estaba junto a la espineta.

—¿Quién es usted?

—Carline, señor.

—¿Quién es el oficial de guardia?

Nervioso, Carline tragó saliva.

—Soy yo, señor.

Sharpe miró al teniente que le había ordenado irse.

—¿Y usted?

El teniente se esforzó para que su voz no pareciera asustada:

—Merrill, señor.

—¿Y usted?

—Pierce, señor.

—¿A qué batallón pertenece usted? —preguntó volviendo a mirar a Carline.

Carline, poco mayor que los dos tenientes, intentaba mostrar la dignidad de su mayor graduación con una cara imperturbable, pero su voz surgió como un chillido

asustado:

—South Essex, señor. —Se aclaró la voz—. Primer batallón.

—¿Quién es el oficial superior del depósito?

—Soy yo, señor —dijo Carline.

No podía tener, pensó Sharpe, más de veintidós o veintitrés años.

—¿Dónde está el teniente coronel Girdwood?

No hubo respuesta. Una mosca golpeaba inútilmente contra una ventana. Sharpe repitió la pregunta, y el capitán Carline se pasó la lengua por los labios.

—No lo sé, señor.

Sharpe caminó hacia un enorme aparador lleno de garrafas y adornos. En el mismísimo centro de la exposición se encontraba la réplica en plata de una águila francesa y la cogió. Tenía una placa en la base: «Esta águila francesa fue capturada en Talavera por el South Essex bajo el mando del coronel sir Henry Simmerson. Con orgullo, el coronel Simmerson ofreció esta réplica a los oficiales del regimiento en memoria de la valiente hazaña». Sharpe hizo una mueca: sir Henry Simmerson había sido relevado del mando antes de que Sharpe y Harper hubieran capturado el águila. Se dio la vuelta hacia los tres oficiales, sosteniendo el águila entre sus manos como si fuera una arma.

—Soy el comandante Richard Sharpe.

Debería haber tenido un alma de piedra para no alegrarse de la reacción de los tres oficiales. Desde el momento que había salido de las sombras del vestíbulo había notado que le tenían miedo, pero ahora era casi palpable. Un hombre que creían a miles de millas de distancia había venido a ese lugar pródigo, amable y lujoso, y cada uno de los tres hombres sintió un miedo terrible y estremecedor. Pierce, que se había reído mientras le ordenaba a Sharpe que diera media vuelta, temblaba visiblemente. Sharpe dejó que el miedo se apoderara de ellos antes de hablar en voz baja.

—¿Han oído hablar de mí?

—Sí, señor —respondió Carline.

Estos oficiales, Sharpe ya lo sabía, eran los restos del primer batallón; los hombres que se ocupaban de los archivos y quienes se suponía que enviaban los reemplazos a España. Salvo que no había reclutas, no había reemplazos, el depósito estaba muerto y vacío y sus oficiales estaban divirtiendo a jóvenes damas. Miró a los dos tenientes y vio sus caras lustrosas y cuidadas que sobresalían de ricos uniformes que, a pesar de estar tan bien cortados, no podían ocultar las cinturas anchas y los muslos gruesos. Merrill y Pierce, uno tras otro, se quedaron mirando al fusilero alto y curtido en la batalla como si fuera un visitante de algunas islas salvajes y extrañas aún sin descubrir.

Sharpe devolvió el águila al aparador.

—¿Por qué no había ninguna guardia destacada en la puerta?

—No lo sé, señor.

El fusilero vio que Carline llevaba lustrosos zapatos de baile abrochados sobre calcetines de seda.

—¿Qué diablos quiere decir? Usted es el oficial de guardia, ¿no? —preguntó alzando la voz repentinamente y sorprendiéndolos.

—Debería haberlo sido, señor —respondió Carline con impotencia.

Richard Sharpe miró a través de la ventana cómo la fila de jinetes, en traje de fajina, pasaban al trote.

—¿Quién demonios son éstos?

—Milicia, señor. Usan nuestros establos.

Los tres jóvenes, firmes y rígidos, observaban a Sharpe paseando por la estancia; examinó los adornos, recogió un periódico, tocó una de las teclas de la espineta y dejó que la nota fuera muriendo hasta convertirse en silencio antes de volver a hablar en voz baja.

—¿Cuántos hombres del primer batallón hay aquí, Carline?

—Cuarenta y ocho, señor.

—¡Enuméremelos!

Carline lo hizo: él mismo, tres tenientes y cuatro sargentos, todos los demás eran almaceneros o secretarios. El rostro de Sharpe se mostraba impasible; sin embargo, la frustración y la ira hervían en su interior. Cuarenta y ocho hombres para revivir un primer batallón herido ¡y ninguna señal del segundo batallón! Se detuvo junto a la ventana y fue mirando a un oficial tras otro.

—¡Realmente me sorprenden! No hay guardia montada, pero tienen tiempo para jugar a la gallina ciega y pegarse una merendola. ¿Qué hacen cuando trabajan duro, arreglan las flores?

Los tres guardaron un silencio juicioso pero molesto, esquivando los ojos de Sharpe, que los miraba fijamente.

—Empezarán a las seis de esta misma tarde, y luego a la hora en punto, cada hora, día y noche hasta que me canse de ustedes. Darán el parte con el uniforme del regimiento al sargento mayor Harper, que, les agradecerá saber, ha regresado de España conmigo. ¡Usted! —dijo Sharpe señalando a Merrill, cuyo rostro reflejaba un terror atroz al tener que formar ante un inferior—. ¡Y usted! —Movié el dedo en dirección a Pierce—. Encontrarán al capitán d'Alembord fuera. Pídanle que haga formar a los hombres y díganle que pasaré revista dentro de diez minutos. Cuando haya acabado inspeccionaré el cuartel. ¡Muévanse!

Salieron corriendo de la habitación como liebres escapando de una trampa y dejaron solo a Carline.

Sharpe se comió un sándwich. Dejó que el silencio se hiciera incómodo.

Las paredes de la confortable estancia resplandecían con pinturas de caza en las

que jinetes con casacas rojas perseguían una presa. La repentina pregunta hizo que Carline diera un salto.

—¿Dónde está el teniente coronel Girdwood?

—No lo sé, señor.

El capitán Carline parecía ahora enfurruñado, como un niño al que han arrastrado hasta el temible director de la escuela.

Sharpe se quedó mirando con repugnancia a aquel hombre delgado y petulante.

—¿El coronel Girdwood está al mando del segundo batallón?

—Sí, señor.

—¿Pues dónde diablos está? ¿Y dónde demonios está el segundo batallón?

—No lo sé, señor.

Sharpe se le acercó. El aliento de Carline olía a té y su pelo cuidadosamente rizado, a fijador.

—Capitán. —Sharpe, más alto que Carline, bajó la vista hasta los ojos pálidos del capitán e hizo que su voz sonara más familiar.

—Supongo que habrá usted oído hablar a sus hombres del sargento mayor del regimiento, MacLaird.

Carline asintió con la cabeza levemente.

—He oído hablar de él, señor.

—Hace menos de un mes, Carline, vi sus tripas ensangrentadas. Tenía el vientre rajado. No fue una visión agradable, capitán; le hubiera estropeado a usted la merienda. Pero se lo voy a mostrar a usted, capitán Carline. ¡Le voy a sacar las tripas con mis propias manos a menos que me responda a alguna de estas malditas preguntas! ¡Le voy a sacar el espinazo por la garganta! ¿Me oye? —Parecía que Carline se fuera a desmayar.

—¿Señor?

—¿Dónde está el segundo batallón?

—No lo sé, señor.

Lo dijo suplicante, el miedo se reflejaba en sus ojos y Sharpe le creyó.

—Entonces ¿qué diablos sabe usted, capitán Carline?

Lentamente, vacilante, Carline explicó su historia. El segundo batallón, dijo, había sido retirado hacía seis meses, transformado en un batallón de reserva; el reclutamiento se había detenido. Entonces, bruscamente, el segundo batallón se había ido.

—¿Así sin más? —preguntó Sharpe gruñendo—. ¿Sencillamente desaparecieron?

—Sí, señor —respondió Carline con lástima.

—¿Sin ninguna explicación?

Carline se encogió de hombros.

—El coronel Girdwood dijo que iban a otras unidades, señor. —Hizo una pausa

—. Comentó que la guerra estaba llegando a su fin, señor, y que el Ejército se estaba reduciendo. Enviaríamos nuestra última quinta al primer batallón y luego, simplemente, dejaríamos el depósito vacío.

Volvió a encogerse de hombros con un gesto de impotencia.

—Los franceses están reduciendo nuestro maldito Ejército, Carline, ¡y necesitamos reclutas! ¿Está usted reclutando para el primer batallón?

—No, señor. ¡Se nos ordenó que no lo hiciéramos!

Sharpe vio a Patrick Harper que alineaba una menguada compañía en el campo de instrucción. Se volvió de nuevo hacia Carline.

—¿El coronel Girdwood dijo que los hombres eran llevados a otras unidades?

—Sí, señor.

—¿Le sorprendería saber, Carline, que el segundo batallón sigue recibiendo la paga y las raciones para setecientos hombres?

Carline no dijo nada. Sin duda, estaba pensando lo mismo que Sharpe, que los setecientos hombres no existían y que su paga se la quedaba el teniente coronel Girdwood. Era un escándalo tan viejo como el Ejército; retirar la paga de unos hombres inexistentes. Con un gesto de irritación, Sharpe dio un manotazo a una mosca y la enterró en la alfombra con la bota.

—¿Así pues, qué hace usted con el correo del segundo batallón? Supongo que alguno seguirá llegando hasta aquí.

—Lo mandamos al Ministerio de Guerra, señor.

—¡El Ministerio de Guerra!

Sharpe levantó la voz asombrado. Se suponía que el Ministerio de Guerra se encargaba de dirigir la guerra, e imaginaba que el papeleo iba a parar a la Guardia Real, que era quien administraba el Ejército.

—Al secretario de lord Fenner, señor.

Ahora Carline hablaba con más confianza, esperando que la mención del nombre del político intimidara a Sharpe.

Así fue. Lord Fenner, el ministro de la Guerra, había sugerido en un despacho enviado a Wellington que el primer batallón fuera disuelto. Ahora parecía que era el responsable de la desaparición del segundo batallón, una desaparición que, obviamente, debía de tener el respaldo de los altos oficiales. Si no fuera así, cosa que no parecía muy verosímil, lord Fenner sería cómplice de malversación del teniente coronel Girdwood por robar dinero a través de una nómina falsa. Se oyeron unas fuertes pisadas en el vestíbulo y Patrick Harper apareció, enorme, en la puerta del comedor de oficiales. Se cuadró.

—Los hombres están en formación, señor. Los que quedan.

Sharpe se dio la vuelta.

—Sargento mayor del regimiento Harper: éste es el capitán Carline.

—¡Señor!

Harper miró a Carline como un tigre miraría a una cabra. Carline, con sus zapatos de baile y una mano sobre la espineta, parecía incapaz de hablar. Sentirse un soldado en presencia de estos dos hombres altos e implacables resultaba ridículo.

—Sargento mayor —dijo Sharpe con voz afable—, ¿cree usted que la guerra me ha hecho perder el juicio?

Una sonrisa burlona quiso asomar en la cara ancha, pero respondió respetuosamente:

—¡No, señor!

—Entonces escuche esta historia, sargento mayor. El South Essex recluta un segundo batallón cuyo trabajo consiste en encontrar hombres, adiestrarlos y enviarlos a nuestro primer batallón en España. ¿Correcto, capitán Carline?

—Sí, señor.

—Y así lo hace. ¿De acuerdo, capitán?

—Sí, señor.

—Y hace seis meses, sargento mayor —Sharpe se volvió—, se convirtió en un batallón de reserva. No más reclutamiento, por supuesto, se trata meramente de un montón de mierda listo para que el Ejército lo rechace. —Se quedó mirando a Carline—. Nadie sabe por qué. Nosotros, pobres bastardos, morimos en España, pero algún patán decide que no necesitamos reclutas. —Volvió a mirar a Harper—. Se me informa, sargento mayor, que el batallón de reserva ha sido disuelto, ha desaparecido, se ha esfumado. Su correo va a parar al Ministerio de Guerra; sin embargo, sigue percibiendo raciones para setecientos hombres. ¿Sargento mayor Harper?

—¿Señor?

—¿Qué le parece esta historia?

Harper frunció el ceño.

—Es una auténtica jugarreta, señor, eso es lo que es. —Sonrió—. Tal vez, si rompiéramos algunas cabezas, señor, algunos indeseables dejarían de mentir.

—Me gusta esa idea, sargento mayor. —Sharpe fijó la mirada en Carline y su voz dejó de ser afable—. Si me ha mentido usted, capitán, lo haré trizas.

—No le he mentado, señor.

Sharpe le creía, pero daba igual, estaba sumido en la decepción, y la inutilidad de todo lo puso furioso. Luego salió para inspeccionar a los pocos hombres que d'Alembord había reunido. O bien no había hombres en el segundo batallón, en cuyo caso no había reemplazos adiestrados para la invasión de Francia o, si existían, Sharpe tendría que encontrarlos a través de lord Fenner, a quien, sin duda alguna, no le resultaría agradable recibir la visita entrometida de un simple comandante.

Avanzó con paso airado por entre los barracones abandonados, preguntándose cómo se las arreglaría para entrar en contacto con el ministro de Guerra, y fue a

inspeccionar la armería. El sargento de la armería, un ex combatiente con una sola pierna, le sonreía con optimismo.

—¿Se acuerda de mí, señor?

Aquella cara curtida y llena de cicatrices le era familiar, y se maldijo porque no era capaz de ponerle un nombre. Entonces Patrick Harper, que estaba junto a él, se echó a reír estrepitosamente.

—¡Ted Carew!

—¡Carew! —exclamó Sharpe, como si hubiera sido él quien recordara el nombre—. ¿Talavera?

—Eso es, señor. Perdí mi vieja pata allí. —Se dio una palmada en la pierna derecha, que acababa en un muñón de madera—. ¡Me alegra verle, señor!

Fue magnífico ver al sargento Carew, solo en el depósito de Chelmsford. Conocía su trabajo y lo hacía bien. Las armas estaban cuidadas, la armería estaba ordenada, el papeleo era exacto y deprimente. Deprimente porque cuando el teniente coronel Girdwood había hecho salir al segundo batallón, los archivos revelaban que había dejado todas las armas nuevas allí. Aquellos mosquetes tan nuevos, engrasados y con la boca taponada estaban en el armero debajo de bayonetas engrasadas y envainadas. Esto sugería que los hombres habían sido enviados a otros batallones donde les proporcionarían armas de sus propias armerías.

—¿No se llevó ningún mosquete? —preguntó Sharpe.

—Cuatrocientos de los viejos, señor. —El sargento Carew iba pasando las páginas manchadas de aceite del libro mayor—. Aquí está, señor. —Sorbió con la nariz—. Tampoco se llevó los uniformes nuevos, señor.

Hombres inexistentes, pensó Sharpe. No necesitaban ni armas ni uniformes, pero, justo en el momento en que estaba decidiendo que aquella búsqueda era inútil porque el segundo batallón ya había sido dividido y diseminado por todo el Ejército, el sargento Carew le proporcionó algo de esperanza de una forma tan repentina como extraordinaria.

—Hay algo que resulta divertido, señor.

El sargento iba dando tumbos arriba y abajo con su pierna de madera y se volvió para mirar detrás de él, temeroso de que alguien pudiera oírle.

—¿Qué es divertido?

—Nos dijeron, señor, que el segundo era sólo un batallón de reserva. No más reclutas, eso es lo que dijeron, señor, ¡pero hace tres semanas, como me llamo Ted Carew, vi a uno de nuestros grupos con un puñado de reclutas! El sargento Havercamp, era él, Horatio Havercamp, los dirigía. Yo le dije hola, sí, y él me respondió que me largara y me ocupase de mis asuntos. ¡A mí! —Carew se quedó mirando a Sharpe indignado—. Así que fui y hablé con nuestro capitán y le pregunté qué estaba sucediendo. Quiero decir, que los reclutas no llegaron nunca aquí, señor,

ni uno de ellos. ¡No he visto un chico en seis meses!

Sharpe se quedó mirando al sargento y cayó en la cuenta de la importancia que tenía lo que Carew le estaba contando. Los batallones de reserva no reclutaban. Si había reclutas, entonces es que había un segundo batallón, y los setecientos hombres existían, y el regimiento podía marchar hacia Francia.

—¿Usted vio un grupo de reclutamiento?

—¡Con mis propios ojos, señor! ¡También se lo dije al capitán!

—¿Y él que le dijo?

—Me dijo que estaba borracho, señor. ¡Me dijo que ya no había más grupos de reclutamiento ni nada parecido! Me dijo que me estaba imaginando cosas; pero yo no estaba borracho, señor, y tan seguro como que usted está ahí y yo aquí, le digo que vi a Horatio Havercamp con un grupo de reclutas. Ahora bien, ¿puede usted explicarme por qué no llegaron aquí, señor? ¿Me puede decir por qué?

—No sargento, no puedo. —Pero iba a averiguarlo, por Dios que lo averiguaría—. ¿Está usted seguro de lo que vio, sargento?

—Lo estoy, señor.

—¿Este sargento Havercamp no estaba reclutando para otro regimiento?

Carew se echó a reír.

—¡Llevaba nuestra insignia, señor! Los muchachos de los tambores llevaban nuestra águila en sus instrumentos. No, señor. Una cosa bien extraña, eso es lo que yo creo.

Fue cojeando hacia la puerta, sus llaves tintineaban colgadas del aro metálico.

—Pero ya nadie me escucha, señor, nadie. Quiero decir que yo era un auténtico soldado, de los que olían los malditos cañones, pero ellos no quieren saber nada de mí. Demasiado altos y poderosos. —Carew cerró la puerta de hierro macizo, luego se volvió para asegurarse de que ninguno de los oficiales de depósito estaba cerca—. Llevo en el maldito Ejército desde que era un chiquillo, señor, y sé cuando las cosas están mal. —Levantó la mirada hacia Sharpe con ansia—. ¿Me cree usted, señor?

—Sí, Ted.

Sharpe permaneció bajo la luz sesgada del atardecer, y casi deseó no creer lo que decía el sargento, pues si Ted Carew estaba en lo cierto, había un batallón que no sólo había desaparecido, sino que estaba deliberadamente oculto. Se fue a inspeccionar los establos.

¿Un batallón desaparecido? ¿Oculto? Parecía la fantasía de un loco; sin embargo, en Chelmsford nada tenía una explicación racional. Al mediodía siguiente, Sharpe y d'Alembord habían registrado los papeles del depósito y no habían encontrado nada que les indicara dónde había ido el teniente coronel Girdwood, o si el segundo batallón existía realmente. Pero, Sharpe creía a Carew. El batallón existía, todavía se estaba reclutando, y entendió que tenía que regresar pronto a Londres, aunque temía

pensar en ello.

Lo temía porque tendría que pedir una entrevista con lord Fenner, y Sharpe no se sentía cómodo entre la alta sociedad. También sospechaba que su señoría se negaría a responder a sus preguntas y le diría, tal vez con razón, que no era asunto suyo.

Sin embargo, ¿había venido desde tan lejos para fracasar? Se encaminó hacia el campo de instrucción y vio a Carline, Merrill y Pierce que estaban firmes e indignados mientras Patrick Harper iba inspeccionando minuciosamente sus uniformes. Los tres oficiales tenían ojeras y los ojos enrojecidos porque se habían quedado despiertos toda la noche. Harper, habituado a las noches de guerra, estaba fresco y contento.

—¡Alto! —gritó el centinela en la puerta de entrada, con ganas de impresionar al comandante Sharpe. Éste se detuvo.

Un oficial a caballo apareció en la arcada, glorioso y espléndido sobre un magnífico caballo, resplandeciendo con el uniforme rojo, azul y oro del primer regimiento de caballería, que estaba directamente al servicio del rey. El oficial estaba totalmente fuera de lugar en aquel cuartel sombrío y remoto.

—Un poco difícil encontrarle, ¿eh? —El oficial se echó a reír al desmontar junto a Sharpe—. Es usted el comandante Sharpe, ¿no?

—Sí. —El capitán saludó.

—¡Lord John Rossendale, señor! ¡Es un honor conocerle!

Lord John era un joven alto, delgado como un junco, guapo y divertido, y tenía una voz amistosa y lenta.

—Es la primera vez que estoy aquí. Me han dicho que hay una buena jauría de sabuesos camino arriba.

—No sabría decírselo —contestó Sharpe sin humor—. ¿Me está buscando a mí?

—Más bien —dijo Rossendale sonriendo alegremente—. Tengo algo para usted, señor. O lo tenía.

Escarbó en su portafolios, pero no encontraba lo que había traído. Chasqueó los dedos, se maldijo por tonto y entonces, felizmente, le vino a la memoria, y encontró en la alforja lo que estaba buscando.

—¡Aquí tiene, señor! Entregado a salvo. —Le dio un grueso pliego de papel, bien sellado—. ¿Puedo almorzar aquí, señor? ¿Qué tal se come en el comedor de oficiales? ¿O me recomienda usted la ciudad?

Sharpe no respondió, había abierto el pliego y estaba leyendo la escritura florida.

—¿Es una broma?

—¡Señor, no! —De todas formas, lord John se echó a reír—. Un pequeño privilegio, ¿no le parece? ¡Siempre ha deseado conocerle! ¡Se puso más contento que si hubiera ido borracho cuando la Guardia Real le dijo que volvía usted a casa! Nos dijeron que había muerto usted este verano, pero aquí está, ¿eh? ¡Como unas pascuas!

Espléndido, ¿eh? Será divertido, ¿no le parece?

—¿Divertido?

—¡Claro! —Lord John le ofreció a Sharpe la sonrisa más amistosa y encantadora que pudo—. Tiene que ir usted con lo mejor que tenga.

—¿Lo mejor de qué?

—El uniforme, señor. Haga que su amigo se lo pule todo bien. Déle un poco de brillo, ¿eh? —Echó una mirada a la casaca de Sharpe y se echó a reír—. No puede ir con ésa, ¿eh? Creerán que ha venido usted a limpiar las chimeneas. —Se volvió a reír para mostrar que su intención no era ofenderlo.

Sharpe se quedó mirando fijamente la invitación y se dio cuenta de que la suerte había cambiado. Hacía tan sólo un momento se había sentido inquieto, y con razón, ante la idea de ver a lord Fenner. ¿Qué simple comandante podía pedirle explicaciones a un ministro de Guerra? Ahora, de repente, la respuesta se la había dado este mensajero elegante y sonriente que le había traído una invitación, una orden, para que Sharpe fuera a Londres a conocer a un hombre. El mismo hombre que a lo largo del último año había insistido para que Sharpe fuera ascendido, un hombre a quien ni siquiera lord Fenner se atrevía a ofender. El príncipe de Gales, príncipe de Inglaterra, le pedía al comandante Richard Sharpe que se presentara en la corte, y él, si era lo bastante inteligente, dejaría que aquel caballero real exigiera saber dónde se había ocultado el segundo batallón. Echó una carcajada. Pasaría por encima de la cabeza de lord Fenner y, con la ayuda real, entraría en Francia con las banderas de su regimiento.

Capítulo 2

—Hay una línea amarilla en la alfombra. Obsérvela.

—Sí —dijo el comandante Richard Sharpe.

—Es ahí donde debe detenerse. —El chambelán hizo un pequeño y gracioso gesto con sus dedos enfundados en un guante blanco, mostrándole cómo tenía que detenerse—. Se inclina. —Otra floritura con los dedos—. Contesta usted brevemente, dirigiéndose a su alteza real como «su alteza real». Luego vuelve a inclinarse.

Sharpe llevaba diez aburridos minutos observando a la gente que se acercaba al trono. Dudaba que, después de haber visto tantos ejemplos, fuera necesario que le dieran instrucciones tan minuciosas, pero el cortesano insistía en volver a decírselo. Con cada uno de los elaborados gestos que hacía la mano del hombre enguantado le lanzaba una vaharada de perfume que le alcanzaba la nariz.

—Y cuando se haya inclinado por segunda vez, comandante, retroceda de espaldas. Hágalo lentamente. Deténgase cuando alcance la cola del león. —Señaló con su bastón a un león rampante bordado sobre la lujosa alfombra roja. El cortesano, con ojos que parecían estar hechos de hielo, miró a Sharpe de arriba abajo—. Algunos de nuestros caballeros militares, comandante Sharpe, se enredan con las espadas cuando caminan hacia atrás. ¿Puedo sugerirle que mantenga la vaina separada del cuerpo?

—Gracias.

Un grupo de músicos, lujosamente vestidos con uniforme cortesano, con pelucas empolvadas, cejas depiladas y expresiones concentradas y afanadas, tocaban violines, violoncelos y flautas. A Sharpe las melodías no le decían nada, ni una de ellas era una marcha enérgica que animara el corazón y que fuera capaz de conducir a un hombre a la batalla. Eran melodías frívolas y tintineantes; melindrosas y delicadas, adecuadas para una corte real. Sharpe se sentía como un idiota, y se alegraba de que ninguno de sus hombres pudiera verlo en ese momento: d'Alembord y Price estaban a salvo en Chelmsford, dándole un poco de energía a aquel depósito medio vacío, mientras que Harper, aunque permanecía en Londres, estaba con Isabella en Southwark.

Sobre la cabeza de Sharpe se encontraba un techo pintado con dioses altaneros, que miraban el enorme salón con aparente aburrimiento. Una gran araña de lágrimas de cristal, que convertía la llama de las velas en un millón de luces, colgaba del centro de la habitación. El fuego, un lujo innecesario en una noche cálida, ardía en una gran chimenea, y el olor del humo se mezclaba, en una estancia ya demasiado caliente, con el olor del maquillaje de las mujeres, el sudor y el humo de los cigarros que penetraba desde la cámara contigua.

En aquel momento estaba siendo presentado un almirante. Sonaron unos aplausos aburridos de los cortesanos que se amontonaban en la tarima. El almirante se inclinó

una segunda vez, retrocedió de espaldas, y Sharpe vio que el hombre separaba la espada delgada del cuerpo mientras cambiaba el sentido a la altura del león rugiente.

—¡Lord Pearson, su alteza real! —dijo el lacayo recargadamente vestido que anunciaba los nombres.

Lord Pearson, ataviado con traje cortesano, avanzó confiado y se inclinó. Sharpe sintió que el corazón le latía aceleradamente cuando pensó que, en unos momentos, tendría que seguir a aquel hombre por la alfombra. Nada de todo eso tenía sentido, por supuesto, no eran más que ridículas tonterías, pero seguía estando nervioso. Deseaba no estar allí, hubiera deseado encontrarse en cualquier otro sitio y no en aquella habitación queapestaba y era demasiado calurosa. Observó cómo lord Pearson pronunciaba algunas palabras y pensó, con fatalidad, lo imposible que resultaría sacar el tema del batallón desaparecido en aquellos pocos y temibles segundos de conversación.

—Lo mejor es —le murmuró el cortesano al oído— decir lo menos posible. «Sí, su alteza real» o «No, su alteza real» resultan muy adecuados.

—Sí —dijo Sharpe.

Esa noche presentaban a cincuenta hombres. La mayoría venían con sus esposas, que reían servilmente siempre que los cortesanos que estaban sobre la tarima se reían. Nadie era capaz de oír la agudeza que había provocado la risa, pero de todas formas se reían.

Los hombres resplandecían con sus uniformes o sus trajes cortesanos, los gabanes cargados de adornos de piedras preciosas y fajas brillantes. Sharpe no llevaba condecoraciones, sólo la insignia de tela descolorida que mostraba una corona de laurel podría considerarse como un adorno. Se la habían dado por penetrar en una brecha defendida; había sido el primer hombre en subir por las piedras destrozadas y cubiertas de sangre en Badajoz, pero era una insignificancia junto a los esmaltes deslumbrantes y adornados con piedras preciosas de las grandes estrellas que brillaban en los otros uniformes. Había cogido la insignia con la corona de laurel de su casaca vieja y había insistido en que el sastre se la cosiera en su uniforme nuevo. Le resultaba extraño verse vestido con tanta elegancia, con la cintura ceñida por una faja roja con borla y las hombreras brillantes con las estrellas de su rango. Calculaba que la velada le había costado ya cincuenta guineas, la mayoría gastadas en el sastre que se había desesperado para tener el uniforme nuevo a tiempo. Sharpe gruñó que iría a la Corte Real vestido con su uniforme viejo y que diría que el responsable era el sastre, quien, tal y como esperaba, terminó el uniforme a tiempo.

El uniforme era nuevo, pero Sharpe seguía llevando sus botas, viejas y cómodas. Se negó terminantemente a gastar dinero en los zapatos de cuero negro reglamentarios, y el caballero real que lo recibió en el vestíbulo de Carlton House frunció el ceño al ver las botas hasta la rodilla. Por muy bien que las hubiera lustrado,

no había podido quitarles las rozaduras o disimular las puntadas que cerraban el corte que un cuchillo enemigo había hecho en la bota izquierda. El caballero real, cuyos zapatos con hebilla brillaban como un espejo, se preguntaba si al comandante Sharpe le gustaría tomar prestado el calzado adecuado.

—¿Qué hay de malo en las botas? —había preguntado Sharpe.

—No son reglamentarias, comandante.

—Lo son para los coroneles de la Guardia Imperial de Napoleón. Yo maté a uno de esos bastardos para conseguir estas botas, y maldita sea si me las voy a quitar por usted.

El caballero real suspiró.

—Muy bien, comandante. Si así lo desea.

En el costado de Sharpe, dentro de la vaina abollada, colgaba su espada de caballería pesada y barata. En Hopkinsons, de la calle San Alban, los agentes del Ejército, que eran medio banqueros, medio correos y medio prestamistas de los oficiales, tenía una espada de regalo procedente de la Fundación Patriótica. Se la habían entregado como recompensa por haber capturado el águila francesa en Talavera, pero se sentía incómodo con una espada tan frágil y decorada en exceso. Era un soldado, e iría a la corte con su propia espada. «Pero por Dios —pensó— preferiría estar de vuelta a España.» Preferiría enfrentarse a un batallón de veteranos franceses que a este sufrimiento.

—¿Un paso adelante, comandante?

Sharpe obedeció, y el paso lo acercó al borde de la gente, de manera que pudo ver mejor. No le gustó lo que vio; gente rechoncha, suficiente, embutida en ropas ricas y elegantes. Sus risas sonaban tan vacuas como la música. Los que le miraban mostraban una mezcla de sorpresa y pena ante su falta de elegancia, como si un gallo de pelea manchado de barro se hubiera metido en un corral de pavos reales. La mayoría de mujeres iban vestidas de blanco, lucían trajes fruncidos bajo el pecho que luego caían en vertical hasta la alfombra, escotes generosos, y cuellos rodeados de piedras preciosas y oro. Se abanicaban afanosa y delicadamente con marfil y plumas. Una mujer que estaba junto a Sharpe se elevó por encima del hombro de un hombre que estaba frente a ella, y dejó ver un escote por el que corría el sudor, abriendo pequeños surcos en el maquillaje de su pecho.

—¿Ha tenido un buen viaje, comandante? —le preguntó el cortesano en un tono que significaba que no le importaba en absoluto.

—Sí, muy bueno, gracias.

—Otro paso adelante, creo.

Sharpe dio el paso obedientemente. Iba a ser la última persona que presentaran a su alteza real. Desde otra habitación de la enorme mansión se oían el tintineo de copas y las carcajadas. Los músicos seguían rascando sus instrumentos. Las caras de

la gente alineada a lo largo de la alfombra brillaban bajo la luz de las velas. Todos, a excepción de Sharpe, llevaban guantes blancos, incluso los hombres. No conocía a nadie allí, pero parecía que todos se conocían unos a otros, y se sintió tonto e inoportuno. El aire que respiraba le parecía pesado, caliente y húmedo, no con la humedad de un día de verano, sino con un olor fuerte a sudor y maquillaje que pensaba que iba a ahogarle.

Una mujer le llamó la atención y se la quedó mirando. Durante un segundo pensó que ella le sonreiría para agradecerle el momento en que sus miradas se habían encontrado, pero ni sonrió ni desvió la vista; se lo quedó mirando con una expresión de curiosidad despectiva. Antes Sharpe ya se había fijado en ella, porque en aquella habitación demasiado calurosa y llena de gente era como una joya entre desechos. Era alta, delgada, de cabello pelirrojo oscuro recogido bien alto sobre su cara delgada y sorprendente. Tenía los ojos verdes, tan verdes como la casaca de Sharpe, y ahora aquellos ojos lo miraban fijos y desafiantes. Sharpe apartó la vista. Empezaba a sentirse hosco y rebelde, enfadado ante tanta charada, y se preguntaba qué sucedería si, sencillamente, diera la vuelta y se marchara de aquel lugar. Pero estaba allí con un propósito: hacer uso del privilegio de aquella presentación y pedir un favor. Se dijo a sí mismo que hacía aquello por los hombres que esperaban en Pasajes.

—Acuérdese, comandante, de apartar la espada cuando se aleje de su presencia. —El cortesano, una cabeza más bajo del metro ochenta que medía Sharpe, le sonrió con delicadeza—. ¿Le veré luego, tal vez? —dijo con un tono que no mostraba alegría alguna.

El momento había llegado. Estaba delante de la multitud, frente a la amplia alfombra, y veía los ojos que lo miraban de hito en hito y al criado vestido recargadamente al pie de la tarima. El criado lo miró y le hizo una señal con la cabeza.

Sharpe avanzó. ¡Cristo!, pensó, a ver si iba a dar un traspie o a desmayarse. De repente, sintió las botas pesadas como si fueran hierro en lingotes, parecía que la vaina de su espada se balanceara malévolamente entre las rodillas. Entonces frunció el ceño, porque a su derecha habían empezado a aplaudir y los aplausos crecían, y alguien, una mujer, gritó «¡bravo!».

Se sonrojó y los aplausos lo enojaron más. Era culpa suya, no tenía que haber hecho caso a la orden real; y sin embargo, estaba caminando por aquella maldita alfombra. Las caras le sonreían y estaba seguro de que se iba a enredar con la enorme espada que resonaba dentro de la vaina metálica que llevaba al costado.

La mujer que lo había mirado fijamente, la de los ojos verdes, observaba cómo se acercaba a la línea amarilla. Aplaudía educadamente pero sin entusiasmo. Un hombre de aspecto peligroso —pensaba ella— y mucho más atractivo de lo que esperaba. Lo único que le habían dicho era que venía de los barrios bajos, un hijo bastardo de una

prostituta campesina. «No querrás acostarte con él, Anne.» Recordaba estas palabras y el tono de burla de la voz que las había dicho. «Habla con él, sin embargo. Averigua qué sabe.»

—Tal vez no quiera hablar conmigo.

—No seas tonta. Un campesino como éste se sentirá halagado de hablar con una dama.

En ese momento estaba viendo cómo el hijo bastardo de una vulgar puta se inclinaba, y resultaba obvio que el comandante Richard Sharpe no estaba acostumbrado a inclinarse. La dama sintió que la invadía una excitación que la sorprendió.

El cortesano esperaba que Sharpe acabara la torpe reverencia.

—El comandante Richard Sharpe, su alteza real. Destinado al Regimiento del South Essex de su majestad.

Las palabras del cortesano provocaron más aplausos, y el hombre sentado en el trono dorado con almohadones de terciopelo rojo los alentó al golpear ligeramente sus dedos enfundados en guantes blancos contra la palma de la mano. Nadie había recibido tal aplauso, nadie. Sharpe se ruborizó como un niño, mientras miraba fijamente los ojos glaucos y la cara ancha del príncipe de Gales, que esa noche se había enfundado el uniforme de gala de general británico; un uniforme que le quedaba algo estrecho en los muslos y en su gruesa barriga.

El aplauso terminó. Parecía que el príncipe de Gales reía encantado. Se quedó mirando a Sharpe como si el fusilero fuera algún dulce delicioso que le hubieran traído para su deleite; entonces habló con una voz afrutada y que parecía sorprendida.

—Va usted vestido de fusilero, ¿eh?

—Sí, su majestad.

«Oh Dios —pensó Sharpe—. Tenía que haberlo llamado su alteza real.»

—Pero está usted con el South Essex, ¿no?

—Sí, su alteza real. —Entonces Sharpe recordó que después de la primera pregunta se suponía que tenía que llamarlo «señor»—. Señor —añadió.

—¿Sí?

Sharpe pensó que se iba a desmayar, porque aquel hombre gordo y de mediana edad se inclinaba hacia delante creyendo que iba a decir algo. Sharpe movía la mano derecha, deseando que se lo tragase la tierra, y aguantó la empuñadura de la espada.

—Muy honrado, su majestad.

Estaba seguro de que iba a desmayarse. La habitación estaba cargada, un torbellino confuso de polvo, caras blancas, música y calor.

—¡No, no, no, no! El honor es mío. ¡Por supuesto! ¡El honor es únicamente mío, comandante Sharpe!

El príncipe de Gales chasqueó los dedos, le sonrió y, de repente, la reducida

orquesta cesó de tocar la delicada melodía que había acompañado a Sharpe en su caminar por la alfombra y se puso a tocar una melodía militar. La música se vio arropada por exclamaciones de asombro del público acompañados por más aplausos que fueron creciendo y que engrosaron los vítores que obligaron a los músicos a tocar más fuerte.

—¡Mire! —dijo el príncipe de Gales señalando a la derecha de Sharpe—. ¡Mire!

Los aplausos continuaban. Richard se dio la vuelta; la multitud que aplaudía había abierto un pasillo, y por él, avanzando con el paso de ganso, tan pasado de moda que Sharpe no había vuelto a verlo desde hacía al menos veinte años, iban tres soldados vestidos con uniformes de tan prístina perfección que se los debían haber cosido sobre su cuerpo puesto de pie. Llevaban el cabello empolvado a la antigua usanza y pecheras altas; pero no era la aparición de los tres soldados, por muy impresionantes y poco prácticos que resultaran, lo que había provocado los nuevos aplausos.

—¡Bravo!

Los gritos se elevaron mientras Sharpe se fijaba en lo que llevaba el soldado del centro.

Ya había visto antes aquel objeto, en un valle tórrido lleno de humo y que apestaba a carne chamuscada. Los heridos, recordaba, no habían sido capaces de escapar al fuego de la hierba y se habían quemado allí donde habían caído en el campo de batalla. Las llamas habían hecho explotar las bolsas de munición y el fuego se había extendido aún más.

Lo había visto antes, pero no así. Esta noche el bastón estaba pulido y el adorno dorado brillaba a la luz de las velas. Antes, aquel día caluroso en que los tacos de los mosquetes habían ardidido y los heridos habían llamado a gritos a Jesús o a sus madres, Sharpe había aguantado el bastón abollado y ensangrentado y lo había blandido como una alabarda, atacando al enemigo, mientras que junto a él, chillando en su lengua materna irlandesa, el sargento Harper había machacado los portaestandartes y Sharpe se había hecho con aquella águila, la primera águila francesa que capturaban las fuerzas de su majestad.

Esa noche estaba bruñida. Alrededor de la base del águila había una corona de laurel. No le iba bien; una vez, esos ojos orgullosos, ese pico curvo y esas alas a medio desplegar habían estado en un campo de batalla, y todavía era allí donde pertenecía, no aquí, no con esta gente gruesa y sudorosa que aplaudía. Los presentes observaban, sonreían y le saludaban con la cabeza al tiempo que le lanzaban el bastón.

—¡Cójalo! ¡Cójalo! —dijo el príncipe regente.

Sharpe se sentía como un animal de circo. Lo cogió, bajó el bastón y se quedó mirando fijamente el águila. No era mayor que un plato y vio el extremo de un ala que estaba algo doblado, porque él mismo había golpeado a un hombre en la cabeza

con el estandarte, y sintió lástima por el águila. Igual que él, allí estaba fuera de lugar, pertenecía al humo de la batalla. Los hombres que la habían defendido habían sido valientes, habían luchado lo mejor que puede hacerlo un hombre, y no estaba bien que aquellos bobos refocilantes aplaudieran el trofeo humillado.

—¡Tiene usted que recordarme todo lo que sucedió! ¡Exactamente! —El príncipe descendía de la tarima y avanzaba hacia Sharpe—. ¡Insisto, todo, todo! ¡Durante la cena!

Para horror de Sharpe, el príncipe, que durante la locura de su padre había hecho de regente y de monarca de Inglaterra, le pasó un brazo por los hombros y lo acompañó por la alfombra.

—Todos y cada uno de los detalles, comandante Sharpe, con todo detalle. ¡En la cena! ¡Traiga su pájaro! Oh, sí, no se encuentra uno cada día con un héroe. ¡Venga! ¡Venga!

Sharpe iba a cenar con un príncipe.

La cena fue de veintiocho platos, la mayoría de ellos llegaban templados a la mesa porque la distancia desde las cocinas era enorme. Sirvieron champán, vino y más champán. Los músicos seguían tocando. El príncipe de Gales fue extraordinariamente solícito con Sharpe: le llenaba el plato de comida, le animaba a explicar historias, le reprendía cuando pensaba que era demasiado modesto, y finalmente le preguntó por qué había regresado a Inglaterra.

Sharpe respiró hondo y se lo contó. Por un breve momento se sintió complacido, porque estaba haciendo lo que se había propuesto desde un principio: salvar un regimiento. Percibió que algunos comensales fruncían el ceño cuando habló del batallón desaparecido, como si el tema no fuera adecuado para una velada como aquélla, pero el príncipe estuvo encantado.

—Algunos de mis hombres han desaparecido, ¿eh? Eso no está bien. ¿Está Fenner aquí? ¿Fenner? ¡Busquen a Fenner!

Sharpe sintió de repente el ardor de la victoria, como el momento de la batalla en que la retaguardia del enemigo retrocede y el frente está a punto de desmoronarse. Aquí, en el comedor chino de Carlton House, había inducido al príncipe regente a hacerle la pregunta que él mismo había tenido tanto miedo de formular a lord Fenner.

—¡Ah, Fenner!

Un cortesano acompañaba al ministro de Guerra hacia la mesa del príncipe. Lord Fenner era un hombre alto, vestido con traje de corte, de rostro delgado y pálido dominado por una nariz aguileña y prominente. Sharpe pensó que su cara mostraba una expresión de preocupación que parecía perpetua, como si acarrearía con solemnidad las cargas de la nación sobre sus delgados hombros. Supuso que era un hombre que ya había cumplido los cincuenta. Su voz, cuando se dirigió al príncipe,

era fuerte y nasal; una voz aristocrática conseguida sin esfuerzo alguno.

El príncipe exigió saber por qué lord Fenner quería abolir el South Essex.

—¡Desembuche!

Fenner echó una mirada a Sharpe, la clase de mirada de un hombre que mide a su enemigo.

—No es deseo nuestro, señor, sino del propio regimiento.

El príncipe se giró asombrado hacia Sharpe; luego volvió a mirar a lord Fenner.

—¿Su propio deseo?

—Escasez de reclutas, señor.

—¡Había un buen número de reclutas! —replicó Sharpe.

Lord Fenner sonrió con lástima.

—Menores de edad, mal alimentados e ineptos. —El príncipe estaba empezando a arrepentirse de su salida en favor de Sharpe, pero persistió en el ataque con elegancia.

—Y el segundo batallón desaparecido, ¿eh? ¡Hábleme de ello, Fenner!

—¿Desaparecido, señor? —Lord Fenner echó otra mirada al fusilero y luego volvió a mirar al príncipe—. No ha desaparecido, señor. Se ha ido.

—¿Se ha ido? ¡Se ha ido! ¿Se ha esfumado?

Fenner sonrió con una sutil mezcla de aburrimiento y adulación.

—Existe en los papeles, señor. —Hizo que el asunto sonara trivial—. Es un procedimiento burocrático normal. Nos permite dar una asignación a unos hombres que si no fuera así no recibirían nada hasta que se les encontrara un destino adecuado. Estoy seguro de que si al comandante Sharpe le fascina nuestro papeleo puedo encargarme de que un secretario se lo explique. O incluso a su alteza real.

Esta última afirmación rayaba la descortesía, e insinuaba que el príncipe regente, a pesar de ejercer de monarca británico mientras su padre estaba enfermo, no tenía autoridad sobre el Ejército o el Ministerio de Guerra.

No tenía autoridad, pero sí influencia. El hermano del príncipe, el duque de York, estaba al mando del Ejército, mientras que el Ministerio de Guerra era gobernado por políticos. El príncipe regente no estaba al mando de nada, aunque tenía el inmenso poder del patronato. Sharpe había intentado, y lo había conseguido, aprovecharse de esa influencia, pero parecía que a lord Fenner no le preocupaba. El ministro sonrió.

—Su hermano, señor, sin duda se alegraría de vuestro interés.

—¡Dios mío! —exclamó el príncipe riendo.

Todo el mundo conocía el odio que se profesaban el príncipe y el duque de York, comandante en jefe del Ejército.

—¡Freddie se cree que el Ejército es suyo! —La perspectiva de hablar con él le resultaba obviamente aborrecible—. Así, Fenner, no hay tal batallón desaparecido, ¿eh?

—Me temo que no, señor.

El príncipe volvió la cara extraordinariamente empolvada hacia Sharpe.

—¿Ha oído esto, comandante? Perdido en un revoltijo de papeles, ¿eh?

Lord Fenner estaba observando a Sharpe. Sonrió tan levemente que parecía una amenaza.

—Por supuesto, señor, haremos todo lo que podamos para encontrar al comandante Sharpe un regimiento nuevo.

—¡Por supuesto! —El príncipe le sonrió ampliamente a Sharpe, luego a Fenner—. ¡Y rápido, Fenner, rápido! ¡De inmediato, incluso!

Fenner sonrió con cortesía.

—¿Está usted en Londres, comandante?

—En la Taberna de la Rosa.

—Recibirá usted órdenes nuevas mañana.

El comandante Sharpe había intentado rebasar a lord Fenner y había fracasado. El príncipe de Gales no permitía interferir en el Ministerio de Guerra o en la Guardia Real, y el tono utilizado por lord Fenner sugería que las órdenes serían una venganza cruel por su temeridad.

—¡Envíelo a España!, ¿me oye?

El príncipe hizo una señal autoritaria a Fenner con la mano, engulló con deleite el vino que le había servido un criado y puso su gruesa mano sobre el brazo de Sharpe.

—Un viaje en vano, ¿no es cierto, comandante? Por lo menos nos ha brindado la oportunidad de vernos otra vez, ¿eh?

Sharpe se quedó sorprendido al oír «otra vez», pero una mirada de advertencia de lord John Rossendale, que estaba sentado enfrente, hizo que diera una respuesta evasiva.

—Por supuesto, señor.

—Dígame comandante, ¿no hacía calor el día en que nosotros capturamos el águila?

Lord John le estaba haciendo señales para que no protestara por la palabra «nosotros». Sharpe asintió.

—¡Mucho calor!

Se preguntaba si el príncipe había perdido la razón, como su padre. Hablaba como si hubiera estado allí, en aquel valle de Porrina donde los heridos imploraban clemencia. Habían pequeñas serpientes negras, recordaba Sharpe, que se alejaban del fuego arrastrándose. Su mente era un remolino de serpientes negras, recuerdos y el repentino golpe que suponía que el viaje hubiera sido inútil. Lord Fenner le ordenaría que se fuera mañana; no habría reemplazos para el South Essex y el regimiento moriría.

El príncipe le dio un ligero codazo y volvió a sonreír.

—Los dejamos bien sorprendidos, comandante, ¿eh?

—Sí, señor.

—¡Qué día, qué día! —El príncipe sacudía la cabeza, espolvoreando el vino de Sharpe con el polvo blanco que le caía del cabello—. ¡Ah! ¡Un batido de leche! ¡Espléndido! Sírvale uno al comandante. Tenemos un chef francés, comandante. ¿Lo sabía?

Dieron las cuatro de la mañana antes de que pudiera escapar. Lo habían invitado a jugar al *whist*, y rechazó porque no sabía. Sólo consiguió abandonar la compañía del príncipe tras prometerle que asistiría a una recepción dos días más tarde.

Se quedó en la entrada de Carlton House sintiendo furia y burla hacía sí mismo. Había soportado la adulación y las tonterías para luego fracasar. Lord Fenner, incluso ante el requerimiento del príncipe, se había sacudido las preguntas de encima como si fueran moscas. Y, estaba seguro, también había mentido. O eso, o el sargento Carew, de Chelmsford, no había visto ningún grupo de reclutamiento; pero Sharpe creía a Carew, no a Fenner.

Había venido a Inglaterra para nada. Allí estaba, vestido con un uniforme que no había querido comprarse, con la cabeza llena del humo de los cigarros, y reflexionaba que, lejos de conseguir la victoria que había presentado en el momento en que el príncipe requería a lord Fenner, había sido derrotado sin el menor esfuerzo.

Descendió las escaleras, devolvió los saludos de los centinelas y se adentró en Pall Mall, donde, para asombro de Europa, las luces de gas alumbraban y siseaban en la noche. Todavía hacía calor, al este el cielo empezaba a clarear con la luz del amanecer por encima de la niebla del humo de Londres. Fue caminando hacia el amanecer, las botas altas resonando en la calle vacía.

Aunque no tan vacía: un carruaje traqueteaba detrás de él. Oyó los cascotes, las cadenas y las ruedas, pero no se inmutó. Supuso que se trataría de otro de los invitados del príncipe que se dirigía a casa. El carruaje redujo la marcha al acercarse. El cochero, subido al pescante adornado con borlas, tiró de las riendas para detener el vehículo, y Sharpe, molesto por el entremetimiento, apretó el paso. El cochero hizo que los caballos fueran más deprisa hasta que el carruaje se encontró junto al fusilero, que iba caminando. La puerta se abrió de repente y alumbró el pavimento con una luz amarillenta de linterna.

—¿Comandante Sharpe?

Sharpe se dio la vuelta. El interior del carruaje estaba tapizado de color azul oscuro y en su lujoso interior, como una joya en una caja forrada, se encontraba la mujer delgada de los sorprendentes ojos verdes. Iba sola.

Sharpe se tocó el pico del chacó.

—Señora.

—¿Tal vez puedo acompañarlo a casa?

—Me queda un buen trecho, señora.

—A mí no —le dijo señalando el asiento junto a ella.

Sharpe se detuvo, asombrado del atrevimiento de la dama, y entonces pensó que una conquista tan fácil resultaría un consuelo adecuado para una noche de derrota. Subió al carruaje y se adentró en la noche londinense.

Mucho más tarde, después de que el sol se hubiera levantado y ya hubiera transcurrido media mañana, mucho después de la hora en la que Sharpe le había dicho a Harper que se reuniera con él en la Taberna de la Rosa, ella se tumbó encima de él. Su cabello pelirrojo caía desgredado sobre la cara burlesca.

—Es usted el último juguete de Prinny. Y el mío.

Lo dijo con amargura, como si se odiara a sí misma por estar en la cama con él. Había hecho el amor como si no lo hubiera hecho en una década; febril, salvaje, hambrienta; sin embargo, luego, aunque estuviera en cueros, se las había arreglado para darle a entender que, en comparación al gran favor que ella le había hecho, el del fusilero era bien pequeño. La dama no sonrió hasta que llegaron a su habitación; ahora tampoco sonreía.

—Supongo que va a fanfarronear de esto con sus amigos soldados.

—No.

Sharpe le acarició la piel de la espalda, sus manos recorrieron suavemente la curva profunda y delgada de la cintura. Pensó que era una mujer hermosa pero amargada, y que tendría más o menos su misma edad. La dama no le había dicho cómo se llamaba, se había negado a contestar a esa pregunta.

Ella le clavó las uñas en los hombros.

—Les va a decir que se ha acostado con una de las mujeres de Prinny, ¿no?

—¿Lo es?

Ella hizo un gesto de desdén.

—A Prinny sólo le gustan las abuelas, comandante. Cuanto mayores, mejor. Le gustan rancias y antiguas. —Pasó una de sus afiladas uñas por la cicatriz de la cara de Sharpe—. ¿Y qué le pareció lord Fenner?

—Es un cabrón mentiroso.

Por primera vez ella se echó a reír, y buscó su cara con aquellos grandes ojos verdes.

—Tiene usted buena puntería, comandante. También es un político, comería mierda por dinero o poder. ¿Cómo sabe que está mintiendo?

El fusilero la seguía acariciando, sus manos recorrían el cuerpo de la mujer desde los omóplatos hasta los muslos.

—Dijo que mi segundo batallón estaba disuelto, una conveniencia administrativa. No es cierto.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó la dama con un cierto desprecio, como si un simple soldado de regreso de la guerra no pudiera saber nada.

—Porque todavía están reclutando hombres. Los regimientos disueltos no recluían.

—¿Y qué va a hacer?

—Buscarlos.

La dama se le quedó mirando; luego, con un gesto sorprendentemente suave, le retiró el cabello negro de la cara.

—No lo haga.

—¿Qué?

Pareció que ella volvía a burlarse, luego lo rodeó con las piernas.

—Quédese en Londres, comandante. La corte de Prinny está llena de putitas. Diviértase. ¿No le dijo Fenner que le encontraría otro regimiento? Déjelo.

—¿Por qué?

—Dése la vuelta.

Las manos de la dama se apoderaron de él, las uñas le arañaban la piel. Se sintió con tantas cicatrices como si hubiera combatido en una gran batalla.

Ella no iba a decirle cómo se llamaba, tan sólo le daría su delgado cuerpo hambriento. Era como un gato, pensó Sharpe, un gato ágil y de ojos verdes. Mientras él se vestía, permaneció desnuda, tumbada sobre las sábanas de seda, observándolo con sus ojos desdeñosos y misteriosos.

—¿Me permite que le dé algún consejo, comandante?

Sharpe ya se había puesto las botas.

—Sí.

—No busque ese batallón, comandante.

—¿Así que existe?

—Si usted lo dice... —La dama se cubrió el cuerpo con las sábanas—. Quédese en Londres, deje que Prinny babe a su alrededor, pero no convierta a lord Fenner en su enemigo.

El sonrió.

—¿Qué puede hacerme?

—Matarle. No lo busque, comandante.

Se inclinó para besarla, pero ella se apartó y él se enderezó.

—Vine a Inglaterra para encontrarlo.

—Váyase, comandante —le dijo mientras observaba cómo se abrochaba la espada—. Hay unas escaleras en la parte de atrás; nadie le verá partir. ¡Vuelva a España!

Sharpe se la quedó mirando desde la puerta abierta. Desde la habitación la casa parecía vacía.

—Hay hombres en España que me necesitan, que confían en mí. —Ella lo miró fijamente, sin decir nada, y él sintió que sus palabras resultaban inadecuadas—. No son hombres especiales, no quedarían muy bien en Carlton House, pero están

luchando por todos ustedes. Por eso estoy aquí.

La dama se burló de él con una sonrisa de desprecio.

—Váyase.

—Si sabe algo de mi batallón, dígamelo.

—Le estoy diciendo que se vaya. —Repitió de una manera salvaje, como si se despreciara por habérselo llevado a la cama—. ¡Váyase!

—Estoy en la Taberna de la Rosa, en Drury Lane. Si me envía una carta me la harán llegar. La Taberna de la Rosa.

Ella se volvió sin contestar, y Sharpe parpadeó por la repentina luz del sol, mientras iba adentrándose en el callejón trasero. Deseaba encontrarse realmente en casa, en España, con sus hombres, en el lugar en que se libraba la guerra. Esa ciudad de lujo y engaños le parecía repentinamente repugnante. Había venido a Londres y no había conseguido nada. Lentamente, fue caminando de vuelta a Drury Lane.

Capítulo 3

Los soldados británicos, con las casacas rojas nuevas y los mosquetes con las bayonetas preparadas, se adentraron en el humo. Jalearon, cargaron, avanzaron al redoble del tambor.

Los franceses corrían; trepaban desesperadamente por la ladera de la colina mientras que, debajo de ellos, los casacas rojas surgían del humo y disparaban una única descarga. Dos de los franceses, con las casacas azules intactas, se giraron y cayeron. A uno de ellos le brotó la sangre de la boca, sus brazos se elevaron, se dio la vuelta lentamente, chillando de una forma horrible, y se derrumbó a los pies de la infantería británica que avanzaba y cuyas botas brillaban de forma anormal. Un oficial francés, con su peluca torcida, se arrodillaba temblando de miedo y juntó las manos para pedir perdón a los soldados británicos victoriosos.

—Y entonces, señoras y señores, ¡la caballería!

La orquesta se puso a tocar con garbo una melodía descarada mientras cuatro hombres montados, con sables de madera en las manos, cabalgaban sobre el amplio escenario. El público los jaleaba. Los diez franceses derrotados, que volvían a ser necesarios, formaron una línea en el pie de la colina de yeso, blandieron los mosquetes, y los cuatro jinetes se alinearon bien erguidos, tocándose las rodillas. Los focos se reflejaban en los estribos y en las cadenas de las vainas.

—¡A través de la orgullosa llanura de Vitoria, damas y caballeros, el tronar de sus cascos resonaba fuertemente! —Los tambores redoblaban amenazantes—. ¡Llevaban las espadas en alto para que relucieran bajo el brillante sol de aquel gran día! —Los cuatro sables se levantaron cada uno a destiempo—. ¡Y entonces, señores, damas y caballeros, el orgullo de Francia se vio humillado: las tropas del ogro fueron derrotadas, y el mundo contempló con admiración la terrible proeza de nuestra caballería británica!

La orquesta del foso entonaba una cacofonía frenética y los cuatro jinetes trotaban por el escenario, chillando y agitando sus sables. Las espadas de madera descendían segando sobre los diez hombres, que, una vez más, se aplastaban las bolsas con sangre falsa y se desparramaban de forma artística por el proscenio.

El sargento Patrick Harper observaba cautivado. Sacudió la cabeza con admiración.

—Esto es impresionante, señor.

Los tambores volvían a redoblar, cada vez más fuerte, y ahogaban los chillidos de los actores moribundos y los gritos de excitación del público.

El fondo del escenario se estaba abriendo. Sharpe admitió que resultaba impresionante: allí donde hacía un momento había un campo de hierba con algunas colinas rocosas cuidadosamente dispuestas, envueltas en el misterio gracias al humo

que echaban unas ollas pequeñas, se encontraba ahora un castillo magnífico que, al tiempo que surgía, apartaba a un lado las colinas y el humo.

El bombo empezó a tocar con un ritmo atronador, un ritmo que hizo que el público aplaudiera siguiéndolo y jaleara de antemano. Los platillos hicieron temblar el teatro y el narrador, elevado en un pulpito junto al escenario, levantó las manos pidiendo silencio.

—¡Señores! ¡Damas! ¡Caballeros! ¡Ruego silencio para su majestad, su indecible majestad, su asquerosa, orgullosa, napoleónica majestad, el rey José!

Un actor, montado sobre un caballo negro, con una espada en la mano y una mueca de extrema fiereza dibujada en el rostro, brincó sobre el escenario y, simulando darse cuenta de la existencia del público por primera vez, se quedó mirando con arrogancia al teatro abarrotado.

La gente de las butacas lo abucheó. Él les escupió, agitó la espada, y los abucheos crecieron. El caballo orinó.

—¡El rey José! —gritó el narrador por encima del alboroto del teatro—. ¡Hermano del mismo ogro, un Bonaparte! ¡A quien hizo rey de España su hermano! ¡Un tirano para la orgullosa nación española, odiado allí donde se ama la libertad!

El público jaleó con más fuerza. Isabella, a quien habían ido a buscar a Southwark, se apoyó en el cojín afelpado en la parte delantera del palco y observó asombrada. Era la primera vez que iba al teatro, y pensaba que era mágico.

El rey José gritaba órdenes a la maltrecha fila de soldados franceses resucitados.

—¡Maten a los ingleses! ¡Masácrenlos!

El público silbaba. Un cañón fue arrastrado sobre ruedas desde la puerta del castillo, apuntó hacia el público y una lluvia de chispas y de humo surgió de su boca.

Isabella se quedó boquiabierta. Patrick Harper tenía los ojos bien abiertos de admiración ante el espectáculo.

Las entradas para aquel palco se las había dado a Sharpe el patrón de la Taberna de la Rosa. «Tiene que ir, comandante —le había dicho el hombre en tono confiado—. ¡Usted estuvo allí, señor, lo recordará todo! Y tendrá ostras y champán gratis a cuenta de la casa, señor.»

Sharpe no quería ir, pero Harper e Isabella tenían muchas ganas de ver *Victoria en Vitoria* y deseaban que Sharpe compartiera la diversión. El había accedido por Harper, y ahora que el espectáculo llegaba a su fin, se encontró a sí mismo disfrutando de las bufonadas mucho más de lo que había creído. «Los efectos —pensó— eran inteligentes, mientras que algunas de las chicas, convenientemente presentadas como campesinas perseguidas o viudas desconsoladas en la matanza del escenario, eran de una belleza luminosa. Había maneras peores —reflexionó Sharpe— de pasar una velada.»

El público chilló encantado cuando el rey José empezó a huir en el escenario

presa del pánico. Las tropas británicas, que salían de los lados, los perseguían, y él se fue despojando sucesivamente de la espada, el sombrero, las botas, el gabán dorado, el chaleco, la camisa, y finalmente, ante los gritos de excitación de las mujeres del público, los pantalones. Se quedó sólo con una diminuta bandera tricolor sobre el culo; temblaba encima del cañón agarrando la bandera. Los tambores redoblaron. Un soldado británico hizo ademán de coger la banderita, el tambor redobló más y más fuerte, el público gritaba para que el soldado tirara de la bandera, se oyó un choque de los platillos e Isabella dio un grito de satisfacción y asombro cuando el soldado arrebató la bandera al rey José en el mismo instante en que cayó el telón.

El público gritaba pidiendo más, la orquesta se inflamó hasta llenar los palcos con música triunfal, y el telón, después de una breve pausa, se levantó y se vio a todo el reparto. El rey José ahora cubierto, de cara al público con las manos cogidas, y cantaba *Proud Britons*. Una gran bandera de la Unión se levantó sobre sus cabezas.

Sharpe estaba pensando en una mujer hermosa, hambrienta y sensual que se había agarrado a él y le había dicho que regresara a España. Richard no quería otra cosa, pero sabía que lord Fenner había mentido y que el segundo batallón existía. Sentado en el teatro y viendo las pamplinas que se desarrollaban en el escenario se le había ocurrido la manera perfecta de encontrarlos. Los actores y su vestuario se lo habían sugerido, y se dijo que era tonto al pensar en meterse en cosas que no entendía. La misteriosa mujer de ojos verdes le había dicho que lord Fenner lo mataría, y, aunque tal amenaza no le asustaba, presentía que tenía enemigos en su tierra natal tan mortíferos como las tropas con casaca azul de Napoleón.

Isabella abrió la boca y aplaudió. De cada lado del escenario, sentadas sobre unos trapecios colgados de cables, dos mujeres vestidas de diosas de la victoria se balanceaban sobre las cabezas de los actores. Iban apenas vestidas, la gasa se agitaba sobre sus piernas desnudas mientras se balanceaban sobre los actores y lanzaban coronas de laurel a sus pies. Los hombres del público jaleaban cada vez que el movimiento de los dos trapecios levantaba la gasa de sus piernas.

Las diosas de la victoria desaparecieron del escenario cuando se acabó *Proud Britons*, y la orquesta entonó animadamente *Rule Britannia* que, aunque poco apropiada para la victoria de un soldado, tenía la ventaja de que el público conocía la letra. Los actores permanecieron firmes y solemnes, cantando con el público, y cuando la canción hubo terminado y el público empezó a aplaudir, el narrador levantó una vez más las manos pidiendo silencio. Algunos de los jóvenes que había en el patio de butacas gritaban para que fueran a buscar a las diosas medio desnudas, pero el narrador les hizo callar.

Un tambor iba redoblando suavemente y fue subiendo de tono. «¡Señores, damas y caballeros!» Un redoble más fuerte y de nuevo suave. «¡Hoy han visto ustedes, presentado con nuestro humilde arte, aquella gran victoria obtenida por los nobles

británicos sobre las horribles fuerzas del ogro corso!» Se oyeron abucheos contra Napoleón. Los tambores redoblaron fuertemente y luego otra vez más suave. El narrador hizo callar al público. «¡Fueron hombres valientes, señores, damas y caballeros! ¡Nuestros gallardos hombres, a través de los disparos y las bombas, a través de los sables y las espadas, a través de la sangre y el fuego, vencieron aquel día!» Otro redoble de tambor y más vítores.

La puerta del palco se abrió. Sharpe se dio la vuelta, pero no era más que una de las mujeres que buscaban clientes, supuso, dado que el espectáculo estaba acabando y se iban abriendo los palcos hacia la escalera.

«¡Sin embargo! ¡Señores, damas y caballeros! De todos los valientes, de todos los gallardos, de todos los valiosos hombres en aquel campo sangriento, no hubo ninguno más valiente, más ardiente, más determinado, ninguno con el corazón de león más...»

Sin acabar la frase, señaló hacia los palcos y, para horror de Sharpe, la luz deslumbrante de las linternas se dirigió al suyo. Las dos diosas de la victoria estaban frente a ellos, cada una con una corona de laurel. El público estaba en pie y aplaudía, desafiando a los platillos que sonaban pidiendo silencio.

«Señores, damas y caballeros. Vean ustedes en nuestro humilde teatro los hombres que capturaron el águila en Talavera, que penetraron en la sangrienta brecha de Badajoz, que humillaron al orgulloso tirano en Vitoria. El comandante Richard Sharpe y el sargento Harper...»

Lo que añadió el narrador quedó ahogado por los vítores.

Capítulo 4

—Levántate, cariño —le susurró una de las diosas al oído. Se puso de pie y, para mayor mortificación, le puso la corona de laurel en la cabeza.

—Por Dios, Patrick, vámonos... —Pero Sharpe vio que a Harper le encantaba aquello. El sargento juntó las manos levantándolas hacia el público, los vítores eran cada vez más fuertes y la verdad era que, en el pequeño palco, el gigante irlandés parecía lo bastante enorme para poder con todo el Ejército francés él solo.

—Salúdalos, cariño —dijo la diosa de la victoria—. Pagan bien.

Sharpe saludó con la mano sin entusiasmo alguno y el público volvió a doblar el estruendo. La diosa le tocó la espada.

—Muéstrasela, querido.

—¡Déjame en paz!

—¡No te enfades tanto, hombre!

La mujer sonrió al público, señalando a Sharpe como si fuera un perro levantado sobre las patas traseras y ella la adiestradora. Tenía la cara tan embadurnada de pintura y polvos como la del príncipe regente. Los tambores redoblaron pidiendo silencio, el narrador agitó las manos y el ruido fue calmándose lentamente. Las caras, como una gran masa uniforme, todavía miraban fijamente a los dos soldados. Sharpe quiso quitarse la corona de laurel del cabello negro, pero la diosa de la victoria le agarró la mano y la aguantó sobre su cabeza.

—¡Señores, damas y caballeros! Los gallardos héroes que ven ante ustedes están, esta misma noche, alojados junto a este teatro, en la Taberna de la Rosa. ¡Me han informado que allí mismo, esta noche les entretendrán con las historias de sus gestas; regadas, sin duda, por la buena cerveza británica con la que ustedes les obsequiarán!

El público volvió a vitorearlos y Sharpe renegó porque se había dejado engañar y los habían convertido en un anuncio para una posada sórdida, famosa por sus putas y sus actrices. Retiró la mano de la diosa, se quitó la corona de laurel de la cabeza y la lanzó hacia el escenario. Al público le encantó, pensando que era un gesto dirigido a ellos, y los vítores se hicieron más fuertes.

—¡Sargento Harper!

—¿Señor?

—Larguémonos de aquí.

El sargento Patrick Harper conocía muy bien aquel gruñido. Saludó por última vez al público, lanzó la corona de laurel hacia el torbellino y luego siguió a su oficial a las escaleras. Isabella, temerosa de las diosas y de los hombres con linterna, se apresuró tras ellos.

—¡La tontería más grande de todas las que hay en este mundo de mierda! —Sharpe abrió de golpe la puerta del teatro y se adentró en Drury Lane—. ¡Dios del

cielo!

—No pretendían molestaros, señor.

—¡Convertirme en un mono de mierda! —La noche anterior la corte real apestando como el sobaco de una puta, y ahora esto—. ¡No había ningún castillo de mierda en Vitoria! —dijo sin venir a cuento—. ¡Larguémonos de aquí!

El público iba saliendo hacia la luz de las linternas que colgaban debajo del toldo del teatro y algunos aplaudían a los dos soldados.

—¡Señor! —gritó Harper a Sharpe, que se había metido en un callejón—. ¡Se equivoca de camino!

—¡No me voy a acercar a esa taberna de mierda!

Harper sonrió. Su comandante de mal humor era algo temible, pero el enorme irlandés llevaba el tiempo suficiente con él para no preocuparse.

—Señor —dijo pacientemente, como si le hablara a un tonto.

—¿Qué?

—No tenían intención de molestar, señor. Son unas bebidas gratis, ¿eh? —dijo esto último como si fuera un argumento irrefutable.

Sharpe se lo quedó mirando con agresividad. Isabella iba cogida del brazo del sargento y miraba fijamente los ojos oscuros del comandante con temor. Richard carraspeó, gruñó y se encogió de hombros.

—Vaya usted.

—¡Señor, es a usted a quien quieren ver!

—Iré más tarde. Dentro de una hora.

Harper asintió con la cabeza, sabiendo que no conseguiría nada más.

—Una hora, señor.

—Tal vez.

Sharpe se encasquetó el chacó en la cabeza, se colocó bien la espada y se adentró caminando por el callejón.

—¿Dónde va? —preguntó Isabella.

—Sabe Dios —contestó el sargento encogiéndose de hombros—. Otra vez con la mujer con la que pasó la noche, supongo.

—¡Dijo que estuvo caminando! —exclamó Isabella indignada.

Harper se echó a reír. Se volvió hacia la multitud, se inclinó y, como el flautista de Hamelín, condujo a su público hacia la taberna donde podrían pagarle una copa y escuchar las historias; las adorables, largas y espléndidamente contadas historias de un soldado irlandés.

Anne, la condesa viuda de Camoynes, escuchó un poco a la orquesta que tocaba en la gran sala de mármol donde esa noche un conde recibía a unos cuantos amigos íntimos. Los amigos, unos cuatrocientos o quinientos, estaban muy impresionados

por la generosidad del conde. En el jardín había construido una cascada artificial que caía a una plétora de pequeños estanques en los que, alumbrados con linternas de papel, brillaban joyas. Los invitados podían pescar las joyas usando unas redecitas con el mango de marfil. El príncipe regente, que había estado pescando durante media hora, aseguraba que el espectáculo era magnífico.

Lady Camoynes, enfundada en seda púrpura, se aireaba el rostro con un abanico de encaje. Sonrió a los conocidos, luego salió al exterior y se quedó en las escaleras del jardín. Ella, más que todos los invitados que estaban allí, necesitaba pescar en los estanques artificiales las esmeraldas y los rubíes que brillaban bajo los pececillos de colores, pero no se atrevía a hacerlo por temor a las risas. Toda la sociedad estaba al corriente de sus deudas, y todos se preguntaban cómo mantenía lujos propios de su estatus, como el carruaje y los criados con librea. En las casas elegantes de la nobleza corría el rumor de que vendía su delgado cuerpo a cambio de algún dinero, y ella no podía hacer nada para luchar contra las habladurías porque era demasiado pobre para permitirse tener orgullo, y además, había algo de cierto en los cuchicheos y risitas.

Sorbió de una copa de champán y observó cómo el príncipe regente avanzaba majestuoso por entre las mesas colocadas en el borde del césped. Aquella noche iba vestido con una casaca de tela plateada ribeteada de encaje dorado. Lady Camoynes pensó con placer malicioso en la gente de Inglaterra que, con sentido común, odiaba a esta familia real con su rey loco y sus príncipes orondos, ostentosos y despilfarradores.

—Mi querida Anne.

Se dio la vuelta. Lord Fenner estaba detrás de ella en las escaleras de la casa. El ministro observó al príncipe, luego se puso una pizca de rapé en el dorso de la mano.

—Tengo que darte las gracias.

—¿Por qué, Simon?

Lord Fenner descendió hasta colocarse a su lado. Sorbió el tabaco en polvo con la nariz aguileña, arqueó las cejas al contener el estornudo y cerró la caja de golpe.

—Por tu conversación a solas con el comandante Sharpe. Confío en que fuera tan satisfactorio para ti como para mí. —Sonrió con malicia.

Lady Camoynes no dijo nada. Sus ojos verdes miraban la cascada, sin hacer caso de lord Fenner, que reía.

—Confío en que no te acostaras con él.

A ella le divirtieron sus celos. Lord Fenner había pedido una vez a Anne Camoynes que se casara con él, pero ella lo había rechazado y el lord había insistido haciéndose cargo de las deudas de su marido muerto. Anne siguió rechazando ser su mujer, pero dependía de él y se vio obligada a meterse en su cama. Ahora la familiaridad había dado paso al desprecio. Fenner ya no se quería casar con ella, la quería como esclava.

—Y bien, Anne, ¿te acostaste con tu héroe campesino?

—No seas absurdo.

—Lo único que me preocupa es qué sífilis extraña debe de haber traído de España. Creo que me debes una respuesta, Anne. ¿Tiene la sífilis?

—No he tenido ocasión de saberlo.

La dama se quedó mirando a la gente que reía y que metía las redes en los estanques llenos de joyas.

—Si me doy cuenta de que necesito los servicios de un médico lo cargaré en tu cuenta.

Fenner se echó a reír y se metió la caja de rapé en un bolsillo del chaleco.

—De acuerdo, pero gracias por tu nota.

A primera hora de la mañana, Lady Camoynes le había escrito que Sharpe pretendía buscar el segundo batallón. Se había dado cuenta de lo importante que era este asunto para Fenner y de repente se preguntó qué podía hacer para sacar provecho del asunto. Miró a Fenner.

—¿Qué vas a hacer con el comandante Sharpe, Simon?

—¿Hacer? ¡Nada! ¡Milord! —Se inclinó ante un hombre que subía las escaleras, luego echó una mirada a los ojos sorprendentemente verdes de lady Camoynes.

—He dado órdenes de que los devuelvan a España. Mañana.

—¿Eso es todo?

Pensativo, lord Fenner se quedó mirando a la dama.

—¿Te incumbe si hay algo más? ¿Lo prevendrías, Anne?

Se oyeron carcajadas del fondo del jardín; alguien había pescado un rubí de gran calidad de un estanque. Lord Fenner se quedó mirando al hombre que había encontrado el rubí y que ahora lo colocaba, con grandes risas, en el escote de una joven que era una de esas actrices tan amadas por el príncipe y su séquito.

—¿Te preocuparía, Anne, si te dijera que el comandante Sharpe estará muerto mañana?

—¿Sí?

Lord Fenner la miró con los ojos descaradamente clavados en el cuerpo bajo la funda de seda.

—¿Sabías, Anne, que llegó un informe que decía que lo habían colgado este verano?

—¿Colgado?

—Resultó ser falso. Así que será una muerte atrasada. ¿Te preocupa? ¿Te gustó, quizás?

—Hablé con él, eso es todo.

—Lo que, sin duda, le halagó. —Fenner la miró fijamente a los ojos—. No intentes prevenirlo, Anne. No a menos que quieras que ejecute la hipoteca de tu

propiedad de Gloucester. —Sonrió sabiendo que la victoria estaba de su parte y dejó caer una bolsa a los pies de la dama—. Dejaré que te agaches por esto, Anne. Es tu pago por hablar con el campesino. —Hizo una levísima inclinación—. Si los dos faroles de mi casa están encendidos cuando pases por delante, ven a verme.

Se alejó de ella y se dirigió hacia los juerguistas que estaban en la cascada. Anne, condesa viuda de Camoynes, se movió para que el bajo de su vestido ocultara la bolsa y cuando le pareció que nadie observaba se agachó rápidamente y la recogió. Estaba húmeda; debía de contener —pensó—, joyas procedentes de los estanques del jardín; joyas que le ayudarían a pagar las deudas que la muerte de su marido le había legado y que ella pagaba en el lecho de Fenner. Saldaba las deudas para que su único hijo, en el colegio, pudiera heredar las propiedades de su padre. Odiaba a Fenner y se despreciaba a sí misma, pero no veía la manera de escapar a la trampa que le había tendido la prodigalidad de su difunto marido. A pesar de su belleza, ningún hombre se casaría con ella, pues su pensión de viudedad era una monstruosa y odiosa deuda.

Regresó a la casa, incapaz de mirar por más tiempo cómo pescaban las joyas del agua, y pensó en el fusilero. Su intención no había sido llevarse a Sharpe a la cama, no había querido mostrar ninguna debilidad a aquel soldado de arrabal; sin embargo, se había visto sorprendida por la repentina necesidad de aferrarse a un hombre. Había odiado a Sharpe la noche anterior porque no podía poseerlo para siempre, porque lo deseaba, porque era amable. También era, pensó de repente la condesa, el enemigo de Fenner, y cualquier hombre que fuera enemigo de lord Fenner tenía que ser amigo suyo.

Esa noche, si Fenner estaba en lo cierto, Sharpe moriría. Lady Camoynes se detuvo, la bolsa húmeda llena de piedras en la mano, y de pronto soñó con la venganza. Si Sharpe sobrevivía a esa noche, si demostraba que podía ganarle esa batalla al enemigo, entonces quizá sería un aliado valioso para conseguir una victoria absoluta. Echó una mirada al jardín y su cara afilada y amargada sonrió. Tendría un aliado, un soldado, un héroe, así que se arriesgaría. Si aquella noche de risas y lujos su soldado sobrevivía, podría vengarse.

Richard Sharpe se adentró caminando en una mala zona. Lo hizo a sabiendas, deliberadamente, sin miedo alguno. Era un tugurio, uno de los muchos de Londres, pero éste era de lo más asqueroso que podía encontrarse en la ciudad. Las casas eran diminutas, se apretujaban unas con otras y su construcción era tan frágil que algunas veces, sin causa aparente, se desplomaban en el callejón provocando una cascada atronadora de maderos, ladrillos y tejas que mataba a la gente que vivía adocenada en una sola habitación. Era un lugar de enfermedades, pobreza, hambre y suciedad impensables. Era el hogar de Sharpe.

Había vivido allí de niño. En ese lugar había aprendido las primeras cosas, como

abrir cerraduras y postigos atrancados. Allí había copulado con una mujer por primera vez y había matado a su primera víctima; ambas cosas antes de cumplir trece años.

Caminaba lentamente. Era un lugar oscuro, alumbrado intermitentemente por las farolas de las tabernas. Los callejones estaban abarrotados, la gente tenía ojos suspicaces hundidos en caras delgadas, hambrientas y viciosas; iban vestidos con harapos. Los niños lloraban. En algún lugar, una mujer chillaba y un hombre le gritaba. No había intimidad en un lugar como ése, toda la vida pasaba bajo la mirada de vecinos depredadores.

—¿Señor?

Una mano delgada le hacía señales desde una puerta. Sharpe sacudió la cabeza en señal de negación, siguió caminando y luego se dio la vuelta de pronto. La muchacha, con la cabeza envuelta en un pañuelo, estaba junto a un hombre apestoso y sin piernas que sostenía un cuchillo. El individuo hizo una señal con la cabeza.

—Puede irse al callejón con ella.

Sharpe se inclinó hacia él.

—¿Dónde puedo encontrar a Maggie Jones?

—¿Quién eres?

—¿Dónde puedo encontrar a Maggie Jones?

No levantó la voz, pero el chulo tullido percibió la crueldad, la amenaza; y tapó la hoja del cuchillo con la mano izquierda para mostrar que no tenía intención de hacerle daño.

—¿Conoces un lugar llamado Bennet?

—Lo conozco.

—Hace la calle allí.

La noticia confirmó a Sharpe lo que le había dicho un mendigo en el exterior de la Taberna de la Rosa y, como agradecimiento, le dio una moneda a la muchacha. Probablemente moriría antes de cumplir los dieciocho.

Aquel lugar apestaba como ya no recordaba: toda la suciedad de las vidas de aquella gente era lanzada a las calles; la mierda, la orina y la muerte se mezclaba con la escoria en las cloacas. Se encontró con que, sin pensarlo siquiera, sabía desenvolverse por aquel laberinto en el que los criminales desaparecían con tanta facilidad.

Nadie se atrevía a perseguir a un hombre por aquellas callejas; no, a menos que tuviera amigos dentro que pudieran ayudarlo. Se necesitaría un Ejército para limpiar aquellos lugares oscuros y helados. Aquí los pobres, los que no tenían nada, eran los amos de aquel reino miserable. Su orgullo radicaba en tener reputación de brutalidad y su protección residía en el hecho de que nadie, a menos que fuera tonto, se atrevería a meterse en aquellos callejones. Aquí mandaba la pobreza y el crimen era su fiel

sirviente. Cada noche se cometían asesinatos, violaciones y mutilaciones, y ningún criminal se veía traicionado jamás porque el estricto código de aquel mundo era el silencio.

Los hombres observaban pasar a Sharpe. Se fijaban en las botas, la espada, la faja y la tela de su casaca. Cualquiera de esas cosas podía venderse por un chelín o más, y en San Giles un chelín era un tesoro por el cual valía la pena matar. No quitaban la vista de la gran bolsa de cuero que llevaba el fusilero, una bolsa que, salvo durante la escaramuza de Tolosa en que se la había guardado Isabella, no había abandonado su costado o el de Harper. Los hombres de aquel lugar también veían los ojos de Sharpe, sus cicatrices, sus dimensiones y, aunque algunos hombres escupían junto a sus botas a medida que iba avanzando por los callejones húmedos y oscuros, ninguno levantaba la mano contra él.

Llegó a un farol encendido en un soporte viejo y oxidado sobre unos escalones donde había unas mujeres sentadas. Tenían botellas de ginebra en una mano y bebés en la otra. Una había perdido un ojo, a otra le sangraba la cabeza, otras dos agarraban a unos niños que mamaban de sus pechos desnudos mientras Sharpe subía las escaleras y empujaba una puerta de madera varias veces recompuesta.

Entró en una estancia iluminada por velas de sebo inclinadas en unos ganchos de hierro que colgaban del techo. Estaba llena de hombres y mujeres, incluso había algunos niños. Todos bebían ginebra, la bebida más barata de aquel mundo. Se quedaron en silencio cuando él entró, sus caras reflejaban hostilidad. Sharpe se abrió camino entre ellos; con una mano asía la bolsa en la que había unas pocas monedas y con la otra agarraba la boca de la bolsa de cuero rígido que era el motivo por el que visitaba aquel lugar. Gruñó una vez porque un hombre se negó a moverse, y cuando los clientes vieron que el soldado alto y bien vestido no les tenía miedo, se fueron separando de mala gana para dejarle pasar. Se dirigió hacia el fondo de la estancia, atravesando un fétido olor equiparable al de Cari ton House. Llegó hasta una mesa bien iluminada con velas, en la que había filas de botellas de ginebra a ambos lados de un barril de cerveza. Dos hombres, con rostros implacables y llenos de cicatrices, vigilaban la mesa: uno llevaba una pistola, el otro un garrote. En ese momento, algunos de los clientes abucheaban a Sharpe, gritándole que se fuera.

Una mujer estaba sentada tras una mesa, era una mujer enorme con una cara como una piedra y los brazos como cuerdas retorcidas. Llevaba el cabello pelirrojo y canoso recogido en un moño. Junto a ella, contra la pared, había otro garrote con la punta de hierro. La mujer se lo quedó mirando con hostilidad.

—¿Qué quieres, soldado? —le soltó—. Los oficiales no vienen aquí con sus trajes hechos a medida para mofarse de la pobreza de un tugurio.

—¿Maggie?

Ella lo miró con suspicacia. Que supiera su nombre no quería decir nada, todo el

mundo allí conocía a Maggie Jones; diosa de la ginebra, partera, alcahueta, y ocho veces viuda. Sharpe se fijó en que había engordado; estaba gorda como un barril, pero supuso que su corpachón era de músculo duro y no de carne blanda. Su cabello se iba tornando blanco, tenía la cara arrugada y marcada, y sin embargo sabía que no era más que tres años mayor que él. La mujer señaló con la cabeza a uno de los dos vigilantes y éste se acercó al soldado. Luego clavó la mirada en Richard.

—¿Quién eres?

Sharpe sonrió.

—¿Dónde está Tom?

—¿Quién eres? —volvió a preguntar ella con una voz dura como el acero.

Sharpe se quitó el chacó y sonrió a la mujer como reprendiéndola.

—¡Maggie! —exclamó sintiéndose herido porque no le recordaba.

La mujer frunció el ceño. Miró la faja de oficial, la bolsa de cuero, la espada, siguió hasta el cuello largo y moreno y la cara dura y marcada con una cicatriz, y, de repente, rompió a llorar de una forma alarmante.

—Cielos, ¿eres tú? —No había conseguido perder el acento de Kilkenny, lo único que le habían legado sus padres aparte de una viva inteligencia y una fuerza descomunal—. ¿Dick? —preguntó con incredulidad absoluta.

—Yo mismo —contestó Richard Sharpe sin saber si debía reír o llorar.

Ella se le acercó, lo abrazó y los asombrados bebedores de ginebra observaron con increíble sorpresa que el oficial le devolvía el abrazo. La mujer sacudió la cabeza.

—¡Santo Dios, qué hombre! ¿Tú un oficial?

—Sí.

—¡El santo Cristo en su cruz! ¡Lo próximo será que me hagan a mí Papa! Tomarás cerveza, ¿no?

—Tomaré cerveza. —Sharpe dejó el chacó encima de la mesa—. ¿Y Tom?

—Está muerto, cariño. Hace ya diez inviernos. ¡Dios, mírate! ¿Quieres una cama?

Sharpe sonrió.

—Estoy en la Rosa.

La mujer se enjugó los ojos.

—Hubo un tiempo, Dick Sharpe, en que mi cama era lo único que querías. Vuelve por aquí, deja que estos pecadores te miren boquiabiertos.

El fusilero se sentó junto a ella en el banco. Puso la bolsa en el suelo, bien apretada contra sus largas piernas, bajo el rudimentario mostrador. Ella lo miraba sorprendida.

—¡Dios mío! ¡Tienes muy buen aspecto!

La mujer se echó a reír y él puso sus manos entre las de ella. Maggie Joyce había sido como una madre para él; lo había rescatado cuando había huido de la inclusa. Se

conocieron cuando empezaba a hacer la calle; después, cuando ya se había convertido en un experto en forzar puertas, ella regresaba al amanecer, se metía en su cama y le enseñaba las cosas de la vida. Entonces era ágil, aguda como un látigo. La mujer tenía lágrimas en los ojos.

—¡Dios mío, y yo creyendo que ya llevabas tiempo en el infierno!

—Pues no —contestó el fusilero, echándose a reír.

Los dos se rieron, tal vez por lo que había sido y lo que hubiera podido ser, y mientras reían y ella iba cogiendo las monedillas de los clientes y les iba vertiendo la ginebra en las copas de latón, los dos hombres que habían seguido a Richard Sharpe desde Drury Lane permanecían inadvertidos en la pared del fondo y lo observaban. Eran dos, uno iba envuelto en un gabán a pesar de ser una noche cálida, el otro era un habitual del lugar. Ambos iban armados, eran buenos tiradores y tenían mucha, mucha paciencia. Esperaban.

Capítulo 5

Partieron de Londres dirigiéndose hacia el norte por una campiña henchida de verano y lujuriosa de flores, una campiña que, comparada con la de España, hacía la vida fácil. Ningún guardabosque en Inglaterra podía competir con un campesino español en la protección de su tierra, y los dos fusileros vivían bien.

Tan sólo hubo un problema durante los primeros días de camino. El problema era la incapacidad de Harper para omitir la palabra «señor».

—¡No es sencillo, señor!

—¿El qué?

—Llamarle... —Se encogió de hombros.

—¿Dick?

—¡No puedo! —respondió, ruborizado, el gran irlandés.

—¡Pues tiene que hacerlo!

Dormían al raso; conseguían la comida con trampas o robando y mendigando en las calles de los pueblos, a pesar del dinero que ocultaban en sus harapos. Durante la primera semana, les expulsaron de condados que no querían gente con un aspecto tan sospechoso en sus límites. Su aspecto era horrible, pues ninguno de los dos se afeitaba. Sharpe quería que ambos parecieran antiguos soldados, licenciados legalmente, que no habían conseguido encontrar trabajo ni hogar fuera del Ejército. A Patrick Harper, que aceptaba este cambio de fortuna con filosofía, le preocupaba por qué el segundo batallón permanecía oculto y en secreto. Pensaba constantemente en el sargento que le había tendido la emboscada en aquel tugurio.

—¿Por qué querría matarle aquel cabrón, señor?

—No me llame...

—¡Lo siento! Pero, ¿por qué?

—No lo sé.

Cualquiera que fuera el secreto que se escondía con el segundo batallón permanecía oculto, pues durante esos primeros días no vieron ningún grupo de reclutamiento, y menos aún uno del South Essex. Se quedaron alejados de la costa porque temían que les echara mano una patrulla de enganche de la marina e iban vagando de una ciudad a otra, siempre con la esperanza de encontrar algún mercado de contratación de verano, que era un lugar muy propicio para el reclutamiento. Trabajaron un día, colocando una cerca a lo largo de la carretera del norte, con la esperanza de que pasara un grupo de reclutamiento. Les pagaron un chelín a cada uno, una pobre paga para una labor agrícola, pero adecuada para un soldado o un vagabundo. Harper cortaba la cerca toscamente y Sharpe iba detrás y le daba forma. A mediodía el granjero les dio una lata de cerveza y se detuvo para hablar del tiempo y de la cosecha.

Sharpe, mientras comía el pan y el queso que había traído el granjero, se preguntó en voz alta qué estaba sucediendo en España. El granjero se echó a reír, tal vez por oír semejante pregunta de labios de un vagabundo.

—No se preocupe por eso, hombre. El mejor lugar para el Ejército es fuera. —Se levantó y arqueó la espalda—. Lo están haciendo bien, muchachos. ¿Trabajarán otro día más?

Pero el camino era poco transitado y el día que habían pasado trabajando les había resultado menos divertido que vagabundear, así que rechazaron la propuesta. Desde luego, Sharpe disfrutaba. Sentirse tan libre, de repente sin responsabilidades, caminar aparentemente sin rumbo bajo el cálido sol de verano, por los bordes de los caminos cuajados de flores y de bayas, pescar en los riachuelos y robar en los huertos, cazar furtivamente en grandes propiedades y despertarse cada mañana sin la necesidad de comprobar el fusil y la espada. Todo ello era extrañamente agradable. Fueron lentamente hacia el norte, a veces dejaban el camino y satisfacían su curiosidad explorando pueblos o se embobaban mirando las casas antiguas donde la hiedra crecía en los muros de piedra. Algo más allá de Grantham, llegaron a una campiña plana y pantanosa y se apresuraron a atravesarla deseosos de descubrir lo que se extendía detrás del horizonte aparentemente sin límites.

—Tal vez Ted Carew no estaba en lo cierto, señor —dijo Harper.

—¡No me llame «señor»!

—¡Pareceremos un par de idiotas si no tiene razón!

Eso ya se le había ocurrido a Sharpe, pero se asía con obstinación a lo que creía el antiguo sargento de la armería: el segundo batallón, que en teoría sólo existía en los papeles, todavía iba en busca de reclutas. Y en Sleaford dio con lo que andaba buscando.

Encontró un mercado de contratación auténtico, en auge, concurrido, lleno de la gente del condado; la respuesta a las oraciones de un sargento de reclutamiento. Se exhibía a un gigante, convenientemente oculto detrás de una pantalla de lona, y el dueño le ofreció a Harper una corona de plata si se avenía a hacer de hermano del gigante.

Había unos gemelos siameses, traídos, según gritaba el pregonero, desde el misterioso reino de Siam a precio de oro, una oveja con dos cabezas, un perro que sabía contar, un mono que hacía la instrucción como un soldado, y la mujer barbuda sin la cual una feria ganadera no estaría completa. También se encontraban allí prostitutas en las posadas, granjeros emperifollados en las tabernas y metodistas ruidosos que predicaban en la plaza del mercado. Había un grupo de reclutamiento de un regimiento de caballería y otro de artillería. Malabaristas, zancudos, curanderos, un oso bailarín y cerca de un predicador metodista pero soltando un sermón diferente, estaba el sargento Horatio Havercamp.

Sharpe y Harper lo vieron por encima de las cabezas de la multitud y lentamente se abrieron camino hacia él. Era un hombre sonriente, con una barriga prominente, cara roja, patillas y ojos centelleantes. Una muchedumbre amable lo iba interrumpiendo con preguntas, pero el sargento Horatio Havercamp estaba a la altura de cualquiera de ellas. Se encontraba sobre una tarima y lo flanqueaban dos muchachos con tambores.

—¡Tú, chico! —llamó señalando a un muchacho alto y delgado vestido con una bata bordada—. ¿Dónde vas a dormir esta noche?

El chico, azorado por ser el elegido, se ruborizó.

—¿Dónde, chico? ¡En casa, apuesto lo que sea! En casa, ¿eh? Tú solito, ¿eh? Y qué, ¿le das calor a una lechera? ¿Haces eso muchacho?

La muchedumbre se echó a reír a costa del muchacho, cuya cara había adquirido repentinamente un tono escarlata. El sargento Havercamp le sonrió con cinismo.

—En el Ejército no volverás a dormir solo, chico. ¿Las mujeres? ¡Tendrás que sacudírtelas! Ahora, mírame bien, ¿dirías que soy atractivo? —La respuesta que obtuvo por parte de la muchedumbre fue la que merecía y la que deseaba—. Por supuesto que no, nadie ha dicho nunca que Horatio Havercamp fuera un hombre atractivo; pero muchacho, déjame que te diga que un buen montón de chicas han pasado por estas manos, ¿y cómo? ¡Gracias a esto! ¡Esto! —gritaba mientras tiraba de la casaca roja con las vueltas de color amarillo brillante—. ¡Un uniforme! ¡Un uniforme de soldado! —Los muchachos tañeron los tambores con los palillos.

El azorado campesino se había escabullido por entre el gentío y ahora iba vagando hacia los metodistas, que ofrecían placeres bien distintos. Al sargento Havercamp no le importaba, mantenía la atención de bastantes jóvenes entre la muchedumbre y echó una mirada alrededor en busca de otro blanco. Patrick Harper no pasaba desapercibido, su cabeza y sus hombros eran más altos que la mayoría de la gente que se agolpaba en dirección a la taberna donde el sargento tenía su puesto.

—¡Mírenlo! —gritó el sargento Havercamp—. Podría ganar la guerra él solito. ¿Ha pensado alguna vez en hacerse soldado?

Harper no respondió. Su cabello rubio rojizo hacía que pareciera tener menos de veintiocho años. El sargento Havercamp se frotó las manos con regocijo.

—¿Cuánto dinero tienes, muchacho?

Harper sacudió la cabeza como si estuviera tan avergonzado que no pudiera decir nada.

—Nada, ¡me apuesto lo que sea! ¡Ahora, mírame! —exclamó el sargento Havercamp, al tiempo que extraía dos guineas de oro del bolsillo. Las hizo correr con destreza por entre los dedos de manera que el oro brillara hipnotizador, mientras él las hacía pasar entre los nudillos—. ¡Dinero! ¡Dinero de soldado! ¿Ha oído hablar de la batalla de Vitoria, chico? Allí nos hicimos con un tesoro, capturamos oro, joyas y

más monedas de las que puedas soñar.

Harper, que había combatido en Vitoria y había conseguido un botín digno del rescate de un rey en el campo de batalla, abría la boca asombrado con gran convencimiento.

El sargento Haverkamp hacía juegos malabares con las dos monedas: con una mano lanzaba una al aire y luego alcanzaba la otra mientras la primera centelleaba junto a sus patillas.

—¡Rico! ¡Eso es lo que se puede ser si uno se hace soldado! ¡Rico! ¡Mujeres, gloria, dinero y victoria, muchachos!

Los dos muchachos con los tambores ejecutaron otro obediente redoble, y los jóvenes que había entre la multitud se quedaron mirando encantados las monedas de oro.

—¡No volveréis a pasar hambre! ¡No volveréis a estar sin una mujer! ¡No volveréis a ser pobres! ¡Podréis caminar con la cabeza alta y no volver a tener miedo, porque seréis soldados!

Se volvió a oír el redoble, y las monedas de oro seguían yendo de arriba abajo junto al rostro del sargento Haverkamp, sonriente, confiado y amistoso.

—¡Ya habéis oído hablar de nosotros, chicos! ¡Ya nos conocéis! Somos el South Essex. ¡Somos los chicos que le dimos a Napoleón en las narices! Le hacemos perder el sueño a ese mono. ¡El South Essex! ¡Hemos conseguido que el mismo emperador tenga miedo, y vosotros podéis ser uno de los nuestros! ¡Sí! ¡Incluso os pagaremos!

Los tambores volvieron a redoblar. Las monedas se detuvieron en la mano que Haverkamp tenía levantada. Se quitó el chacó, se vio que tenía el pelo rojo y, sosteniendo el sombrero invertido en la mano izquierda y mientras los muchachos daban un golpe fuerte contra los cueros, lanzó una de las guineas de oro dentro del sombrero. El segundo toque del tambor señaló que la segunda guinea de oro se unía a la primera y, sin decir una palabra, el sargento Haverkamp fue extrayendo más guineas de su bolsa y lanzándolas, una a una, dentro del chacó.

—¡Tres! —gritó un hombre menudo y con cara de comadreja que se había abierto camino hasta Sharpe y Harper—. ¡Cuatro! ¡Cinco! —continuó contando otro hombre y, mientras las guineas se iban amontonando, la multitud coreaba los números en voz alta y ahogaba el suave himno que cantaban los metodistas.

—¡Quince! ¡Dieciséis! ¡Diecisiete! ¡Dieciocho! ¡Diecinueve! ¡Veinte! ¡Veintiuna! ¡Veintidós!

Dejaron de contar. El sargento Haverkamp les sonrió con cinismo, se metió la mano en la bolsa y extrajo una media guinea, la sostuvo en alto ante la multitud, y luego la lanzó dentro del sombrero. Los muchachos tocaban los tambores. El sargento hizo que a la media guinea la siguiera una fuerte lluvia de chelines y peniques, levantó el sombrero, lo sacudió para que la gente pudiera oír el sonido pesado del

dinero que contenía.

—¡Veintitrés libras, diecisiete chelines y seis peniques! ¡Esto es lo que os pagaremos! ¡Veintitrés libras, diecisiete chelines y seis peniques! ¡Sólo hay que alistarse! ¡Os lo pagaremos! —Volvió a sacudir el sombrero—. ¡Ahora, chicos, yo también fui joven una vez! —Levantó la mano para detener los abucheos—. ¡Cierto! ¡Incluso yo, el sargento Horatio Havercamp, fui una vez joven, y dejadme que os diga una cosa! —Se detuvo con dramatismo, mirando a una y otra cara de la multitud—. ¡Nunca encontré, ni por asomo, a una muchacha bonita que pudiera resistirse al sonido del dinero! ¡Ahora, chicos! Si os besan por un chelín, ¿qué harán por una guinea, eh? —Levantó un dedo, lo chupó y se echó a reír—. ¡Veintitrés libras, diecisiete chelines y seis peniques!

—¡Por eso me casaba yo contigo! —gritó una mujer, y provocó risotadas; pero los jóvenes que había en la multitud recordaban el chorro dorado de monedas que para la mayoría de ellos sumaba las ganancias de más de seis meses de trabajo. ¡Seis meses de trabajo! ¡Todo junto y tan sólo por alistarse!

El sargento Havercamp sacudió la cabeza con tristeza.

—¡Ya sé lo que estáis pensando, muchachos! ¡Ya lo sé! ¡Habéis oído historias! ¡Habéis oído las mentiras que se cuentan! —Volvió a sacudir la cabeza con tristeza silenciosa ante la maldad de un mundo que contaba mentiras del Ejército—. ¡Dicen que el Ejército es un lugar duro! ¡Que hay enfermedades y cosas peores, chicos! ¡Oh, chicos míos! Mi propia madre me lo rogó. ¡Lo hizo! Me dijo: «¡Horacio! ¡No se te ocurra alistarte, no se te ocurra!». Me amenazó con no volver a hablarme. ¡Pero yo lo hice! Ah, admito que era joven y testarudo y me sentía muy tentado por las chicas, la gloria y el dinero, y mi anciana madre, Dios bendiga sus cabellos grises, decía que ¡le había roto el corazón! ¡Que le había roto el mismo corazón! —Dejó que la enormidad de su pecado penetrara en ellos, luego sonrió lentamente—. Pero amigos míos, mi querida madre en la actualidad todavía vive en su casita de campo y cada vez que respira, amigos míos, bendice el nombre de Horatio Havercamp. ¿Y por qué? ¿Por qué? —Se detuvo con dramatismo—. Porque, amigos míos, fui yo el que le compré la casita, y fui yo el que le planté los alhelíes, y soy yo el que le proporciono todo lo que ella se merece.

Sonrió con modestia. Y añadió:

—El otro día, el general pasó por la puerta del jardín y le dijo: «¡Mamá Havercamp, veo que su hijo Horatio la trata bien!». Y ella respondió «Así es, y todo porque se hizo soldado».

Horatio Havercamp abrió su bolsa y dejó caer en ella el dinero centelleando. Se puso el chacó en la cabeza, lo acomodó con unas palmadas y se enderezó tan alto como era.

—¡Bien, muchachos! ¡Es vuestra oportunidad! ¡Dinero! ¡Gloria! ¡Riquezas!

¡Fama! ¡Mujeres! ¡No voy a quedarme aquí mucho tiempo! Hay una guerra que librar y mujeres que nos esperan, y si no venís hoy con nosotros tal vez no volváis a tener la oportunidad. ¡Os haréis mayores y os lamentaréis del día en que Horatio Havercamp salió de vuestras vidas! ¡Ahora chicos, he estado hablando durante mucho rato y estoy más seco que un perro en una herrería, así que me voy a gastar algo de este dinero que me da el Ejército en unas jarras de cerveza en el Hombre Verde! ¡Venid a verme! ¡No es para persuadirlos, es tan sólo un poco de cerveza gratis para mojar los labios y un poco de charla!

Los tambores redoblaron por última vez y el sargento Havercamp bajó a la calle de un salto. El hombrecillo con cara de comadreja que había ido contando las guineas mientras el sargento las lanzaba, miró a Patrick Harper.

—¿Vas con él?

Sharpe supuso que el hombre era un cabo, uno de los ayudantes de Havercamp que estaban mezclados entre la multitud para atrapar a los reclutas más apropiados. Llevaba un abrigo de pana sobre un chaleco de molesquín, pero los pantalones grises resultaban muy sospechosos, porque eran como los del Ejército. Harper se encogió de hombros.

—¿Quién quiere ser soldado?

—¿Eres irlandés? —preguntó encantado el hombrecillo. Parecía que durante toda su vida hubiera albergado un gran amor por los irlandeses y nunca hasta entonces hubiera tenido la oportunidad de manifestarlo—. ¡Venga! ¡Debes estar sediento!

—¿La cerveza es gratis?

—Eso ha dicho, ¿no? Además, ¿qué puede hacernos?

Harper miró a Sharpe.

—¿Quieres venir, Dick? —preguntó, ruborizándose como si fuera un niño de ocho años, al utilizar el nombre de pila de su comandante.

El hombrecillo de rasgos angulosos miró a Sharpe. La cicatriz y la cara adulta de Sharpe le hicieron hacer una pausa, luego sonrió burlonamente.

—Somos tres, ¿eh? ¡Siempre podemos largarnos si no nos va! ¿Te llamas Dick?

Sharpe asintió con la cabeza. El hombrecillo alzó la vista hasta el enorme irlandés.

—¿Y tú?

—Patrick.

—Yo soy Terry. ¿Vamos, eh Paddy? ¿Dick?

Sharpe se rascaba los pelos gruesos y tiesos de la barbilla sin afeitarse.

—¿Por qué no? Me bebería todo un barril.

Sharpe y Harper fueron a alistarse.

El sargento Horatio Havercamp obtuvo un gran éxito. Cinco muchachos más

estaban en el saloncito del Hombre Verde, donde el bueno del sargento pedía cuartos de galón de cerveza y vasos de ron para beber tras la cerveza. Había una ventana que daba a la calle y el sargento se sentó junto a ella para poder piropear a cualquier joven de aspecto prometedor que vagara hacia las atracciones de la feria. Sharpe se percató de que también se había situado lo bastante cerca de la puerta para poder cortar la retirada a cualquiera de sus probables reclutas.

El sargento hizo mucha comedia cuando le dio a Harper dos cuartos de galón de cerveza.

—¿Así que eres irlandés, Paddy?

—Sí, señor.

—¡No me llames, «señor»! ¡Por Dios, chico! ¡Llámame Horatio, igual que mi madre! ¡Eres un tipo grande, Paddy! ¿Cuál es tu apellido?

—O’Keefe.

—Un gran nombre, ¿eh?

El sargento Havercamp hizo una pausa para pedir a gritos más cerveza; entonces echó una mirada suspicaz a Sharpe, que se había sentado en el rincón más oscuro de la estancia. Havercamp estaba al tanto de los hombres que bebían cerveza gratis e intentaban escapar al final de la velada, y con la cabeza hizo un diminuto gesto apenas perceptible y Terry movió su jarra de cerveza y se sentó al lado de Sharpe. Entonces Havercamp sonrió confidencialmente a Harper.

—¿Sabes que es un gran regimiento para los irlandeses?

—¿El South Essex?

—Ajá, chico. —El sargento Havercamp se bebió casi toda la jarra, se limpió el bigote y se dio unos golpecitos en la barriga—. ¿Has oído hablar del sargento Harper?

Harper se atragantó, lanzó la espuma de la cerveza sobre la mesa y, mostrando un asombro absoluto en su cara ancha y bondadosa, se quedó boquiabierto mirando a Horatio Havercamp.

—Ajá, he oído hablar de él.

—¡Capturó un águila, muchacho! Un héroe, eso es lo que es, un héroe. A nadie le importa que sea irlandés, no en el South Essex. ¡Una segunda casa, ya lo verás!

Harper bebió el primer cuarto de golpe. Miró al sargento sonriente.

—¿Conoce usted al sargento Harper, señor?

—¡No me llames «señor»! —exclamó Havercamp riendo entre dientes—. ¡Que si lo conozco, me preguntas! ¡Cómo no! ¡Así somos! —dijo cruzando dos dedos, asintió con la cabeza, y en su cara se percibió una expresión de pesar por los buenos tiempos pasados—. Más de una noche me he sentado con él, a poca distancia del enemigo, chico, simplemente hablando. Me decía: «Hemos pasado mucho juntos, Horatio». Ajá, muchacho, lo conozco bien.

—Es grande, he oído.

Havercamp se echó a reír.

—¡Grande! Debe medir seis pulgadas más que tú, Paddy, y tú no eres poca cosa, ¿eh? —Observó a Harper con aprobación mientras éste se bebía el segundo cuarto. Havercamp le acercó el ron—. Trágate esto, Paddy, y te invitaré a más cerveza.

Harper escuchaba con los ojos bien abiertos mientras le iba mostrando las maravillas del Ejército. Parecía que Havercamp incluyera a todos sus reclutas en potencia cuando se extendía en el futuro que les esperaba. Llegarían a sargentos, dijo, antes de que la nieve cayera, y a lo mejor, eran todos oficiales en el plazo de un año. Havercamp se echó a reír.

—Tendré que saludaros, ¿eh? —Le lanzó un saludo a un muchacho hambriento y esquelético que bebía su cerveza como si no hubiera comido nada en una semana—. ¡Señor! —El muchacho se echó a reír. Havercamp saludaba a Harper—. ¡Señor!

—Suenan estupendo —dijo Harper soñador—. ¿Un oficial?

—Lo veo ahora en ti, Paddy. —Havercamp dio una palmada en el trasero de la muchacha que había traído una bandeja con jarras de cerveza. El sargento las repartió por la mesa y pidió más—. Todos habréis oído hablar del comandante Sharpe, ¿no?

Dos o tres chicos asintieron con la cabeza. Havercamp sopló la espuma de su jarra, dio un sorbo y luego se reclinó.

—Empezó como soldado raso, eso hizo. Lo recuerdo como si fuera ayer. Se lo dije, «Richard, pronto serás un oficial». «¿Lo seré, sargento?», me preguntó. —Havercamp se echó a reír—. ¡No me creía! ¡Pero ahí está! ¡Comandante Sharpe!

—¿Lo conoce? —preguntó Harper.

El sargento volvió a cruzar los dedos.

—Así, Paddy. Así. Yo le llamo «señor» y él me dice: «Horatio, no me llame "señor". Me ha enseñado la mitad de lo que sé. ¡Llámemme Richard!».

Los reclutas en potencia miraban asombrados al sargento. Las bebidas venían deprisa. Tres de los muchachos eran campesinos, vestidos con guardapolvos; todos ellos, ajuicio de Sharpe, tenían posibilidades de convertirse en hombres buenos y fuertes si Horatio conseguía convencerlos de que cogieran el chelín. Uno de los chicos tenía una cara con una expresión lista y vivaz, le acompañaba un terrier pequeño con el que compartía su cerveza, el perro se llamaba *Buttons* y su amo Charlie Weller. Horatio Havercamp pidió que trajera un bol de cerveza para *Buttons*.

—¿Puedo llevarme el perro? —preguntó Charlie Weller.

—¡Por supuesto que puedes! —contestó Havercamp sonriendo—. Sharpe calculó que Weller tendría unos diecisiete años. Era robusto, alegre y cualquier batallón estaría encantado de tenerlo con él.

—¿Lucharemos? —preguntó Weller.

—¿Quieres hacerlo, chico?

—¡Ajá! —contestó Weller sonriendo—. ¡Yo quiero ir a España!

—¡Irás! ¡Irás!

El muchacho hambriento, que se llamaba Tom, era un poco corto. Recorría con los ojos la pequeña habitación como si esperara que en cualquier momento le golpearan. El último de los cinco era un joven de rostro triste y ceño fruncido que tendría veintitrés o veinticuatro años, iba vestido con un abrigo descolorido de paño fino y una camisa debajo, limpia pero raída. Este último hombre, cuyo rostro y manos denotaban que no había trabajado nunca al aire libre, apenas hablaba. Sharpe supuso que ya había decidido alistarse y que no le gustaba esa forma de beber y de bromear.

En cuanto a Tom, el tonto, simplemente se alistaría para no pasar hambre. En el Ejército engordaría y se le podría enseñar a formar en la línea de mosquetes y llevar a cabo sus obligaciones. Sharpe veía que Havercamp estaba preocupado por Harper y los tres granjeros. Eran los que él quería, y quería llegar a verlos borrachos y cazarlos antes de que la sobriedad los volviera sensatos.

A Sharpe, sentado en el rincón, no le hacían caso. No fue hasta el anochecer, momento en que la bebida ya había conseguido que los tres granjeros se volvieran tontos e inseguros, que el sargento Havercamp se acercó hasta el rincón de Sharpe.

El sargento se sentó. Sharpe estaba a punto de llevarse la jarra de cerveza a los labios, cuando la enorme mano de Havercamp atravesó la mesa y empujó la del fusilero hacia abajo.

La cara del sargento, de espaldas a sus otras víctimas, se volvió hostil y astuta de repente. Agarraba la muñeca de Sharpe.

—¿Qué te propones?

—Nada.

—¡No me tomes el pelo, cabrón! Tú ya has servido en el Ejército, ¿no es así?

Sharpe se quedó mirando los ojos menudos y azules. A esa distancia veía la venas rotas en la piel de Havercamp, las arrugas de astucia alrededor de sus ojos. Sharpe asintió con la cabeza.

—Treinta y tres.

—¿Licenciado?

—Herido, sargento. En la India.

—Y te escapaste, cabrón.

Sharpe sonrió.

—No estaría aquí, sargento, si fuera un desertor, ¿no?

El sargento Havercamp se lo quedó mirando con suspicacia, como si hubiera descubierto a un traidor. Le apretó la muñeca con los dedos.

—Así que no eres un desertor, ¿eh?

—No, sargento.

—Mejor que no lo seas, muchacho, si no te arrancaré los ojos y te los meteré por

el culo.

Havercamp temía que Sharpe fuera de esos que después de firmar se quedan con la parte de la prima que se les da primero, luego se fugan, y repiten el engaño con otro sargento de reclutamiento.

—No sargento, no soy un salteador.

—No, sargento, no soy un salteador. —Havercamp le imitó con crueldad—. Así pues, ¿por qué estás aquí?

—No tengo trabajo —contestó encogiéndose de hombros.

—¿Cuándo lo dejaste?

—Hace un año, tal vez más.

Havercamp se lo quedó mirando. Finalmente, le soltó la muñeca y dejó que se llevara la cerveza a los labios. El sargento lo observaba como si le doliera cada sorbo que daba.

—¿Cómo te llamas?

—Dick Vaughn.

—¿Sabes leer y escribir?

—No —contestó Sharpe echándose a reír.

—¿Tienes la espalda limpia?

Sharpe se encogió de hombros y luego sacudió la cabeza.

—No. —Lo habían azotado hacía años en la India.

—Te estoy vigilando, Dick Vaughn. Estaré vigilando cada maldito paso que des hasta el maldito depósito, ¿me entiendes? Tú estropéame los planes, muchacho, y te arrancaré lo que te queda de piel en la espalda. Ya sabes a lo que me refiero.

—Sí, sargento.

El sargento Havercamp se metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda de un chelín. Cuando le tendía la moneda, su expresión era de mofa porque no había conseguido sobrevivir fuera del Ejército.

—Cógela —dijo con voz burlona.

Sharpe asintió con la cabeza. De mala gana, como si éste fuera un acto desesperado, como si cada movimiento contuviera la certeza de su fracaso, cogió el chelín.

—¡Aquí, chicos! —gritó Havercamp—. ¡Dick se ha alistado! ¡Bien hecho, Dick!

Los granjeros lo aclamaron.

—¡Bien hecho, Dick!

Buttons, medio borracho y excitado por los gritos, se puso a ladrar.

El tonto fue el siguiente, agarró el chelín con avidez y se echó a reír después de morderlo y metérselo entre los harapos. El joven con el abrigo de paño fino lo cogió sin aspavientos, resignado, como si estuviera aburrido.

—¡Ahora Paddy! ¿Y tú qué?

Harper se echó a reír.

—Te crees que soy bobo, ¿eh? ¿Sólo porque soy irlandés?

Uno de los muchachos de los tambores, sentado sobre uno de ellos, roncaba en un rincón. El sargento Havercamp observaba cómo los dos cabos, que habían cogido los chelines con obediencia porque todavía fingían ser reclutas, vertían ron en los guardapolvos de los tres muchachos. Levantó la vista hacia el gran irlandés.

—¿Qué problema hay, Paddy? Dime.

Harper hacía garabatos sobre la mesa de madera con la cerveza que se había vertido.

—No es nada.

—¡Venga, dímelo!

—¡Nada!

Havercamp hizo rodar un chelín por la cerveza vertida. Cayó de cara.

—Dime por qué no la coges.

Harper frunció el ceño. Se mordió el labio, se encogió de hombros y miró al sargento.

—¿Tendré una cama?

—¿Qué? ¿Una cama?

—Una cama. Digo si tendré una cama.

Havercamp se quedó mirándolo, percibió la intensidad de aquel rostro grande y asintió con la cabeza.

—Digna de un rey, Paddy. ¡Tendrás una cama con sábanas de satén y almohadas; grandes como una vaca!

—¡Eso es genial! —exclamó Harper cogiendo el chelín—. ¡Soy todo suyo!

El sargento Havercamp fracasó con los tres granjeros. Charlie Weller estaba desesperado por alistarse, pero no iba a coger el chelín a menos que sus dos amigos se alistaran con él, y ellos eran reacios. Sharpe observaba cómo Havercamp intentaba todos los trucos, incluso el viejo truco de deslizar los chelines dentro de la cerveza para que los sacaran asombrados del fondo, pero los tres muchachos estaban al tanto. Se fueron emborrachando, estaban tan borrachos que Sharpe estaba seguro que uno de ellos cogería la brillante moneda que les habían ofrecido. Sin embargo, en el mismo momento en que parecía que Charlie Weller iba a coger la suya prescindiendo de sus amigos, la puerta se abrió de golpe y apareció una mujer chillando de rabia y gritando a Havercamp, y dio un puñetazo al muchacho.

—¡Tú, mal nacido!

—¡Mamá! —gritó el chico—. ¡Mamá! ¡Para!

—¡Fuera! ¡Y vosotros, Horace y James! ¡Fuera! ¡Una deshonra, sois una deshonra para vuestras familias! ¡Jugando a los soldados! ¿Te crees que te traje a este mundo para ver cómo te echas a perder? —Le dio un bofetón a Charlie Weller en las

orejas—. ¡Sólo un tonto se alista en el Ejército, sólo un tonto!

—Ajá, tiene razón —dijo Harper completamente borracho.

Havercamp dejó ir a los tres muchachos con amabilidad. Contaba, para consolarse de la pérdida, con veintiocho hombres en un granero fuera de la ciudad. Ese día había reunido a cuatro y tenía grandes esperanzas puestas en las putas que estaban trabajando para él en las tabernas. Podría contar con un buen número cuando regresara con el teniente coronel Girdwood. Sonrió tranquilizador a sus reclutas cuando la señora Weller se hubo marchado, apuró la última cerveza, y les ordenó que se pusieran en pie.

Habían cogido el chelín del rey, pero todavía no eran exactamente sus hombres. Sharpe se echó aquella noche en el establo derruido que había detrás del Hombre Verde y se quedó mirando fijamente las estrellas a través de los huecos de paja. Sonrió. Seis semanas atrás, durante las noches posteriores a la batalla de Vitoria, había dormido en una gran habitación con la puta de oro, la Marquesa, una mujer que era espía y que había sido su amante. Se había acostado con una aristócrata y ahora yacía sobre paja sucia y vieja. ¿Qué pensaría ella si pudiera verlo?

Los demás reclutas roncaban. En el establo contiguo un caballo relinchó suavemente. La paja junto a Sharpe crujió.

—¿Está despierto? —susurró Harper.

—Sí.

—¿En qué está pensando?

—En mujeres. En Helene.

—Van y vienen, ¿eh? —Harper se rió entre dientes y luego señaló el tejado derruido—. Podríamos irnos ahora. Cabrones, ¿eh?

—Lo sé.

Pero no lo hicieron. Estaban en Inglaterra, reclutados. Irían a la batalla.

Capítulo 6

Por la mañana el sargento Horatio Havercamp contaba con treinta y cuatro hombres. A los últimos los habían traído las prostitutas que había hecho venir de Londres, a quienes había pagado para deslumbrar a los jóvenes con licores y con sus cuerpos. Veintiocho de sus hombres estaban bajo vigilancia en el granero de las afueras de la ciudad, mientras que los nueve reclutas nuevos se encontraban en el establo del Hombre Verde.

—¡En pie, muchachos! ¡En pie! —El sargento Havercamp seguía siendo cordial, pues ninguno de aquellos nueve reclutas estaban todavía en el saco, aunque tuvieran el chelín del rey—. ¡Venga chicos! ¡Arriba!

Un hombre que lucía un largo abrigo de lana marrón y un sombrero alto del mismo color permanecía junto al sargento. La nariz le goteaba. Tosía de forma cavernosa y nauseabunda, y cada vez que la tos explotaba en su pecho, le hacía emitir un gruñido moribundo y desesperado. Dio una vuelta por el establo, echando una mirada a cada hombre, a veces les pedía que levantaran una pierna. Era la inspección médica más rápida que Sharpe había visto, y cuando hubo terminado, el doctor recibió un puñado de monedas. El sargento Havercamp dio unas palmadas cuando se hubo marchado.

—¡Bien, chicos! ¡Seguidme! ¡El desayuno!

Los dos cabos, transformados por arte de magia en casacas rojas con chacos altos y negros, ayudaban a empujar a los nueve hombres hacia la posada. Todavía no se había hecho totalmente de día. Un gallo cantó en el patio y una muchacha traía un cubo, que tintineaba, de la bomba de agua.

—¡Aquí dentro, muchachos!

No se trataba del desayuno. En lugar de eso, un juez municipal esperaba en la taberna; era un hombre irascible, de cabello cano, con la cara de aspecto brutal, las mejillas cansadas, arrugadas y la nariz roja. Un secretario estaba sentado junto a él con un montón de papeles, un bote de tinta, una pluma y una pila de billetes.

—¡Bien! ¡Quiero veros alegres!

El sargento Havercamp los empujaba hacia delante uno a uno, los seguía hasta la mesa y se quedaba junto a ellos mientras les tomaban juramento. Tan sólo tres de los reclutas, uno de ellos el joven tranquilo vestido con el abrigo de paño fino, sabía escribir. Los restantes, al igual que Sharpe y Harper, hicieron unas cruces sobre el papel. Sharpe se dio cuenta de que el doctor ya había firmado los impresos, probablemente antes de salir del establo donde había echado una mirada a los reclutas. También advirtió que nadie les ofrecía la posibilidad de alistarse por un período de siete años; sencillamente no lo mencionaron. El impreso, que él hizo ver que no podía leer, iba encabezado con las palabras «Servicio ilimitado».

Puso la cruz en el lugar que le indicó el secretario. «Yo, Dick Vaughn —decía el papel—, hago juramento de que soy o he sido.....», Sharpe no declaró ocupación alguna y el secretario la dejó en blanco, «y que según mi conocimiento y mi creencia nací en la parroquia de Shoreditch en el condado de Middlesex y que tengo 32 años». Sharpe decidió que se quitaría cuatro. «Que no pertenezco a la milicia, o a cualquier otro regimiento, ni a la Marina o a la Infantería de Marina, y que serviré a su majestad, hasta que sea licenciado legalmente. Firmado. X. Dick Vaughn.»

El juez municipal cogió el papel e hizo un garabato con su nombre.

Yo, Charles Meredith Harvey, uno de los jueces de paz de su majestad del municipio de Sleaford, por el presente certifico que Dick Vaughn, de 32 años de edad, un metro ochenta de estatura, tez oscura, ojos azules y cabello negro, se presentó ante mí en Sleaford el día cuatro de agosto de mil ochocientos trece y afirmó él mismo tener 32 años. Que no tenía hernia ni ataques de ningún tipo, y que no estaba incapacitado por cojera, sordera u otra cosa sino que tenía el uso perfecto de sus miembros y oído. Que no era un novato. Y reconoce que se ha alistado voluntariamente, por la cantidad de veintitrés libras diecisiete chelines y seis peniques para servir a su majestad al rey Jorge III, en el regimiento.....de.....mandado por.....hasta que sea licenciado legalmente.

Sharpe se dio cuenta de que, aunque el secretario iba rellenando los datos personales de cada hombre a medida que iban a la mesa, los espacios en blanco referentes al juez estaban todos llenos. Curiosamente, el nombre del South Essex no aparecía en el lugar pertinente. Al final del documento constaba que había recibido una guinea de la paga, y el secretario se la puso en la mano.

—¡El siguiente!

Ya estaba dentro. Se había alistado. Había cogido el chelín del rey y había aceptado un billete de una libra moderno y arrugado para convertirlo en una guinea, y observaba en silencio mientras los otros hombres avanzaban. Observó cómo el juez recibía una cantidad de dinero antes de marchar, probablemente para que el funcionario no hiciera caso de la omisión del nombre del regimiento en el formulario. Luego el sargento Havercamp les vociferó que salieran hacia el patio de la posada: allí cada hombre tuvo la oportunidad de beber agua de la bomba y comer media hogaza de pan seco.

Los dos cabos, sonrientes con sus casacas rojas, empujaban a los nueve hombres en dos filas rudimentarias. Los muchachos de los tambores, bostezando y con los ojos pegados de sueño, golpearon los tambores y, antes de que el sol saliera, ya atravesaban lo que había quedado de la feria de contratación. El joven vestido con

pañó fino, que le había dicho al secretario que se llamaba Giles Marriott, caminaba delante de Sharpe. No hablaba ni una palabra con su vecino, Tom el tonto. Sharpe se dio cuenta de que, cuando atravesaron la plaza del mercado bajo el amanecer gris, Marriott se quedaba mirando una bella casa de ladrillo.

—¡Moveos! ¡Venga! —exclamaba el cabo Terence Clissot mientras empujaba a Marriott—. ¡A moverse de una vez!

Sin embargo, Marriott seguía mirando hacia atrás a riesgo de tropezar. Sharpe miró hacia la casa, mientras se preguntaba qué era lo que hacía que aquel joven de tan buen aspecto la observara tan fijamente. Los tambores seguían redoblando, y fue tal vez su sonido lo que hizo que una de las contraventanas del piso superior se abrieran.

Una muchacha se asomó. Sharpe vio que miraba a Marriott y le pareció percibir un resplandor en los ojos del joven. Marriott levantó la mano sin entusiasmo, pero entonces pareció que decidía que aquel pequeño gesto resultaba fútil frente a la enormidad del que acababa de hacer para mortificar a la muchacha que le había dado calabazas. Dejó caer la mano y siguió caminando. Sin embargo, aquel medio gesto, hecho con tal levedad y terminado tan rápidamente, no se le había escapado al sargento Havercamp. Vio a la chica, miró a Marriott y se echó a reír.

Caminaron en dirección al sur. Los setos estaban impregnados del rocío de la mañana. Los tambores, ahora que habían salido de la ciudad, permanecían en silencio. Ninguno de los nueve hombres hablaba.

Un perro ladró. No había nada inusual en el amanecer campestre, salvo que aquel perro iba tras ellos. El sargento Havercamp dio media vuelta, lanzó un gruñido, levantó la bota para darle una patada y entonces detuvo el pie.

Era *Buttons*. Detrás del perro, corriendo con todas sus fuerzas, con el guardapolvos al viento y un bulto al hombro, iba Charlie Weller.

—¡Esperadme! ¡Esperadme!

Havercamp se echó a reír.

—¡Venga, muchacho!

Weller miró hacia atrás para asegurarse de que su madre no lo seguía, pero el camino estaba libre.

—¿Puedo alistarme, sargento?

—¡Bienvenido, muchacho! ¡A la fila! ¡Te tomaremos juramento en la siguiente ciudad!

Weller sonrió burlonamente a Sharpe, se abrió paso junto a él y su rostro reflejó la excitación propia del inicio de una gran aventura. Recogieron a los demás reclutas y a los guardias en el granero y se encaminaron hacia el sur: comenzaba su vida de soldados.

En Grantham, donde los encerraron en una sala del juzgado, Sharpe observó que el sargento Havercamp cerraba un trato. Le entregaron a doce prisioneros esposados y

los colocó al final de la fila. Les repartieron más pan y Sharpe vio cómo el joven Tom, el tonto, se metía la hogaza en la boca y la mordía. El muchacho sonreía constantemente, siempre vigilando para no recibir una bofetada, un insulto o una patada. Si le hablaban, reía estúpidamente y sonreía.

Aquella noche tres hombres huyeron. Dos consiguieron escapar, casi seguro que con la intención de encontrar a otro grupo de reclutamiento y estafar otra guinea del rey. Al tercero lo cogieron, lo llevaron al patio donde habían dormido, y el cabo Clissot y el sargento Havercamp lo golpearon. Cuando la paliza hubo terminado y el hombre yacía ensangrentado y magullado sobre los guijarros del patio, el sargento Havercamp recuperó la guinea real y lo echó a patadas hasta la carretera. No tenía sentido volver a aceptar en el batallón a un hombre como él, ya que, sin duda, tan sólo pensaría en volver a desertar. Giles Marriott observó asombrado la paliza, retrocediendo cuando las botas del cabo golpeaban las costillas del hombre. Marriott estaba pálido cuando el castigo acabó. Miró a Sharpe.

—¿Tienen permiso para hacer eso?

Richard se quedó sorprendido de que Marriott hablara, el joven apenas había abierto la boca desde que había entrado en la taberna a coger el chelín.

—No —contestó encogiéndose de hombros—. Pero es más rápido que llevarlo ante un juez.

—¿Ha estado antes en el Ejército?

—Sí.

—¿Qué tal es?

—Te irá bien —contestó Sharpe sonriendo, y se bebió la jarra de té de su desayuno—. Sabes leer y escribir, serás secretario.

Charlie Weller acariciaba a su perro.

—¡Yo quiero luchar!

Marriott seguía observando a Havercamp, que estaba cerrando la puerta del patio al hombre magullado y ensangrentado.

—No deberían comportarse así.

Sharpe tenía ganas de reírse a carcajadas ante aquellas lastimeras palabras, pero en lugar de eso miró compasivo al joven asustado.

—¡Escucha! Havercamp no es malo. Vas a conocer a algunos mucho peores que él. Tan sólo has de recordar unas cuantas reglas y no podrán tocarte.

—¿Como cuáles?

—No te salgas nunca de la fila, no te quejes nunca, no mires nunca a los ojos a un sargento o un oficial, y no digas nunca nada más que sí o no. ¿Lo has captado?

—No lo entiendo.

—Lo harás —dijo Harper, que regresaba de la bomba de agua que había en el patio. Había metido la cabeza debajo y el agua le chorreaba por la cara, empapándole

la fina y rasgada camisa—. Por Dios que lo harás, chico.

—¡Tú! ¡Paddy! —tronó el sargento Havercamp—. ¡Date la vuelta!

Harper obedeció. El agua le había empapado la camisa delgada hasta la espalda enorme y musculosa, y a través de la fina tela se veían las cicatrices que tenía en la espalda. El sargento Havercamp sonrió bajo el bigote pelirrojo.

—¡Paddy, Paddy, Paddy! ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Decirle el qué, sargento?

—Tú ya has servido antes, ¿no? ¡Tú eres un viejo soldado, Paddy!

—¡No me lo había preguntado! —contestó Harper indignado.

—¿En qué regimiento?

—El cuarto de Guardias de Dragones.

Havercamp se lo quedó mirando.

—No te escapaste, ¿verdad, Paddy?

—No, sargento.

Havercamp dio un paso y se acercó a él.

—Y no vas a traerme problemas, ¿verdad, Paddy?

Havercamp, aunque cauteloso ante aquel hombre enorme, estaba resentido por toda la cerveza que había vertido en la garganta de Harper para convencerlo de que se alistara en un Ejército en el que, obviamente, el gran irlandés ya tenía intención de volverse a alistar.

—No, sargento.

—Porque no te voy a quitar el ojo de encima.

Harper sonrió, esperó hasta que Havercamp se hubo alejado, y luego dijo:

—¡Cabrón! —Fue lo bastante alto para que lo oyera Havercamp y lo bastante bajo para que el sargento hiciera ver que no lo oía. Harper se echó a reír y miró a Marriott—. Te voy a decir otra cosa, chico.

—¿Qué? —preguntó Marriott con la cara pálida de preocupación.

—Tan sólo recuerda que todos los oficiales y un buen puñado de sargentos te tienen un miedo atroz.

—¿Todos los oficiales? —preguntó Sharpe indignado.

—Bueno, casi todos —matizó Harper, echándose a reír. Se lo estaba pasando bien. Levantó a *Buttons*, acarició al perro y sonrió a Sharpe.

—¿No es así, Dick?

—Eres como un maldito viento irlandés, eso es lo que eres, Paddy.

Harper se echó a reír.

—Es el aire inglés.

—¡En pie! —gritó el sargento Havercamp—. ¡Venga, cabrones, moveos!

Sharpe se preguntaba si Harper y él tendrían que escaparse. Sabía que podrían hacerlo sólo con vencer a la débil guardia que los vigilaba cada noche. Temía que

fuera necesario, pues cada paso que daban en dirección al este parecía que los conducía hacia Chelmsford, y no quería ni imaginar lo ignominioso que sería verse entregado al capitán Carline y sus rechonchos tenientes. Sharpe se había embarcado en ese engaño con la certeza de que lo llevarían allí donde estuviera escondido el segundo batallón; sin embargo, el sargento Havercamp los conducía inexorablemente hacia el cuartel de Chelmsford.

Entonces, en un pueblo grande llamado Witham, y para alivio de Sharpe, el sargento Havercamp los apartó de la ruta de Chelmsford. El sargento estaba de excelente humor. Les hizo avanzar al paso, poniendo a Sharpe y a Harper al frente y a los cabos en la retaguardia.

—Os enseñaré, bastardos, a ser soldados. ¡Izquierda! ¡Izquierda! ¡Izquierda! ¡Derecha! ¡Izquierda!

Uno de los muchachos marcaba el paso con un palo.

Pasaron la última noche del viaje en un granero medio vacío. Havercamp los despertó pronto, y durante el amanecer fueron avanzando por un paisaje como ninguno que Sharpe hubiera visto anteriormente en Inglaterra.

Era una región intrincada de ríos, arroyos y marismas. Una región en que se oían los chillidos de las gaviotas, que le indicaban que estaban cerca del mar. El aire olía a mar. La hierba era gruesa. Una vez, lejos a su izquierda, vio el viento que batía la espuma de un mar gris hacia una gran extensión de barro, luego la vista desapareció cuando el sargento Havercamp les hizo girar una vez más tierra adentro.

Atravesaron llanuras de labranza en las que el viento marino había inclinado los escasos árboles hacia el oeste. Cruzaron los vados de ríos perezosos que corrían sobre lechos anchos y fangosos hasta enconarse con la marea de sal. Las casas, bajas y achaparradas, tenían tablas pintadas de un negro siniestro, mientras que las iglesias se elevaban por encima de la tierra llana.

—¿Dónde estamos? —preguntó Harper.

Sharpe y él seguían encabezando la pequeña procesión cuando Havercamp les hizo volver a girar hacia el este, contra el viento que olía a sal y traía el solitario sonido de aves marinas.

—En cualquier parte de Essex.

Sharpe se encogió de hombros. No había ningún mojón que indicara el lugar en el que se encontraban. En la ruta por la que caminaban ahora no había ninguna indicación que señalase alguna ciudad o algún pueblo. Una única señal indicaba una gran casa de ladrillo con elegantes alas a ambos lados del bloque principal de tres pisos. Sobre el tejado de la casa había una veleta. La casa estaba a dos millas de distancia, era un lugar solitario y Sharpe se preguntó, mientras avanzaban por la carretera vacía hacia la gran construcción aislada, si aquél era su destino.

—¡Rompan filas! ¡Rápido! ¡Rompan filas! —empezó a gritar de repente el

sargento Havercamp, desde el final de la hilera—. ¡A la cuneta! ¡Venga! ¡Deprisa, deprisa, deprisa, cabrones! ¡A la cuneta! ¡Rompan filas!

El cabo Clissot empujó a Sharpe, quien tropezó con Harper, y ambos cayeron dentro de la cuneta que apestaba a limo verde. Se sentaron con el agua asquerosa hasta la cintura y observaron que hacia ellos avanzaba un carruaje. Giles Marriott, que a lo largo de los dos últimos días había mostrado unas angustiosas ganas de defender lo que él consideraba sus derechos, protestó por tener que permanecer en una zanja, pero Havercamp lo metió de una patada en el foso de lodo sin contemplación alguna; luego salió de un salto, se giró elegantemente en un campo de nabos, se puso en posición de firmes y saludó al carruaje con la mano derecha.

Dos cocheros iban en el pescante, en el interior lleno de almohadones se sentaban tres pasajeros. La capota de cuero estaba bajada y uno de los pasajeros, una muchacha, se protegía del sol con una sombrilla.

—¡Cristo! —exclamó Harper.

—¡Cállese! —le censuró Sharpe, al tiempo que ponía una mano sobre el brazo del irlandés.

Sir Henry Simmerson, sobre el carruaje descubierto, dirigió su gruesa mano hacia el sargento Havercamp, mientras que sus ojillos furiosos sobrevolaban por encima de los asombrados reclutas llenos de lodo que estaban en el foso. Sharpe vio las orejas separadas, la cara porcina, luego bajó la mirada hacia la espuma verde que había en el agua para que sir Henry no se fijara en él.

—Es... —empezó a decir Harper.

—¡Ya sé quién diablos es! —susurró Sharpe.

Junto a sir Henry Simmerson, frente a una mujer austera y de cabello cano, bajo una sombrilla de encaje blanco, iba una muchacha que Sharpe había visto por última vez en una iglesia parroquial hacía cuatro años. Jane Gibbons, la sobrina de Simmerson y hermana del hombre que había intentado matar a Sharpe en Talavera.

—¡En pie! ¡Deprisa! ¡Venga!

La arenilla que habían levantado las ruedas del carruaje llenaba el aire de polvo mientras Sharpe y Harper salían del foso y sus cuerpos chorreaban agua sobre la carretera reseca.

—¡A formar! ¡De dos en dos!

Sharpe se quedó mirando el carruaje que se alejaba. Veía a los pasajeros sentados, envarados y separados entre sí, e intentaba convencerse de que a Jane Gibbons no le gustaba nada estar junto a su tío.

—¡De frente! ¡Marcha rápida!

Sharpe había sostenido el águila en Carlton House ante las miradas admirativas de los cortesanos, y ahora le venía a la mente aquel lejano día. Sir Henry Simmerson había sido el primer teniente coronel del South Essex, un tonto furioso y arrogante

que había dado la batalla por perdida y que había hecho retirar al batallón de la línea de fuego presa del pánico. Le habían quitado el mando, y el South Essex, que había sido deshonrado bajo su mando, aquel día recobró el honor al capturar el estandarte francés. Y después, cuando Sharpe y Harper se encontraban solos entre el fuego de la batalla, en medio de la basura de la muerte y la victoria, el teniente Christian Gibbons, sobrino de sir Henry, intentó arrebatárselos el águila.

Gibbons había muerto, Harper lo había atravesado con una bayoneta francesa. Sin embargo, la inscripción que rezaba en el mármol conmemorativo, sin duda redactada por sir Henry, afirmaba que había muerto al capturar el águila. Durante su última visita a Inglaterra, en una pequeña iglesia parroquial que suponía que debía estar cerca de aquel lugar pantanoso y llano, Sharpe había conocido a Jane Gibbons.

Durante todos los años que habían pasado, en los campos de batalla, en los alojamientos sucios, llenos de humo y de pulgas, en los palacios de España donde había conocido a la Marquesa en su propio lecho nupcial, no la había olvidado. La mujer de Sharpe, antes de morir, se había echado a reír porque llevaba un medallón con un retrato de Jane Gibbons en el interior, un medallón que Sharpe le había quitado a su hermano muerto. El medallón se había perdido; sin embargo, él no la había olvidado.

Tal vez porque ella era la imagen de la Inglaterra que los soldados recordaban cuando luchaban en un país caluroso y duro. La muchacha tenía el cabello dorado, mejillas suaves y unos ojos del mismo color que los mantos azules y brillantes de las vírgenes de todas las iglesias españolas. Sharpe le había mentado, le había dicho que su hermano había muerto como un héroe y se había puesto nervioso ante la sonrisa agradecida de la joven. En aquella iglesia oscura y húmeda, donde ella había ido a colocar un jarrón con alhelíes debajo de la lápida de su hermano, a él le había parecido que era una criatura de otro mundo; gentil, con un destello de vivacidad, demasiado bella y preciada para sus manos ásperas y su rostro marcado por las batallas.

Ya debía de estar casada, pensó mientras iba siguiendo las rodadas del carruaje. Incluso en una Inglaterra en la que, como a menudo decía el capitán d'Alembord, no había suficientes hombres honrados para tantas muchachas bien nacidas, seguramente una criatura tan hermosa y sonriente no se quedaría soltera. Y al volver a verla, de forma tan repentina, en aquel sendero desolado entre los pantanos de uno de los confines de Inglaterra, volvió a sentir la antigua atracción, la antigua e inútil atracción por una muchacha tan encantadora. También sintió la vieja tentación de creer que ninguna muchacha que viniera de una familia tan horrible y traicionera pudiera ser digna de amor.

—¡Poneos en pie de una puñetera vez! ¡Moveos! —gritaba el sargento Havercamp mientras azotaba a los reclutas con su bastón—. ¡Hombros atrás,

Marriott! ¡Estás en el Ejército, no en un maldito baile! ¡En marcha!

El carruaje tomó un camino que daba a la carretera, y Sharpe vio que se dirigían a la gran casa elegante de ladrillo. Los marcos de las ventanas estaban pintados de blanco y, a medida que el grupo de reclutas se acercaba, Sharpe se dio cuenta que la veleta tenía la forma de una águila francesa. Aquel pájaro, pensó, volvía para obsesionarlo. Aquella hazaña en un campo de batalla, la primera captura de un estandarte enemigo, había dado una reputación al South Essex, le había salvado la carrera y ahora, así lo temía, era el símbolo del hombre que había intentado matarlo en Londres, y que sin duda volvería a intentarlo si descubrían su identidad.

—Si ese cabrón nos descubre... —Harper no acabó la frase.

—Ya lo sé. —Y qué conveniente resultaba, pensó Sharpe, que sir Henry se contara entre sus enemigos.

—¡Cerrad el pico! ¡En marcha! —gritó el sargento Havercamp golpeando la espalda de Sharpe con el bastón—. ¡Levantad los pies! ¡Ya sabéis cómo se hace!

No fueron a la casa de sir Henry, el águila de la veleta había convencido a Sharpe de que aquel lugar grande era sin duda el hogar de su enemigo, sino que se dirigieron hacia el sur y se metieron por un camino más estrecho. Fueron avanzando en fila por la orilla de una zanja de riego, cruzaron un vado lleno de barro pegajoso y, cuando la casa de sir Henry quedaba ya lejos en el horizonte, volvieron a girar a la izquierda y se metieron por un camino más amplio marcado por ruedas de carros.

Ante ellos se encontraba un puente de madera vigilado por soldados.

—¡Cambien el paso! ¡Eso quiere decir que caminen, patanes, sino van a romper el puente de mierda!

Una docena de hombres con las vueltas amarillas propias del South Essex vigilaba el cruce. Un sargento llamó amistosamente a Havercamp, mientras los reclutas avanzaban con dificultad por el puente, que hacía eco y que atravesaba una cala profunda y de orillas enlodadas.

—¡Izquierda! ¡Izquierda!

El toque del tambor les proporcionaba el ritmo para recuperar la marcha apropiada, pasaron el puente y el piquete, y delante de ellos Sharpe vio el lugar que quería encontrar.

No sabía dónde estaba, salvo que estaban en un lugar perdido, un lugar desierto de la costa de Essex, pero delante de él, en un terreno húmedo y pantanoso, vio el campamento de un Ejército. Había tiendas, dos edificios de ladrillo y en una elevación del terreno, un gran campo de reclutamiento repleto de hombres que avanzaban. *Buttons*, tan ansioso por entrar en el Ejército como su amo, se lanzó a correr hacia delante excitado.

Sharpe sintió el mismo nerviosismo. Había dado con el segundo batallón del South Essex, había encontrado a los hombres que él conduciría a Francia. Lo único

que quedaba por hacer era descubrir por qué lord Fenner había mentido, y luego llevarse a estos hombres a la guerra contra los franceses, a despecho de todos sus enemigos aquí y en Londres, lejos de este lugar oculto.

Capítulo 7

El segundo y el cuarto lunes de cada mes, a las once en punto, el criado del teniente coronel Bartholomew Girdwood le llevaba una pequeña olla con brea hirviendo. A continuación, con sumo cuidado, colocaba un trozo de tela gruesa sobre los labios del coronel y con otros dos cubría las mejillas y los orificios de la nariz. Después, con una espátula que le pedía al médico del batallón, le aplicaba el alquitrán hirviendo sobre el bigote. Iba embadurnando y mezclando la pasta humeante para empapar bien los hirsutos pelos y, aunque a veces la cara del coronel temblaba cuando una gota de aquella sustancia hirviendo le caía sobre la piel de los labios, permanecía en el silencio más absoluto hasta que el criado terminaba. El mozo retiraba los trozos de tela y esperaba a que el alquitrán se solidificara para dar forma y pulir el bigote con unas tijeras, una lima y la espátula caliente; así no tendrían que retocarlos hasta transcurridas dos semanas.

—¡Gracias, Briggs! —El coronel se dio unos ligeros golpecitos en el bigote. El sonido era similar al de unas uñas arañando marfil—. ¡Excelente!

—Gracias, señor.

El teniente coronel Girdwood se miró en el espejo. Lo que veía le gustaba. Los bigotes embreados se habían puesto de moda entre los oficiales del Ejército de Federico el Grande, una moda que confería a los rostros de aquellos hombres una expresión adusta y marcial que se adecuaba perfectamente al carácter adusto y marcial del teniente coronel Girdwood.

Se consideraba un upo duro. Por desgracia, era más bajo de lo que le hubiera gustado, pero compensaba su falta de altura con unas botas de suela gruesa y un chacó alto. Era delgado, musculoso y tenía cara de soldado. Su rostro era severo, siempre bien afeitado, con bigote; sus ojos eran inflexibles y negros y llevaba muy corto el pelo castaño. Era un hombre de implacable rutina: tomaba las comidas en su justo momento, sus días se regían por un horario estricto que tenía colgado con meticulosidad en la pared de su despacho.

—¡La espada!

Briggs le alcanzó la espada. El teniente coronel Girdwood la desenfundó unas cuantas pulgadas de la vaina, comprobó que estaba pulida y se la devolvió a su criado, quien, con gesto deferente, la abrochó a la cintura de su amo.

—¡El chacó!

También inspeccionó esta pieza de su uniforme. Girdwood separó la placa de metal, donde iba sujeta la insignia del águila encadenada, de la tela negra que forraba el cono del chacó y comprobó, con gran satisfacción, que Briggs había pulido la insignia tanto por delante como por detrás. Se puso el sombrero mirándose al espejo, se aseguró de que quedaba perfectamente recto, y se abrochó la correa bajo la

barbilla.

El teniente coronel Girdwood mantenía la cabeza erguida. No tenía otro remedio ya que era partidario de llevar aquella rígida pechera de piel, de cuatro pulgadas de ancho, que se le clavaba en la barbilla. Al principio, los nuevos reclutas, obligados a llevarla, eran incapaces de volver la cabeza debido a la rigidez del cuero y al cabo de unas horas tenían la piel de la barbilla totalmente irritada, a veces incluso sangraban. Girdwood sabía que los batallones que iban a la lucha habían dejado de utilizar el collarín y entendía que era una sabia decisión, ya que los hombres podían apuntar mejor con el mosquete. Sin embargo, no había nada mejor para los reclutas que un buen collarín rígido escociéndoles la piel del cuello. Les obligaba a mantener la cabeza erguida, parecían verdaderos soldados y si, los muy canallas, intentaban escapar, los dos verdugones rojos que lucían en la barbilla se convertían en la mejor marca para identificarlos.

—¡Bastón!

Briggs alcanzó al coronel su bastón bruñido, con la empuñadura de plata brillante. Girdwood lo blandió con destreza y escuchó el sonido gratificante que producía al cortar el aire.

—¡La puerta!

Briggs abrió la puerta con celeridad, dibujando el ángulo perfecto hasta la pared, y afuera, exactamente a las once y media, como tenía que ser, estaba el capitán Smith, uno de los oficiales de Girdwood.

El capitán taconeó y saludó.

—Entre, Smith.

—¡Señor! —Smith, que acompañaría al coronel en la inspección de mediodía, le informó de que el sargento Havercamp había regresado de su incursión por las tierras del centro de Inglaterra—. ¡Ha ido muy bien, señor! ¡Muy bien! ¡Cuarenta y cuatro hombres!

—Bien. —El rostro de Girdwood reflejaba su júbilo ante las buenas noticias. Traer doce reclutas era ya un gran éxito para un sargento, pero Horatio Havercamp siempre había sido su mejor hombre—. ¿Los ha visto ya?

—Sí, señor. —Smith seguía en posición de firmes mientras el teniente coronel le interrogaba.

Girdwood se colocó el bastón bajo el brazo izquierdo, se inclinó hacia delante y en sus ojillos negros se vio brillar una chispa de intensidad febril.

—¿Hay algún irlandés, Smith?

—Uno, señor. —La voz de su subordinado, en tono de disculpa, quería expresar que las noticias no eran tan malas—. Sólo uno, señor.

Girdwood emitió un gruñido extraño y agudo que pretendía ser una amenaza.

—Los pondremos a cargo del sargento Lynch —dijo lentamente y con cierto

entusiasmo.

—Muy bien, señor.

—Pasaré revista dentro de veinte minutos.

—Muy bien, señor.

—Sígame.

Los centinelas se pusieron firmes y saludaron. El sol resplandeció en el bigote pulido y reluciente del teniente coronel Bartholomew Girdwood cuando inició la inspección de mediodía en presencia de los oficiales y los secretarios.

—Ahora me despido de ustedes, muchachos —dijo el sargento Horatio Havercamp, paseando lentamente por delante de la fila de reclutas. Iban vestidos con uniforme de faena: pantalones grises, botas y chaqueta azul cielo, corta y fina. Havercamp se pasó la mano por el bigote—. Pero volveréis a verme, muchachos, vendré a veros cuando os hayáis convertido en soldados. —Se detuvo delante de Charlie Weller—. ¡Quita a ese maldito perro de enmedio, Charlie, al coronel no le gustan los perros!

Pareció que Weller se preocupaba. Junto a él, *Buttons* meneaba la cola.

—¿Qué lo quite de enmedio, sargento?

—Hablaré con los de la cocina, muchacho. ¿Sirve para cazar ratas?

—Sí, sargento.

Havercamp siguió caminando delante de la fila y se detuvo ante Giles Marriott.

—Tú, muchacho, mantén tu sucia boca cerrada —le dijo en un tono bastante amable. No le gustaba Marriott, le producía esa aversión irracional que provocan determinado tipo de personas simplemente por su aspecto o su actitud, pero ahora que abandonaba el regimiento, Havercamp le dio a este loco enamorado el mismo consejo que Sharpe: ¡No causes problemas!

—Sí, sargento.

Havercamp dio a Harper un golpe amistoso con el puño en la barriga.

—No me has dado ninguna preocupación.

—Claro que no, sargento.

—Mucha suerte, Paddy. ¡Suerte a todos, muchachos!

Les sorprendió la tristeza que sintieron al ver cómo se alejaba en busca de nuevos reclutas, cómo les abandonaba en una situación en la que todo el mundo parecía saber lo que estaba ocurriendo y lo que se esperaba de ellos, excepto ellos mismos.

—¡Izquierda, ar! —gritó un cabo—. ¡Vamos cabrones! ¡Moveos!

Les quitaron sus ropas, las metieron en sacos con su nombre, les dieron unos uniformes de faena y ahora les distribuían lo que el Ejército denominaba sus piezas indispensables: polainas, zapatos de repuesto, medias, camisas, mitones, cepillo de zapatos, gorra con visera y mochila. A continuación, cargados con todo el equipo, los llevaron uno a uno a la oficina y les ordenaron firmar el pedazo de papel que les

tendían.

Sharpe hizo una cruz. Giles Marriott, evidentemente, se quejó.

Harper, que estaba fuera, oyó la queja y gruñó.

—¡Estúpido bastardo!

—¡Protesto! ¡No es justo! —le gritó Marriott al secretario.

Y no lo era. Les habían prometido a todos una retribución de veintitrés libras, diecisiete chelines y seis peniques. El sargento Havercamp había encandilado a los reclutas con sus promesas en Sleaford y, al llegar allí, resultaba que la guinea que habían recibido era ya suficiente retribución. Se encontraban ante la cruda realidad. El papel que firmaban indicaba que no había retribución alguna, o mejor dicho, que se consideraba que los reclutas ya se la habían gastado.

El Ejército les cobraba el equipo básico. Les habían cobrado por lo que habían comido durante el viaje y por la cerveza y el ron que habían bebido en compañía del generoso sargento Havercamp. Les habían cobrado por la colada que no habían hecho, por los hospitales militares de Chelsea y Kilmainham, de los que la mayoría no habían oído ni hablar. Un descuento tras otro. Se llegaba a la conclusión de que no era el Ejército el que les debía algo, sino que eran los reclutas los que debían una determinada cantidad que les sería descontada de la paga.

No era justo, claro, pero el Ejército no tendría reclutas a menos que les hiciera promesas desorbitadas, y no tendría dinero para luchar si cumplía esas promesas. Aun así, Sharpe no tenía noticias de que nunca se hubiera descontado tanto de la retribución. Alguien, pensó mientras seguía escuchando los gritos de protesta de Marriott, se estaba aprovechando de los reclutas.

—¡Escoria! —La voz que les sobresaltó provenía de detrás del grupo.

Se volvieron y vieron a un pequeño sargento uniformado de forma impecable que caminaba hacia ellos, con tal expresión de ira y odio, que los reclutas retrocedieron de forma instintiva dejando paso a aquel hombrecillo de cara oscura que entró en la caseta del secretario.

Oyeron un grito que venía de dentro, y a continuación un quejido de protesta. Marriott salió de espaldas por la puerta, tropezó, cayó, y el sargento, que iba tras él, le dio un golpe en la cabeza con su bastón y una patada en la espinilla con sus botas relucientes.

—¡Arriba, escoria, levántate!

Marriott se levantó temblando. Le sacaba la cabeza a aquel sargento que, una vez lo tuvo de pie, le dio un puñetazo en la barriga.

—¿Tienes alguna queja, escoria?

—Nos habían prometido...

El sargento volvió a golpearle, esta vez más fuerte.

—¿Tienes alguna queja, escoria?

—No, sargento.

—¡No te oigo, cabrón!

—No, sargento. —Las lágrimas corrieron por las mejillas de Marriott.

El sargento observó al resto de reclutas y después, mirando al teniente coronel Girdwood que se acercaba con su comitiva, les gritó:

—¡Formen filas!

El teniente coronel Bartholomew Girdwood era un hombre amargado, maltratado por la vida; pocos lograban entenderle. Era un soldado y se consideraba un buen soldado, pero nunca en la vida había entrado en batalla. Lo más cerca que había estado de la guerra había sido en Irlanda, pero se negó a luchar contra los campesinos; incluso cuando lograron diezmar sus tropas y perseguirle a través de los campos empapados, siguió despreciándolos. A los que atrapó, los colgó; a los que no, no les hizo el menor caso. Sólo pensaba en luchar contra los franceses y no lograba entender por qué el Ejército no le permitía ir a España.

—¡Escoria! —gritó el sargento—. ¡Firmes!

Los reclutas obedecieron. El teniente coronel Girdwood, que tenía vista para las cuestiones militares, se fijó en dos hombres que adoptaban la postura correcta, con los pulgares pegados a las costuras de sus desgastados pantalones, la cabeza y los hombros erguidos y con los pies colocados en el ángulo preciso de treinta grados. Eran dos viejos soldados, dos hombres a quienes resultaría fácil instruir. Dos hombres a los que debería vigilar de cerca ya que se sabían todos los trucos. Los miró con mayor detenimiento y observó la herida en el rostro del mayor y la corpulencia del más joven. Emitió un extraño ruido, un gruñido que pretendía ser un aviso para ambos. Lanzó una mirada desafiante al hombre de la herida.

—¿En qué regimiento servía?

Sharpe, que sabía a la perfección cómo debía mirar a la cara a un oficial, quedó fascinado ante la rigidez y el brillo de aquel bigote duro como una piedra, que contrastaba de forma extraña con la piel blanca e irritada del rostro de Girdwood.

—¡En el treinta y tres, señor!

—¿Fue dado de baja?

—¡Sí, señor!

Girdwood lanzó una mirada al enorme Harper e, instintivamente, le desagradó por ser tan alto.

—¿Y usted?

—¡En el cuarto de la Guardia de Dragones, señor!

A Sharpe le hizo gracia que Harper hubiera elegido un regimiento tan elegante para su supuesto pasado, pero percibió que la hostilidad del teniente coronel había aumentado ante aquella respuesta. Girdwood emitió de nuevo aquel ruido extraño y agudo y después se dio unos golpes en la palma izquierda con el bastón de mango

plateado.

—¡La Guardia Real Irlandesa! —dijo lentamente con feroz desagrado—. Pues escúcheme bien, soldado, éste no es un regimiento irlandés, no toleraré ninguna insolencia, ¿lo ha entendido bien?

—¡Sí, señor!

—¡Ninguna! —Su voz se convirtió en un severo gruñido que asustó a los otros reclutas, a los que observó uno a uno como si su mirada oscura y dura pudiera llenarles de temor y respeto.

Les observó durante un buen rato sin decir nada, pero por su mente se sucedían los pensamientos.

«Campesinos —pensó—, no son más que campesinos. ¡Escoria, basura! Escoria horrible, apestosa, nauseabunda, estúpida, descuidada e indisciplinada. ¡Son civiles!» Su mirada regresó al rostro imperturbable e impasible de Harper.

—¿Y quién es el rey de Irlanda?

—¡El rey Jorge, señor!

El bigote pulido de Girdwood quedaba a la altura del segundo botón de la chaqueta del uniforme de faena que llevaba Harper. El coronel levantó la mirada hacia aquel hombre corpulento.

—¿Y qué son los rebeldes?

Harper se quedó en silencio. Sharpe, de pie junto a él, deseó que el irlandés mintiera. Si no hubiera acabado en el Ejército británico por hambre y un error del destino, Harper hubiera sido sin lugar a dudas uno de los rebeldes que habían luchado en vano contra los británicos en Irlanda. Harper, que apreciaba su trabajo y luchaba contra los franceses como el que más, no había perdido en ningún momento su amor por Irlanda, al igual que el resto de irlandeses que componían un tercio del Ejército de Wellington en España.

—¿Y bien?

Harper decidió adoptar la estrategia de hacerse el tonto.

—¡No lo sé, señor!

—¡Basura! ¡Mierda! ¡Bastardos! ¡Irlandeses! ¡Eso es lo que son! ¡Sargento Lynch!

—¡Señor! —El pequeño sargento, que tan adecuadamente había hecho callar a Giles Marriott, dio un paso hacia delante. Era como el gemelo de Girdwood; eran dos hombrecillos pequeños, morenos y bigotudos. Girdwood señaló a Harper con su bastón—. Vigile a este hombre, sargento Lynch.

—Lo haré señor.

—No toleraré ningún truco irlandés, por Dios que no lo haré.

—¡No, señor!

Sharpe, que sintió un gran alivio al ver que el coronel no le pedía a Harper que

repitiera aquella retahíla de insultos contra los rebeldes irlandeses, se dio cuenta de que el coronel miraba sorprendido al final de la fila de reclutas. Girdwood levantó el bastón y lo sacudió.

—¡Sargento Lynch! ¡Sargento Lynch!

Lynch se volvió y también se quedó paralizado. Cuando habló, aparentemente igual de sorprendido, se notó en su voz el leve acento irlandés que arrastraba a pesar de lo mucho que se había esforzado por perderlo.

—Un perro, señor. Uno de los reclutas tiene un perro, señor.

Buttons, que percibió el interés que había despertado, meneó la cola llena de barro, agachó la cabeza y salió corriendo hacia los dos hombres para que le acariciaran.

Girdwood retrocedió un paso.

—¡Apártenlo de mí! —Su voz reflejaba pánico.

El sargento Lynch avanzó rápidamente. Charlie Weller también dio un paso hacia delante, pero un cabo le hizo tropezar y cayó al suelo, justo en el momento en que el sargento Lynch daba una patada al animal. Fue una patada brutal y despiadada en las costillas, que hizo que el perro aullara y saliera despedido casi cinco metros. Weller, con el terror dibujado en el rostro, intentó levantarse, pero el cabo le golpeó en la cabeza y volvió a golpearle para mantenerlo en el suelo.

Buttons, con las costillas rotas, se acercó a su dueño gimiendo y renqueando. Se apartó temeroso del sargento Lynch, pero éste fue a por él, levantó el pie y golpeó con el tacón el cráneo del perro. *Buttons* gimió de nuevo. El tacón siguió presionando lentamente y con fuerza, ante el horror de los reclutas, hasta que el perro murió. La agonía pareció durar mucho. Nadie decía nada. El cabo levantó bruscamente a Weller, que tenía el rostro ensangrentado y le empujó hacia la fila. Estaba demasiado aturdido para resistirse. El sargento Lynch sonrió al ver que el pequeño perro dejaba de moverse, y el teniente coronel Girdwood dio un suspiro de alivio. Odiaba a los perros: eran indisciplinados, sucios y salvajes. Cuando era niño, un mastín le había mordido porque le había tirado medio ladrillo, y desde entonces les tenía miedo.

—Gracias, sargento.

La bota derecha de Lynch estaba en parte cubierta de sangre.

—Sólo cumplo con mi deber, señor.

La muerte de aquel perro había subido los ánimos del teniente coronel Girdwood después del abatimiento causado por el acento irlandés de Harper. Tenía motivos para odiar Irlanda: en aquel país, cuando ostentaba el rango de capitán, había sido reprendido por un tribunal de investigación en el Castillo de Dublín. Y no sólo eso, sino dado de baja de la guarnición de Dublín.

¡No había sido culpa suya! ¡Había sido una emboscada! ¡Por Dios que no fue culpa suya! Si las tropas de su majestad no podían desfilar en orden por un camino

irlandés, ¿dónde podrían desfilar? Fue culpa de los campesinos traidores, aquellos hombres que les dispararon desde los márgenes e hicieron que sus hombres se revolcaran en sangre en el camino, mientras el capitán Girdwood, gritando airado, ordenaba a sus casacas rojas que formaran filas y prepararan las bayonetas. Para cuando hubo conseguido poner orden en su compañía, los irlandeses se habían marchado ya. ¡Se habían ido! ¡Habían huido! Tal como lo dijo ante el tribunal, ¡les había vencido! Fue el dueño y señor del campo de batalla, afirmó, ¿y acaso no era verdad? El tribunal llegó a la conclusión de que no. Le dejaron de lado para cualquier ascenso, le dieron de baja de la guarnición, le reprendieron y recomendaron que el capitán Bartholomew Girdwood dejara de prestar sus servicios al Ejército de su majestad.

Llevó su caso ante sir Henry Simmerson, miembro del Parlamento e inspector de impuestos, un hombre que pretendía acabar con la relajada disciplina que imperaba en el Ejército. De esa reunión fortuita, en la que ambos coincidieron en numerosos puntos de vista, surgió el ascenso y esta oportunidad. Sir Henry y su amigo lord Fenner compraron el puesto de comandante para Girdwood, después le ascendieron a teniente coronel, le obsequiaron con un batallón y le dieron la ocasión de enriquecerse. Según le aseguraron sir Henry y lord Fenner, la guerra estaba a punto de terminar y Girdwood podía esperar, gracias a su generosidad y patrocinio, una prestigiosa y cómoda carrera en tiempos de paz. Se casaría con la sobrina de sir Henry; sería un hombre rico, poderoso y, hasta que llegara el momento, seguiría desempeñando el trabajo que creía hacer mejor que nadie: convertir en soldados a civiles indisciplinados y descuidados. Se estremeció al recordar el impacto que le había producido ver a un perro y sonrió a su salvador, el sargento Lynch.

—¡Sigamos, sargento, bien hecho!

Había un hombre en aquel campamento que odiaba a los irlandeses más aún que el coronel, y ése era el sargento John Lynch. Le bautizaron con el nombre de Sean, pero, intentando deshacerse del acento de la región de Kerry, también se había deshecho de su nombre.

Tomó a Girdwood como modelo, porque veía en el teniente coronel la cualidad de la firme disciplina que había dado al Ejército británico la victoria sobre los rebeldes irlandeses. El sargento John Lynch quería estar del lado de los ganadores y convertirse, además, en uno de ellos. En lugar de ser un campesino irlandés obligado a mostrar a regañadientes su respeto por los ingleses, este hombre deseaba ser un hombre a quien se debía respetar. Luchó contra su país con la pasión de los conversos, la misma con la que había abandonado la fe de sus padres para convertirse en un anglicano. No había nadie más adecuado para ganarse el odio de Patrick Harper y, de hecho, el odio de todos los miembros de la brigada, ya que el sargento Lynch era el instructor de tropas más severo. Ya pesar de ello, como Sharpe reconoció de mala

gana, también el más efectivo.

La instrucción se realizaba a la antigua usanza: con disciplina brutal, castigos y trabajo constante.

Girdwood creía que cuando un hombre se alineaba con el fusil y luchaba contra enemigos muy superiores en número no era por orgullo, ni lealtad, ni patriotismo, sino porque no tenía otra alternativa. Estaba formando soldados y, de paso, amasando una fortuna. De hecho, al cabo de tres días, Sharpe estaba convencido de que la única razón de mantener aquel campamento en secreto era el dinero; no sólo por la forma en que los hombres del teniente coronel Girdwood se habían apoderado del dinero de los reclutas, sino también por la manera en que, día tras día, crecían sus deudas. Cada vez que el sargento Lynch inspeccionaba a los reclutas, encontraba algún fallo en sus equipos: una correa de la mochila rota, un agujero en los calcetines. Cada falta se anotaba y el precio del artículo se restaba de la siguiente paga. Sharpe llegó a la conclusión de que en aquel campamento nadie cobraba la paga y que todo el dinero iba a parar a manos de Girdwood. Esas deducciones de la paga de los soldados eran habituales en el Ejército; sólo por la comida se restaba ya la mitad del salario. Sin embargo, Sharpe nunca había visto que se hiciera a tal escala o con tan apasionada avaricia.

Lo único que se realizaba con mayor pasión era la instrucción; el fusilero no había visto en ningún otro lugar que los reclutas trabajaran tanto. Hacían instrucción desde el alba hasta el anochecer. Les martilleaban con todas las normativas militares hasta que, después de una semana, incluso el recluta más torpe podía realizar todas las maniobras de instrucción de la compañía. Al único que dejaron por imposible fue a Tom, el tonto, y le enviaron a limpiar al comedor de sargentos.

El principal objetivo de sus vidas, desde la fría mañana, cuando los despertaban antes del alba, hasta que el sol se ponía y el corneta anunciaba que se iban a apagar las luces, era evitar los castigos. Incluso después de oír la corneta corrían peligro, porque la máxima del teniente coronel Girdwood era que los amotinamientos se fraguaban por las noches. Obligaba a los sargentos y oficiales a patrullar entre las líneas de tiendas a la escucha de voces; incluso se rumoreaba que el propio Girdwood había sido visto a cuatro patas, arrastrándose entre las cuerdas de las tiendas de los muchachos para poner el oído sobre la tela.

Los castigos eran tan diversos como los delitos que los provocaban. Todo un pelotón o los ocupantes de una tienda podían dedicarse a un trabajo habitual: cavar letrinas, vaciar uno de los muchos canales de drenaje que iban a las marismas, o remendar, con cordel grueso y agujas para cuero, la dura tela de las tiendas. El sargento Lynch prefería los golpes, y a veces utilizaba una mochila llena de ladrillos como instrumento de castigo, ya fuera para que la llevaran en la instrucción o para que la sostuvieran mientras él permanecía detrás, siempre dispuesto a asestar un

golpe con su bastón al mínimo indicio de cansancio en los brazos extendidos. Había palizas y azotes pero, a pesar de lo salvajes que eran, podían evitarse recurriendo sencillamente a la obediencia y el anonimato. La mayoría de los reclutas lo aprendieron rápido. Incluso cuando llovía y parecía imposible no manchar de barro los uniformes o las lonas que cubrían el suelo de sus tiendas, aprendieron a rascar y limpiar el barro; y aunque el agua limpia escaseaba en aquella región baja y pantanosa, remojaban sus delgados jergones de paja, porque preferían dormir mojados y temblando de frío que provocar la ira del teniente coronel Girdwood.

A pesar de ello, Giles Marriott, que se había alistado en el Ejército buscando la autodestrucción porque su novia le había dejado por un hombre más rico, recibía castigo tras castigo. Cada mañana, en la inspección que se realizaba al amanecer, el sargento Lynch encontraba una mancha de barro en el albero de Marriott y vociferaba ante aquel hombre aterrado.

—¡Desnúdese!

Marriott se desnudaba y se quedaba de pie, temblando.

—¡Corra!

Y corría entre las tiendas, hundiéndose en el barro mientras los sargentos y cabos le abucheaban y golpeaban sus nalgas desnudas con bastones o palos con punta de acero.

—¡Más rápido, más rápido! —Y volvía al sargento Lynch con lágrimas en los ojos y la carne pálida marcada por los golpes.

—Mantén la boca cerrada —le dijo Harper.

—No somos animales. Somos personas.

—No, no lo somos. Ahora eres un soldado. No mires nunca al cabrón a los ojos, no discutas, no te quejes.

Marriott le oía pero no le escuchaba. Los demás reclutas sí que lo hacían porque, en tan sólo unas horas, Sharpe se había convertido en su líder y guía extraoficial en el Ejército. El primer día, Sharpe calmó a Charlie Weller agarrándole con fuerza por los hombros hasta hacerle daño.

—Tu no harás nada, Charlie —le había dicho.

—¡Le ha matado!

—No harás nada. Te aguantarás y ya está. Es lo mejor, muchacho.

—¡Le mataré! —replicó Weller con la pasión propia de sus diecisiete años, y sin poder contener las lágrimas por la muerte de *Buttons*.

—Quizá después de que Patrick le haya arrancado la cabeza —le dijo Sharpe sonriendo. Le gustaba Weller. El chico era uno de los pocos reclutas que se había unido al Ejército no por desesperación sino porque quería servir a su país. Algún día, Weller ascendería de rango en el Ejército, pero Richard sabía que primero tenía que sobrevivir a aquel lugar.

Un lugar en el que, según descubrió con gran asombro, había más de setecientos hombres en instrucción. Algunos estaban a punto de terminarla y casi listos para ocupar sus puestos en las filas que harían frente a los franceses; otros, como su propio pelotón, aún estaban aprendiendo el «a, b, c». Allí había soldados para salvar al primer batallón en Pasajes y para crear un segundo batallón bien constituido. También descubrió dónde estaba situado el campamento. Un día de lluvia y viento lo mandaron a las cocinas a descargar un carro de coles podridas. Uno de los cabos del comedor, que estaba apoyado en el quicio de la puerta y observaba una nube baja en el sur, refunfuñaba y se quejaba de que aquel lugar era horrible.

—¿Qué lugar? —le preguntó Sharpe.

El cabo encendió una pipa y, cuando prendió a su gusto, escupió en el barro.

—El fin del mundo. Se llana Foulness.

—¿Foulness?

—Un lugar nauseabundo, ¿verdad? —dijo el cabo riendo—. Dios sabe por qué nos habrán mandado aquí. Ya estábamos bien en Chelmsford, pero los de arriba nos querían aquí.

El cabo estaba contento de poder hablar con alguien. Foulness, dijo, era una isla unida a tierra firme por un puente de madera. En la isla sólo había una pequeña ciudad muy pobre y aquel campamento del Ejército. Hacia el sur, dijo el cabo, estaba el estuario del Támesis. Cuando bajaba la marea quedaba un gran desierto de barro. Al este tenían el mar del Norte, y al noroeste los enmarañados arroyos y ríos de la costa de Essex.

—Es como una cárcel —dijo Sharpe.

—No estaréis aquí mucho tiempo —afirmó el cabo, riendo abiertamente—. Dentro de seis semanas os embarcarán y se os llevarán. Deberías compadecerte de mí, que me quedo en este horrible lugar.

Sharpe ya había supuesto que el cabo, como las otras dos compañías de veteranos que había en el campamento y que eran los únicos que vestían chaquetas rojas en Foulness, era uno de los hombres encargados de evitar la desertión de los reclutas. Realmente, era como una cárcel con muros de agua y tropas de carceleros. Sharpe cortó una de las coles por la mitad.

—¿Y hacia adonde nos embarcan?

—Hacia donde quieran los superiores. Pero tú ya lo sabes, eres un antiguo soldado.

Serlo suponía una ventaja para Sharpe, porque así evitaba los problemas y se ahorra los castigos que siempre recibían los hombres menos experimentados. Ningún sargento quería castigar a Sharpe o a Harper, por la sencilla razón de que ambos daban la impresión de poder soportar cualquier castigo que se les aplicara. En vez de ellos, era Marriott, siempre Marriott, el que, con su altanería, era incapaz de

desechar la idea de que era superior a sus compañeros reclutas analfabetos. Siempre discutía pertinazmente, lloraba cuando le castigaban y lloraba también por las noches, en el silencio de las líneas de tiendas, cuando se oía el ruido de los sargentos y oficiales que vigilaban por si descubrían algún intento de motín.

La opinión de Harper era clara.

—¡Es culpa suya! Cree que es demasiado listo para ser sensato.

Sharpe era el único al que Marriott escuchaba, pero ni él era capaz de meterle en la cabeza al antiguo oficinista que la única manera de sobrevivir era aceptarlo todo y ser sumiso.

—Me voy a ir. ¡Me voy a escapar! —le había dicho Marriott. Llevaba sólo una semana en el Ejército.

—No seas tonto. —Sharpe profirió un chasquido que hizo que Marriott agitara la cabeza, el chasquido de un oficial—. ¡Tú no te escaparás a ningún sitio!

—¡Pero no pueden hacer eso a la gente!

Aquella noche, antes de que el corneta anunciara la hora de apagar las luces, Sharpe le comentó a Harper que Marriott quería escaparse. Harper se encogió de hombros.

—¿Y nosotros qué vamos a hacer?

—¿Nosotros?

—Pobre infeliz de Marriott, ya es hora de que nos larguemos.

—No sabemos ni lo que está pasando aquí. —Sharpe sabía que aquel campamento no existía sólo para robar la paga a los hombres. Si fuera ése su único propósito, ¿por qué diablos les habían entrenado tanto?

—De todas formas, es hora de marcharnos.

—Esperemos una semana más, Patrick. Sólo una semana más.

El enorme irlandés movió la cabeza.

—Pero tendrás que prometerme una cosa.

—¿Qué?

Se dibujó una sonrisa en su enorme cara y dijo:

—Me gustaría volver aquí como sargento mayor del regimiento, aunque sólo sea por un día. Sólo un día. Y pasar una hora con el canalla de Lynch.

Sharpe rió. Sobre su cabeza, bajo el cielo que se iba oscureciendo, una bandada de gansos se dirigía hacia las marismas del sur.

—Lo prometo, sargento.

Cumpliría aquella promesa, pero primero descubriría por qué aquel batallón del regimiento de South Essex se entrenaba tan a fondo y tan en secreto y por qué les castigaban tan duramente en las recónditas, húmedas y secretas marismas de un campamento llamado Foulness.

Capítulo 8

—¡Dígalo, escoria!

Patrick Harper, miraba fijamente, impasible, por encima del chacó del sargento Lynch, y gritó las palabras que tenía que decir en todos los desfiles.

—¡Dios salve al rey!

—¡Otra vez, escoria!

—¡Dios salve al rey!

El sargento Lynch, en los ocho días que habían transcurrido desde que tomara el mando de este pelotón, no había podido encontrar ni un fallo en Harper; a Marriott le había encontrado mil, pero al irlandés ni uno. El sargento había decidido que el gran hombre estaba acabado y le había asegurado al teniente coronel Girdwood que era sólo un cerdo grande y estúpido que no supondría ningún problema. De hecho, el sargento Lynch estaba contento de tener a los soldados O’Keefe y Vaughn en su pelotón, ya que la presencia de dos hombres entrenados agilizaba el entrenamiento del resto de reclutas.

—¡Otra vez, escoria!

—¡Dios salve al rey!

Era una hermosa mañana; el sol secaba las marismas y una leve brisa traía el olor de la sal hasta la zona del desfile. El sargento Lynch, cuyo rostro parecía triste aquel día espléndido, se alejó de Harper para mirar a las tres filas.

—¡Vamos escoria, quítense las pecheras!

Fue un verdadero alivio desabrocharse aquellos cuellos rígidos y gruesos de cuero. Los reclutas de la primera fila los pasaron a los de la siguiente y a continuación a los hombres de la fila de la derecha que, a su vez, se los dieron al cabo. El sargento Lynch les miró fijamente con su habitual expresión de desdén.

—Escoria. Tienen trabajo que hacer. ¡A cavar zanjas! Y si alguno de ustedes me causa algún problema, sólo uno, se arrepentirán. ¡Se arrepentirán! —Resultaba obvio que no aprobaba aquel trabajo y prefería que hicieran alguna otra tarea en la que resultara más fácil detectar los errores y castigar al culpable—. ¡Derecha! ¡Paso ligero!

A cada miembro del pelotón le tocó un rastrillo, una podadora o una pala. Sharpe creyó que tenían que ocuparse de otro de los canales de drenaje de la isla, pero, en vez de eso, el sargento Lynch les llevó hasta el camino que conducía fuera de la isla.

El sargento, igual que los dos cabos que le acompañaban, iba armado con un mosquete. Aquello era una cárcel, así que unos vigilantes armados vigilaban al pelotón ahora que habían salido de Foulness. Sharpe se fijó en la cantidad de hombres que componían el piquete de centinelas que vigilaba el puente de madera. Más de una docena de soldados observaron pasar al pelotón. Además, había un caballo amarrado

junto a la caseta de vigilancia que hizo pensar a Sharpe que también había un oficial destinado a ese puesto.

El sargento Lynch los condujo por el camino que habían recorrido a su llegada a Foulness, después hacia el norte por el sendero que terminaba en una gran casa de ladrillo con una veleta en forma de águila, y Sharpe rogó que aquella no fuera la casa de sir Henry Simmerson. Chapotearon al pasar por el vado, ascendieron por el sendero del banco y, después, antes de llegar a la casa de sir Henry, giraron a la derecha y se metieron por un estrecho camino que se hizo cada vez más angosto y que los llevó hasta los cañizales de la marisma.

Richard pensó que debían de estar bordeando la propiedad de sir Henry. Avanzaron con dificultades hacia el este, luego hacia el norte, y se alegró al comprobar que había un arroyo entre el grupo y la casa del único hombre que podría reconocerle en este recóndito lugar del condado de Essex. Sin embargo, su preocupación fue en aumento al comprobar que, paso a paso, el sargento Lynch los llevaba cada vez más cerca de la espléndida casa.

Parecía tranquila en aquel luminoso día de verano. El sol resaltaba la pintura blanca de los marcos de puertas y ventanas que miraban hacia el este. Delante de la fachada este había una terraza que se inclinaba hacia un jardín, cubierto de césped bien cuidado, que terminaba en un muro de contención de ladrillo. En la base del muro se encontraba el canal embarrado del arroyo. El canal estaba encenagado y obstruido, y en algunas zonas, el barro se había ido acumulando y estaba cubierto de plantas. El sargento Lynch se detuvo junto a unas cañas y dio el alto a los hombres.

—¡Escuchad, basura! —dijo con un tono de voz más suave del habitual, quizá porque no quería molestar a la pequeña nobleza inglesa que había detrás del arroyo encenagado.

—¡Vais a vaciar este maldito canal! ¡Empezaréis por aquí! —Hizo un gesto señalando el final del muro del jardín con el bastón—. ¡Y lo vaciaréis hasta allí! —Señaló detrás de él, y Sharpe vio un poste de madera a unas doscientas yardas clavado en el lodazal.

—¡Trabajaréis en silencio! ¡Cabo Mason!

—¡Sargento!

—Llévese a los hombres que tienen asignado un número impar y empiecen a trabajar en el punto señalado.

—Sí, señor.

Sharpe y Harper, como estaban formados uno junto al otro, tenían números consecutivos, así que Harper, por ser el hombre más alto y corresponderle el número uno, se fue con el cabo al indicador más alejado. Sharpe, que estaba el segundo, se fue con el segundo cabo a través de las marismas y hacia el canal que discurría junto al muro de sir Henry. El sargento Lynch, impecablemente vestido con su uniforme del

regimiento, decidió quedarse en la orilla seca.

Fue un trabajo duro y sucio. Encima del barro habían crecido malas hierbas que hubo que arrancar. Costaba sacar las raíces enmarañadas que se extendían por el cieno, otros hombres iban detrás con palas y ahondaban el canal para que el agua embarrada, que olía a vegetación podrida, borboteara y se filtrara... Sharpe empezó a sudar enseguida, a pesar de que, curiosamente, disfrutaba con aquel trabajo, posiblemente porque era tan simple y porque encontraba un extraño placer en trabajar en el barro pegajoso y frío. Era evidente que sir Henry Simmerson había pedido que le vaciaran el canal, como si hubiera un foso, no sólo para tener agua en la parte este de su jardín, sino porque, aproximadamente en la mitad de aquel muro de ladrillos cubierto de musgo, se encontraba un pasadizo que conducía a un cobertizo.

Había una reja de barrotes oxidada y cerrada con candado delante del arroyo, y detrás de los barrotes Sharpe pudo ver tres viejas bateas que no volverían a flotar a menos que se desembarrara el canal. Más allá de las bateas, vio una escalera de piedra que debía de llevar hasta el jardín.

—¡Tú! ¡Tú, basura! —gritó el sargento Lynch señalándolo.

—¿Sargento?

—¡Espere aquí!

Richard creyó que le iban a castigar aunque no podía entender por qué, pero en vez de eso vio por los barrotes de la reja un hombre que bajaba hasta el cobertizo. Por unos momentos sintió pánico, pues temía que fuera sir Henry, pero era un sirviente que se detuvo junto al muro de ladrillo que había a un lado del túnel que formaba el muelle con arco, y abrió el candado. Costó mucho que la llave girara en aquel candado tan duro, pero finalmente lo consiguió y la puerta chirrió al abrirse.

El hombre hizo un gesto de desprecio como si fuera una humillación hablar con un mero soldado cubierto de barro.

—Tienen que vaciarlo lo suficiente para que la embarcación flote con la marea alta. —Indicó con señas desde el cobertizo—. ¿Me entiende? —Y frunció el ceño como si Sharpe fuera un animal que quizá no entendiera su lengua.

—Sí.

El sargento Lynch envió a Marriott a ayudar a Sharpe. Primero tenían que transportar las bateas al exterior del túnel y colocarlas en la orilla de arroyo. Después deberían arrastrar al exterior del oscuro, frío y húmedo túnel la maraña de lonas, palos, sedales, remos y aros, para finalmente empezar a cavar en el apestoso barro.

Marriott empezó a cavar en el barro como un loco, arrojándolo con la pala hacia el arroyo. Sharpe protestó y le dijo que fuera más despacio.

—¿Más despacio?

—Aquí no pueden vernos. Cuanto más tardemos mejor.

Era extraño, pensó Sharpe, la forma en que podía adaptarse a los distintos rangos

militares. Su obligación como comandante era hacer trabajar a los hombres, pero ahora, en el puesto más bajo de la jerarquía del Ejército, se encontraba a sí mismo buscando la forma de evitar realizar un esfuerzo excesivo.

Marriott no discutió, sino que empezó a trabajar con tal parsimonia que hubiera tardado dos días enteros en sacar el barro del cobertizo. A Sharpe le pareció bien; el sargento Lynch no les veía y el cabo que estaba al cargo de su mitad del pelotón estaba más preocupado por no mancharse las botas y los pantalones de barro que por comprobar cómo trabajaban sus hombres.

—No deberían hacernos esto —se quejó Marriott.

—Es mejor que perforar. —Sharpe se había sentado en el pasillo de ladrillo y pensaba en si atreverse a dormir unos momentos.

—Es trabajo de peones, esto.

—Somos peones —apuntó Sharpe bostezando. Una mariposa bajó por las escaleras del jardín, se quedó quieta en el aire a la entrada del cobertizo y se alejó—. Somos soldados, muchacho. Nuestro trabajo es limpiar la porquería que generan los políticos. Somos los mierdas que nadie quiere hasta que los políticos cometen un error; entonces nos están muy agradecidos. —Se sorprendió al oírse hablar de aquel modo, no porque no fuera cierto lo que decía, sino porque sus palabras no cuadraban con el talante que había adoptado en el pelotón. Pretendía ser sólo un soldado decepcionado, irreflexivo y obediente, acostumbrado a las cosas del Ejército y que no las criticaba en ningún momento.

Marriott le miró fijamente.

—Eres más listo de lo que crees —afirmó con condescendencia.

—¡Vete a la mierda! —le respondió Sharpe.

—Sí, me voy a ir. No debería estar aquí. —El rostro de Marriott reflejaba su desasosiego—. He recibido esta carta, ¿sabes?

—¿Una carta? —Sharpe no pudo disimular en su voz el tono de asombro, un asombro que provocó que Marriott le mirara de forma extraña.

—Una carta, sí, una carta.

—¿Y cómo sabían adonde mandarla?

—Al cuartel de Chelmsford, claro. —Marriott parecía tan asombrado como Sharpe de pensar que aquello pudiera ser sorprendente—. Nos dijeron que había que mandar las cartas allí.

—Es que no sé escribir, sabes —dijo Sharpe a modo de explicación de su asombro. Ahora le parecía evidente que Girdwood, para evitar que descubrieran aquel campamento, había ordenado a los hombres que escribían cartas que utilizaran la dirección de Chelmsford, y las respuestas eran remitidas desde allí hacia Londres, donde algún empleado de lord Fenner se encargaba de enviarlas a Foulness.

—Era de mi novia —contó Marriott, entusiasmado con la posibilidad de poder

compartir sus buenas noticias con alguien.

—¿Y? —Sharpe no le estaba haciendo mucho caso. Había oído un grito en la zona de la casa.

—Dice que se equivocó. ¡Quiere que vuelva!

Sharpe se volvió hacia él al notar la desesperación en su tono de voz.

—Escucha. Estás en el Ejército; si te escapas, te cogerán. Si te cogen, te azotarán. Hay otras chicas y lo sabes. ¡Por Dios! —Miró a Marriott—. ¡Eres bueno, muchacho! ¡Podrías ser sargento dentro de un año!

—Yo no debería estar en el jodido Ejército.

El fusilero le miró con tristeza:

—¡Muchacho, es demasiado tarde! —Y se dio la vuelta. Había oído un grito, una orden de paso ligero, y ahora, desde el jardín que quedaba encima suyo, había oído una voz gritando órdenes crispadas y se preguntó qué estaría pasando en aquel gran jardín de sir Henry.

—¿Dónde está el cabo?

Marriott inspeccionó fuera del túnel.

—Está a unas veinte yardas.

—Vigila que no se acerque.

Sharpe subió las escaleras con sigilo, como si esperara encontrar un piquete francés al final. Quedaba oculto del sargento Lynch por el cobertizo, que estaba en la parte inferior junto al arroyo, pero al final de la escalera no había nada para poder ocultarse de la casa, únicamente un macetero de geranios rojos. No le hizo falta llegar hasta el final de la escalera. Un poco antes de subir el último peldaño consiguió ver lo que quería.

En la parte norte del jardín había dos compañías de infantería entrenándose. Los soldados iban vestidos con uniformes de faena, llevaban mosquetes y bayonetas, y estaban bajo las órdenes del sargento mayor Brightwell, del campamento de Foulness. Brightwell, un hombre fuerte como un toro, no se ocupaba de los pelotones de jóvenes reclutas, sino de las compañías como las que estaban en el jardín, a punto de concluir su entrenamiento.

Parecía que estaban realizando una demostración de entrenamiento para un grupo de oficiales que estaban sentados y sorbían sus bebidas mientras contemplaban a las dos compañías. Detrás de los oficiales, de pie en posición de descanso, había una fila de sargentos.

Sharpe estuvo mirando durante diez minutos y asistió a una demostración completa de entrenamiento de la compañía, que finalizó con algunos secos movimientos de mosquetón. Los oficiales, sentados en sillas de hierro forjado, aplaudían cortésmente. Un sirviente se acercó con más bebidas en una bandeja de plata. El sargento mayor Brightwell indicó a la formación la posición de firmes,

presenten armas; después hubo un silencio.

Los oficiales estaban de pie. Sharpe, que escondía su rostro detrás de la maceta de geranios, vio al teniente coronel Girdwood acercarse al inconfundible sir Henry Simmerson, que vestía, en aquel cálido día de verano, su viejo uniforme. De algún modo, no le sorprendió que sir Henry estuviera conchabado con Girdwood. Los dos hombres, seguidos por el resto de oficiales, se paseaban arriba y abajo por las filas.

—¿Qué estás haciendo? —susurró Marriott.

—¡Cállate!

El sargento mayor Brightwell ordenó a media docena de hombres que abandonaran las filas. Parecían haber sido elegidos al azar por los oficiales, y los seis se alinearon al fondo del jardín, de cara al norte. El sargento mayor sacó unos cuantos cartuchos de su bolsillo y se los dio. Richard seguía mirando mientras los seis hombres, con bastante habilidad, dispararon dos pequeñas cargas en la marisma desierta. Los mosquetes tronaron en aquel paisaje abierto y húmedo. El humo, en pequeñas nubes blancas, vagó sobre el césped segado. Dos de los oficiales que estaban de visita regresaron a la casa. Ambos reían, sosteniendo sus bebidas en la mano, y Sharpe vio que ambos llevaban chaquetas con bocamangas de gamuza. No había visto muchos oficiales en Foulness, pero quienes quiera que fueran aquellos hombres, no pertenecían al South Essex.

Otros dos oficiales regresaron a la casa. Uno llevaba bocamangas blancas, el otro rojas, y de repente comprendió por qué oficiales de otros regimientos estaban en aquel lugar remoto. La idea le hizo retroceder escaleras abajo hasta quedar oculto, preguntándose si tenía razón, aunque sabía que estaba en lo cierto, y se quedó admirado ante un plan tan inteligente y provechoso. Sir Henry Simmerson y el teniente coronel Girdwood no eran más que reclutadores, malditos reclutadores. Más aún, lord Fenner estaba con ellos.

Reclutar no era un negocio honroso. En el Ejército siempre faltaban reclutas. Sharpe sabía que en 1812 había habido veinticinco mil bajas a causa de las enfermedades o de la guerra y en Gran Bretaña sólo se habían presentado cinco mil hombres para sustituirlos. A un buen regimiento como el de fusileros nunca le habían faltado voluntarios, pero en la mayoría de regimientos de infantería siempre había una escasez que se combatía a base de increíbles promesas de generosas recompensas, promesas que no eran nunca suficientes para llenar las filas que luchaban en India, España y América, y que se acuartelaban en fuertes del Lejano Oriente o de las islas Fever. Al Ejército le hacían falta reclutas, y alistarlos contra su voluntad era una solución para un hecho tan simple y elemental.

Un reclutador era un comerciante, un hombre al que se le pagaba un tanto por recluta, y el teniente coronel Girdwood y sir Henry Simmerson habían convertido el segundo batallón del regimiento de South Essex en un mercado. Sharpe sabía que

tenía razón. Estaban aumentando el número de reclutas y utilizaban los logros del primer batallón como reclamo. Entrenaban a los hombres y después los mandaban a aquellos regimientos mediocres y fracasados que no podían atraer a sus propios reclutas. Lo que acababa de presenciar en aquel jardín era el final del proceso, la exposición de la mercancía, y supuso que en aquel mismo momento se estaban cerrando los tratos en la sala de dibujo de sir Henry. Sabía que, siete años atrás un reclutador podía llegar a cobrar veinticinco libras por cada hombre. ¡El precio debía de haberse doblado desde entonces!

Habría unos doscientos hombres en el campo situado al norte. Si cada uno valía cincuenta libras, suponía un beneficio de diez mil libras sólo en aquel día. Lo suficiente como para que un hombre viviera con comodidad el resto de su vida. Sumando las pagas robadas y el resto de malversaciones del campamento de Foulness, calculó que sir Henry y el teniente coronel Girdwood estaban ganando cerca de setenta libras por cada recluta.

La práctica de este comercio no era ilegal, el Ejército solía negociar con empresarios para obtener reclutas, pero hacerlo dentro mismo de un regimiento, definitivamente, estaba fuera de la ley. Era un plan inteligente y provechoso, pero estaba aniquilando al regimiento del South Essex. De repente, Sharpe sintió una inmensa alegría por haber descubierto el problema, pero al mismo tiempo que experimentó la vertiginosa emoción del éxito, sintió también temor.

Lo que le producía miedo era un perro, pequeño, blanco y fiero que venía correteando hacia las escaleras desde el jardín; lo vio y empezó a ladrarle con unos aullidos estridentes.

—¡Cállate! —dijo entre dientes—. ¡Vete a la mierda!

—¡*Rascal!* —Era la voz de una muchacha—. ¡Sabes que el coronel te odia! ¡*Rascal!* ¡Ven aquí!

Sharpe, sentado en los escalones de piedra, se deslizó rápidamente para esconderse en el túnel del cobertizo, pero de repente vio una sombra en la piedra y oyó una voz encima suyo.

—Ya está, no te hará daño. Lo que pasa es que el coronel tiene miedo de los perros —dijo riendo.

No debería haber mirado. Tendría que haber mascullado un saludo, como lo hubiera hecho cualquiera, y haberse escondido en el túnel oscuro y húmedo. Pero aquella voz era de una joven con quien había tenido sueños inconfesables como consecuencia de un único y breve encuentro en una iglesia oscura y fría delante de la lápida del hermano de ella.

Hizo lo que sabía que no debía hacer. Alzó la vista para mirarla. Dedujo que no le reconocería, y quería ver si, después de cuatro años, seguía siendo tan encantadora como en su memoria. Estaba encorvada, acariciando al perro, y volvió a sonreír.

—Parece muy fiero, pero no lo es. Es cobarde, de verdad, aunque asusta al teniente coronel. ¿A que sí, *Rascal*? —Su voz se apagó.

Jane Gibbons le estaba mirando.

Vio a un hombre embadurnado de barro, pero le reconoció.

Sharpe se preguntó cómo diablos era posible que le hubiera reconocido. Tenía los ojos clavados en él, la boca abierta, se había olvidado del perro. Richard también clavó sus ojos en ella.

La recordaba igual de hermosa, pero la imagen que había conservado de la joven en la mente era completamente errónea. La había recordado como una especie de muñeca, una criatura creada en sus sueños para ser todo lo que él deseaba que fuera. Sin embargo, ahora que se miraban el uno al otro en silencio, asombrados, a Sharpe le pareció de repente tan real que se llevó la doble sorpresa de ver su rostro tal y como lo recordaba y a la vez verla viva, no como producto de sus sueños.

Separó los labios como si fuera a hablar, pero no pudo emitir ni un sonido. Su rostro, oculto bajo la sombra de un sombrero de paja que suavizaba las marcadas líneas de su boca y de sus mejillas, tenía la piel clara y fresca que proporciona el clima inglés y que Sharpe rara vez había visto en España. Su cabello, claro como el oro bañado por el sol, se rizaba a la altura de las orejas. Era hermana de uno de los enemigos de Sharpe y sobrina de otro. Era Jane Gibbons.

Siguió mirándole y, por un momento, Sharpe pensó que ella iba a gritar, pero entonces, de repente, con una vivacidad impulsiva, se sentó en un escalón y meneó la cabeza.

—¡Es usted! —dijo con sorpresa—. ¿Es usted?

Él no sabía qué responder. Asentir implicaba el riesgo de que gritara, negarlo implicaba perder aquella ocasión de hablar con ella, y permaneció en silencio. Estaba anonadado ante su encanto y pensó hasta qué punto había subestimado su belleza en el recuerdo que conservaba de ella. Sintió pánico cuando la muchacha apartó la vista de él para dirigirla hacia su tío.

Pero no gritó. Por el contrario, volvió a mirar a Sharpe y sus ojos brillaron con un leve destello de picardía.

—Es usted, ¿verdad?

—Sí.

—¡Me dijo que estaba muerto! —Volvió a mirar hacia su tío, y Richard se sorprendió al comprobar que en aquel instante temía tanto a su tío como él mismo. Jane volvió a mirarlo—. ¿Qué está haciendo usted aquí? —Había cogido en brazos al pequeño perro—. ¿Qué está haciendo? —repitió la pregunta casi sin aliento, asombrada y complacida a la vez; y él, que sólo la había visto una vez antes, se sobresaltó por su vivacidad y por la secreta alegría que le producía a ella aquel encuentro. Era hermosa y tenía un toque de picardía que realzaba aún más su belleza.

La voz del sargento mayor Brightwell tronó por encima de la cabeza de Richard:

—¡Compañías! ¡De frente! ¡Ar!

Sharpe retrocedió instintivamente temiendo ser descubierto, y, para su sorpresa, Jane Gibbons se recogió la falda, agarró al perro con la otra mano y, mirando otra vez hacia donde se encontraba su tío, bajó las escaleras para que no la pudieran ver desde el jardín. Se sentó junto a Sharpe.

—¿Qué está haciendo usted aquí?

Giles Marriott se quedó boquiabierto al verla:

—¿Dick?

—¡Lárgate! ¡Déjanos solos! —dijo Sharpe entre dientes—. ¡Ve a limpiar la entrada! ¡Vamos!

Marriott entró de nuevo en la oscuridad del túnel del cobertizo. Jane Gibbons rió con excitación.

—¡No puedo creerlo! ¡Es usted! ¿Qué está haciendo aquí?

—He venido para encontrar el segundo batallón. —Hizo un gesto de impaciencia, no por ella sino por él mismo, como si no fuera capaz de explicar la larga historia que justificaba su presencia, pero ella lo comprendió de inmediato.

—Los esconden aquí y luego los venden. Los subastan.

—¿Los subastan? —preguntó atónito. De algún modo, el hecho de que los subastaran empeoraba el hecho de reclutarlos de aquel modo—. ¿Eso es lo que están haciendo ahí arriba?

Ella asintió con la cabeza.

—Empiezan a pujar después del almuerzo. Mi tío dijo que era legal, pero no lo es, ¿verdad?

Sharpe casi sonrió por la solemnidad con que había formulado la pregunta.

—No, no lo es.

—¡Me dijo que estaba usted muerto!

—Alguien intentó matarme.

Se estremeció, mirándole sorprendida con aquellos ojos grandes.

—¿Pero sigue siendo un oficial? —Era normal que formulara aquella pregunta al verle cubierto de barro hasta la cintura.

—Sí. Soy comandante.

Se mordió el labio superior, sonrió y miró hacia lo alto de las escaleras como si temiera que su tío se acercara. El perrito empezó a removerse inquieto en sus brazos, pero ella lo calmó con cariño.

—Vi su nombre en el *Times*. Después de Salamanca. Un lugar con un nombre muy divertido.

—García Hernández.

—Creo que sí. Dijeron que había actuado como un verdadero héroe.

—No. Participé en una carga de la caballería y no pude detener al caballo.

Se echó a reír. Los dos vacilaban. Sharpe había deseado tantas veces verla de nuevo, hablar con ella otra vez..., y ahora parecía haberse quedado mudo. Observó su rostro como intentando grabarlo para siempre en su recuerdo. Su piel era suave, su pelo parecía de oro.

—Yo... —empezó a decir, justo en el momento en que ella intervino.

—¿Cree que...? —Y los dos callaron avergonzados, sonriendo.

—Continúe.

—¿Cree que intentarán matarle otra vez?

—Si llegan a saber quién soy, sí. Pero no lo saben, me hago llamar Dick Vaughn.

—¿Y qué piensa hacer?

—Tengo que huir de aquí. Yo y mi amigo. ¿Recuerda al sargento Harper? ¿Mi amigo corpulento?

Asintió con preocupación.

—¿Va a escapar?

—Lo haré esta noche. —Acababa de decidirlo. Ahora ya sabía lo que estaba ocurriendo allí, sabía que Girdwood, Simmersons y lord Fenner estaban reclutando a gran escala. No tenía nada más que hacer allí como Dick Vaughn, sólo vengarse como comandante Richard Sharpe—. Esta noche, cuando oscurezca.

Jane volvió a mirar hacia la parte superior de las escaleras.

—¡Tienen vigilado el campamento! —Su voz se había convertido en un susurro, y le advirtió gravemente—: La milicia controla un área que llega a Wickford. Hay botes en las playas, en el mar, y también vigilan. Si pillan a algún hombre desertando obtienen una recompensa.

—¿Los pescadores?

—Y los integrantes de la milicia. He oído disparos por la noche. —Encima de ellos, el sargento mayor Brightwell ordenó a las compañías que giraran hacia la izquierda. Jane se mordió el labio y apretó con fuerza al perrito—. Podría llevarse una de nuestras bateas para cruzar el río. No vigilan la orilla norte. —Su voz se había tornado un susurro al decir esto.

Sharpe sonrió, complacido de que ella se hubiera convertido en una conspiradora. Podría haberle traicionado, podría haber gritado al verle, y en vez de hacerlo acudió a su escondite y conspiró con él. Se había tomado su presencia como un soldado veterano se tomaría una emboscada; no gritó ni chilló, simplemente, decidió hablar con él. La admiraba por ello y, al mirarla a los ojos, se dio cuenta de repente de que su corazón latía como el de un recluta asustado que se enfrentara contra los franceses por primera vez.

—¿Nos puede dar un poco de comida? ¿Y dinero?

—¿Bastará con dos guineas?

—Será más que suficiente. ¿En el cobertizo, esta noche?

La joven asintió con la cabeza y sus ojos brillaron con el deleite de la travesura.

—¿Detendrá las subastas?

—Detendré las subastas. Con su ayuda —afirmó Sharpe sonriéndole, y le pareció un milagro que sus cabezas estuvieran tan juntas. Podía oler su fragancia como un aroma limpio en un paraje tan sucio.

Miró al perro que ella sostenía en su regazo. De repente, Jane pareció violentarse; luego volvió sus grandes ojos hacia él y titubeó.

—Quiero... —Pero fueran cuales fueran las palabras que iba a pronunciar, no las dijo porque se oyó un grito que venía del jardín.

—¡Jane! —Era la voz petulante y autoritaria que había perseguido a Sharpe aquel verano, antes de Talavera—. ¿Dónde estás, muchacha? ¡Jane! —Había enfado en la voz de sir Henry. Richard se lo imaginó, corpulento, con la cara enrojecida, dando grandes zancadas por el jardín—. ¡Jane!

La joven se levantó y subió las escaleras.

—Estaba buscando a *Rascal*, tío. ¡Se había escapado de casa! —En ese momento se encontraba en lo alto de la escalera y se escondió en el túnel. La voz de sir Henry sonaba excesivamente cerca.

—¡Enciérralo, por Dios, niña! ¡Sabes que al coronel Girdwood no le gustan los perros! ¡Vamos, enseguida!

—Ya voy, tío.

Se dio la vuelta y se marchó sin volver la vista atrás. Sharpe, cubierto de barro en el interior del túnel, hubiera querido celebrar a gritos la suerte de no haber sido descubierto. Su corazón latía aún con una excitación desmesurada y se sentía embargado por la felicidad como un idiota. Tenía ganas de reír a carcajadas, de gritar la buena noticia por aquellas solitarias marismas, de olvidar que estaba atrapado en aquel negocio de reclutamiento del batallón del coronel Girdwood.

¡Se acordaba de él! Había pensado tantas veces en ella. Incluso cuando estaba casado, y los sueños eran indignos, pensaba en Jane e intentaba convencerse de que su comportamiento en aquella iglesia fría y pequeña donde se habían visto tan brevemente, demostraba que él le gustaba. ¡Y ahora le ocurría esto!

¡Le recordaba, confiaba en él! ¡Iba a ayudarlo! Le había dado la pista para huir. Sabía, desde aquel primer encuentro, que sus padres habían muerto y que vivía con su tía y con su tío. Había supuesto que llevaría ya un tiempo casada, pero no vio ningún anillo en su mano sino que percibió el gozo en su rostro igual que ella, a buen seguro, lo habría visto reflejado en el suyo.

La felicidad le embargaba, la felicidad loca y delirante de un hombre que cree, a pesar de la falta de evidencias, que está enamorado; y esa felicidad le hizo reír cuando se inclinó para recoger la pala, preguntándose cómo lograrían Harper y él

escapar de Foulness aquella noche.

Después, la alegría desapareció.

Hasta aquel momento no se había dado cuenta, tan ensimismado estaba pensando en sus esperanzas por la repentina aparición de la joven y por la sorpresa que le habían causado sus palabras, de que Giles Marriott, a quien había ordenado que se marchara, le había obedecido. Se había ido.

Capítulo 9

Sharpe trató de descargarse de cualquier responsabilidad, aduciendo que Marriott se había marchado para hablar con el cabo.

—¡Escoria! —dijo el sargento Lynch fulminando a Sharpe con la mirada—. ¡Estás mintiendo, escoria!

—¡Sargento! ¡Me dijo que quería hablar con el cabo!

El sargento Lynch caminaba airado alrededor de Sharpe, pero el fusilero permanecía de pie, erguido e impasible: la viva imagen de un soldado que sabe lo que su superior le pregunta, pero que nunca abandonará la actitud de inocencia boba y sufrida. Era una pose que el sargento Lynch conocía bien, y le convenció de que era inútil seguir imputándole complicidad.

—¿Y cuándo le perdió, escoria?

Richard pestañeó y frunció el ceño.

—Hace unos veinte minutos, señor. No más.

—¡Y no ha dicho nada! —gritó Lynch.

—¡Dijo que iba a ver al cabo!

Los dos hombres estaban junto a la entrada del cobertizo. El resto del pelotón, aterrado, estaba de pie en el lodo inundado por la marea que subía. El cabo Mason, en cuyo grupo había estado trabajando Harper, miraba nervioso desde un poco más abajo del arroyo.

—¿Sargento Lynch? —La voz del teniente coronel Girdwood venía de lo alto del muro que elevaba el jardín de sir Henry por encima del nivel de la marisma—. ¿Qué diablos significa este ruido?

—¡Un desertor, señor! —La cara de zorro del sargento Lynch estaba tensa por el bochorno y el enfado—. ¡Uno de estos cabrones se ha esfumado, señor!

—¿Cómo? ¿Cómo diablos lo ha conseguido? —Sharpe notó la preocupación en la voz de Girdwood y lo comprendió. Puede que Girdwood vendiera hombres a otros regimientos, pero los reclutas pasaban a acatar la disciplina de hombres que, asistiendo a las subastas, estaban implicados en el delito y por tanto interesados en mantener los detalles en secreto. En cambio, un desertor, corriendo libre por toda Inglaterra, podía contar aquella extraña historia a la persona equivocada. Sharpe mantenía la espalda pegada a la pared, con la esperanza de que sir Henry no se acercara a investigar a qué se debía aquella alarma repentina. Girdwood no esperó a que Lynch respondiera a su pregunta y ordenó al sargento que formara un cordón con un grupo de trabajo que registraría la marisma hacia el este, hasta el río Roach.

—¡Ya sabe qué deben hacer con el canalla, sargento Lynch!

—¡Sí, señor!

La búsqueda fue intensa. Fueron al campamento a buscar a los hombres de las dos

compañías que integraban la vigilancia permanente de Foulness, que crearon un segundo cordón que se dirigió hacia el oeste de la casa de sir Henry. También buscaban los hombres de la milicia de caballería, jinetes que cabalgaron por las marismas junto al río Crouch y que registraron los depósitos y graneros de las granjas que había tierra adentro. Sharpe miró hacia atrás desde el lodazal y vio a un grupo de hombres armados con telescopios en las ventanas de la casa de sir Henry debajo de la orgullosa veleta en forma de águila. Se le ocurrió que realizaban este ejercicio a menudo, especialmente ensayado por el peligro de que los hombres desertaran de Foulness.

El pelotón del sargento Lynch se dirigió penosamente hacia el este a través de la marisma hacia el mar del Norte, y a Richard le pareció que era probable que Marriott hubiera tomado aquella dirección. Supuso que era posible que el joven no supiera que aquel terreno era traidor y que, en la desesperación de su infeliz enamoramiento, hubiera caído en la marisma buscando un refugio. Si había ido en aquella dirección, la captura parecía segura. La marisma estaba anegada y caminar por allí era muy peligroso. El muchacho se habría visto obligado a permanecer en las pocas zonas con vegetación, donde el terreno era más elevado y donde podría caminar con seguridad, pero sería visto desde una distancia de muchas millas en aquel terreno tan plano.

El pelotón del sargento Lynch avanzaba con dificultad por aquel terreno pegajoso a través de los intrincados y estrechos arroyos que parecían un laberinto sobre la tierra húmeda. Había un cabo en cada extremo de la fila y el sargento Lynch estaba en el centro. Los tres llevaban los mosquetes cargados. Todos los hombres, incluido el sargento Lynch, iban sucios de barro y cieno verde. El sol abrasaba al pelotón, y daba la sensación de que convertía el olor de los gases de la marisma, que los pies removían al pasar, en algo aún más nocivo.

No había señal de Marriott. A medida que fue avanzando la tarde y se fueron introduciendo aún más en las marismas, Sharpe pensó que aquella búsqueda no tenía sentido. Supuso que Marriott, con sensatez, se habría dirigido al oeste, hacia el terreno más firme y elevado del interior, y se encontró, por primera vez en su vida, deseando que un desertor consiguiera huir. Había encontrado a Marriott insufrible y pomposo, pero ni siquiera a él le deseaba que recibiera la venganza del teniente coronel Girdwood.

Al anochecer llegaron a un arroyo más profundo y rápido que fluía hacia el norte hasta desembocar en el ancho río Crouch. El agua de este pequeño río, que se esparcía en la marisma por las orillas, era turbulenta cuando se encontraba con la marea ascendente. El choque creaba violentos remolinos de agua enlodada e incluso, con el viento que venía del norte, pequeñas olas cuando el mar luchaba contra el río. Era el final de la búsqueda, ya que, en la orilla más alejada, Sharpe podía ver a hombres uniformados y se dio cuenta de que estaba mirando al propio campamento

de Foulness. Vio las tiendas del campamento a dos millas, y después vio a Marriott.

El muy idiota se había dirigido hacia el este. Había cruzado el río, posiblemente cuando la marea estaba baja, para dirigirse justo a la isla de la cual quería huir. Ahora estaba pegado a las duras y oscuras maderas del esqueleto de una barca posada sobre el barro, en el lugar donde el río Roach se encontraba con el Crouch.

Cuando Sharpe le vio, también lo hizo el sargento Lynch, que disparó su mosquete al aire asustando a las aves acuáticas, que emprendieron el vuelo batiendo sonoramente las alas. El estruendoso disparo, cuyo ruido se expandió por el terreno plano, atrajo la atención de los hombres de la isla. Lynch sostenía el mosquete por encima de su cabeza, señalando, y el cabo que estaba en el extremo norte de la fila de búsqueda, para dar apremio a la señal, disparó su mosquete al aire y el segundo disparo sacó a Marriott de su mísero refugio.

Corrió.

No corrió hacia el este, quizá finalmente se había dado cuenta de que en aquella dirección sólo encontraría el mar, sino que, casi sumergido para que los juncos le escondieran de los hombres de la isla, corrió por la orilla más alejada del río Roach. Estaba corriendo enfrente del pelotón del sargento Lynch, intentando huir hacia el sur.

El río era demasiado profundo, y con la marea ascendiendo se hizo tan rápido que era imposible que un hombre lo cruzara. Un buen nadador, sin ropa, podría haber cruzado el pequeño canal, pero ni el sargento Lynch ni los dos cabos lo intentaron. El sargento le gritó al fugitivo:

—¡Quieto, bastardo! ¡Quieto!

Marriott no hizo caso de la orden. El pelotón le observaba en silencio. Estaba a treinta millas de ellos y bajaba por la orilla hacia una curva del canal que lo llevaría fuera del alcance de su vista. El sargento Lynch corrió frente a él, gritándole, salpicando a través del estrecho margen del río, ordenándole a gritos que se detuviera, pero Marriott seguía corriendo.

—¡Su mosquete! —le gritó Lynch al segundo cabo, que estaba junto a Harper, y el cabo desenfundó el mosquete que aún no había hecho ningún disparo—. ¡Detente, bastardo!

Lynch, con un movimiento rápido y bien ensayado, se llevó el mosquete al hombro y apuntó. Sharpe, al otro extremo de la fila de donde se encontraba el sargento Lynch, supuso que el sargento sólo pretendía disparar delante de Marriott para detener la trayectoria desesperada del desertor.

Se equivocaba; lo comprendió al ver que Lynch desplazaba el mosquete hasta el objetivo. Abrió la boca como si fuera un oficial a punto de ordenarle a un hombre que no disparara, pero, antes de poder emitir un sonido, Lynch abrió fuego.

Marriott estaba a cuarenta metros, un disparo demasiado largo para un mosquete,

pero la bala se acercó peligrosamente al desertor. «Debe de haber fallado —supuso Sharpe, que había visto la oscilación de los juncos—, la bala no debe de haber dado en la parte baja de la espalda del muchacho por unas pulgadas.»

Hubiera sido un asesinato, nada menos, ya que Marriott ya había sido capturado por las fuerzas de Girdwood.

Lynch maldijo cuando falló, arrojó el mosquete al cabo y gritó al pelotón que siguieran al fugitivo. Corrieron, tropezando en el lodazal de la orilla del río, y el fusilero observó que el sonido de los tres disparos había atraído a los jinetes que venían desde la casa de sir Henry. Rogó que sir Henry no se encontrara entre ellos.

—¡El pequeño bastardo ha intentado matarle! —Harper había esperado a que Sharpe llegara a su lado y su tono era de perplejidad.

—Ya lo he visto.

—Que Dios le ayude —dijo Harper con fruición.

—A Marriott le había llegado el día del juicio final, sargento Lynch.

El oficial de guardia del puente había mandado un pelotón de hombres hacia el norte y estaban delante del desertor, que les vio y comprendió que estaba bloqueado por delante y por ambos lados. Estaba aterrado, los ojos completamente abiertos y desorbitados y, aunque se sabía atrapado, se negó a renunciar a su desesperada huida hacia la libertad.

Corrió hacia el norte, entonces vio que el resto de los hombres, que habían avanzado por el espigón que mantenía Foulness alejado del agua de las mareas, se le habían adelantado. Se detuvo. El sargento Lynch y sus cabos estaban recargando sus mosquetes. Marriott vio que bajaban las baquetas y, presa del pánico y la desesperación, se lanzó al Roach y empezó a chapotear, ya no hacia la orilla contraria donde le esperaba el sargento Lynch, sino hacia las aguas revueltas por el viento y peligrosas a causa de la marea del estuario del Crouch.

Luchó por mantenerse a flote, por no ahogarse. Movía los brazos en el agua y gritaba desesperadamente, agitando las manos, y Sharpe, que había aprendido a nadar en India, se quitó los zapatos pesados a causa del barro y se lanzó al río, nadando con esfuerzo por las aguas poco profundas hacia los oscuros remolinos donde el canal era más hondo. Cuando dejó de hacer pie, empezó a chapotear torpemente hacia el hombre que se ahogaba.

Agarró con firmeza a Marriott. Nunca había intentado arrastrar a un hombre medio ahogado fuera del agua y nunca imaginó que fuera tan difícil. Pensó que Marriott iba a ahogarle de tanto que se movía y se esforzaba, pero Sharpe, tragando grandes bocanadas de aquella agua de río mezclada con mar, consiguió que se tranquilizara y dejara de moverse.

—¡Suéltame! —gemía Marriott, golpeándole y dándole patadas. Richard se quejó de un duro golpe y luego le soltó con desesperación al recibir unos arañazos en los

ojos. El fusilero tragaba agua, se estaba ahogando, pero de repente oyó la voz de Harper desde la orilla, un grito enérgico y enojado, como si hubiera dejado de ser el soldado raso O'Keefe y volviera a ser el sargento mayor Patrick Harper y estuviera en el campo de batalla.

—¡No abra fuego! ¡No dispare!

Harper corría con dificultad a lo largo del margen del río y le gritaba aquella orden al sargento Lynch al ver que éste se llevaba al hombro el mosquete cargado, pues sabía que podía alcanzar con la misma facilidad a Sharpe que a Marriott.

—¡No abra fuego!

Lynch miró al gran hombre; por un momento, no le hizo caso y volvió a apuntar mirando por encima del cañón.

Sharpe había soltado a Marriott y el remolino que formaban las dos corrientes convergentes apartó al muchacho de él y lo arrastró hasta la otra orilla, donde le esperaba el sargento Lynch hundido hasta las rodillas en las aguas turbias.

—¡No dispare!

Harper seguía gritando aún demasiado alejado del sargento como para intentar hacer cualquier otra cosa que no fuera gritar. La obstinada corriente del río seguía acercando a Marriott a la orilla. El muchacho tocó el lecho del río con el pie e intentó impulsarse hacia el centro del Crouch, al tiempo que Harper gritaba una vez más la orden en vano. Lynch disparó.

La bala atravesó el cráneo de Marriott. Salió un chorro de sangre que se elevó casi medio metro en el aire y cayó en un río ya enrojecido, volvió a salir un chorro y a continuación la cabeza se sumergió compasivamente en el agua para esconder aquella espantosa fuente impulsada por el corazón. Las manos de Marriott se agitaron una vez como si, bajo el agua, intentara liberarse de sus garras, y después se quedó quieto, flotando en un gran remolino de sangre que la corriente se llevaba junto con el agua turbia hacia el mar. Charlie Weller, que había visto ya mucha sangre en la granja de su padre, nunca había presenciado que dispararan a un hombre. Vomitó, y Lynch rió mientras volvía chapoteando por la zona poco profunda. Harper se quedó paralizado al oír el disparo. Le costaba mucho sacar su mal genio, pero, una vez que le provocaban, era terrible. Su voz sonó fuerte y amenazadora.

—¡Bastardo asesino! ¡Traidor y bastardo asesino!

Se dirigía hacia el sargento, y los demás reclutas se apartaron al ver que Lynch retomaba el arma para disparar al enorme irlandés. De repente, sonó una voz que hizo que todos se volvieran.

—¡Sargento! —Era el teniente coronel Girdwood. Espoleaba su caballo y se acercaba por la marisma atento al camino que debía seguir—. ¿Le han atrapado, sargento? —Sir Henry Simmerson iba justo detrás y su caballo seguía el camino que marcaba el de Girdwood.

Sharpe arrastraba el cuerpo hacia la orilla. Creía notar el sabor de la sangre de Marriott en el agua. Entonces, vio unas manos robustas que se tendían hacia él, y le liberaban del peso. Harper se había alejado de Lynch, se había metido en el río hasta la cintura y tiraba de Sharpe y del cadáver hacia la orilla. Sharpe escupía agua y sangre. No vio a los jinetes.

—Barro —le susurró Harper, pero Richard pareció no entenderle—. ¡Señor! —El irlandés esperaba que esta palabra atrajera su atención, pero el fusilero aún no había advertido la presencia de sir Henry, así que el irlandés, desesperado, cogió un poco de aquel barro negro y pringoso y, ocultando a Sharpe de la mirada de Lynch y los oficiales con su cuerpo, le embadurnó la cara. Después, cubrió también la suya.

—¡Bien hecho! —dijo una voz que Richard reconoció. Cuando recuperó la visión, pudo ver dos caballos delante de él y, encima de uno de ellos, el más próximo, a sir Henry Simmerson. Sir Henry dirigió la mirada hacia el fusilero y después miró detenidamente el cadáver—. ¡Bien hecho, sargento! ¡Un disparo en la cabeza!

—Gracias, señor —Lynch estaba recargando el mosquete.

—¡Apártese! ¡Déjeme ver! —gritó sir Henry dirigiéndose a Sharpe.

—¡Apártese, escoria! —dijo Lynch, repitiendo sus palabras. Richard se apartó con la cabeza gacha, pero el sargento Lynch gritó de nuevo—. ¡Póngase recto, está en presencia de un oficial! ¡Levante la cabeza! ¡Firmes!

Él obedeció esperando que la idea de Harper diera resultado. Se encontró a sir Henry mirándole de frente. Sharpe había ganado batallas mostrando al enemigo lo que esperaba ver, dándole una falsa seguridad. En una ocasión, había izado unos viejos harapos en dos palos y, como el enemigo esperaba ver a un batallón entero con las banderas ondeando, vieron en los harapientos símbolos, distorsionados por la lluvia, la prueba de que había un gran Ejército, cuando en realidad lo único que les cerraba el paso era medio batallón de hombres desarmados. En otra ocasión, ordenó a sus hombres que se tendieran al descubierto, sin refuerzos, muy cerca de un aplastante Ejército enemigo; como los franceses creyeron que aquellos cuerpos eran cadáveres, no reaccionaron hasta que fue demasiado tarde, las balas de los fusileros ya habían destruido sus filas y vencieron.

Los hombres sólo ven lo que esperan ver y, aunque la sobrina de sir Henry le había reconocido, éste no lo hizo. Con el barro pegado al rostro, Sharpe abrió la boca, y sir Henry, con el que se había pasado un verano entero demostrándose su mutua antipatía, aunque estaba viendo a su viejo enemigo, sólo vio a un recluta embobado cubierto de barro. Jane Gibbons, quizá porque había pensado en Richard tan a menudo como él en ella, le había reconocido al instante, mientras que sir Henry, a quien lord Fenner le había asegurado que el comandante había muerto en Londres, no esperaba verlo y, por tanto, no lo vio.

—¡Está hecho un asco, recluta! ¡Vaya a lavarse!

Sir Henry tiró de las riendas y, mientras se daba la vuelta, Sharpe oyó cómo se quejaba ante el teniente coronel Girdwood porque aquel asunto había retrasado su viaje a Londres.

—¡Pero bueno, se ha terminado! ¡Entiérrele ahí mismo, Girdwood!

Girdwood le deseó buen viaje y, cuando Simmerson iba de camino a la casa y ya no podía oírle, miró al sargento Lynch.

—¿Cómo diablos ha ocurrido, sargento?

El sargento Lynch estaba erguido con los pantalones embarrados hasta las caderas.

—Yo creo que él le ha ayudado, señor. ¡Me refiero a O’Keefe!

La sola mención del nombre irlandés bastó para que Girdwood emitiera aquel extraño rugido gutural.

—¿Dice que le ha ayudado, sargento?

—¡O’Keefe trató de detenerme preocupado por aquella escoria, señor! ¡Intentó golpearme, señor!

—¿Golpearle? —Girdwood repetía las palabras incrédulo. Lynch sonrió satisfecho:

—Intentó pegarme, señor. Agredirme, señor. —Miró fijamente a Harper, sabiendo que había dicho lo suficiente para asegurarle una dura reprimenda por su acto de rebeldía.

El teniente coronel Girdwood espoleó su caballo hasta acercarse al irlandés. Le dirigió una mirada llena de odio, escrutó al enorme hombre empapado como si estuviera viendo una bestia inmunda que acabara de emerger de la turbia orilla del río.

—Quería pegar a un sargento, ¿verdad, escoria?

—Es un bastardo asesino, señor. —Harper, olvidando toda prudencia, pronunció estas palabras con desprecio—. Un traidor y un bastardo asesino.

Por un momento, Sharpe pensó que Girdwood iba a pegar a su amigo con el bastón y temió que el irlandés devolviera el golpe. Ya estaba pensando en la forma de arrebatarse el mosquete al cabo Mason antes de que Harper pudiera recibir un disparo. El resto de reclutas estaban paralizados por el miedo, lo único que se moría era el viento agitando sus cabellos y las pálidas hierbas que rodeaban el cuerpo inerte de Marriott. Girdwood miró con desdén al irlandés, pero quizá por su fuerte constitución o por la implacable y peligrosa mirada de furia que le dirigía, el teniente coronel se llevó el palo con empuñadura de plata debajo de la axila.

—Este cabrón está bajo arresto, sargento Lynch.

—Sí, señor.

—¡Y entierren a ese canalla! —Girdwood tiró de las riendas, lanzó una última mirada malévolamente a Harper, y a continuación espoleó a su caballo en dirección a donde

sir Henry Simmerson se alejaba.

Enterraron a Marriott en la marisma, utilizando las mismas herramientas con las que el pelotón había limpiado el arroyo de sir Henry, sin ni tan siquiera rezar una oración, como si fuera un criminal.

Indudablemente, pensó Sharpe cuando introdujeron en aquel agujero húmedo y encharcado el cuerpo del muchacho, que flotó ofensivamente hasta que le echaron barro encima, Girdwood afirmaría en su informe que el desgraciado se había ahogado y que su cuerpo había sido arrastrado hacia el mar. A nadie le importaría, a menos que él y Harper pudieran escapar de aquel lugar para contar su historia a las autoridades.

La huida, que Sharpe había preparado para aquella misma noche, parecía imposible. Harper estaba bajo arresto, bajo la vigilancia primero de Lynch y de sus dos cabos, y muy pronto de otro pelotón de casacas rojas que llevarían al gran irlandés hacia el campamento. Una vez allí, confinado en un pequeño edificio inmundo que antiguamente había servido de pocilga, el irlandés esperaba la justicia que regía en Foulness y que aquel día de verano había acabado ya con la vida de un hombre.

—¡Le han matado! —decía Charlie Weller incapaz aún de creer que Marriott estaba muerto.

—¡Lo tenía merecido! —respondió Jenkinson, uno de los convictos que los jueces de Grantham habían liberado para el sargento Havercamp, mientras restregaba el barro de sus pantalones porque pronto iba a pasar la inspección—. ¡Era un bastardo quejica!

—Hubiera sido un buen soldado —afirmó Sharpe suavemente. Por extraño que pareciera, era verdad. Si Marriott hubiera estado en los fusileros, un cuerpo en el que la disciplina se mantiene gracias a sus hombres y no gracias al miedo, el muchacho podría haberse convertido en un buen tirador.

Jenkinson no respondió. Recelaba de Sharpe, al igual que de Harper, ya que los dos hombres enseguida habían frenado la estrategia de intimidación que adoptaron los convictos liberados, pues, creyendo que los otros reclutas serían víctimas fáciles, habían intentado tiranizarles.

—¿Qué le harán a Paddy? —preguntó Weller, sacudiendo el barro seco de su chaqueta de faena.

—Le azotarán —contestó Sharpe, mirando en dirección al este por donde una bandada de gansos, oscuros en contraposición con el pálido anochecer, bordeaba la costa hacia las marismas.

Se preguntaba cómo se las arreglaría aquella noche para rescatar a Harper y escapar. Si Jane Gibbons —con sólo pensar en ella el corazón le dio un extraño

vuelco— dejaba en el cobertizo la comida y el dinero que necesitaban, era probable, pensó, que no los descubrieran hasta el día siguiente. Tenía que ser esa noche. Tenía que escapar esa noche, no sólo para evitarle el castigo a Harper, sino también porque, habiendo descubierto el secreto del campamento de Foulness, estaba impaciente por poner fin al delito de Girdwood y regresar a España.

Sonó la corneta llamándoles a inspección. El pelotón se alineó frente a la tienda y los hombres escucharon los gritos de sargentos y cabos.

—¡Dios mío! —murmuró Charlie Weller—. ¡Esta noche le toca al maldito coronel!

Las inspecciones de Girdwood siempre eran más puntillosas que las del resto de oficiales.

—¡Silencio! —gritó el cabo Mason a sus espaldas.

Sharpe se puso firmes. Al ir a buscar agua limpia, se había fijado en que toda la sección de tiendas estaba vacía aquella tarde y dedujo que las dos compañías que había visto subastar en el jardín de sir Henry se habrían marchado ya a sus nuevos regimientos. Pensando en sus propios hombres, abandonados en Pasajes, a quienes se les habían negado los refuerzos que necesitaban, se enfureció al ver cómo el teniente coronel Girdwood se paseaba ante el pelotón del sargento Lynch.

El coronel miró de arriba abajo a todos los hombres. No habían tenido tiempo de limpiar todo el barro de sus uniformes, y en los ojos de Girdwood se reflejaba la indignación.

—¡Sucios! ¡Mugrientos! ¡Se supone que son soldados y no cerdos! ¿Qué es esto? —dijo señalando con su palo una pila de cosas desordenadas que había frente a la puerta de la tienda.

El sargento Lynch, immaculado como siempre, se puso muy tenso.

—¡Son los enseres de Marriott, señor!

—¿Marriott? —preguntó Girdwood frunciendo el ceño—. ¿Quién es Marriott?

—El desertor, señor —respondió Lynch, alternando la mirada hacia al equipo y hacia el coronel—. Serán devueltos al almacén esta noche, señor.

—También pueden añadir los del irlandés —dictó Girdwood, esbozando una sonrisa como si aquel pensamiento le produjera una repentina satisfacción.

—¡Soldado Vaughn, recoja las cosas del bastardo irlandés!

Sharpe frunció el ceño como si no le entendiera:

—¿Sargento?

Lynch, irritado, dio un paso adelante y acercó su cara, con aquel impecable bigote, a la de Richard.

—¡Recoja el equipo de O’Keefe ahora mismo, Vaughn!

El fusilero obedeció, enrolló las pocas prendas de Harper en su manta y las sacó fuera de la tienda.

—¡Póngalas aquí, escoria! —ordenó Lynch, señalando con el bastón la pila de pertenencias de Marriott—. ¡Vamos, rápido!

Sharpe sabía que no debía decir nada, pero pensar que quizá Harper estaba muerto, como Marriott, o que tal vez lo estaría antes de que acabara la noche, fue demasiado, y no pudo contenerse. Tiró la manta enrollada, se puso firme y miró respetuosamente al teniente coronel.

—¿Acaso no va a regresar, señor?

Girdwood se enderezó. Había estado tirando de las cuerdas tensoras de las tiendas para comprobar que estuvieran puestas correctamente, porque en Foulness no estaba permitido que las cuerdas tensoras estuvieran flojas, ni en caso de lluvia, lo cual implicaba que se rompían. Sin embargo, eso garantizaba la pulcritud que Girdwood quería.

—¿Ha hablado esa escoria, sargento? —dijo el coronel mirando al sargento Lynch.

—¡Ha hablado, señor!

Girdwood se situó delante de Sharpe:

—¿Ha dicho algo?

Sharpe miró aquel rostro blanco. El bigote del coronel estaba empezando a salirse del molde de brea; algunos pelos escapaban entre las grietas que se habían abierto. Sharpe empleó un tono de voz lo menos militar que pudo.

—Soldado O’Keefe, señor. Me preguntaba si se ha ido, señor.

—¿Te importa eso? —espetó Girdwood sonriendo.

—¡Es amigo mío, señor! —Richard se concentraba ahora en la insignia brillante y pulida del chacó de Girdwood, una insignia que mostraba el águila encadenada que él mismo y Harper habían conseguido.

—¡Escoria, no hables hasta que no te hablen. No te dirijas nunca a un oficial! —El tono de Girdwood estaba subiendo, era lo único que se oía en el campamento—. ¡Escoria, no te metas en asuntos que no te conciernen! ¡Insolente! —dijo ya casi gritando. Hizo una pausa sin poder recordar el nombre de aquel hombre que se había atrevido a hacerle una pregunta durante una inspección, y aprovechó para enarbolar su bastón—. ¡Escoria! —El palo silbó despiadadamente hasta golpear la mejilla izquierda de Sharpe—. ¡Escoria! —Girdwood le dio otro golpe con el revés del arma y la sangre brotó en la mejilla derecha de Richard—. ¿Qué es usted?

El fusilero sentía la sangre corriendo por su mejilla. Volvió la vista hacia Girdwood y se encontró con la mirada del coronel. Estuvo tentado de sonreír, de demostrarle que no le había hecho daño con aquellos golpes, pero no era el momento de complicar más aún las cosas:

—¡Soy escoria, señor. Lo siento, señor!

Girdwood se separó observando fascinado la sangre que corría por la mandíbula

de Sharpe. Experimentó un extraño placer al humillar y herir de aquel modo a un hombre más alto y fuerte que, por un momento, le había alarmado con su oscura mirada.

—¡Vigile a este hombre, sargento Lynch!

—¡Siempre lo hago, señor!

Parecía que con aquellos golpes el coronel había descargado su ira, así que, de pronto, dejó de preocuparse por que los uniformes del pelotón mostraran todavía las señales de un día de trabajo en las marismas. Enderezó los hombros, se puso el bastón bajo el brazo, devolvió el saludo a Lynch y se dirigió al siguiente escuadrón.

—¡Firmes! —gritó el sargento Lynch, al observar el mínimo relajamiento de los hombros de Sharpe cuando el coronel se marchó. Obedeció, enderezó la espalda y paseó la mirada desde las tiendas hasta la zona este, que iba oscureciéndose a medida que el sol caía y la luna reposaba baja en el horizonte. Esperaba la caída de la noche, una noche con demasiada luz, pero una noche en la que abandonaría aquel lugar y enseñaría a aquellos hombrecillos, a aquellos bobos mezquinos y bigotudos, bastardos asesinos e intimidadores, quiénes eran los soldados de verdad y cómo luchaban.

Capítulo 10

Doce sargentos y cuatro oficiales estaban ya listos para la práctica de su deporte nocturno. Habían tomado precauciones para que el preso no escapara: habían mandado una patrulla al malecón situado al norte, otra patrulla tenía órdenes de vigilar al fugitivo por si intentaba darse a la fuga por las marismas del estuario, hacia los cazadores que estaban en las marismas de la isla.

El teniente coronel Girdwood ordenó que se colocaran en posición de firmes.

—¡Ya conocen las reglas, señores! ¡Sólo sables o espadas! ¡Cazarán en parejas! ¡Sólo se utilizarán armas de fuego para cortar el paso o en defensa propia!

Los oficiales y los cuatro sargentos iban a caballo y llevaban carabinas de caballería escondidas en las fundas de sus sillas de montar. El resto de sargentos llevaban mosquetes, pero su única tarea para aquella noche era hostigar a la presa hacia los cazadores.

—Quiero cortes limpios, señores, golpes en toda regla. —Girdwood se dirigió a sus jinetes. Se refería a que quería ver a sus hombres blandiendo sus sables y espadas tal como mostraban los manuales de instrucción de la caballería. Los oficiales y sargentos sabían, además, que les convenía dejar el golpe de gracia para el coronel, que estaba muy orgulloso de su destreza con el sable. Ellos podían herir, pero a Girdwood le gustaba rematar la faena. El teniente coronel les sonrió.

—¡Es un soldado experimentado, así que vayan con cuidado! ¡No le pierdan de vista! —Sacó un reloj de bolsillo, mientras el sargento Lynch empujaba al preso hacia la carretera terraplenada al norte del campamento—. ¡Gracias, sargento!

Girdwood podría haber azotado a Harper, pero el sargento Lynch había sugerido con diplomacia que el gran irlandés ya había recibido sus azotes.

—¡Es incorregible, señor! —dijo Lynch empleando la palabra que había aprendido de Girdwood y que usaba con frecuencia.

—Ciertamente. —Girdwood se había sentado, pensando en los posibles castigos alternativos.

—¿La Armada? —había preguntado el capitán Smith. En aquel campamento se habían librado a menudo de los hombres que causaban problemas enviándolos con escolta a la flota del mar del Norte, que siempre necesitaba hombres. Girdwood esbozó una breve sonrisa.

—Dudo que nuestros hermanos de la Armada se alegraran de recibirlo. Es escoria, Hamish, escoria. ¡Los conozco, no lo olvide!

El capitán Hamish Smith, al igual que todos los oficiales de Girdwood, había ido envejeciendo viendo cómo se le escapaban las posibilidades de ascenso. Se había ido endeudando cada vez más, hasta que el coronel le brindó la oportunidad de aprovecharse y enriquecerse. No dijo nada; supuso cuál sería el resultado porque

había visto antes, y con cierta vergüenza, cómo el aburrimiento y la brutalidad que imperaba en Foulness empujaba a los oficiales y sargentos a cometer atrocidades que podían acabar en asesinato. Era un campamento secreto, estaba protegido por las autoridades y sólo Girdwood dictaba la ley y el orden.

El sargento mayor Brightwell, un hombre grande y fuerte, con unos ojos pequeños de mirada dura y la cara picada, masculló:

—¿Podríamos entrenarnos cazando al bastardo, señor?

—Una cacería —articuló despacio Girdwood, como si no se le hubiera ocurrido aquella idea—. ¡Una cacería!

No sería la primera vez que, en una noche de luna, los oficiales y sargentos cazaran a un hombre por la zona norte de Foulness. La marisma ofrecía pocos lugares donde guarecerse, excepto las acequias, y podía rodearse con facilidad, así que la víctima no podía escapar. Una noche, Girdwood había afirmado, arrastrando las palabras, que aquel ejercicio servía para mejorar sus cualidades militares, como si aquella excusa, de alguna extraña forma, pudiera justificar la diversión. En aquel momento, a la pálida luz de la luna, la cacería iba a comenzar. La voz de Girdwood era firme y tajante como si el entretenimiento de aquella noche fuera un ejercicio militar habitual.

—¡Prepare al hombre, sargento mayor!

Brightwell se montó en su caballo prestado. El preso no necesitaba mucha preparación, ya que no llevaba puesto más que los zapatos, unos pantalones y una camisa, y lo único que debía hacer Brightwell era asegurarse de que la víctima no tenía ningún utensilio que pudiera utilizarse como arma. El sargento mayor vio un destello de metal en el cuello de Harper y le rasgó la camisa.

—¿Señor? —interrogó sosteniendo en la mano la cadena de la que había tirado hasta romperla, y mostrándole a Girdwood el crucifijo.

Harper llevaba aquel crucifijo porque, igual que muchos otros hombres casados, su mujer quería que fuera más devoto. Otra razón, mejor según Harper, era que en España aquel símbolo servía para convencer a los campesinos de que era un verdadero católico y no un pagano protestante, y así conseguía que fueran más generosos con la comida, el tabaco o el vino.

Para el teniente coronel Girdwood, oficial de un país que todavía negaba los cargos públicos a los católicos, aquel crucifijo daba un aire más patriótico a lo que iba a suceder aquella noche. Miró el símbolo con desprecio y lo arrojó a la acequia que había junto al camino. Espoleó su caballo, y Harper, bajo el reflejo de la luna que cubría de plata la marisma, pudo ver cada uno de los detalles del uniforme y de las armas del coronel Girdwood, que miró con desdén al irlandés.

—¡Voy a darte una oportunidad! Es mucho más de lo que mereces. ¿Ves aquel poste? —preguntó señalando una estaca clavada en la orilla opuesta de la marisma—.

Tienes veinte minutos para alcanzarlo. Si lo consigues, pasaré por alto tu falta de hoy. Si no, te castigaré. Tienes dos minutos de ventaja. Te deseo buena suerte.

Los jinetes sonrieron ante aquella mentira. Girdwood abrió su reloj con un movimiento seco.

—¡Adelante!

Harper permaneció quieto por un segundo, atónito ante el giro que había tomado la noche. Esperaba pasarla con el procedimiento habitual, un tribunal militar y después un castigo físico. Y en lugar de eso, iban a cazarle en aquel terreno húmedo. Entonces, consciente de que cada segundo contaba, empezó a correr hacia el norte.

Girdwood le observaba.

—Va directo hacia la marca. Siempre lo hacen —afirmó dirigiéndose al capitán Finch, el segundo capitán de Foulness, que era su pareja para la cacería. El capitán Smith, como oficial del día, no estaba entre los cazadores; no era un deporte que le entusiasmara, aunque protestar hubiera significado ganarse el desprecio de Girdwood, o algo peor.

Los cabos estaban de pie sobre el camino llano que quedaba dos pies por encima del terreno más bajo. Su función era cortar el paso del fugitivo por el lado sur y vigilar todos sus movimientos. Harper llevaba puesta una camisa blanca y unos pantalones de color gris claro que, aunque estaban sucios, se distinguían fácilmente a la luz de la luna.

—¡Un minuto! —gritó Girdwood. A su lado, el capitán Finch desenvainó su espada, produciendo un siniestro silbido cuando el acero rozó la abertura de la funda.

En la marisma, Harper corría desesperadamente, tropezando con los juncos, cayendo por las matas de hierba, dirigiéndose hacia el largo palo que era su marca. Había contado seis cazadores a lo lejos, en el lado norte de la isla. Había visto también sombras de más hombres; pero a pesar de ello, como el buen fusilero que era, estaba planeando la mejor forma de librar su batalla. Corrió lo más rápido que pudo. Necesitaba espacio por donde avanzar, iba vigilando las acequias y las matas de hierbas como un halcón. Saltó sobre el agua con dificultad, tropezó con un trozo de terreno blando, después miró hacia atrás para comprobar si sus perseguidores habían empezado a moverse.

El teniente coronel Girdwood rió al ver tropezar a aquel grandullón.

—No aguantará mucho, Finch.

—Tengamos esperanza, señor. —Finch, de la misma edad que Girdwood, tenía cara de borracho. Su aliento destilaba ron, la mayoría de los hombres que iban a cazar aquella noche en la marisma llevaban alcohol en las cantimploras.

—No —respondió Girdwood, que estaba de muy buen humor—. Conozco a los irlandeses, Finch. Son cobardes. Les gusta pelearse, pero no saben luchar. —Girdwood miró el reloj, lo cerró de golpe y se lo metió en el bolsillo—. ¡Es la hora

señores! ¡Buena caza!

Los jinetes gritaron y espolearon sus caballos, mientras que los sargentos, que iban a pie con los mosquetes cargados, comenzaron a andar formando una línea hacia el oeste de la marisma. La cacería había comenzado.

Harper oyó los gritos de los cazadores y giró en seco hacia la izquierda. Sabía que su amigo no le abandonaría aquella noche, pero también sabía que su supervivencia no dependía de Sharpe. Tampoco creía que si alcanzaba la marca su vida estaría a salvo. Aquellos hombres olían a muerte, pero sonrió irónicamente al pensar que estaban luchando contra un fusilero de Donegal. Aquellos bastardos iban a sufrir.

Observó que los jinetes formaban una línea hacia el este, los sargentos a pie se dirigían hacia el oeste, y se dio cuenta de que trazarían un gran rectángulo en la marisma junto con la guardia que vigilaba la zona norte y sur. Se volvió repentinamente para regresar a un lugar que había descubierto hacía un momento y, al verlo, se tumbó en el suelo.

—¡No le pierdan de vista! —gritó Girdwood. El gran irlandés, a trescientas yardas de sus perseguidores más próximos, había desaparecido en las profundas sombras que dibujaba la luna—. ¡Vigilen aquella zona! ¡Háganle salir! ¡Háganle salir!

Aquel grito iba dirigido a los sargentos que iban a pie y que en aquel momento debían hacer salir al fugitivo de su escondite para hostigarlo hacia los jinetes. Los sargentos miraron con atención el lugar por donde Harper había desaparecido, se apresuraron a rodearlo y a continuación, en parejas y con la protección de sus mosquetes listos para disparar, avanzaron con cautela.

—Era por aquí —le dijo el sargento Bennet a Lynch, cuando pisaron una de las zanjas más pequeñas.

—Cuidado ahora, ese cabrón es muy grande.

En aquel lugar húmedo confluían dos zanjas más grandes formando una V que casi llegaba hasta la zanja más pequeña y que apenas dejaba un brillante pedazo de barro, donde estaban los dos sargentos. El agua de color plateado de las zanjas angulosas fluía bajo las altas hierbas que flanqueaban los lados. Los sargentos comprobaron el terreno pulgada a pulgada, conscientes de que estaban sólo a unas yardas del vértice de la V por donde había desaparecido el hombre para esconderse, pero no vieron señales de él.

—¡Vamos! ¡Rápido! —tronó la voz petulante de Girdwood en la distancia.

Lynch, que estaba al mando de los batidores aquella noche, dirigió su mosquete hacia una sombra. Disparó. Normalmente, aquella descarga hubiera asustado a cualquier hombre y le hubiera hecho salir de su mísero escondite aunque las balas no le tocaran ni de lejos, pero esta vez los disparos se apagaron en el silencio y el humo

se perdió sobre una marisma vacía donde no había rastro del fugitivo.

—¡Se ha esfumado!

—¡No sea idiota! —gruñó Lynch, aunque, inconsciente e inoportunamente, recordó las historias que le contaba su madre sobre los magos y fantasmas de las ciénagas de Irlanda. Incluso tuvo el instinto de santiguarse, pero lo evitó furioso—. ¡Adelante! ¡Con cuidado! —Introdujo el mosquete con la bayoneta en la punta en una sombra y, guardándose de unas hierbas altas, avanzó con cautela. No vio nada. Detrás de él, Bennet volvía a cargar su mosquete.

—Sargento mayor —dijo Girdwood impaciente—, ¿ve usted lo que están haciendo?

—¡Señor! —respondió Brightwell espoleando su caballo. Desde encima del caballo podía divisar el inhóspito paisaje de sombras laberínticas, pero cuando, minutos más tarde, llegó junto a la línea de sargentos, no vio ni rastro del irlandés—. ¡Dios mío! —gritó temiendo lo peor y mirando hacia el oeste—. ¡El muy cabrón se ha esfumado!

—¡No puede ser! —protestó Lynch.

—¡Pues, entonces, encuéntrale!

Brightwell gruñó e hizo girar al caballo en dirección a Girdwood.

¡Señor —dijo irguiéndose sobre la silla—, el bastardo se ha esfumado!

Girdwood no podía creer lo que acababa de oír, pero, si algo le había inculcado sir Henry, era que debía detener a cualquier hombre que fuera a escapar de la isla. No podía creer que el enorme preso hubiera eludido realmente a sus rastreadores, no podría permitirlo. Maldijo.

—¡Teniente Mattingley!

—¿Señor?

—¡Avisé a los del puente! ¡Ya la casa de sir Henry! ¡Informe al capitán Prior!

—¡Señor! —Mattingley espoleó el caballo en dirección al camino. Girdwood acababa de poner en marcha el procedimiento elaborado y cuidadoso destinado a atrapar al desertor. El único camino de salida seco de la isla era el puente, donde ahora estarían sobre aviso. Además, las milicias montadas del capitán Prior, alojadas en tierra firme, vigilarían las orillas y los ríos. Todas aquellas precauciones, pensó Girdwood, eran probablemente innecesarias, pero vitales. Una vez dada la orden, espoleó su caballo.

—¡Vamos! ¡Hay que cazarle! ¡Hay que encontrarle!

Harper, escondido a tan sólo unas yardas del cordón occidental de sargentos, escuchaba. Se había metido en una de las zanjas más anchas, consciente de que tenía dos o tres minutos antes de que los cazadores llegaran hasta el lugar donde había desaparecido. Ya oculto entre las sombras de las altas hierbas de los bordes, como un

niño travieso, se cubrió con el cieno del lecho de la zanja, ensuciándose la cara, las manos, la camisa y los pantalones con aquel barro escurridizo y suave tan oscuro como la noche. Arrancó varios puñados de hierba y se los puso alrededor del cuello y de la cintura, ocultando así su figura, siguiendo los pasos que cualquier fusilero daría si se viera sólo en la línea de lucha y más cerca de los franceses que de los suyos. Después, agachado y moviéndose como una enorme bestia oscura y asesina de los pantanos, se deslizó hacia el oeste.

El mayor peligro era la tierra enlodada situada entre las zanjas más grandes y las pequeñas, pero con ojo experto vio que quedaba unas pulgadas por debajo del terreno y supo que con la ropa del color del barro, podía pasar por allí. Mantuvo la cabeza baja, casi tocando el lodo con la nariz, deslizándose con las manos hasta llegar, sin ser descubierto, al apestoso cieno de la zanja más pequeña. Allí, totalmente a cubierto de nuevo y a doce yardas del lugar donde le habían perdido de vista, se arrastró a la zanja más pequeña, aumentando aún más la distancia. Al oír los primeros pasos que se acercaban haciendo ruido por el barro, se quedó inmóvil. Después, se acurrucó y pegó su cuerpo al borde de la zanja. Los sargentos ni le vieron. Empezaron la búsqueda un poco más hacia el este de donde él se encontraba, sin pensar ni por un segundo que su presa estaba justo bajo el cordón que habían formado; una presa que se acurrucaba en una zanja apestosa y húmeda y escuchaba todo lo que decían.

Harper esperó, apenas sin respirar, con la cabeza tan agachada que los orificios de la nariz casi tocaban el agua inmundada. Esperaba que aquellos bastardos se alejaran más hacia el este, pero, en vez de eso, desconfiados y casi presas del pánico, seguían obstinados en el lugar por donde estaban seguros que había desaparecido. Poco después, Harper empezó a preocuparse al oír la voz de Girdwood, el sonido de unas cadenas y el golpeteo de los cascos de los caballos. Todavía no le habían descubierto, pero los cazadores estaban muy cerca; permaneció quieto, completamente inmóvil, con los ojos cerrados y los oídos atentos al menor ruido que se produjera en la marisma. Rogó que Sharpe apareciera pronto.

Richard esperó hasta dejar de oír los pasos de los hombres que vigilaban las líneas de tiendas para evitar el amotinamiento que temía Girdwood. Esperó hasta que la tela de la tienda quedó completamente a oscuras, aunque aún había demasiada luz. Entonces se movió.

—¿Qué haces, Dick? —Era Charlie Weller.

—¡Quédate aquí! —masculló Jenkinson, temiendo un castigo si algún hombre del pelotón quebrantaba las normas.

Sharpe no le hizo caso, se dirigió al fondo de la tienda y levantó la tela de las pequeñas estacas. Se dirigiría al oeste, veinte yardas de campo abierto le separaban de la zanja de avenamiento más cercana.

—¿Dick? —volvió a decir Weller.

—¡Callaos todos! —Se deslizó bajo la tela, oculto en la sombra de la tienda. Miró hacia el norte, hacia el sur; no vio a nadie y se puso de pie entre las cuerdas de tensión de la tienda.

Esperó. No se oía ninguna patrulla de vigilancia, pero sabía que, si había alguna, estaría oculta detrás de las tiendas. Escuchó sin prestar atención los ronquidos y el sonido del viento sobre la hierba plateada; después, echó a correr.

Se tiró a la zanja de avenamiento, revolcándose en el barro hasta llegar al agua. Al igual que Harper, intentaba ocultarse mejor cubriéndose de barro. Después se quedó quieto. Notaba contra su cuerpo las pequeñas olas que había provocado al meterse en la zanja, y escuchó. No oyó ningún grito, ninguna patrulla corría tras él. Fue desplazándose hacia el norte oculto en aquella zanja queapestaba porque drenaba las letrinas de los oficiales. Aquel hedor rondaba las tiendas cada noche, pero en ese momento, mientras se arrastraba hacia los edificios de la administración del campamento, le resultaba aún más nauseabundo.

Vio a un grupo de hombres en la carretera terraplenada. Se dirigieron hacia el norte, hacia la zona desierta de la marisma, y sólo pudo pensar en dar gracias porque no habían mirado hacia atrás, estaba tan sólo a diez yardas de las cocinas. Salió de la zanja, quedando al descubierto bajo la luz de la luna, y se deslizó entre las sombras de los edificios como haría un gran depredador.

Había guardias en los barracones situados entre los establos y los despachos, y Sharpe observó que también ellos miraban hacia el norte. Entonces oyó tres disparos seguidos en aquella dirección, que se fueron apagando en la noche. Se alarmó y pensó que quizás habían llevado a Harper a la marisma para dispararle como a un perro.

Fue de las cocinas a los almacenes. Se obligó a desdeñar el miedo que sentía, ya que apresurarse podía significar el fracaso, y fracasar era negar la victoria del South Essex en aquella guerra. Se pegó a la pared del almacén y esperó en la oscuridad.

Había elegido aquel lugar para su emboscada porque era uno de los puntos de encuentro de los casacas rojas que vigilaban el campamento. Esperó y oyó varios disparos procedentes de la marisma del norte y, entonces, mucho más cerca, escuchó lo que quería oír.

Los pasos se acercaron y se detuvieron justo detrás de la esquina en la que se encontraba. Oyó como alguien se desabrochaba los pantalones, un gruñido y a continuación ruido de líquido cayendo sobre el suelo.

Sharpe actuó con la celeridad de un hombre que llevaba casi veinte años luchando en distintas guerras, un hombre que sabía que, en una lucha, la rapidez es el preludio de la victoria. Con la mano derecha cogió al soldado por debajo de la barbilla mientras que con la izquierda, después del primer golpe, dio un puñetazo al centinela

en el pecho para dejarle sin aliento y, antes de que pudiera pedir ayuda o levantar los brazos para defenderse, le agarró por el cuello y tiró de él con fuerza arrastrándole hasta las sombras. El hombre intentó gritar, pero notó una rodilla en el vientre y dos dedos, rígidos y amenazadores, que le apretaban bajo los ojos.

—¿Dónde está el irlandés?

—¡Suélteme! —El dolor era insoportable pero Richard apretó aún más.

—¿Dónde está?

—¡Le están cazando! —dijo aquel hombre aterrado—. ¡En la marisma!

—¿Cuántos son?

El centinela le contó todo lo que sabía, que no era mucho, y, cuando Sharpe supo con seguridad que no le sacaría nada más, lentamente, sin llegar a herirle en los ojos, retiró los dedos. Golpeó al hombre una y otra vez hasta comprobar que había quedado inconsciente.

Se incorporó, recogió el chacó del soldado y, con cierta dificultad, le quitó la chaqueta y las armas. Se limpió el barro de la cara, se puso la chaqueta y se ajustó la bayoneta y las armas a la cintura. Se colgó el mosquete al hombro, se aseguró de que el hombre seguía inconsciente y salió tranquilamente al recinto descubierto entre los edificios del batallón.

Nadie reparó en aquel centinela que iba de la letrina improvisada a los establos. Ningún oficial, ningún sargento se dirigió a él. Entró en el establo y se perdió en la oscuridad.

—¡Hola!

Nadie respondió. Sólo quedaba un caballo; Sharpe no vio ninguna silla, pero encontró un viejo arnés colgado en la pared. Se lo colocó torpemente al caballo, pero el animal parecía habituado al trato poco diestro de los soldados de infantería del campamento. Ató las riendas a un gancho que había en la puerta y se agazapó junto a la paja de un compartimiento vacío.

Levantó la cazoleta del mosquete que, tal como suponía, estaba cargado. No quería disparar para no llamar la atención y refunfuñó porque lo que tenía que hacer lo dejaría inservible para el resto de la noche. Pero el tiempo apremiaba y tendría que afrontar sin armas los problemas que surgieran aquella noche. Sacó un cartucho del saquito que había robado, retiró la bala con los dientes y la escupió. Abrió el cilindro de papel de cera y lo dejó cuidadosamente a su lado en el suelo del establo.

Levantó el mosquete, giró el arma y golpeó la cebadura contra el suelo. Si el pedernal caía en ese momento, significaba que no había pólvora para provocar la chispa en el cañón. Necesitaba la chispa del pedernal y la fogarada de la cazoleta, pero tenía que evitar que el mosquete se disparara. Cogió una pizca de tierra de la entrada del establo y se la puso en la palma de la mano. Escupió encima y amasó la pasta hasta formar una bola de barro que apretó en el fogón del mosquete para

bloquearlo. Entonces, con la pólvora que había retirado del cartucho abierto, volvió a cebar la cazoleta. Escupió en la pólvora para retardar la explosión y, con sumo cuidado, vació el resto del cartucho en un pedazo de papel donde guardaba la pólvora que le quedaba.

Esperaba que el barro mantuviera alzado el fogón. Sostuvo el papel del cartucho vacío con la mano derecha y desplazó el gatillo con la izquierda. El pedernal bajó y saltaron chispas, pero la pólvora no prendió. Renegó en voz baja, preguntándose si la habría humedecido demasiado, y volvió a amartillar el arma. Apretó el gatillo por segunda vez, pero tampoco dio resultado. Repitió la operación y, en esta ocasión, saltaron chispas y la pólvora prendió. Sostuvo el pedazo de papel encima de la intensa llamarada deseando que se encendiera. Por un segundo pensó que no lo conseguiría pero, entonces, la pólvora que estaba envuelta en el papel prendió también. Ante aquel fuego repentino, el caballo resopló y brincó. Sharpe chasqueó la lengua y metió el papel ardiendo entre la paja. Se puso en pie y se volvió a colgar el mosquete al hombro. No le serviría de nada hasta que hubiera limpiado el fogón, pero podría servirle de garrote.

Había previsto aquel fuego ocurriera lo que ocurriera durante la noche; era la forma de desviar la atención de los hombres sobre Harper. La paja empezaba a humear y pequeñas llamas subían por los tallos. Para avivar el fuego, abrió otros cartuchos y esparció la pólvora. Después, satisfecho porque el establo estaba condenado a las cenizas, montó lentamente a lomos del caballo, se inclinó para desatar las riendas y casi se cayó al intentar mirar hacia fuera a través de la puerta del establo. Agachó la cabeza al pasar bajo el dintel de la puerta, se aferró a las crines del caballo y agarró el mosquete que se le había caído hasta el codo. ¡Qué difícil era montar a pelo! Resbaló hacia la izquierda, rectificó la postura y casi cayó por el lado derecho. Tiró de las riendas y condujo al animal hacia el norte. Uno de los hombres dio el primer grito de alarma al ver las llamas indomables y violentas extenderse sobre la paja seca. A nadie le extrañó que un hombre uniformado cabalgara hacia la marisma aquella noche y nadie se atrevió a darle el alto, ya que, en los batallones de infantería, los que iban a caballo solían ser oficiales. Sharpe cabalgó hacia la marisma para unirse a la cacería sin que nadie le detuviera, gracias al caos que se había creado.

—¡Silencio! —El teniente coronel Girdwood ordenó que se callaran. Los cazadores estaban reunidos, totalmente perplejos, en el punto donde confluían los dos arroyos—. ¡Sargento Lynch!

—Señor.

—¿Está seguro de que era aquí?

—Completamente, señor.

Girdwood mandó a los ocho sargentos a pie hacia el oeste.

—Formen un cordón. Le llevaremos hacia ustedes, señores. —Y dirigiéndose a los jinetes, les indicó por señas que se alejaran cinco millas lentamente.

Girdwood tardó unos minutos en conseguir que sus hombres se alinearan de forma satisfactoria. Entonces, blandiendo su sable como si hiciera una señal en un campo de batalla, ordenó a los jinetes que avanzaran.

—¡Peinen la zona!

El capitán Finch era el jinete situado más al sur, más cerca del campamento, y si seguía avanzando se daría de bruces con el escondite de Harper. Finch sostenía su carabina y las riendas en la mano izquierda y la espada en la derecha. Exploraba con la afilada hoja cada sombra y paseaba el dedo por el gatillo de la carabina por si la espada conseguía sacar al fugitivo de su escondrijo.

Cuando los cazadores se reunieron para escuchar las órdenes de Girdwood, Harper se deslizó unos cuantos pies hacia el sur. Estaba a la espera, sabía que el cordón se dirigía directamente hacia él y que el mayor peligro eran las espadas y los sables que se clavaban en el lodo. Treinta yardas detrás de él, los sargentos esperaban con los mosquetes cargados y cebados.

El capitán Finch espoleó a su caballo hacia una zona de vegetación y blandió la espada en la oscuridad. La sombra pareció agitarse y desapareció; una luz, que desafiaba el brillo de la luna, iluminaba la noche. El capitán miró hacia el sur y vio con horror cómo los establos estaban siendo consumidos por las llamas.

—¡Fuego!

El sargento Bennet, con el dedo crispado en el gatillo, casi obedeció antes de ver que los jinetes observaban el campamento y la columna de humo que surgía de los establos.

El teniente coronel Girdwood, para quien esta noche de diversión se había convertido ya en una pesadilla, dudaba entre la necesidad de encontrar al irlandés y la desesperación de apagar aquel fuego inesperado antes de que se extendiera al resto de edificios, que estaban a su cargo.

—¡Quédese aquí Finch! ¡Usted, sargento mayor, venga conmigo!

Finch escrutó consternado el horizonte. Vio salir del campamento a un jinete que galopaba hacia los cazadores. Entonces, el coronel y Brightwell pasaron delante de él llevando los caballos a medio galope a través de aquel terreno traicionero. Finch, situado justo en el borde de un pequeño arroyo que iba a inspeccionar con la espada, se había dado la vuelta para dar órdenes al resto de cazadores, cuando, sin motivo alguno, su caballo se encabritó.

Se inclinó hacia delante para sosegar al animal, que volvió a erguirse relinchando con terror y empezó a menear la cabeza violentamente. El capitán entrevió a un hombre, negro como la noche, enorme y empapado, que había surgido del arroyo para agarrar una de las patas delanteras del caballo, de la que tiraba con una fuerza

brutal. Finch intentó golpear a aquel hombre con su carabina, pero éste le agarró la mano con una fuerza asombrosa y acabó a los pies de su atacante, mientras que el caballo asustado huía, libre después de que Harper lo hubiera soltado.

—¡No se muevan! —gritó Harper a los sargentos—. ¡O le mato!

Se quedaron paralizados. El enorme irlandés, apestoso, sucio y empapado después de esconderse en el arroyo, había arrebatado la espada de la mano derecha de Finch y la mantenía contra el cuello del oficial. Quitó la carabina al oficial y cogió el saquito de la munición de su cinturón arrancándolo de un tirón, como si las dos cintas de piel que lo sostenían no fueran más resistentes que el algodón.

—¡Apártense! ¡Apártense! —gritó mirando a los sargentos.

En aquel momento, escuchó detrás de él la voz que había estado esperando.

—¡Patrick! ¡Patrick!

Harper bajó la espada y tiró de Finch hacia atrás. Tropezó en el arroyo, pero su mirada no se apartaba de los sargentos que, a su vez, observaban atónitos cómo su presa, salida de la nada como una sombra que toma cuerpo, arrastraba a su rehén hacia el jinete solitario que se acercaba por la marisma. Girdwood detuvo a su caballo y le hizo dar media vuelta. Vio al irlandés arrastrando a Finch, vio también al jinete que se acercaba por detrás de Harper pero supuso que sería uno de sus hombres.

—¡Mátele! ¡Mátele! —gritó.

Sin embargo, el jinete desmontó junto al gran irlandés y Girdwood, petrificado e incapaz de elegir entre las dos catástrofes que se estaban produciendo, gritó a los sargentos:

—¡Mátenlos!

Uno de los sargentos levantó su mosquete, pero Harper puso a Finch de rodillas en el suelo y le volvió a poner la espada al cuello.

—¡Una sola bala y es hombre muerto! ¡Y ahora, apártense!

Sharpe saltó del caballo. Sabía que su amigo, que había crecido a lomos de los ponis salvajes de Donegal, era mejor jinete que él.

—¡Coge tú el caballo, Patrick! ¡No sueltes a ese bastardo!

Richard se deshizo del mosquete inservible y le cogió la carabina al irlandés. Comprobó que era del tipo que utilizaban los dragones y del mismo calibre que las balas que había robado. Cuando Harper hubo montado y tuvo a Finch cargado delante de él, empezó a andar hacia el oeste.

Girdwood miraba aquella escena aterrorizado.

—¡Fuego! —gritó a los sargentos que estaban más cerca de Sharpe y Harper, pero nadie se atrevió a disparar por miedo a alcanzar al capitán Finch. Girdwood se levantó sobre los estribos—. ¡Deténganlos!

Pero ninguno de sus hombres quería convertirse en héroe aquella noche, no para una causa tan poco noble; además, sabían que los dos fugitivos avanzaban hacia el

piquete apostado en el puente. Más allá del puente, la caballería les esperaba, así que los hombres de Girdwood, contentos de que fueran otros los encargados de rescatar al capitán Finch y apresar a los desertores armados, les siguieron sin demasiado afán. El teniente coronel espoleó su caballo hacia los haraganes sargentos.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!

Richard Sharpe oyó aquellos gritos, echó un vistazo y se llevó la carabina al hombro. Girdwood podía conseguir que reaccionaran y él se encargaría de desanimarlos. Apuntó al caballo de Girdwood, cerró el ojo para evitar el fogonazo de la pólvora y disparó. La montura de Girdwood viró bruscamente, asustada por la bala, y Sharpe oyó maldecir a los sargentos. Recargó el arma con manos expertas y dejó atónitos a sus perseguidores al disparar una segunda bala al aire tan sólo unos segundos después de la primera. Se giró, volvió a correr detrás de Harper y oyó sólo un disparo como respuesta. Ya nadie, ni Girdwood, ni sus oficiales, ni los sargentos, quería continuar aquella persecución de un hombre tan experimentado en el manejo del arma. Dejaron que los dos amigos siguieran su camino porque confiaban en que la milicia o el piquete del puente acabarían con aquella situación descontrolada.

—¿Va todo bien? —preguntó Richard Sharpe cuando alcanzó al irlandés.

—¡Este bastardo se ha callado para siempre! —Harper había encontrado una pistola en el cinto de Finch y había golpeado al capitán en la cabeza con la culata—. ¿Hacia dónde vamos?

—¡Por aquí! —Sharpe, corriendo con celeridad, dobló la carretera y le condujo de nuevo hacia la marisma.

Aún estaban en Foulness, aún les perseguían, quedaban enemigos por delante, pero eran fusileros unidos por la guerra y recurrirían a todas sus habilidades en aquella noche de luna y locura. Lucharían hasta el final.

Capítulo 11

Aquella mañana en que el sargento Lynch les ordenó salir de la isla, Sharpe advirtió una zanja de drenaje orientada hacia el noroeste de la carretera y que apuntaba, como una línea recta en un mapa, hacia la casa de sir Henry. Era hacia esta zanja donde ahora se dirigían él y Harper.

—¡Vamos hacia la ensenada! ¡Usted primero! —Richard cargó de nuevo la carabina, intentando ver si los perseguidores se estaban acercando, pero sus primeros disparos habían acabado con el poco valor que éstos poseían. Por un momento, le avergonzó que aquellos hombres llevaran el uniforme de South Essex. Dio media vuelta y corrió hacia Harper.

El sargento se había detenido junto a la ensenada que bordeaba la isla.

—¿Vamos a dejar escapar a ese bastardo, señor? —Tiró de los faldones de la chaqueta de Finch.

—¡Déjelo! —Sus perseguidores estaba demasiado lejos de ellos como para necesitar ahora un rehén; Harper golpeó de nuevo a Finch para que no hiciera ruido, luego lanzó al oficial al barro. Espoleó al caballo para que se metiera en el agua—. ¡Déme el arma, señor!

Sharpe alzó la carabina y el cinturón con la bolsa de munición. Había bajamar y el agua apenas le llegaba a las rodillas, pero si se caía y se mojaban los cartuchos, estarían indefensos. El caballo, nervioso dentro del agua, trepó ansioso sobre el enorme lecho de juncos que cubría la ensenada. Richard siguió, sus zapatos se pegaban en el espeso lodo.

—¡Otro río, señor! —gritó Harper, y su compañero vio, consternado, que habían logrado abandonar Foulness sólo para alcanzar el dudoso refugio de aquella pequeña isla, poco más que unos grandes cañaverales en medio del agua. Este otro cruce era más ancho y parecía más profundo, el agua iluminada por la luz de la luna se arremolinaba amenazadora, fluyendo hacia la costa—. ¡Sujete la brida, señor!

Sharpe condujo al caballo hasta el agua más profunda y la corriente le arrastró. Supuso que éste debía ser el Roach, donde Marriott casi había logrado ahogarle, y permaneció medio nadando, medio arrastrado por el caballo aterrorizado hasta que sintió, aliviado, que el animal estaba levantándose sobre la orilla opuesta y que le arrastraba consigo. Dejó ir la brida y sacudió el agua de su cabello. En ese momento vio la casa de sir Henry y, discurriendo directo hacia la misma, el camino del dique marítimo que habían recorrido esa mañana.

—¡Señor!

—¿Qué pasa?

—Caballería. —Resultaba extraño, pero de repente le pareció como si estuviera en España. Harper descendió del caballo, con su mano derecha tocando la cazoleta de

la carabina para asegurarse de que estaba cargada—. Una línea de escaramuza de esos bastardos, señor. A media milla. —Señaló hacia el oeste—. Aún no nos han visto, pero nos verán si vamos a caballo.

—¿Se mueven?

—No. —Harper sonrió a la luz de la luna—. Pandilla de haraganes.

Había que tomar la decisión correcta. Si uno de ellos montaba el caballo y el otro corría al lado agarrado al estribo para ir al mismo paso, la caballería que los buscaba les divisaría sobre la llanura. Su viaje sería más rápido, pero la milicia, sin el estorbo que representaba tener que ir montados dos en un mismo caballo o llevar a alguien agarrado al estribo, seguiría yendo más deprisa que ellos. Si iban a pie permanecerían ocultos, pero el viaje de allí hasta la ensenada les llevaría el doble, de modo que se duplicaba el tiempo en que les podían encontrar. Estaban ante el dilema de visibilidad y velocidad contra astucia. Sharpe se volvió para contemplar el camino por donde habían venido, pero no pudo ver ni oír a nadie. Finch aún debía de estar aturdido por el golpe que le había propinado el irlandés.

Richard tomó el arma y las municiones.

—Deje cojo al caballo, iremos andando.

—Maldita sea, tendremos que correr. —Harper estaba deshebillando la brida. Ató juntas las patas delanteras del caballo. El animal emitió un gimoteo nervioso y el irlandés le disparó—. Estoy listo.

Se agazaparon. El terraplén sobre el cual discurría el camino que se dirigía hacia la casa de sir Henry les cubría. Iban encorvados, tropezando a veces con las matas de hierba, maldiciendo cuando daban un traspié, avanzando siempre a la sombra de la orilla. Sharpe sólo se detuvo un instante para atisbar entre las hierbas en la cima del terraplén. Vio la luz de la luna brillando sobre los sables y los cascos de los hombres de la caballería, que extendidos en una larga línea registraban las sombras y los cañaverales un cuarto de milla más lejos. Alcanzó a Harper.

—Los cabrones están más cerca, pero no nos cogerán.

—¿Adonde se supone que nos dirigimos?

—A robar una batea de sir Henry. Cruzaremos el río.

Se detuvo de nuevo, agazapándose junto a las ortigas que bordeaban el camino de delante de la casa de sir Henry. El camino era blanco bajo la luz de la luna, al igual que los ladrillos de la elevada pared que daba al jardín. Sharpe palmeó el hombro de su amigo.

—Usted primero.

El enorme irlandés se deslizó por el camino lo más sigilosamente que pudo y se dirigió rápidamente a la zanja situada en el otro extremo. No sonó ninguna trompeta de la caballería ni se oyó el eco de ningún disparo en la llanura.

—¡Patrick! —Sharpe lanzó la carabina al otro lado del camino y después la

munición. Miró hacia atrás, vio la caballería aún lejos; luego, corriendo y rodando por el camino seco, se metió en la zanja—. ¡Vamos!

Ahora resultaba sencillo deslizarse entre las sombras del lecho del río medio despejado. Las tres bateas de cazar patos que Sharpe y Marriott habían arrastrado hasta la orilla oriental esa misma mañana seguían junto al barullo de toldillas y aparejos.

—Rompe el suelo de dos de ellas, Patrick, consigue remos y lleva la tercera al río. Yo te alcanzaré.

—¡Sí, señor!

Afortunadamente, la verja del cobertizo de los botes aún estaba abierta. Si Jane Gibbons había dejado allí la comida y el dinero, sólo le llevaría un momento encontrarlos. Sharpe subió a tientas por el saliente de ladrillos que corría a lo largo del túnel. Bajo el techo abovedado la oscuridad era absoluta. Sus manos exploraron el camino vacío sin encontrar nada, ningún bulto, ni comida, ni dinero. Oyó el ruido de las tablas astillándose detrás de él cuando pisó el suelo de una de las bateas.

—¿Mayor Sharpe?

Dio un salto, asustado por aquella voz repentina; luego alguien empujó hacia él un bulto de ropa, y vio, confundida en la oscuridad, una figura encapuchada.

—¿Señorita Gibbons, es usted?

—¡Sí! Tengo que hablarle.

Sharpe se encaramó al saliente. Vio a Harper mirar nerviosamente hacia el sur mientras rompía la segunda batea. Richard estaba cogiendo el hatillo cuando la mano enguantada de Jane Gibbons, en un gesto inconsciente de nerviosismo, se posó en su brazo. Permanecía en silencio y miraba al hombre descomunal que estaba esforzándose en girar la tercera batea.

Harper sonrió.

—Gracias por todo.

Ella movió la cabeza.

—Quería ayudarle. ¿Está ahí fuera la milicia?

—Sí.

—Vendrán aquí. Siempre nos advierten. —Retiró su mano del brazo de él. Estaba sobre la plataforma construida al final del túnel, el tablado desde el cual alguien podía bajar al interior de los botes—. ¿Va a detenerlas?

—¿Las subastas? Sí.

—¿Qué le pasará a mi tío?

Por algún motivo, la pregunta le sorprendió; la había considerado como una aliada, una conspiradora, pero de repente vio lo que no había visto en todo el día, que la desgracia de su tío llegaría a perjudicar su casa.

—No lo sé. —Era una respuesta poco convincente. Estuvo tentado de hablarle de

los hombres que esperaban en Pasajes, de la desgracia que sufrirían si su hazaña debía posponerse y se les negaba una victoria por la cual habían sufrido y resistido todos estos años.

—¿Y el coronel Girdwood? ¿Estará acabado?

Se oyó un sonido hueco de madera cuando Harper echó dos remos dentro de la batea, luego empezó a arrastrarla hacia el indicador lejano que mostraba que este riachuelo llegaba al río Crouch. Sharpe asintió con la cabeza.

—Estará acabado. Será destituido.

—¡Bien! —Siseó la palabra, deleitándose en ella. Permaneció callada unos instantes. El cobertizo para botes estaba en penumbra, pero sus ojos brillaban con el pálido reflejo de la luz de la luna. Miró a Sharpe fijamente, casi desafiante—. Quieren que me case con él.

Fue como si, en un hermoso día, un disparo enemigo con un cañón del doce golpeará el aire muy cerca, sorprendente y repentino, amenazador e inesperado. Sharpe se quedó boquiabierto.

—¿Que quieren qué?

—Se supone que tengo que casarme con él.

—¿Con él?

—Mi tío lo exige —se detuvo, sus ojos brillaban en su rostro en la sombra—, pero si lo destituyen...

—Estará acabado. —Oyó un sonido metálico, el choque de un casco sobre la carretera. En aquel mismo instante le llegó el canto de un chotacabras, suave e insistente. Cu-ic, cu-ic, cu-ic. Sharpe nunca había oído un chotacabras en los pantanos. Era Harper avisándole—. ¡Tengo que irme! —Durante un segundo de locura, quiso llevarla consigo—. Volveré. ¿Comprendes?

Ella sacudió la cabeza afirmativamente, de repente una trompeta sonó estrepitosamente, se oyó un alarido como el de un cazador y él se apartó bruscamente de ella:

—¡Volveré! —Los primeros disparos de carabina estallaron sobre el lecho de la ribera.

La milicia era como un segundo Ejército británico, pero con privilegios. A un hombre que entraba en la milicia nunca se le exigía servir en el extranjero, y su esposa, a diferencia de la de un soldado regular, recibía una pensión cuando su marido estaba lejos de casa. Era un Ejército consentido, débil, bien entrenado e inútil. Se había creado para resistir una invasión que nunca había llegado, y ahora, nueve años después, estaba privando de buenos hombres a la armada regular. Algunos hombres de la milicia se habían pasado a las tropas regulares atraídos por las recompensas y porque después del entrenamiento querían luchar de verdad, pero la

mayoría preferían evitar los peligros de la verdadera vida militar.

La caballería de la milicia del South Essex, cuyo coronel honorario era sir Henry Simmerson, mantenía una tropa acuartelada cerca de Foulness. Su misión era patrullar la zona para evitar el contrabando, defender el campamento de Foulness y proteger la gran casa de ladrillo de sir Henry. Si un hombre se escapaba de Foulness, los hombres de la caballería de la milicia se entregaban ansiosos a una rutina practicada repetidas veces, puesto que les habían ofrecido una recompensa si alguna vez lograban detener a un desertor. Ahora, como un regalo caído del cielo, las tropas vieron a aquel hombre descomunal arrastrando la batea hacia el Crouch. Sus primeras balas le obligaron a refugiarse bajo los juncos.

Sharpe escapó del cobertizo de los botes llevando el arma, la munición y el hatillo entre los brazos; sus zapatos resbalaban en el fango traicionero mientras se dirigía hacia Harper. Un hombre gritó detrás de él, una bala estalló y pasó silbando junto a los ladrillos situados a su izquierda, mientras otra levantó una columna de agua resplandeciente justo a su derecha. Oyó al oficial de la milicia ordenar avanzar a sus hombres. Algunos habían desmontado para bajar al lecho del riachuelo, otros espoleaban a sus caballos hacia la orilla opuesta.

¿Jane iba a casarse con Girdwood? ¿La iban a entregar a ese viejo baboso? Una bala crujió en los juncos a la derecha de Sharpe, que resbaló de nuevo, y otro disparo restalló sobre un charco de lodo junto a su pie, cuando ya estaba junto a la batea.

—¡Aquí! —Lanzó la carabina a Harper, luego la bolsa de munición, y echó el paquete de Jane dentro de la batea—. ¡Yo lo arrastraré! ¡Usted mantenga a raya a esos cabrones! ¡Y una cosa, Patrick!

—¿Señor? —Harper se estaba poniendo a cubierto mientras su comandante arrastraba la batea hacia el río. No mate a ninguno de ellos. Están de nuestro lado, ¿recuerda?

—No creo que ellos lo sepan, señor. —Harper sonrió. Era algo más rápido que Sharpe con el arma, si cabe.

La infantería británica podía efectuar cuatro disparos en un minuto, mientras que el mejor de los franceses sólo podía disparar tres veces, pero cualquiera de ellos dos disparaba cinco veces en un minuto con un mosquete limpio en un día seco. El irlandés sonrió y se ciñó el cinturón con la bolsa de munición. La milicia estaba a punto de descubrir lo que era luchar contra el mejor.

Sharpe arrastraba la pesada batea con todas sus fuerzas mientras maldecía, forzando sus cansadas piernas a atravesar el barro, el agua y las raíces pegajosas. Una bala chocó entre los juncos que estaban junto a él, otra golpeó la batea y le rozó el brazo; luego, afortunadamente, el riachuelo viró, ocultándolo de sus perseguidores, y ya había suficiente agua en el lecho medio despejado para que la batea pudiera avanzar. Sharpe se preguntó, presa de un terrible y repentino temor, si una bala

perdida no habría rebotado dentro del cobertizo de los botes. ¿Casarse con Girdwood? ¡Por Dios que acabaría con ese imbécil depravado! Patrick Harper se arrodilló en el recodo del riachuelo, amartilló la carabina del capitán Finch, vio que los soldados de caballería desmontados estaban más cerca que sus camaradas a caballo y disparó.

Rodó hacia un lado, disolviendo su propio humo, y tomó un cartucho de la munición capturada. En ese momento estaba haciendo su trabajo, aunque con una carabina corta en lugar de un rifle; su segundo disparo dio estrepitosamente en el lecho del riachuelo doce segundos después del primero y pudo ver cómo los hombres de la caballería, que nunca habían afrontado a un enemigo que disparara balas de verdad, se ponían a cubierto precipitadamente.

Volvió a cargar el arma. Vio una masa oscura de hombres en los cañaverales a la izquierda del riachuelo y lanzó una bala al suelo delante de ellos; un jinete en la orilla estaba rugiendo a la caballería desmontada órdenes de desplegarse y disparar; Harper se echó al suelo mientras la descarga atravesaba los juncos a su alrededor.

—¡Adelante! —gritó el oficial de la caballería—. ¡Adelante!

Había algo en esta voz arrogante que tocó la fibra sensible de Harper. Se alzó de rodillas con el rostro huraño y disparó una bala al hombre que dirigía el ataque desde arriba del lecho del río.

—Esto es por Irlanda. —Lo dijo para sí mismo, y ya tenía el siguiente cartucho en su mano y la bala lista en su boca cuando el jinete herido se puso a gritar y a agitarse, mientras sus camaradas permanecían aturcidos porque habían visto verdadera sangre esa noche, su propia sangre. El irlandés ya se estaba preparando para su siguiente disparo.

Se estaba divirtiendo. Sólo un oficial como Sharpe, se dijo, habría dado a un irlandés una oportunidad como ésta; y aunque sus primeros disparos sólo habían tenido la intención de advertir y de herir, y a pesar de que su comandante le había dicho que no matara a nadie, la voz del oficial de la milicia y la proximidad de la última descarga habían hecho entrar en ebullición su sangre irlandesa. Hablaba para sí mismo, murmurando en gaélico, aguardando al oficial que se había mantenido a salvo en la orilla y que gritaba a sus hombres que se abalanzaran sobre el peligro.

—¡Adelante! —gritó el hombre—. ¡Desplegaos por la izquierda! ¡Apresuraos!

Harper tenía el arma contra el hombro. Vio al oficial agitando su espada, jaleando a sus tropas cubiertas de barro pero sin ensuciarse él mismo en la persecución, y entonces supo hacia dónde iría la bala; sabía con toda precisión adonde iría a parar. Sonrió, tensó su dedo, disparó y vio al oficial retroceder con la bala exactamente donde Harper había apuntado. Un muerto, un herido, y ya estaba volviendo a cargar. La milicia, que nunca había visto cómo luchaban los hombres de Wellington, estaba teniendo una pequeña muestra de ello en este pantano de Essex.

—¡Patrick!

Sonriendo, dejando que se dieran a la fuga, Harper corrió hacia atrás en dirección al agua poco profunda, se volvió y, sujetando la carabina con una mano y la baqueta con la otra, corrió hacia Sharpe. La batea estaba a flote en una charca en medio de los juncos, y Richard le hizo señas para que se metiera en ella. El peso del irlandés varó momentáneamente la batea, pero su comandante empujó el fango con el remo y se dirigieron hacia el río abierto que fluía más allá del poste indicador. Una bala pasó silbando entre los juncos a su derecha, otra les salpicó por encima de la cabeza y Sharpe asió un puñado de plantas del borde del canal y arrastró la batea hacia delante hasta que el lazo fue arrastrado repentinamente hacia el este por la violenta corriente. Dio un último empujón a la barca con el remo y ya estaban en el amplio río Crouch que los llevaba hacia el mar, que Sharpe sabía que estaba a dos millas de distancia.

—¡A remar!

Ambos hombres, arrodillados en el suelo, clavaban las palas en el agua y conducían la batea hacia la orilla norte.

Oyeron un grito detrás de ellos, un grito de ira, y Harper se puso a murmurar la oración que decían todos los soldados y marineros frente al enemigo:

—Gracias, Señor, por todo lo que vamos a recibir.

La descarga hizo bailar el agua a su alrededor, pequeños chorros blancos que subían y bajaban; los dos hombres movieron rápidamente sus brazos y condujeron la batea a través de las olas y los disparos hasta el centro del río. Sharpe oyó el traqueteo de las baquetas detrás de él.

—Son lentos —dijo Harper con desprecio—. A estas alturas, nosotros ya habríamos disparado dos veces.

—Aún pueden matarnos. ¡Reme!

Así lo hizo, su fuerza hacía avanzar su lado de la batea más rápidamente que el de su compañero. El agua fría procedente de sus torpes golpes les salpicaba.

—¡Lo siento, pero creo que maté a uno de esos cabrones, señor!

—¿Qué?

—¡Maté a uno, señor! Fue un accidente, por supuesto. No pretendía matarlo.

A Sharpe pareció no importarle.

—Que se vayan al infierno. No deberían intentar matarnos —dijo enojado, y metió su remo dentro del agua justo cuando la segunda descarga llegó de la orilla sur.

La segunda descarga fue más desigual, las salpicaduras estaban más espaciadas porque la batea estaba ahora a más de cien pasos de la orilla, pero una bala chocó contra la bancada, hizo saltar algunas astillas y se adentró en la oscuridad con un silbido. Harper se rió.

—Maldito disparo con suerte.

—¡Reme!

Habían sido arrastrados río abajo y ahora estaban frente a Foulness, y Sharpe pudo ver unas formas oscuras en la orilla sur, siluetas de hombres y de un jinete. También vio el súbito destello de los mosquetes, unos centelleos confusos que se reflejaban sobre el agua formando largos y trémulos haces de luz, pero de nuevo la descarga no dio en el blanco, pues disparaban desde una distancia sin posibilidad alguna de acertar. Entonces la proa de la batea chocó con la orilla norte y Harper, carabina en mano, saltó a la orilla y arrastró hacia arriba la batea.

Sharpe le siguió, llevando el atado, y encontró a Harper arrodillándose en el dique y apuntando con la carabina.

—No desperdicie ningún disparo —le dijo Sharpe.

—¡Éste no lo desperdiciaré, señor! —Harper apuntó al jinete de la orilla sur y apretó el gatillo. La bala silbó a lo lejos, pasando por encima del Crouch, y luego el irlandés, levantándose cuan largo era, llenó sus pulmones y dio un grito que se propagó en la noche que se extendía por encima del río y del pantano plateados por la luz de la luna—. ¡Esto es de parte de Irlanda, cabrón!

Se oyó un grito del lugarteniente coronel Girdwood; Sharpe no estaba seguro si era debido al dolor de la herida o de su orgullo. Después, riéndose del desafío de Harper, se volvió y condujo al gran sargento tierra adentro.

Habían huido de Foulness, pero no habían escapado de la persecución del coronel Girdwood. Sharpe sabía que, incluso en estos momentos, habría jinetes cabalgando hacia el primer vado o puente sobre el río Crouch y que Harper y él debían moverse; y moverse rápido.

Fueron hacia el norte a través de la noche bañada de luna. Se inclinaron hacia el oeste, donde podían ver colinas y árboles, un codiciado refugio para todo soldado de infantería en apuros. Caminaban rápido, apartándose del Crouch, alejándose de la tierra que al amanecer sería registrada por una milicia enfurecida. Miraban siempre hacia el oeste, buscando jinetes, buscando el destello de la luna en un sable o en una insignia, pero parecía que se hallaran solos en aquellas tierras prósperas, de abundantes plantaciones, granjas dormidas, suaves colinas, extensos pastos y oscuros bosques.

El alba acabó con la euforia de su huida. Habían alcanzado una colina que les mostraba la vista hacia el norte y el panorama era descorazonador; peor aún, podía significar la derrota, pues, extendiéndose de oeste a este, brillando bajo el sol naciente, había otro río. Era un río mucho más ancho y profundo que el Crouch; una enorme y brillante barrera que bloqueaba su huida hacia el norte, al igual que el mar y el río Crouch les bloqueaban el este y el sur. Sólo podían dirigirse al oeste, y Sharpe sabía que allí la caballería les estaría aguardando. Al amanecer, ese cordón de caballería empezaría a registrar minuciosamente el terreno existente entre ambos ríos.

Desenvolvió el hatillo que Jane Gibbons le había entregado. ¿Iba a casarse con Girdwood? La idea le había dejado estupefacto. ¿Sir Henry la iba a casar con ese idiota afectado? Recordó la mano de ella sobre su brazo, el brillo de la luz de la luna en sus ojos y deseó, desafiando su sentido común, que ella pudiera compartir aquel viaje lleno de peligros. La sacaría del destino que estaba sufriendo y que ofendía a Sharpe de un modo tan terrible y profundo, porque él mismo tenía sus propios planes; sus ridículos e infundados planes; planes de matrimonio.

Un sencillo paño negro cubría el hatillo. Dentro había un paquete de papel que contenía un enorme pedazo de queso pálido y que se hacía migajas, una hogaza de pan medio cortada y envuelta en más papel encerado y un extraño pedazo de carne en gelatina.

—¿Qué es esto? —Harper se quedó mirando la carne.

—No lo sé. —Sharpe cortó la carne con la bayoneta que había tomado al centinela en Foulness y comió un poco—. ¡Demonios! ¡Está delicioso!

Junto al queso había una bolsa de cuero, la abrió y dentro halló, Dios bendijera a la muchacha, tres guineas de oro. El irlandés se sirvió un poco de carne.

—¿Puedo preguntarle algo, señor?

—¿El qué?

—¿Ha convencido a sir Henry para que dejara esto para nosotros? —dijo con una sonrisa.

—Se ha ido a Londres. —Richard recordó a sir Henry diciendo algo similar sobre el cuerpo de Marriott. Cortó el queso—. ¿Recuerda aquel cabrón que mató en Talavera? ¿Christian Gibbons?

—Sí. ¿Se acuerda de su hermana?

Harper se había encontrado con Jane Gibbons en la entrada de la iglesia aquel día, casi cuatro años antes, cuando Sharpe hablaba con ella junto a la lápida de su hermano. Harper miró fijamente a su coronel entre receloso y regocijado.

—¿Fue ella quien dejó esto para nosotros?

—Buen queso, ¿verdad?

—Magnífico. —Harper seguía mirándole—. Creo recordar, señor, que era una muchachita preciosa, ¿verdad?

—Yo también creo recordar eso —dijo Sharpe. El irlandés se rió, como si no estuviera seguro de lo que iba a decir, luego agitó la cabeza y pensó que no había nada que añadir. En lugar de eso se puso a silbar de un modo tan insolente como divertido, y Richard se rió—. ¿Qué le parece si olvidamos ahora a la señorita Gibbons, sargento?

—De acuerdo, señor.

—¿Cómo diablos vamos a salir de aquí?

—Por ahí. —Harper estaba señalando al norte, abajo, a la orilla del ancho río.

Sharpe vio, junto a un grupo de pequeñas casas, una hilera de enormes barcazas que alzaban sus mástiles muy por encima de los techos de tablas del pequeño pueblo—. Alguna de ellas debe dirigirse a algún sitio, señor.

—Vamos a averiguarlo. —Recorrieron la milla que había hasta la orilla del río con tranquilidad y cautela, pendientes siempre de la posible aparición de hombres de la caballería que, según Sharpe tenía entendido, deberían venir del oeste. Aún no había aparecido ningún jinete. Los perros ladraron cuando se aproximaron a la pequeña aldea, y Richard indicó a Harper mediante gestos que se escondiera en una zanja y le dio la carabina y la bayoneta—. Espere mi señal.

Sharpe siguió caminando por el diminuto pueblo. Un perro intentó morderle y, frente a una posada con contraventanas, una mujer agarró a un niño y lo mantuvo contra sus faldas hasta que el vagabundo cubierto de barro pasó de largo. Descendió hasta un pequeño embarcadero de madera que sobresalía en el ancho río, en el cual estaban amarradas las enormes barcazas de altos mástiles.

Las barcazas estaban cargadas de heno, grandes fardos envueltos en redes y atados con cuerdas bajo los pesados botalones rodeados de velas rojas. Los hombres de las barcazas le miraron con recelo. Uno le dijo que se largara, pero Sharpe lanzó al aire una de las tres guineas, la recogió de nuevo y al ver el oro se calmaron. Escogió al hombre que parecía menos hosco de todos.

—¿Adonde va?

El hombre no dijo nada al principio y le miró fijamente de arriba abajo antes de dar una respuesta, lentamente y de mala gana.

—A Londres.

—¿Acepta pasajeros?

—No me gustan los vagabundos. —Tenía el fuerte acento de Essex que Sharpe había oído tan a menudo en la línea de batalla de su regimiento.

El fusilero le puso la guinea en la mano.

—¿Acepta pasajeros?

—¿Cuántos?

Detrás de Sharpe, un gallo desafió a la mañana. Richard intentaba escuchar sonido de cascos, pero no quería mostrar ningún miedo.

—Somos dos.

—Una por cada uno. —Era un verdadero robo, pero el hombre, reconociendo la andrajosa chaqueta del uniforme bajo el barro, debía de haber adivinado la desesperación de Sharpe.

Sharpe le dio la guinea y le mostró la segunda.

—Será suya cuando llegemos allí.

El individuo sacudió la cabeza señalando los barcos.

—Es el *Amelia*. Suelto amarras dentro de cinco minutos.

Richard se puso dos dedos dentro de la boca, silbó, y apareció la enorme silueta de Harper con el arma. El hombre los contempló en silencio mientras subían a bordo y luego, con un solo muchacho como ayuda y evitando toda colaboración de los dos soldados, izó las tres enormes velas rojas. La barcaza se separó lentamente del muelle adentrándose en el río, que se llamaba Blackwater, les dijo, y se deslizaron hacia el mar empujados por una suave brisa de tierra.

Media hora más tarde, cuando habían dejado atrás la tierra y se disponían a realizar el amplio giro alrededor de los bancos de arena de la costa de Essex, Harper señaló con la cabeza hacia la costa. El hombre del barco miró y no vio nada, pero Sharpe, cuya vida y salud en España dependía de su capacidad en distinguir la caballería a lo lejos, vio a los jinetes en una de las colinas bajas.

Se reclinaron sobre la pequeña cubierta junto a la carga. Antes de llegar a Londres, Sharpe sabía que deberían arrojar por la borda la carabina y la bayoneta, pero, de momento, las armas representaban una pequeña seguridad contra la tentación del tipo de la barcaza de entregarlos como desertores. El agua golpeaba y descendía por el costado del barco, el viento llenaba las velas, el sol calentaba y Harper dormía. Sharpe dormitaba con la carabina sobre sus rodillas y soñaba con una muchacha encapuchada en la penumbra que lo había estado esperando en un húmedo túnel. Gracias a Jane Gibbons habían escapado de Foulness, pero ella, prometida en matrimonio por orden de su tío, aún seguía atrapada en los pantanos. Soñó cómo sería su venganza y se dejó transportar por el barco hacia un lugar seguro.

Capítulo 12

A la mañana siguiente Sharpe vio que pegaban unos carteles por las paredes de Londres. Las letras impresas eran gruesas y negras, y en la parte superior llevaba el escudo de armas real, de un color rojo llamativo. Se detuvo, de vuelta de Southwark donde había pasado la noche, y leyó uno de los carteles que había en el viejo puente de Londres.

GRAN REVISTA con la presencia y bajo el mando de SU ALTEZA REAL EL PRÍNCIPE DE GALES

En la mañana del sábado 21 de agosto, en Hyde Park, la caballería, artillería e infantería de su majestad, con sus bandas, estandartes y accesorios, desfilarán ante su alteza real, el príncipe de Gales, el príncipe regente, y ante su alteza real, el duque de York, junto con los trofeos y piezas de artillería capturados durante la guerra contra los franceses que se libra actualmente en España.

Y, por deseo y orden del gracioso mando de su alteza real, las tropas representarán, con precisión y verosimilitud, la reciente gran victoria obtenida sobre las fuerzas del tirano corso en Vitoria.

¡DIOS SALVE AL REY!

La batalla de Vitoria, pensó Sharpe; se le iba a sacar todo su jugo. Probablemente serviría para quitar de la cabeza de los londinenses el aumento de precios de la comida y las incesantes subidas de impuestos que alimentaban la guerra.

Iba vestido con el uniforme que se había comprado para asistir a Carlton House, sus botas viejas lustradas, la vaina brillante; tan sólo le quedaba como recuerdo de su tiempo en Foulness las costras de sangre en las mejillas.

Había dejado a Harper en Southwark, tomando un copioso desayuno y entreteniendo a Isabella y a sus familiares con historias sobre la huida por las marismas. Tan pronto hubo acabado con el desayuno, el sargento llevó un mensaje a la Taberna de la Rosa para d'Alembord y Price. Sharpe deseaba fervientemente que sus dos oficiales se hubieran mantenido alejados de lord Fenner.

Richard se detuvo en la calle San Alban, y retiró de Hopkinson treinta guineas del oro que le había dejado al agente del Ejército. Volvía a tener dinero, llevaba un uniforme adecuado y estaba preparado para luchar contra Girdwood, y todos los hombres que sacaban beneficios del campamento que había en Foulness.

Había estado pensando largamente, mientras la barcaza del Támesis avanzaba pesadamente hacia Londres con marea entrante, en cómo iba a librar la batalla. Harper estaba a favor de hacer una inmediata incursión en el campamento, los dos uniformados como les correspondía; pero, aunque resultaba una posibilidad tentadora, Sharpe la había desestimado. En lugar de eso, aunque con una cierta inquietud, se dirigiría a las autoridades. Volvería a la burocracia, tras la que se ocultaban Simmerson y Girdwood, en contra de ellos. Regresaría a Foulness, pero a su tiempo y por un asunto diferente; uno referente a una muchacha de cabello dorado que le había ayudado a escapar.

Atravesó Whitehall, esquivó un montón de bosta que estaban limpiando del patio de la Guardia Real, devolvió el saludo a los centinelas, y le hizo una señal con la cabeza al conserje que le abrió la puerta. Otro conserje, vestido con su uniforme resplandeciente, le echó una mirada suspicaz cuando se acercó a la larga mesa donde debía exponer su asunto.

—¿Su nombre, señor?

—Comandante Richard Sharpe. South Essex.

—Por supuesto, señor. Estuvo usted aquí hace unos días.

El hombre, tan grande como Harper, había perdido un ojo. Era un antiguo soldado, licenciado por herida de guerra, y, dado que Sharpe era un combatiente y no un administrador uniformado, se enderezó lo suficiente para ofrecerle una sonrisa.

—¿Y qué podemos hacer por usted, hoy?

—He venido a ver al duque de York.

La sonrisa desapareció.

—¿A qué hora, señor?

La pregunta fue cortés, pero sin duda las palabras contenían un aviso.

—No estoy citado.

El conserje, balanceándose arriba y abajo sobre sus pies, se quedó mirando con su único ojo al fusilero.

—¿No está usted citado, señor? —preguntó articulando lenta y separadamente cada palabra.

—No.

—Su alteza real, el duque de York —dijo el conserje como si el segundo hijo del rey fuera íntimo suyo— no verá a nadie sin cita previa, señor. Si quisiera usted escribir sobre su asunto, señor —añadió, y le señaló con la mano hacia un escritorio situado debajo de las ventanas que daban a Whitehall.

—Esperaré —dijo Sharpe.

Se negó a que lo disuadieran, de la misma manera que se negó a poner sobre el papel la naturaleza de su asunto. Insistió en que esperaría hasta que el comandante en jefe lo viera, se sentó en un sofá de piel junto a una chimenea vacía e hizo oídos

sordos a todos los ruegos de los conserjes.

Por el vestíbulo iban y venían hombres. Algunos miraban con curiosidad al fusilero; otros, sintiendo que lo estaban importunando, le echaban un rápido vistazo. El mismo Sharpe, mientras el gran reloj junto a la escalera iba haciendo tictac pesadamente conforme avanzaba la mañana, contempló un gran cuadro situado sobre la chimenea. Representaba la batalla de Blenheim, y Sharpe se lo quedó mirando durante tanto tiempo que le pareció que las líneas rojas de la infantería británica avanzaban ante sus ojos. No había cambiado gran cosa, pensó, en cien años. Ahora las líneas de infantería eran más delgadas, pero los campos de batalla eran muy similares. Bostezó.

—¿Comandante Sharpe?

Un oficial, perfectamente uniformado, le sonrió.

—Sí.

—Capitán Christopher Messines. Es un gran honor, señor. Pase por aquí, señor.

El conserje le echó una mirada que parecía decir «ya se lo dije» mientras Sharpe seguía al capitán tras una puerta. Avanzaron por un corredor con pinturas colgadas, y entraron en una pequeña sala de espera que daba al campo de instrucción. Messines le señaló una silla.

—¿Café, comandante? ¿Té, quizás? ¿Jerez?

—Café.

El oficial se dirigió hacia un aparador donde había vajilla de plata y sirvió café en dos tazas diminutas y frágiles decoradas con flores azules.

—¿Quería usted ver a su alteza real? Siéntese por favor, comandante. No hace falta ceremonia. ¿Una galleta, tal vez? Hace un tiempo realmente estupendo, ¿no le parece?

—¡Maravilloso!

Parecía que Messines estuviera fascinado por las dos costras de sangre que Sharpe tenía en las mejillas, pero estaba demasiado bien educado para preguntarle cómo se las había hecho.

El capitán fue muy cortés. Sentía que su alteza real estuviera abrumado de trabajo, y que mientras ellos estaban hablando, el carruaje de su alteza real esperara al exterior y tan sólo Dios sabía cuándo regresaría, pero, si al comandante Sharpe no le importaba, podía decirle al capitán Messines la naturaleza de su asunto.

El comandante Sharpe no lo haría.

Messines parpadeó como si el fusilero le hubiera entendido mal y le dedicó una amplia sonrisa.

—¿No es un café espléndido? Creo que los granos para esta mezcla los capturaron en Vitoria. Usted estuvo allí, por supuesto.

—Sí.

El oficial suspiró.

—Su alteza real no va a recibir a visitas inesperadas, comandante. Espero que lo entienda.

Richard apuró la tacita.

—¿Quiere decirme que es inútil esperar?

—Del todo inútil —contestó Messines, y le dedicó una sonrisa culpable para suavizar la mala noticia.

Sharpe se levantó y se colocó correctamente la gran espada.

—Estoy seguro de que el príncipe de Gales quedará fascinado con mi noticia.

Fue un tiro disparado al azar, pero debió de dar en el blanco, pues Messines levantó ambas manos en señal de apaciguamiento.

—¡Mi querido comandante Sharpe! ¡Por favor! ¡Siéntese, se lo ruego!

El fusilero supuso que quedaba poco amor fraternal entre el príncipe de Gales, amante de los placeres, y su austero hermano, el duque de York. La ineptitud del duque como general había dado lugar a unos versos jocosos que explicaban que, en la campaña de Flandes, había hecho avanzar a diez mil hombres hasta la cima de una colina y luego les había hecho descender; sin embargo, se había revelado un administrador eficiente, meticoloso y más que honesto. Tan sólo había habido un escándalo, cuando se supo que su querida vendía nombramientos y cargos. Las palabras de Sharpe se referían a que el príncipe de Gales saborearía otro escándalo que podía manchar la severa reputación de su hermano.

Messines sonrió.

—Si pudiera usted decirme de qué se trata, comandante.

—No.

Richard había decidido que tenía que hablar sólo con el duque, el comandante en jefe. Había otros hombres importantes en ese edificio, pero él no sabía cuáles de ellos estarían implicados, como Fenner, en el asunto de Foulness. Incluso se le había ocurrido que quizás existieran otros campamentos realizando el mismo tipo de reclutamiento.

El capitán volvió a suspirar. Se quedó mirando el cuadro de un jinete que colgaba de una pared; luego se encogió de hombros mirando a Sharpe.

—Tal vez tenga que esperar durante mucho tiempo, señor.

—No me importa.

Messines desistió. Invitó al fusilero a quedarse en la pequeña habitación, incluso le fue a buscar un ejemplar del *Times* de aquella mañana.

El diario le dejó sorprendido. Había un informe acerca de San Sebastián, en el norte de España, y decía, aunque no de forma destacada, que al menos un asalto contra la ciudad había fracasado y que el Ejército británico, a pesar del tono optimista del periódico, se sentía frustrado y había sufrido numerosas bajas. Pero lo que seguía

le dejó aún más atónito: el periódico hablaba de una victoria. Aunque la información era confusa, Sharpe, a quien el comandante general Nairn había dicho que el resto del verano sería un respiro en medio de la guerra, ahora leía que los suyos habían rechazado un ataque francés del otro lado de los Pirineos después de un horrible combate. Había una lista de bajas en una página interior y el fusilero la leyó atentamente. No se mencionaba a ningún hombre del reducido South Essex, así que, tal vez, pensó, seguían vigilando los muelles de Pasajes.

Se quedó mirando el campo de instrucción. Los hombres combatían y morían en España ¡y él estaba aquí! Le parecía un destino amargo. Su lugar no estaba allí donde los hombres bebían el café en tacitas exquisitas.

En el pasillo un reloj dio las once.

Leyó el resto del periódico, pero no había más noticias de España. La subida del pan en Leicestershire había causado un montón de alborotos; se había llamado a la milicia, que había tenido que disparar una descarga de mosquetes contra la multitud. La chusma había entrado por la fuerza en una fábrica de tejidos, temerosa de que la maquinaria les quitara los puestos de trabajo; los telares fueron destrozados con martillos, los ejes de las ruedas resultaron dañados por el fuego, y los jueces municipales se vieron obligados a llamar a la milicia local.

Sharpe volvió al informe sobre España. Se había librado una batalla en Sorauren. No había oído hablar nunca de ese lugar, y se preguntó si estaba en Francia o en España, pues la frontera resultaba algo confusa en los Pirineos. Pensó que el *Times* seguramente mencionaría si alguna de las tropas británicas había atravesado la frontera. Él quería estar allí cuando eso sucediera, quería estar allí con su propio regimiento.

El reloj dio las doce y la puerta que había tras él se abrió.

—¡Richard! ¡Por todos los santos! ¡Richard!

Sharpe se volvió, asombrado por la amable interrupción. Un hombre con un solo brazo, bien parecido y elegantemente vestido con ropa de civil, entró mirándolo de frente, sonriendo y saludándole con naturalidad.

—¡Mi querido Sharpe! ¡Tenía asuntos con el ayudante del general y el conserje me dijo que estaba usted aquí!

—¡Señor! —El fusilero sonrió con verdadero placer.

—¡Mi querido Richard! ¡Me alegro de verle! ¡Y casi va usted vestido de forma adecuada!

Sharpe le estrechó la mano.

—¿Cómo está señor?

—¡Mi querido amigo! Extraordinariamente bien. Usted tiene muy buen aspecto, pero que muy bueno. —El honorable William Lawford sacudía la mano de Sharpe de arriba abajo—. Salvo la cara. ¿Se ha peleado con un gato?

Lawford estaba más grueso que cuando había sido el teniente coronel del South Essex, y mucho más aún que cuando había sido teniente en la India y Sharpe era su sargento. Habían sido prisioneros del sultán de Tippoo, y en aquel tiempo el teniente Lawford era delgado como una baqueta. Ahora, fuera del Ejército, y evidentemente medrando como civil, se le había ensanchado la cintura y el rostro bien parecido se había redondeado con la buena vida y el éxito.

—¿Qué está haciendo aquí, Richard?

—Espero poder ver al duque.

—¡Mi querido amigo! ¡Va usted a esperar en vano! El duque se ha ido a Windsor y dudo que volvamos a verlo esta semana. ¿Quiere comer algo?

Sharpe dudó, pero la certeza de que el duque no regresaría a la Guardia Real acabó por convencerle.

—Sí, señor.

—Espléndido.

Lawford tenía un carruaje, un vehículo lujoso, alto y abierto tirado por cuatro caballos que conducían criados con librea. Atravesaron el campo de instrucción con rapidez y el antiguo militar levantó su bastón, para devolverle el saludo a un jinete que venía del parque, y sonrió a Sharpe.

—Había oído que estaba usted en Londres. Ha visto a Prinny, ¿verdad?

—Sí.

—¡Qué tonto es! ¡Casi me corta la cabeza con la espada cuando me nombró caballero!

Se echó a reír, y Sharpe se dio cuenta de que el verdadero mensaje que le estaba dando era que se había convertido en sir William.

—¿Le han hecho caballero?

—Sí —contestó Lawford, sonriendo con modestia ante la evidente admiración de su acompañante.

—Una tontería, por supuesto, pero a Jessica le gusta.

Richard señaló el carruaje en el que iban sentados.

—¡Debe de estar usted prosperando, señor!

—¡Es muy amable por su parte, Sharpe! —Sir William sonrió—. En la actualidad tengo unos cuantos acres. Estoy en los Comunes, por supuesto —se echó a reír como si fuera una menudencia—, ocupo un sillón de magistrado y también envió a algunos bribones a Australia. Eso me mantiene ocupado. ¡Ah! ¡Ya hemos llegado!

Habían pasado por el palacio de Saint James y se detuvieron en la colina que había detrás. Los criados se apresuraban a abrir la puerta del carruaje. Lawford hizo un gesto a Sharpe para que pasara delante, subieron unos escalones que daban a un gran vestíbulo y unos criados obsequiosos saludaron a sir William. Evidentemente, era un club de caballeros. Guardaron la espada de Richard y le condujeron a un salón

comedor.

Lawford tomó al fusilero por el codo.

—Preparan un cordero frío en adobo que le recomiendo de verdad. El salpicón es realmente el mejor de Londres. ¿O tal vez prefiere sopa de tortuga? Ah, esta mesa, espléndido.

La comida fue excelente. Se les hacía extraño pensar que la última vez que se vieron fue en el convento de Ciudad Rodrigo donde, con la ciudad todavía apestando a fuego y humo de los cañones, Lawford yacía en una cama con el brazo izquierdo recién amputado. Se echó a reír al recordarlo.

—Parece ser que tuve suerte de perderme Badajoz, ¿no?

—Fue fatal.

—¡Usted sobrevivió, Richard!

Lawford levantó la copa de vino e hizo una señal con la cabeza al camarero para que sirviera otra botella. Les ofrecieron unos cigarros, y Sharpe quedó admirado al observar la destreza con la que su anfitrión hacía uso de su única mano para cortar el cigarro y encenderlo. Se negó a que el camarero se lo hiciera, prefería, dijo, cortarlo él mismo. Soltó una voluta de humo.

—¿Y por qué diablos quería usted ver a York?

Sharpe se lo explicó. Quería decírselo a alguien, y quién mejor que este miembro del Parlamento, magistrado y antiguo soldado con quien había combatido en dos continentes.

Lawford escuchaba, algunas veces le hacía una pregunta, otras le incitaba a continuar. Sus ojos astutos observaban al fusilero, y si la historia de Foulness le había sorprendido, tuvo buen cuidado de ocultarlo. En realidad, tan sólo se sorprendió cuando Sharpe le explicó el intento de asesinato.

Cuando la historia hubo terminado, Lawford dejó el cigarro y tomó un sorbo de brandy. Hizo girar el líquido en el interior de la copa y se quedó mirando a su antiguo oficial.

—Así que ¿cuál es su interés personal, Richard?

—¿Personal? —preguntó Sharpe perplejo. Lawford volvió a coger el cigarro y dibujó una figura en el aire dejando una estela de humo.

—¿Qué quiere sacar de esto?

El fusilero no respondió enseguida. No era el momento de hablar de Jane Gibbons y de su deseo de salvarla de un matrimonio odioso.

—Tan sólo quiero hombres para llevarme a España. Quiero un batallón para combatir en Francia.

—¡Ah! —exclamó Lawford, sorprendido de que no quisiera nada más—. Ya veo, ya veo. ¿A quién más se lo ha contado?

—A nadie más.

—Salvo a su sargento, por supuesto. Está bien, ¿no?

—Sí, señor.

—Dígale que he preguntado por él. Un tipo excelente, para ser irlandés. — Lawford frunció el ceño—. ¿Dice que mató a un hombre de la milicia?

—Sí. Matamos a uno.

Sir Williams sonrió al oír el plural.

—¿Un poco torpe, quizás? No debería haberlo hecho.

—¡Querían matarnos!

—¡Me harán preguntas, Richard, me harán preguntas! Habrá tipos que se levantarán sobre las patas traseras para molestar al Gobierno. La cosa se pondrá fea.

—¡Diga que perseguían a contrabandistas!

Sharpe no entendía esta preocupación por un hombre de la milicia.

—¡Muy listo! ¡Contrabandistas! ¡Muy bien! Diremos eso. —Se inclinó hacia delante y dejó la colilla del cigarro en una bandeja de plata—. ¿Tiene alguna prueba de esas subastas, Richard? ¿Libros de cuentas, archivos, aburrido papeleo? —Sonrió.

—¿Cuentas?

—Pruebas, Richard, pruebas.

—¡Yo lo vi!

Sir William meneó la cabeza lentamente, luego tomó otro sorbo de brandy.

—¡Mi querido Sharpe! ¡Lo único que vio usted fueron soldados en el césped de Simmerson! ¡El resto son conjeturas!

Sharpe no le había explicado nada respecto a Jane Gibbons ni lo que ella le había dicho, aunque en ese momento, frente al rostro escéptico de Lawford, dudaba de si el testimonio de ella aportaría algún peso a su argumento.

—Yo vi...

—Ya sé lo que dice —sonrió para quitar acritud a sus palabras—, pero necesitaremos pruebas.

Sharpe se reclinó. Se sentía cómodo en la estancia lujosa, entre esos hombres orondos, con papadas que temblaban por encima de las pecheras de seda.

—Oí que lord Fenner decía que no había un segundo batallón, salvo en los papeles, y he demostrado que estaba equivocado.

—Helo ahí. —Sonrió Lawford—. Un hombre codicioso, Fenner. Parece tan rico como Creso, pero siempre ansia más. No es un tipo que escogería como enemigo, al menos sin tener pruebas, ¿eh?

—La prueba está en Foulness. ¡A un día de marcha de aquí!

—Estoy seguro de que así es. —Sir Williams levantó su mano con un gesto apaciguador—. Pero tenemos otro as en la manga. El *quid* es York.

—¿York?

—El duque; el bobo de Freddie. —Sir William volvió a sonreír—. ¡No querrá

otro escándalo, eso es seguro! Le costó renunciar al cargo durante dos años. Mi querido amigo, gracias. —Sharpe se había escanciado más brandy mientras Lawford cortaba otro cigarro—. Yo creo que debería dejármelo a mí, Richard. —El fusilero se quedó callado y sir William se inclinó hacia delante, persuasivo—. Déjeme que haga la ronda, ¿eh? ¿Me dejará hacerlo, Richard? ¿Digamos que me da de plazo hasta el final de la semana que viene? —Se echó a reír—. Eso le dará la oportunidad de contemplar la batalla de Vitoria de Priny, ¿sí? ¡Disfrutará!

A Sharpe no le hacía gracia tal sugerencia, pero aceptó. Sir William se movía en círculos que entendían de estas cuestiones, mientras que él era un soldado carente de amistades en una capital en la que nadie se preocupaba de él.

—¿Por qué, sencillamente, no voy a ver al duque de York?

—¡Richard! —dijo Lawford con voz afligida—. Sólo serviría para preocuparle, y ya sabe usted lo enfermiza que es esa familia. ¡Mi querido Sharpe! Si yo me encontrara frente a un Ejército francés me encantaría contar con su ayuda, ¿no ve usted que ahora usted necesita la mía? Usted quiere a sus hombres, ¿no?

—Sí.

—¡Entonces, haré todo lo humanamente posible! No puedo prometerle nada, por supuesto, pero creo que puedo ayudarle a salir de ésta. ¿Dónde se aloja usted, Richard?

—En la Taberna de la Rosa, en Drury Lane.

—Ya sé dónde está la Rosa, Richard —dijo Lawford malhumorado, y apuntó el nombre en una libreta con tapas de plata—. Déme dos días y venga a verme aquí a la hora de comer. ¿Lo hará? Y no se preocupe respecto a desobedecer esas órdenes de regresar a España, me aseguraré de que no haya quejas excesivas al respecto.

Sharpe frunció el ceño.

—¿Puedo saber qué se propone hacer, señor?

—¿Hacer? —Lawford cerró la libreta de golpe—. Lo adecuado, lo inteligente. Unas pocas palabras discretas, Richard, aquí y allá. Gracias a Dios, el Parlamento está cerrado, de manera que podemos mantener todo este lío en secreto. Y usted, Richard —dio unos golpes a Sharpe con el cigarro nuevo—, no va a hacer nada. Se quedará quieto, sin azuzar al enemigo desde la línea de tiradores. ¡Esto es Londres, no España! —Se echó a reír—. ¿Podrá usted venir a cenar un día de éstos? Lady Lawford no me perdonaría nunca que no le hiciera caer en la trampa una noche.

—Es muy amable, señor.

—¡Tonterías! —Lawford sonrió—. ¡Deje que me ocupe de todo, Richard! —Cogió una fresa que había sobrado de la comida y se la metió en la boca—. Déjemelo a mí.

—Sí, señor.

Lord Fenner se encontró con su huésped en la biblioteca. Su señoría estaba disgustado, pues tenía por costumbre pedirle a lady Camoynes que lo visitara a última hora de la tarde, dejándole así las noches libres para perseguir otros placeres. Aquella tarde, cuando cerró la puerta de la biblioteca, lady Camoynes esperaba arriba, y lord Fenner, en vez de observar cómo se desnudaba, se vio obligado a ser educado con aquella visita inesperada y molesta.

—Normalmente tomo una copa de brandy a esta hora. ¿Me acompaña?

Sir William Lawford asintió con una sonrisa. Apreció los cuadros que colgaban entre las estanterías y resaltó la presencia de un dibujo de barcos en el mar y de un Reynolds muy bueno.

—¿Su madre?

—Sí —contestó lord Fenner, y ladró pidiendo un brandy—. ¿Dijo usted que este asunto era urgente, sir William?

—Si no fuera así, no hubiera molestado a su señoría.

Lawford no hizo caso de la descortesía apenas disimulada de su anfitrión, y admiró el busto romano de una mujer con un moño. Todo en aquella habitación, desde los libros al delicado papel chino pintado a mano, daba testimonio del gusto exquisito y de la riqueza de lord Fenner. Lawford aceptó el brandy, esperó hasta que el sirviente se hubiera retirado y se sentó en la silla que Fenner le ofreció.

—A la salud de su señoría.

—Y a la suya.

El dueño de la casa se sentó. Vestía un traje negro, un chaleco de seda blanca y pechera. Intentó adivinar, a través del comportamiento de Lawford, qué tipo de asunto era tan urgente como para imponer una cita, pero su rostro no traslucía nada. Fenner iba recordando lo que sabía de Lawford: un antiguo soldado, que ahora se sentaba en los escaños de cuero verde de la Cámara de los Comunes. Lord Fenner cruzó las piernas y se limpió la borla de una bota.

—¿Me disculpará, sir William, si le digo que tengo otros compromisos esta noche?

—Por supuesto —dijo Lawford, sonriendo—. Sin embargo, creo que me escuchará usted hasta el final. Ambos, después de todo, compartimos el interés en asegurarnos que ningún escándalo perturbe nuestra administración. ¡Este brandy es muy bueno! Mis contrabandistas me traen un producto muy inferior.

—Ha dicho usted un escándalo.

Lawford miró fijamente al rostro pálido y delgado de nariz aguileña.

—Girdwood, Foulness, subastas. ¿Me permite fumar?

Lord Fenner estaba demasiado asombrado para darle permiso o negárselo. Se quedó callado hasta que Lawford hubo cortado y encendido un cigarro con su única mano, luego hizo que su voz nasal sonara deliberadamente calmada.

—Me desconcierta usted, sir William.

—¿Le desconcierto?

—Juega usted a las adivinanzas, igual que un niño.

Lawford se encogió de hombros en señal de disculpa. Estaba nervioso.

Aquel lord bien parecido, ministro del Gobierno, transmitía tal aire de elegancia y gravedad que parecía imposible que estuviera relacionado con un asunto tan sucio como el de Foulness. Lawford sonrió.

—No imagino, ni por un momento, señor, que sepa de lo que hablo. Sin embargo, supongamos que tiene usted alguna influencia sobre aquellos que sí lo saben. ¿Sir Henry Simmerson, tal vez?

Lord Fenner no mostró ni una pizca del alivio que sintió. Lawford le estaba enseñando sus cartas, y aunque la primera carta le había asustado, esta última demostraba que sir William no buscaba su deshonor.

—Supongamos que sí, sir William —contestó Fenner, con una voz fría e inexpresiva.

Lawford, que había esperado a medias verse echado por la fuerza de la casa, incluso verse retado en duelo, se dio cuenta de que las acusaciones de Sharpe eran ciertas. Lord Fenner no había admitido nada, pero el simple hecho de que fuera a hablar significaba que tenía mucho que admitir. Sir William dejó su cigarro y cogió el brandy.

—Si las noticias de las malversaciones de sir Henry en Foulness se hicieran públicas, milord, no hace falta que le diga cuáles serían las consecuencias. Otro escándalo que sacudiría al Gobierno, gritos de traición, de corrupción, exigencias de investigaciones y Dios sabe qué.

Fenner seguía sentado sin moverse.

—¿Cómo podría hacerse público?

—El comandante Richard Sharpe está totalmente al corriente de los hechos. —Sir William sonrió—. Ha intentado ver al duque de York hoy. El ayudante de York me mandó llamar porque sabía que yo había sido un oficial al mando de Sharpe, y yo, de momento, le he hecho callar. Tiene usted que agradecermelo. —Lord Fenner consiguió ocultar su horror. ¿Sharpe estaba vivo? A su señoría le había parecido extraño que los asesinos que había contratado no hubieran reclamado su recompensa, pero Sharpe tampoco había vuelto a aparecer, y se había convencido de que el molesto fusilero estaba bien muerto.

La puerta del salón estaba entreabierta y chirrió; Fenner supuso que Arme Camoyne estaba escuchando. ¡Maldita! No se atrevía a cerrar la puerta por miedo a que pareciera un signo de nerviosismo y, para ocultar su sorpresa y consternación, encendió un cigarro y se esforzó por que su voz pareciera despreocupada.

—¿Dice usted que Sharpe habló con usted?

—Largo y tendido. Un hombre extraordinario, señor. Lo conocí de sargento; tiene un don para el combate, pero me temo que no para la política. —Lawford sonrió como si tal carencia en un hombre fuera digna de compasión—. Es un tipo inmoderado, a menudo temerario, y difícil de disuadir. Me señaló, con una pasión digna de elogio, la necesidad de mantener en España batallones veteranos. Su propio batallón, como bien sabe su señoría, está en peligro de verse disuelto, y él siente, no sin razón, que tiene mucho que hacer todavía en la invasión de Francia. Si cree que se le niegan los refuerzos deliberadamente podría llegar a ser muy molesto. ¿Me comprende su señoría?

Fenner asintió con la cabeza. ¡Santo Dios! ¿Cómo podía ser que Sharpe hubiera descubierto Foulness? Le hubiera encantado saberlo; sin embargo, preguntarlo revelaría demasiada inquietud.

—Afortunadamente —continuó Lawford—, no tiene pruebas, así que las posibilidades de molestar al Gobierno son pequeñas. Ha estado de acuerdo en no hacer nada hasta pasado mañana, milord, y en dejar la resolución de este asunto totalmente en mis manos.

Fenner inclinó la cabeza con un gesto de alivio, pues ahora sabía con quién tenía que tratar. No con un fusilero bribón cualquiera, cuya pasión y enemistad asustaba a su señoría, sino con otro político, un hombre que entendía que la diplomacia era la más delicada de las artes.

—¿Tiene usted alguna sugerencia, sir William?

—Sólo alguna idea —contestó sir William sonriendo—. En realidad, no sé si algo va mal en Foulness. Un nombre extraño, ¿no?

Lord Fenner sonrió, estas palabras le indicaban que sir William no había venido a dar lecciones de moralidad, sino a sacar algo. Lawford chupó su cigarro.

—Lo que me preocupa es el comandante Sharpe. Yo le debo muchísimo, señor, incluida mi vida. Estará usted de acuerdo con mi deseo de conseguir sacarlo de este enredo. No quisiera verlo castigado, ni perjudicar su carrera de forma alguna; es más, me gustaría verle ascender. Si es culpable de algo, milord, es simplemente de un exceso de celo en el cumplimiento de su deber.

Lord Fenner asintió con la cabeza.

—¿Dice usted que está en Londres?

—No. He dicho que ha estado de acuerdo en no hacer nada hasta que hable con él dentro de dos días.

—¿Qué quiere?

—Su batallón.

Fenner sabía que ahora le tocaba jugar a él.

—Pero si no hay batallón, sir William, no puede tenerlo —dijo con mirada desafiante.

Lawford se dio cuenta de que lord Fenner quería decir que todas las pruebas físicas que había en Foulness (los hombres, el mismo campamento y todo lo que diera pistas del batallón oculto), serían retirados. A los hombres los enviarían a diferentes depósitos de Gran Bretaña, repartidos en diferentes secciones, mientras que las tiendas y los edificios serían destruidos. No habría deshonra para lord Fenner, pues no habría prueba de ningún tipo. Lawford sonrió.

—Yo pensaba, milord, que se le podría dar un mando en un batallón de fusileros en la guerra de América. Necesitamos buenos hombres allí.

—¿América? —A Fenner le pareció muy bien; era una guerra menor y se libraba a tres mil millas. A nadie le importaba lo que pasaba en América—. Sin duda esto se podría arreglar, siempre y cuando no diga nada de este asunto absurdo.

—Si no hay pruebas, milord, ¿qué importancia tiene?

Fenner se quedó callado. Tan sólo había una prueba que podía destruirlo: los archivos secretos de las subastas del batallón, pero estaban a salvo. Incluso si el comandante Sharpe llegara a encontrar a los mismos reclutas subastados, ¿que podrían probar? Estaban apuntados en un batallón de reserva, así que todo estaba justificado. Los oficiales no podían hablar de las subastas, ya que, como habían recibido dinero, se arriesgaban a sufrir un castigo, mientras que ningún otro oficial, aparte de Girdwood, sabía que su señoría estuviera implicado.

Sir William lanzó el cigarro a la chimenea vacía.

—¿Me da usted permiso para regresar mañana y hablar con usted, milord? No quisiera pedirle una decisión precipitada.

Fenner se puso en pie.

—¿América?

—Sería de lo más conveniente. Al mando de un batallón, por supuesto. Es lo menos que podemos hacer.

Lawford se aseguraba de que Sharpe no saldría perjudicado. Se evitaría el escándalo, el Gobierno estaría a salvo, y su recompensa podía esperar.

—Por supuesto. —Fenner señaló la puerta a su huésped—. Le estoy en verdad agradecido, sir William. Los hombres con sentido común y discreción son un lujo actualmente. Hemos de asegurarnos que sus cualidades no se queden sin recompensa.

—Gracias, milord.

Eso significaba que ahora Lawford podía esperar un cargo en el Gobierno, algo poco pesado pero con un salario generoso.

Lord Fenner no llamó a un criado, sino que abrió la puerta principal él mismo.

—Espero su visita mañana. ¿Lleva usted abrigo, sombrero?

Sir William se quedó en el umbral bajo el suave crepúsculo londinense y pensó que había sido una buena tarde de trabajo. No habría escándalo, no se oirían burlas obscenas en el Parlamento, la prueba del delito desaparecería calladamente y Richard

Sharpe, a quien apreciaba de verdad, conseguiría una recompensa justa. Lo ascenderían, tendría para sí un batallón de fusileros, y nadie, salvo los enemigos contra quienes se enfrentara ese batallón, sufriría. Nadie. Lawford sonrió cuando su sirviente le abrió la puerta del carruaje. Lord Fenner, desde las ventanas de la fachada, observó cómo el coche de sir William se dirigía hacia Saint James. Estaba contrariado. Lo habían descubierto; sin embargo, reconocía que sir William había sido de lo más delicado. Lawford quería una recompensa; ¿por qué sino había venido? Su precio era el futuro de Sharpe. Fenner hubiera preferido ver a Sharpe desollado vivo, pero el ascenso de ese hombre era un precio muy bajo.

Regresó al salón, abrió la puerta que había quedado entreabierta y encontró a lady Camoynes hojeando un libro.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Un rato, Simon.

—¿Lo has oído?

—Por eso he venido a esta habitación. —La mujer le sonrió, sus ojos brillaban a la luz de la lámpara—. Te gustará saber, Simon, que Lawford tiene una mujer en exceso ambiciosa y costosa. Eres afortunado.

—¿Afortunado?

—Podrás comprar su silencio. Un batallón para el comandante y un sueldo para sir William.

—Lo desapruebas, ¿no?

Dijo esto para burlarse de ella, para menospreciarla. Ella era suya, estaba en deuda con él, esclavizada a su antojo por la fortuna de su hijo y su herencia.

—Yo en su lugar, Simon —dijo lady Camoynes cerrando el libro—, usaría eso para destruirte.

Él se echó a reír.

—Pero tú no eres él, y tu lugar en mi casa, Anne, está arriba.

Lady Camoynes dejó caer el libro y, sin decir palabra, dio media vuelta y salió de la habitación. Lord Fenner la siguió escaleras arriba. Como siempre, demostrarle que tenía poder sobre ella estimuló su deseo. La noche todavía era joven, y se iba a divertir.

Capítulo 13

La mayoría de londinenses afirmaba que los jardines de Vauxhall estaban pasados de moda, que las delicias del jardín de recreo más antiguo de Londres se habían marchitado, eran meras sombras de las glorias pasadas; sin embargo, a Sharpe siempre le había gustado Vauxhall. De niño iba hasta allí desde los bajos fondos, lo enviaban a robar carteras entre sus paseos bajo las sombras y por sus quioscos, grutas, pabellones, templos, estatuas y pórticos. Lo iluminaban una miríada de faroles, la mayoría con forma de estrella o de luna menguante, unos faroles que estaban colocados entre los árboles a diferentes alturas, de manera que desde cualquier punto del parque parecía que el visitante caminara cual gigante entre una galaxia.

Lo habían citado allí; una nota perfumada, escrita con caligrafía de mujer que le recordaba unos ojos sorprendentemente verdes, le había llevado hasta aquel lugar. Estaba en la Taberna de la Rosa, reunido con d'Alembord, Price y Harper, cuando llegó la nota. Había otro mensaje para él, que le esperaba desde el día que había huido de Londres. Era una tarjeta de papel gofrado de color dorado en la que se invitaba al comandante Richard Sharpe a acompañar a su alteza real el príncipe regente, a las diez de la mañana del sábado 21 de agosto, y en la tribuna de autoridades, junto a la zona conocida como Ring en Hyde Park. Sharpe, pensando con amargura en la maldita gracia que le hacía contemplar cómo unas tropas representaban una batalla en la que ninguno había estado presente, se había metido la tarjeta en la bolsa. Luego había llegado la carta perfumada, la cita misteriosa en estos jardines llamativos, embriagadores y llenos de música.

Vauxhall estaba abarrotado aquella noche. Aquí venía todo tipo de personas, de las más altas a las más bajas; a este lugar donde los nobles y los ricos se mezclaban con cualquiera que pudiera pagar los pocos peniques que costaba la entrada. Muchas de las mujeres, y algunos hombres, lucían máscaras baratas de color negro. Algunas mujeres llevaban las máscaras aguantadas en unas varillas, y se tapaban la cara si veían a alguien que podía reconocerlas. Otros llevaban la máscara con la esperanza de que los mirones creyeran que detrás se ocultaba una cara famosa. Era un lugar para las fantasías, donde la luz mortecina ocultaba las sórdidas ropas y la decoración de yeso daba rienda suelta a los sueños.

La carta no citaba lugar alguno en el jardín, ni hora alguna para el encuentro, y Sharpe fue caminando lentamente por entre la gran extensión de placeres. Miraba cada rostro enmascarado, pero, si la mujer que le había enviado la carta estaba aquí, no veía señal de ella. Dos soldados lo saludaron, pero otros soldados entre la multitud, al ver a un oficial que se acercaba, simulaban no apercibirse, de manera que no tenían que rebajarse ante los ojos de sus chicas teniendo que dar un saludo. Pasó

por el pabellón central, de cuatro pisos, donde tocaba una orquesta. Varias parejas bailaban bajo los faroles. Una mujer, desde una plataforma elevada, cantaba una canción romántica. Bajo los toldos del pabellón, los restaurantes de Vauxhall ofrecía una gran actividad.

Fue avanzando por uno de los largos paseos cubiertos de grava entre los intrincados setos que, en lo más profundo, tenían pequeñas estancias privadas a donde podían retirarse las parejas. Los niños aprendían las artes del acecho entre estos setos. Sharpe los veía entonces, deslizándose sigilosamente por los ángulos del boj limpiamente cortado para observar a los amantes.

Pasó por un pabellón construido junto a una fuente. El estanque de la fuente estaba repleto de porquería, pero de noche, bajo los farolillos de colores, el agua brillaba como oro mágico. La estatua de una diosa desnuda le sonrió junto a la puerta del pabellón, mientras que, del interior de una de las habitaciones privadas, salía la música de un violín. Una de estas estancias no tenía contraventanas y, a través de las ventanas abiertas, Sharpe vio a tres muchachas bebiendo vino y mirando de forma imitadora hacia los paseantes que había del otro lado de la fuente.

Las palomas de Vauxhall también estaban despiertas. Se pavoneaban por los paseos, sabiendo que encontraban más sobras cuando los faroles estaban encendidos que a lo largo de las horas vacías del día. Los niños las perseguían infructuosamente.

Sharpe regresó en dirección al sonido llamativo de la orquesta que había en el quiosco central, y bajo la noche cálida, se preguntó si haría frío en los elevados desfiladeros de los Pirineos. Aunque fuera verano, podía haber noches amargas en aquellas colinas donde los franceses, sorprendentemente, habían lanzado un contraataque contra Wellington. Los periódicos insinuaban que el ataque había sido rechazado, pero Sharpe hubiera deseado estar allí para saberlo con seguridad. Se preguntaba qué pensarían los hombres que se habían quedado en Pasajes si lo vieran ahora, paseando por entre los placeres despreocupados de Londres, mientras ellos escuchaban los cañones distantes que asediaban San Sebastián.

Se iba quitando de encima a las prostitutas que le salían al paso, rechazaba a los vendedores ambulantes de dulces y manzanas caramelizadas, y andaba con paso majestuoso como una figura oscura por entre la multitud llamativa. Su cara señalada con una cicatriz, pues todavía llevaba las marcas del bastón de Girdwood, resultaba triste en este lugar de música y pecado discreto. Aquí se sentía tan fuera de lugar como se había sentido en Carlton House. Miraba las caras que reían, caras borrachas, caras tristes, e intentaba adivinar qué vidas ocultaban aquellos rostros. ¿Eran secretarios y costureras que le robaban unas pocas horas de placer a una larga vida monótona? ¿Qué preocupaciones tenían? ¿Les importaba que los franceses hubieran regresado al sur, que los británicos los hubieran rechazado, que hubiera hombres que morían en las montañas españolas? Creía que no. Londres, al igual que Inglaterra, se

alegraba de las victorias, pero no quería tener nada más que ver con la guerra. Incluso Isabella, la mujer de Harper, se había dado cuenta de ello. Nadie estaba interesado. A nadie le importaba la suerte de los soldados. Isabella quería regresar con su marido, le rogaba que no la dejara en aquella ciudad rica y fértil, donde a nadie le importaba y nadie entendía, y donde se quedaría sin saber nada de la vida o la muerte de su marido.

Sharpe compró una cerveza y se la llevó hasta el borde de un estanque. Se sentó a observar a los verdaderos caballeros, que iban riendo y paseando presuntuosos, con los bastones largos en las manos enguantadas, entre la gente sencilla. Sharpe no era bienvenido entre ellos, lo sabía. El era bienvenido en España, pues allí ganaba batallas y lo juzgaban con la medida de la bala y la espada, pero aquí, en Londres, se sentía torpe ante la amable suavidad de sir William Lawford. Incluso en Carlton House, donde el príncipe lo había alabado tanto, no era más que un bicho raro que mostraban como los gemelos siameses o la mujer barbuda de la feria de contratación. Resultaba útil porque era cruel. Lo veía a veces en algunas caras de los hombres que estaban en España, hombres que se horrorizaban por lo que ocultaba y a los que, sin embargo, les agradaba que lo hiciera.

—¿Tiene un penique, coronel?

Un niño de no más de seis años, con la cara sucia y los pantalones hechos jirones, miraba con agresividad a Sharpe. El chico, igual que solía hacer Sharpe, se había subido al muro, a pesar de los trozos de cristal roto incrustados en la parte superior. Lo creería el chico, se preguntó, si le dijera que el «coronel» había sido antaño uno de los bribones harapientos que venían aquí a robar.

—¿Para qué lo quieres?

—Para comprarme algo de comer.

—Sólo uno. Si me pides otro, te arranco la cabeza de un tortazo. Y si me envías a tus amigos a que me lo pidan, iré a buscarte y te sacaré los ojos de un mordisco. ¿Entendido?

El muchacho sonrió burlescamente.

—¿Dos peniques?

Sharpe le dio uno.

—Ahora lárgate.

—¿Quiere una chica, coronel?

—¡He dicho que te largues! —El muchacho huyó y se fue a comprar ginebra, tal como Richard había supuesto que haría.

Pensaba en Jane Gibbons, y el recuerdo de la muchacha le hacía sentir culpable por acudir a esos jardines expectante ante la idea de encontrarse con otra mujer. Se preguntó, por enésima vez, por qué estaba tan seguro de que tenía que casarse con ella. No la conocía; es más, tan sólo la había visto tres veces. No sabía nada de ella,

salvo que era hermosa y que le había ayudado. Recordaba su rostro travieso, tan lleno de vida y tan encantador cuando había hablado con él en las escaleras del embarcadero. Sin embargo, ¿qué podía ofrecerle él?, se preguntaba, mientras el desfile de moda y exhibición pasaba ante sus ojos: ¿Implacabilidad? ¿Talento a la hora de exigir la muerte de sus hombres para derrotar a los franceses? ¿Para qué servía él? Podía hacer avanzar una cadena de tiradores, podía conseguir que impusieran su fuego contra el enemigo, y podía matar. Año tras año, diecinueve en total, él había matado. Sabía cuándo matar, cuándo no matar, y pensó, mientras miraba los rostros vacíos y escuchaba las risas vacuas, que ésta era la gente por la que él luchaba. Y de nuevo, mientras observaba a un joven borracho dar unos pasos de baile ridículos ante una muchacha que se reía, se dio cuenta de que, si hubiera nacido en Francia en lugar de en Inglaterra, llevaría las charreteras rojas de los *voltigeurs* franceses con el mismo orgullo que llevaba su casaca verde, y que habría matado a los oficiales británicos de la línea de tiradores con la misma destreza que dejaba a las tropas ligeras de Napoleón sin mando.

Se acabó la cerveza. La orquesta tocaba un vals. ¿Qué vida podría llevar con Jane Gibbons o con cualquier otra mujer? ¿Qué haría con su vida si no hubiera guerra? Se había endurecido tanto con ella, ansiaba tanto su emoción, estaba tan seguro de sí mismo en sus hazañas que, ¿qué haría las veinticuatro horas del día? Incluso con el dinero de los diamantes, ¿qué haría? ¿Arar? ¿Cavar nuevas tierras? ¿Criar vacas? ¿O se quedaría —y veía vagamente la posibilidad aunque la temía— en el Ejército, insistiendo en no dejar de ser la máquina que había derrotado a Napoleón? Tendría un criado para limpiarle el uniforme, un caballo sobre el que desfilara, y un montón de recuerdos con los que dar la lata y asombrar a los oficiales jóvenes. Los soldados del Ejército británico, reflexionaba, no estaban allí por elección, sino por necesidad. Era un Ejército de fracasados, unidos por las victorias, y a diferencia de sus colegas franceses militares, la mayoría no tenía una vida a la que regresar, ni un hogar al que volver cuando la guerra terminara. El Ejército era su hogar, el regimiento era su familia, y lord Fenner los amenazaba.

—Parece tonto.

La voz venía de detrás de él, del otro lado del pretil del estanque. Se puso de pie y se volvió. Ella lo observaba; se tapaba la cara con una máscara negra barata, pero no había manera de ocultar su cabello pelirrojo recogido hacia atrás con agujas de perlas. Vestía, en aquella cálida noche de agosto, un traje de seda lila que se le ajustaba al cuerpo como una funda elegante. Llevaba sobre los hombros desnudos un chal de encaje oscuro. Richard recordaba, desde la noche en que la había conocido en Carlton House, que era hermosa, y la rareza de la máscara negra barata tan sólo acentuaba aquella belleza. Se inclinó a medias, torpemente y con inseguridad.

—Señora.

—Tiene usted un aspecto muy triste. ¿Se ha dado cuenta de lo tonto que ha sido?
—La mujer cogió el abanico con la otra mano y le ofreció su codo—. Venga conmigo.

Fueron paseando por uno de los caminos con grava bordeado con intrincados setos de boj, y Sharpe percibía cómo los hombres observaban el cuerpo de la mujer y lo miraban a él con envidia. Dos de los vigilantes de Vauxhall iban arrastrando a un borracho, que protestaba débilmente, hacia la puerta; y uno de ellos, tal vez un viejo soldado, sonrió a Richard y esbozó un saludo.

La mujer caminaba lentamente, con la cabeza erguida; había diversión en su voz.

—Creerán que soy su querida, comandante. —Él no supo qué decir, y ella se echó a reír burlándose de él—. Las esposas no van vestidas así.

—¿Ah no?

—Así es cómo se atrae a un marido, comandante, pero, una vez ya se ha casado contigo, te ruega que no te vuelvas a vestir así. —Haciendo gala de un arrogante aplomo, apartó a un niño de su camino con el abanico—. De la misma manera que un hombre que se enamora de una actriz le ruega que deje los escenarios, aunque fuera precisamente su profesión lo que le atraía al principio. Ha sido usted —continuó con un tono de voz aburrido— excesivamente estúpido.

—¿Estúpido?

—Va usted a la Guardia Real, aunque se le había ordenado que regresara a España, y actúa usted de un modo misterioso e infantil. En la Guardia Real, que no son estúpidos, le envían a sir William Lawford, a sabiendas de que había sido su coronel, y usted, con toda inocencia, se lo cuenta todo. ¿Le parece que nos sentemos aquí? Sirven un champán de contrabando que es aceptable, y afortunadamente demasiado caro para que se lo pueda permitir la chusma.

Habían llegado a un lugar donde, bajo los faroles colgados en las ramas de grandes robles, mesas de hierro pintadas de blanco estaban colocadas ante un pequeño restaurante. Un camarero con delantal tomó nota y, muy atento, separó las mesas más cercanas para que nadie pudiera oír lo que hablaban.

Ella estaba de espaldas al restaurante y a la gente que pasaba por el jardincillo. Se quitó la máscara y sus ojos verdes se clavaron en él con cierto desprecio.

—Quítese el chacó, comandante. Parece usted un novio que me está esperando en la iglesia.

Sharpe dejó el chacó sobre la mesa; enseguida el camarero trajo el champán, algo de pan, y una de las extrañas piezas de carne en gelatina como la que Jane Gibbons le había ofrecido justo la noche anterior. Parecía que había pasado un mes.

—¿Qué es?

Ella sonrió ante su ignorancia.

—Una galantina. ¿No siente usted curiosidad por saber cómo conozco sus asuntos

tan bien?

—Sí, señora.

Sharpe le sirvió champán. De repente le vinieron deseos de fumar un cigarro.

La mujer suspiró, tal vez porque él no le había preguntado directamente cómo sabía tantas cosas, y cortó la galantina.

—Es usted también un tonto con suerte. Sir William es un hombre ambicioso, prefirió no hablar con la Guardia Real, sino con lord Fenner. Pruebe la galantina, comandante, no es como el buey del racionamiento —dijo con desprecio—, pero no le matará.

—¿Lord Fenner? —Sharpe no podía creer que un hombre que él consideraba un amigo se hubiera dirigido a su enemigo—. ¿Fue a ver a lord Fenner?

—Hará un buen trato con sir William. —Se echó a reír al percibir la expresión de Sharpe—. Fenner, comandante Sharpe, tiene poder. Le puede dar a sir William una pequeña propina. ¿Usted no sabe cómo van estas cosas?

—¿Una propina? —Sharpe no acababa de entenderlo.

—Una pequeña recompensa, gato callejero. —Tomó un sorbo de champán y escudriñó la expresión del fusilero con sus ojos verdes—. Parece usted un gato callejero, uno muy guapo.

Richard buscaba a tientas el significado que se escondía en sus palabras. Tan sólo podía traducir lo que ella había dicho como un fracaso desesperado.

La mujer mordisqueó el pan.

—Sir William sólo quiere evitar un escándalo, no le va a conseguir su batallón. Aunque es eso es lo que usted quiere, ¿no?

Sharpe asintió y tuvo la impresión de que los ojos verdes se burlaban de él.

—No quiere hacerle daño a usted, pero primero protegerá al Gobierno. —La dama le sonrió—. ¿Me entiende, comandante? Sir William no le desea ningún mal.

Pero él todavía estaba intentando buscarle el sentido al hecho de que Lawford fuera directamente a ver a lord Fenner.

—¿Por qué fue a verlo?

La mujer sonrió al notar una cierta alarma en su voz.

—Para sacar provecho del asunto, por supuesto —dijo bruscamente—. Lawford quiere un alto cargo y tiene una mujer que le sale muy cara. O tal vez quiera que lo hagan par. Pero, por encima de todo, quiere que el escándalo no salga a la luz para permanecer en el poder. Las pruebas se destruirán, comandante, y nunca lo sabrá nadie, salvo usted. —La mujer le señaló con un cuchillo—. Usted es un estorbo. Intentaron matarlo una vez, pero no pueden volver a hacerlo. Yo supongo, comandante, que le enviarán a alguna guarnición remota en Canadá. O tal vez le den el mando de algún penal en Australia. Me imagino que preferiría Australia.

Había decidido no mencionar que a Sharpe le iban a dar su propio batallón de

fusileros. Tal vez, pensó ella, podría aceptar tal oferta, y entonces perdería a un hombre que podría ayudarla.

Richard frunció el ceño.

—Pero Lawford me prometió...

—¡Lawford no le prometió nada! —replicó ella con rudeza—. Es un político, comandante; le gustaría darle lo que usted quiere, pero no a costa de sus intereses.

—¿Cómo sabe usted todo esto?

Sharpe estaba realmente sorprendido. Suponía que ella era como la marquesa; una mujer sutil, hermosa y fascinada por los entresijos del poder. Lady Camoynes se reclinó en la incómoda silla de hierro. Detrás de ella, en el restaurante, tocaba un cuarteto de cuerda. Se quedó mirando al fusilero, lamentando que éste fuera tan bien parecido y tan mal nacido.

—Sencillamente, lo sé.

—¿Cómo?

Ella no le contestó. Tenía ganas de decírselo porque Sharpe le gustaba, pero la verdad era demasiado hiriente. La verdad le había producido odio, un odio que la había llevado hasta allí. Le hubiera gustado contarle a este fusilero lo monstruosa que era la deuda con lord Fenner que había contraído su marido muerto, una deuda que ella pagaba en el lecho de Fenner, una deuda de humillación. Había estado escuchando esa noche en la puerta de la biblioteca, escuchando sin vergüenza, pues era una mujer que sabía que todo conocimiento es poder. Si pudiera le haría daño a lord Fenner, y si para herirlo tenía que esconderle a Sharpe que le iban a ofrecer un ascenso y un batallón de casacas verdes, lo haría. Quería destruir a Fenner y con él su deuda, para que su hijo, que había heredado el condado de Camoynes, no tuviera que cargar con ella también.

Le hubiera gustado decirle todo eso al fusilero, pero sus costumbres de secretismo eran demasiado arraigadas y su miedo a infundirle piedad demasiado grande, así que le miró desafiante.

—Lo sé todo, comandante. Sé lo de Foulness, lo de sir Henry, lo de Girdfilth o como se llame. Lo vi una vez arrastrándose en casa de Fenner. Se va a casar con la sobrina de Simmerson, lo que parece muy apropiado. Ella no es un gran partido, aunque supongo que heredará el dinero de su tío. —Lady Camoynes arqueó las cejas—. ¿He dicho algo inconveniente?

—No señora. —Sharpe se había sonrojado al oír el nombre de Jane. Se quedó mirando el sobre de la mesa—. No.

La mujer lo seguía mirando con curiosidad, luego se encogió de hombros.

—Digamos, sin más, comandante, que estoy aquí porque deseo destruir a lord Fenner. Lo quiero desgarrado en mil pedazos, y usted, gato callejero, puede hacerlo por mí.

—¿Cómo?

Richard estaba pensando en Jane Gibbons y en su belleza suave y vivaz en el lecho de Girdwood.

Lady Camoynes señaló el champán y Sharpe le sirvió más. El apenas había tocado el suyo. La mujer sonrió.

—¿Quiere usted a sus hombres?

—Sí.

—¿Nada más?

—Quiero que se detenga la subasta y se castigue a Girdwood.

—Yo lo haré gustosamente por usted. Pero tiene que traerme una cosa, comandante, y pronto. —Sharpe la miró sin decir nada y ella le clavó sus ojos verdes—. Tiene que haber alguna prueba, comandante. Libros, cartas, cualquier papel. Tráigamelo.

El estaba a punto de decir que no sabía dónde encontrarlos, pero ese argumento le pareció demasiado débil y se calló. También Lawford le había pedido pruebas; sin embargo, ahora lord Fenner estaba sobre aviso y, sin duda, tomaría precauciones para que no hubiera ninguna prueba que encontrar.

Lady Camoynes se inclinó acercándose a él. Para la gente que caminaba por el pequeño jardín del restaurante enramado parecía que fueran una pareja de bellos amantes, un oficial y su dama.

—Le prometo, comandante, que le daré lo que usted quiere.

—Ni siquiera sé quién es usted.

—Soy lady Camoynes. La condesa viuda de Camoynes. —Parecía que revelar su identidad era garantía de honradez—. Tráigame esa prueba, y puede usted pedirle lo que quiera a la Guardia Real. Le darán un ejército para hacerle callar. ¿Quiere usted su batallón de fusileros? Se lo darán.

Sharpe sonrió al pensar en ello.

—¿Dónde puedo encontrarla?

—No me encontrará. Lleve la prueba a la Rosa. Yo enviaré a un criado cada día para ver si usted ya la tiene.

Sharpe tendría que regresar a Foulness, y con rapidez, porque si existía alguna prueba, estaba allí. Se encogió de hombros.

—¿Usted lo sabe, yo lo sé, no es suficiente con nuestra palabra?

La mujer cerró los ojos con exasperación.

—Yo soy una mujer, y usted no es nadie, gato callejero, nadie. —Abrió los ojos—. Ellos son políticos y hombres de posición. —Lo dijo burlándose—. ¿A quién creerán?

—¿No habrán destruido ya las pruebas?

—Todavía no. Lord Fenner no hará nada hasta que se vea otra vez con sir

William. Tiene usted un día, ellos creen que no va a hacer nada. Pasado mañana por la noche —dijo encogiéndose de hombros—, destruirán las pruebas, comandante, y dentro de tres días no habrá hombres en Foulness. Los harán salir, los repartirán por un centenar de depósitos y guarniciones. Todo esto no habrá sucedido nunca, y si usted afirma que sí existió le dirán que está loco y le quitarán el ascenso.

La mujer se inclinó y tomó un sorbo de champán. Sharpe se quedó callado. Había creído que todo sería bien sencillo, que revelaría lo que había descubierto y que un Ejército ultrajado se lo agradecería, le daría lo que quería, y luego, antes de regresar triunfante a España, visitaría la gran casa de ladrillo en las marismas y exigiría ver a Jane Gibbons. En lugar de eso, todo lo que había descubierto se ocultaría y se negaría, y lo tratarían como un estorbo y un estúpido.

Lady Camoynes se acabó el champán, se puso de pie, y el camarero se escabulló entre las mesas cuando ella se volvió a tapar la cara con la máscara. Sharpe pagó y la siguió hasta el interior de los jardines. La mujer caminaba por el centro de uno de los senderos hacia el pabellón central, majestuosa, autoritaria y hermosa.

—Tendrá usted que actuar con rapidez, comandante.

—Cierto, señora.

—¿Se irá esta noche?

—Por la mañana.

Sharpe ya estaba planeando lo que iba a hacer, sabía que tenía que traer documentación de Foulness.

—Bien.

La mujer lo condujo por el brazo hacia un hueco oscuro en unos setos de boj.

—Éstos no son verdaderos jardines de recreo, gato callejero, y esta noche, por motivos que no son de su incumbencia, necesito a un hombre de verdad. Busquemos un sitio privado.

Él sonrió y la condujo hasta la maraña de boj donde, hacía tiempo, había aprendido sus primeras lecciones de habilidad. Esa noche se revolcaría con ella bajo las hojas, y por la mañana, como comandante del Ejército de su majestad, volvería a Foulness. Había creído, cuando escapaba por las marismas, que su trabajo se había acabado, pero esa mujer, que se agarraba a él y que lo amaba como si ésta fuera su última noche en la tierra, le había dicho que el combate acababa de empezar.

Capítulo 14

—Propiedad de una viuda, señor.

El propietario de la cuadra de caballos de alquiler se limpió las manos en el delantal de cuero, escupió tabaco a un gato que tomaba el sol sobre unos guijarros y pasó la mano por los muelles del carruaje.

—¡No está limpio, comandante, de acuerdo, pero sí en buen estado! ¡Ejes nuevos! ¡Le llevará a cualquier sitio! —Dio un golpe en una de las ruedas con la llanta de hierro—. Le digo la verdad, comandante, estaba pensando en usarlo yo.

—Lo necesito una semana.

—¿También caballos?

—Y criado y cochero.

El propietario, un hombre corpulento y calvo, con ojos astutos, volvió a mirar el uniforme nuevo de Sharpe, como si calculara lo que costaba y sacudió la cabeza como si lo que estaba a punto de decir le afligiera en gran manera.

—Por supuesto puedo hacerle un precio especial, comandante, siempre me gusta ayudar a los militares, así es, ¡pero no es barato! Quiero decir que alquilar un carruaje de cuatro caballos, comandante, ¡no es lo mismo que una silla de manos!

—¿Cuánto?

—¡Y caballos! ¿Tendrán que cambiarlos, por supuesto, o se va a quedar en la ciudad?

—Los cambiaremos.

—Hay que cargar la tarifa de vuelta, el depósito por el vehículo, por los caballos, luego está su forraje, los sueldos de los hombres si puedo encontrar a un par para usted, su comida, el alquiler del carruaje, el depósito por el arnés. Sume, comandante.

—¿Cuánto?

—Los cocheros tienen que dormir en algún sitio, comandante. —El hombre iba mirando las armas de Sharpe, preguntándose cuánto se atrevería a pedir—. ¿No se va a ir usted al extranjero, comandante? Es una broma, señor. —Sorbió la nariz—. No obstante, viendo que está usted en el Ejército y cómo sus chicos están derrotando a Bonaparte, comandante, creo que puedo dejárselo por treinta guineas, más el depósito y la tarifa de vuelta. Todo a pagar hoy, comandante. En metálico.

—Quince.

El dueño del establo se lo quedó mirando asombrado, luego soltó una risotada para demostrar que el soldado debía haber oído mal.

—¡Éste es un vehículo de calidad, comandante! ¡No es la carreta de su proveedor! ¡Hay nobles a los que les gustaría tenerlo, comandante!

Lo dejaron en veinticinco guineas, lo que todavía le dejaba la impresión intranquila de que lo habían timado, y tuvo que dejar una fianza de otras doscientas

guineas por la pérdida del carruaje y esperar a que el propietario encontrara un cochero y un criado que estuvieran interesados en contratarse por una semana. Viajar en carruaje era mucho más rápido que a caballo, y ésa era la razón por la que había optado por alquilar un vehículo; la otra era que lo podía usar para llevarse los montones de documentos que esperaba encontrar en Foulness, pero mientras esperaba que se resolvieran los problemas hubo momentos en que pensó que hubiera preferido ir caminando. D'Alembord, Price y Harper, por otro lado, estaban de muy buen humor porque el día se presentaba prometedor.

El sargento Harper, encantado de volver a usar el uniforme, estaba igualmente encantado con el carruaje. No había viajado nunca en uno, y se quedaba mirando fijamente por la ventanilla por el puro placer de contemplar un paisaje a través del cristal.

—¡Esto es ir a lo grande, señor! ¡Esto es, simplemente, ir a lo grande!

—Me cuesta un ojo de la cara.

—Tendrá usted que casarse con otra tuerta, ¿eh?

El teniente Price gruñó.

—Había olvidado su gracia irlandesa, sargento.

Sharpe les había dicho a los tres que no tenían por qué ir con él, y los tres, tal como él deseaba, se habían negado a abandonarlo. D'Alembord, sentado frente a él, contemplaba las tristes marismas por las que avanzaba la ruta, llana y monótona, hacia West Ham.

—¿Cree usted que lord Fenner ya le ha enviado un mensaje a ese Girdwood?

—Tal vez.

Si lady Camoynes estaba en lo cierto, Sharpe tenía al menos un día. Ella le había lamido la cara, extendiéndole por la piel la sangre de las heridas que le había vuelto a abrir con sus dientes. «Se creen que está usted dormido, gato callejero. Así que no espere. No hable con Lawford; vaya.» Sharpe la había obedecido en aquella precipitada empresa, con la seguridad de que sir William Lawford iba a ver a Fenner, de que traicionaría a los hombres que estaban en Pasajes.

Cambiaron de caballos en Stifford, y de nuevo en Hadleigh, y el cochero y el criado, a quienes Richard había prometido una gratificación si hacían el trayecto antes de que se pusiera el sol, trabajaban deprisa. En Hadleigh, su última parada, donde el viejo castillo se elevaba sobre el estuario del Támesis, Sharpe compró sillas de montar. Aquella mañana había estado en la calle San Alban y había comprobado, con placer, que el primer dinero de la venta de diamantes había llegado, y había retirado una gran suma para poder llevar a cabo su plan. Sabía que esta semana, el dinero que les había robado a los franceses sería de utilidad para los británicos.

En ese momento ya se encontraban cerca. Mientras el mozo de cuadra colocaba el arnés a los caballos, llamó a Harper y a los dos oficiales.

—Recuerden por qué estamos aquí. Necesitamos sus libros de cuentas y nos tenemos que llevar a los hombres de Foulness para que Fenner no pueda volver a ocultarlos. Eso es todo. No vamos a castigar a nadie.

Ellos asintieron con la cabeza. Se lo había dicho veinte veces, pero estaba nervioso. Tenía pensado encontrar las pruebas que estaba seguro existían, pruebas que podría enviar a la dama de ojos verdes que quería vengarse de Fenner. Después haría marchar a los hombres hasta Chelmsford, y allí los alistaría formalmente en el primer batallón y los protegería mientras las pruebas causaban efecto en Londres.

—Recuerden. No vamos a castigar a nadie.

—De verdad que lo estoy deseando. —Harper se echó a reír—. ¡Por Dios que sí! Sharpe sonrió.

—Tiene usted una vena vengativa, sargento.

—Por Dios, señor, que tiene usted razón.

Harper sonrió, y siguieron hacia Foulness.

A las seis en punto, como siempre, el teniente coronel Bartholomew Girdwood se sentó en su despacho y se puso a escribir, con su letra pequeña y limpia, los informes sobre progreso de sus compañías.

—¿El número cuatro está preparado para la instrucción de mosquete?

—Sí, señor —contestó el capitán Smith, sentado bien erguido frente al escritorio.

—¡Bien, bien!

Girdwood hizo una marca en su gráfico. Se oían gritos de órdenes que provenían del campo de instrucción. Se dio unos golpecitos en el bigote recién embreado con el tallo de la pluma que produjeron un ruido agudo y seco.

—¿Cuántos hombres ha traído hoy Havercamp?

—Diez, señor.

Girdwood gruñó.

—Nos acercamos a la época de la cosecha. Siempre es mal momento. ¿Se va mañana?

—Sí, señor.

—Proporciónese fondos. —Frunció el ceño—. ¿Eso es un coche?

—Eso parece, señor.

El teniente coronel Girdwood supuso que sir Henry había llegado, como hacía a menudo a última hora de la tarde, para inspeccionar el campamento. No encontraría nada mal, salvo, por supuesto, los establos quemados. El recuerdo del fuego y de los dos desertores le dolía. ¡Uno de ellos, el irlandés, se había atrevido a dispararle!

—Supongo que sería demasiado esperar tener alguna nueva de la milicia.

—Todavía nada, señor.

—¡Dios mío! Unos soldados de verdad hubieran encontrado a esos cabrones hace

días. ¡Se han escapado, Smith! —Girdwood sacudió la cabeza con tristeza—. ¡No volveremos a verlos!

Se oyeron unos cascos de caballo en el exterior. El ruido, junto con el tintineo de las cadenas de los tirantes, hizo que Girdwood recordara que sir Henry tenía planeado quedarse en Londres hasta después del desfile de la victoria del príncipe regente, y echó una mirada malhumorada hacia la puerta.

—Vaya a ver quién es, Smith.

Para Girdwood, nadie tenía nada que venir a hacer allí, nadie. El vicario de Great Wakering había venido una vez, había pasado la vigilancia del puente diciendo que venía a ofrecer consuelo espiritual al campamento, pero Girdwood había ordenado que el hombre se marchara y le había dicho que no regresara jamás. Se preguntaba si era de nuevo el vicario y gritó al capitán por entre la puerta abierta.

—¡Y mándelo a la mierda!

—¡Señor!

Fue un grito desesperado, que se ahogó casi al mismo tiempo de empezar; la puerta se abrió de golpe, y Girdwood, agarrándose a los bordes de la mesa, vio a un hombre alto dibujado en el vano de la puerta. Al instante, un sentimiento de culpabilidad lo atravesó, pues el hombre llevaba un uniforme y una espada. El momento que tanto había temido Girdwood, a pesar de todas las seguridades que le había ofrecido sir Henry, había llegado. ¡Un oficial había venido a arrestarlo!

—¿Que mande a quién a la mierda? —preguntó el hombre.

Girdwood se levantó. Ahora que el hombre había entrado en la habitación y había cerrado la puerta, veía que el molesto visitante era un comandante de fusileros. Girdwood era superior a él, y a pesar del miedo que todavía sentía, consiguió que su voz sonara severa.

—¡Váyase de este despacho, comandante! ¡Ahora! No tiene usted mi permiso para entrar.

El comandante se quitó el chacó que le dejaba la cara en sombras y lo dejó caer sobre una silla. Puso las manos sobre la mesa de Girdwood, se inclinó hacia delante y le sonrió.

—¿Se acuerda de mí, Bartholomew?

Girdwood se lo quedó mirando fijamente, sin estar seguro de si la cara le era familiar o no. Las dos cicatrices recientes que el fusilero tenía en el rostro eran de un color oscuro por la sangre seca, y al verlas, junto con algo que había en aquellos ojos que le miraban tan implacablemente, le trajo a la memoria a los dos desertores.

—No.

No tenía la intención de hablar en alto. Sacudió la cabeza y se encogió en su silla.

—¡No!

Richard se iba golpeando rítmicamente la palma de la mano con el bastón.

—¿Tiene usted por costumbre, Girdwood, apalea a los reclutas? ¿O perseguir a los hombres hambrientos por las marismas?

—¿Quién es usted?

Sharpe había hablado con calma, pero ahora, dio un golpe repentino y salvaje sobre la mesa con el bastón, y la tinta se derramó sobre los gráficos tan cuidados de Girdwood. Dijo, alzando la voz:

—Yo soy el hombre, Girdwood, que está encargado de este batallón. Queda usted relevado.

Girdwood se lo quedó mirando. No podía imaginarse que un desertor, una escoria de ese campamento, hubiera entrado de repente en su despacho vestido de comandante. Tenía dificultades para que su voz resultara coherente, pero lo consiguió.

—¿Tiene usted órdenes?

—Traigo órdenes —contestó Sharpe mintiendo—. ¡Por supuesto que las traigo! ¿Se cree usted que vengo a este lugar por el placer de su compañía de mierda?

Girdwood sabía que debería estar mostrando mayor aplomo, pero no tenía fuerza para moverse, y su voz, normalmente tan segura y severa, era apenas algo más que un susurro.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre, Girdwood, es comandante Richard Sharpe, primer batallón del South Essex, y, hasta hace tres días, conocido como soldado Vaughn. —Sharpe percibió el terror en los ojos de Girdwood, y no sintió pena alguna—. El hombre al que usted persiguió por los pantanos, coronel, era el sargento mayor del regimiento: Harper, un irlandés. Tal vez recuerde usted que una vez capturó un águila francesa. —Sharpe señaló con el bastón la insignia brillante que había en el chacó de Girdwood—. Esa.

—No —dijo Girdwood sacudiendo la cabeza—. No, no.

—Sí.

Sharpe volvió a darse golpecitos en la mano con el bastón; luego, con una rapidez brusca y terrible, azotó la cara de Girdwood, no para cortarla como él se la había cortado a Sharpe, sino para estropearle el cuidadoso arreglo del bigote esculpido. El golpe destrozó la brea brillante y una masa cayó colgando del labio del teniente coronel. Sharpe se lo quedó mirando.

—¡Cabrón sin carácter! ¡Daily!

D'Alembord abrió la puerta de un empujón y apareció dando muestras de una maravillosa precisión militar.

—¿Señor?

—Ese es el teniente coronel Girdwood. Queda arrestado. Condúzcalo usted a su alojamiento y regístrelo para ver si encuentra algún documento que pertenezca a este

batallón. Si le da su palabra de honor, lo puede dejar usted sin guardia.

—Sí, señor.

D'Alembord miró al hombrecillo con el bigote destrozado y sonrió. Entonces recordó que se suponía que tenía que mostrarse solemne.

—Por supuesto, señor.

Sharpe partió el bastón con empuñadura de plata en dos y lanzó los trozos en el regazo de Girdwood.

—Levántese, señor, y muévase.

Fuera, mientras iba siguiendo a d'Alembord y a su prisionero, vio a un grupo de hombres que lo miraban boquiabiertos. Sharpe no les hizo caso.

—¿Teniente Price?

—¿Señor?

—Empiece a registrar los papeles de este despacho. —Le lanzó su fusil a Price—.

¿Y Harry?

—¿Señor?

—Si alguien intenta impedirselo, dispare.

—Sí, señor.

Sharpe desligó su caballo y montó. Empezaba a pasárselo bien.

El sargento Lynch no estaba disfrutando. Le había estado gritando a su escuadrón para que formara una columna de cuatro en las filas centrales, maldiciendo a aquella chusma porque lo estaban haciendo mal, cuando de repente se percató de que los hombres, en lugar de mirarlo, miraban detrás de él, y que sus rostros, por encima de las pecheras de piel opresoras, mostraban un aspecto de sorpresa e incluso de contento.

—¡Miradme a mí, escoria!

El sargento Lynch dio media vuelta.

El soldado O'Keefe estaba allí, salvo que ya no era un soldado raso, sino un sargento, un sargento enorme que llevaba un fusil al hombro, un arma de siete cañones enorme en el otro, y el extremo de una bayoneta en el cinturón. Harper, burlonamente, se puso firme a un solo paso del sargento Lynch.

—¿Se acuerda de mí, escoria?

Lynch levantó la vista para mirarle, sin saber qué hacer ni qué decir, y el inmenso irlandés volvió a sonreír.

—Diga «Dios salve Irlanda», sargento Lynch.

Lynch no dijo nada. El cogote le dolía a causa de la pechera de cuero, porque tenía que mantener la cabeza formando un ángulo muy abierto.

Harper alzó la voz:

—Mi nombre, escoria, es sargento mayor Patrick Augustine Harper, de Donegal,

y a mucha honra; del primer batallón del South Essex, y a mucha honra también. ¡Dios salve Irlanda! Sargento, repítalo.

—Dios salve Irlanda —dijo el sargento Lynch.

—¡No le oigo!

—¡Dios salve Irlanda!

—¡Es fantástico oírle decir eso, John! ¡Fantástico! —Harper miró detrás de Lynch y vio al escuadrón, que sonreía con cinismo y se relajaban en las filas—. ¡Nadie ha dicho que puedan ustedes descansar!

Se pusieron firmes de golpe. Charlie Weller miraba fijamente a Harper como si el enorme irlandés acabara de aterrizar a lomos de una escoba. Harper le guiñó un ojo y volvió a mirar al sargento.

—¿Qué me estaba usted diciendo, Johnny Lynch?

—Dios salve Irlanda.

—¡Otra vez, más fuerte!

—¡Dios salve Irlanda!

—Amén. Y que el Santo Padre rece por tu alma, John Lynch, porque, por Cristo que está usted en peligro.

Harper se alejó de él, respiró hondo, y gritó por todo el campo de instrucción:

—¡Batallón! El batallón formará una línea con la compañía número uno. ¡A mis órdenes! ¡Espérenlas!

Los oficiales observaban. El sargento mayor Brightwell empezó a atravesar a grandes zancadas el amplio campo y pareció que la voz del sargento se multiplicaba.

—¡Nadie le ha dicho que se mueva, imbécil! ¡Quédese quieto!

¡Era grande estar vivo, pensó Harper, era grande! Incluso ser un soldado en este Ejército tenía sus momentos de auténtica alegría. Sonrió burlonamente, volvió a llenarse los pulmones y ordenó al batallón que formara para revista.

—¡Soldado Weller!

Sharpe había cabalgado hasta el frente del desfile. Harper fue junto a él.

—¡Weller! ¡Aquí! ¡En marcha, chicos! ¡No corran!

Weller, sonriendo pícaramente, avanzó hasta Sharpe, se puso firme, y levantó la vista hasta el fusilero como si no pudiera creer lo que veía. Sharpe volvió a sonreír.

—Mi nombre, Charlie, es comandante Richard Sharpe. Llámeme «señor».

—Sí, señor.

—El sargento mayor tiene instrucciones para usted. Escúchelo.

—Sí, señor.

Los dejó e hizo avanzar lentamente su caballo mientras iba observando al batallón, que, vestido de azul y gris, se extendía por el campo de instrucción. Sharpe venía del este, de manera que el sol poniente le daba en el rostro y lo deslumbraba, de tal modo que apenas podía verles las caras. Bajó la vista hasta Brightwell y el hombre

le miró con ojos llenos de horror.

—¿Sargento mayor?

—¿Señor?

—Orden de castigo. ¡Ahora mismo!

Brightwell ordenó a las compañías que formaran los tres lados de un cuadro. Lo hizo con voz indecisa, una indecisión que se reflejaba en las caras de los sargentos y oficiales. Todos ellos habían oído la orden de castigo.

Sharpe se volvió y vio que Charlie Weller salía corriendo del campo de instrucción.

—Sargento mayor Harper.

—¿Señor?

—Haga descansar a los hombres.

Los hombres lo observaban. Sharpe calculaba que allí había más de quinientos, suficiente para que se considerara un batallón completo en España, y esperó que un buen número de ellos estuviera instruido para ocupar su lugar en la línea. Les había hecho formar en orden de castigo, no porque tuviera pensada ninguna acción contra los sargentos o los oficiales, sino porque era la formación más adecuada para que su voz alcanzara a todos los hombres.

—¡Quítense las pecheras!

Los hombres obedecieron. Unos sonrieron cínicamente, otros parecían preocupados. Algunos, pocos, lo reconocían como el soldado Vaughn, y otros escuchaban las repentinas oleadas de susurros que corrían por el batallón como el viento por el maíz.

—¡Silencio! —La voz de Harper fue obedecida al instante.

Sharpe hizo avanzar al caballo.

—Me llamo comandante Richard Sharpe. Vengo del primer batallón de este regimiento en España. Me voy a llevar a algunos de ustedes allí. —Dejó que aquellas palabras calaran en ellos, mientras él observaba las caras de los hombres que estaban en los flancos, los únicos que no eran siluetas frente al sol poniente—. ¡Mañana nos pondremos en camino! Iremos a Chelmsford. Dentro de unas semanas, tal vez menos, algunos de ustedes irán a nuestro primer batallón conmigo y el sargento mayor Harper. Tienen que haber oído hablar de él. ¡Una vez capturó un águila a los franceses!

Vio que los sargentos observaban asombrados a Harper. Los oficiales estaban lívidos.

—¡Así que esta noche están libres de servicio! ¡Se despertarán a las tres, y a las cinco nos pondremos en marcha! Preparen su equipo esta noche. Las pecheras pueden tirarlas, no se les cobrará la pérdida.

Eso último causó un gran alboroto, al principio inseguro y leve, que fue creciendo

conforme se dieron cuenta de que ni Harper ni Sharpe iban a acallarlos.

Sharpe esperaba.

—¡Los oficiales informarán en el despacho del teniente coronel dentro de cinco minutos! Ya la vez, los sargentos a sus oficiales. ¡Sargento mayor Harper! ¡Que rompan la formación!

Harper dio un paso adelante, pero antes de poder gritar la orden, una fuerte voz procedente de la izquierda del batallón le interrumpió. Era la voz del sargento Horatio Havercamp, que gritaba a pleno pulmón.

—¡Tres hurras por el comandante Sharpe, chicos! ¡Hip, hip, hip!

Gritaron hurras. Havercamp, con la misma habilidad instintiva con la que asombraba a las multitudes de las ferias, había percibido el sentimiento que corría por el batallón, y ahora, cuando el último hurra se había desvanecido y Richard cabalgaba hacia aquel hombre grande y de bigote pelirrojo, levantó la vista y exclamó:

—¡Bienvenido de nuevo, señor! —Sharpe examinó al sargento. Un canalla, sin duda, pero inteligente. Havercamp sonrió—. Ya le dije que tendría que llamarle «señor» algún día, señor.

Sharpe cruzó los dedos de la mano derecha y le dijo en voz baja:

—No cambiaré, ¿verdad, Horatio? Hemos compartido una jarra de cerveza muchas veces, y le he dicho que no me llame «señor» otras muchas. —Havercamp se echó a reír sin la mínima vergüenza porque le recordaran lo que él había dicho en Sleaford.

—Yo estaba diciendo más verdades que usted aquel día, señor.

—Entonces tendremos que mantener una conversación de verdad por la mañana, sargento Havercamp.

—Sí, señor. —Havercamp hizo una pausa y alzó la voz para que el batallón pudiera oírlo:

—Y yo ya se lo dije, señor.

—¿Me dijo el qué?

—¡Que cualquiera de ustedes podía convertirse en oficial! ¡Y rápido!

Los hombres se echaron a reír y a Sharpe le gustó aquello. Los hombres que reían eran hombres que podían luchar, y empezó a creer que, si era capaz de encontrar la prueba que la dama de ojos verdes necesitaba, el South Essex dejaría de estar condenado. Se había echado un farol ante Girdwood, había conseguido el mando del batallón y ahora todo lo que se interponía entre Sharpe y el éxito eran los libros de cuentas.

—¡Sargento mayor!

—¿Señor?

—¡Que rompan filas!

Sharpe tiró de las riendas de su caballo y se encaminó a los despachos. El no era

un jugador, pero se estaba arriesgando como no lo había hecho nunca ante los cañones de España. Espoleó su caballo y cabalgó para salvar a su regimiento.

Capítulo 15

Los sargentos se pusieron firmes cuando Sharpe entró. Ninguno, salvo Horacio Havercamp, alzó la mirada. Algunos retrocedieron cuando Harper dio un portazo. Las botas del enorme irlandés resonaron con fuerza sobre el suelo de madera cuando fue a colocarse detrás de Sharpe.

Sharpe, mientras el silencio se alargaba de forma casi insoportable, contó treinta y un hombres en la habitación. Había decidido empezar aquí, dejando que los oficiales sudaran en el antiguo despacho del teniente coronel Girdwood. Esos hombres, los sargentos, eran los que en realidad gobernaban el campamento. Ellos eran los que entrenaban, los que mantenían la disciplina, los trabajadores que se hacían cargo de niños y los convertían en soldados. Nueve oficiales era más que suficiente para Foulness, pero Sharpe sabía que Girdwood necesitaba todos los sargentos que pudiera encontrar.

Sharpe habló con suavidad.

—Pueden sentarse.

Con gran embarazo, como si todo ruido que hicieran pudiera atraer una atención no deseada, se encaramaron en sillas o mesas. Algunos se quedaron de pie.

Sharpe esperó. Iba mirando a cada uno de ellos, dejando de nuevo que el silencio les atemorizara, y cuando habló lo hizo con voz salvaje:

—Cada uno de ustedes va a morir. —Se quedaron helados. Esperaban cualquier cosa, pero no aquello. Parecía que apenas pudieran respirar mientras lo miraban fijamente—. Van a morir.

—Doy por supuesto que todos ustedes recuerdan cómo se comportan los sargentos de verdad. Así es como deben comportarse. No habrá castigos, salvo los impuestos por el oficial de su compañía, o el oficial de guardia, y yo mismo, y todos estos castigos serán registrados en la libreta del batallón. Y si se descubre que alguno de ustedes intenta saltarse esta orden, castigaré a ese hombre yo mismo, en privado, sin registrarlo en la libreta. Dos últimas cosas. —No levantó la voz y tan sólo Harper sabía cuánto sentía Sharpe estas palabras—. Si cualquier hombre de cualquier compañía deserta durante la marcha de mañana, les castigaré por esa deserción. Dentro de tres horas tendrán las órdenes para la marcha; estén preparados para recibirlas. Y por último...

Se notó un cierto revuelo cuando todos levantaron la mirada hacia él. A pesar de todo, y de los insultos que se merecían, no había sido duro.

El rostro de Sharpe reflejaba un desprecio absoluto.

—Si alguno de ustedes teme ir a España y desea quedarse en un segundo batallón adecuadamente constituido, que le dé su nombre al sargento mayor del regimiento. ¡En pie! —Esperó a que estuvieran todos levantados—. Buenas tardes.

Sharpe se fue y tan sólo se detuvo a hacerle una pregunta a Harper:

—¿Alguna señal de Charlie?

—Nada, señor.

—No espere si sabe algo nuevo. Búsqueme.

—Sí, señor.

Sharpe se dirigió al despacho y allí habló de igual manera a los oficiales, aunque también les ofreció la oportunidad de rechazar su nombramiento esa misma noche si lo deseaban.

—Sencillamente, no estén aquí por la mañana, ¿lo entienden?

No hubo respuesta. Había los dos capitanes, Smith el mayor y Finch el menor, con seis tenientes. Todos ellos eran mayores para el rango que tenían y Sharpe supuso que Girdwood los había escogido. Sin duda, guardaban rencor a un Ejército que había permitido que muchachos más jóvenes ascendieran antes que ellos; sin embargo, esto había permitido que un hombre proveniente de la tropa, Richard Sharpe, fuera comandante. Del mismo modo, estaba seguro aunque todavía no tenía prueba alguna, de que su resentimiento se había visto aliviado con pagos generosos provenientes de los beneficios de Foulness.

—Sé lo que es este sitio. —Ninguno de ellos, al igual que los sargentos, se atrevió a mirarlo fijamente—. ¡Son ustedes unos malditos canallas! Menudo trabajo para unos caballeros, ¿eh? Y ladrones.

El capitán Finch, que todavía llevaba la cabeza vendada por el golpe que le había dado Harper con la culata de la pistola, miró con rabia a Sharpe, pero el fusilero le hizo bajar la vista.

—¡He tenido que encontrar este lugar alistándome, maldita sea! ¿Y qué veo? Ladrones disfrazados de caballeros. Malditos delincuentes comunes. ¡Usted! ¿Capitán Smith?

—¿Señor?

El capitán Hamish Smith, cinco años mayor que Sharpe y con el cabello demasiado gris para su edad y las mejillas hundidas, miró tímidamente al fusilero.

—¿Dónde está el cofre del batallón?

—En aquel armario, señor.

—Ábralo.

—El cofre está cerrado con llave, señor, y sólo el coronel la tiene.

Sharpe cogió su fusil. Los hombres observaron en silencio cómo, con la eficacia, rapidez y práctica propias de un fusilero experimentado, Sharpe cargaba su arma. Cuando el fusil estuvo cebado, abrió el armario, arrastró el gran cofre cerrado con un candado por el suelo y colocó la boca frente al cerrojo de acero.

Los hombres retrocedieron cuando la bala arrancó el cerrojo del cofre, produciendo un estallido de astillas y el chillido del metal retorcido.

—¡Usted! Vuelva a decirme su nombre. —Sharpe señalaba a un teniente alto y de cara alargada que vigilaba el puente cuando Sharpe llegó, y que todavía parecía estar sobrecogido por las duras palabras con que Sharpe había contestado cuando le había dado el alto.

—Mattingley, señor.

—Cuenta el contenido.

Sharpe había levantado la tapa de una patada. Veía que había bolsas con monedas y un montón de billetes, pero no estaba el libro de cuentas ni había más papeles. El teniente Price, en el registro que había llevado a cabo en aquel despacho, tampoco había encontrado documentos incriminatorios. La única prueba que Sharpe tenía en aquel momento de las ilegalidades de sir Henry Simmerson y del teniente coronel Girdwood, era el propio batallón. Las pruebas que él necesitaba tan desesperadamente no estaban aquí, y rezó por que d'Alembord las encontrara en el alojamiento de Girdwood.

Dio las órdenes para el día siguiente, mientras Mattingley contaba el dinero. Cuando terminó, fue mirando fijamente a cada uno de los hombres.

—Les diré una última cosa. No sé, ni me importa mucho, si el Ejército castigará sus acciones delictivas y de robo. Lo que sé es esto: la actitud de la Guardia Real dependerá en gran medida del comportamiento que ustedes tengan durante los próximos días.

La verdad era que él no podía controlar al batallón sin esos hombres o los sargentos, y, aunque los despreciaba y le hubiera gustado verlos a todos y cada uno licenciados, los necesitaba.

—Mi objetivo, caballeros, es simple. Deseo que nuestro regimiento tome parte en la invasión de Francia. Este es el motivo por el que estoy aquí, y si me ayudan ustedes a conseguirlo haré todo lo que pueda para asegurarles la supervivencia. —Miró a Mattingley—. ¿Cuánto?

—Doscientas cuatro guineas en monedas, señor. Cuarenta y ocho libras en billetes.

—Esta habitación permanecerá cerrada con llave y bajo vigilancia esta noche. Si echo en falta algo, cualquier documento, dinero, ya sé a quién tengo que preguntarle. ¿Capitán Smith? Le pido que se quede aquí. El resto, caballeros, pueden retirarse.

Sharpe observó cómo iban saliendo en fila por la puerta. D'Alembord esperaba fuera y Sharpe le hizo un gesto para que entrara.

—¿Ha encontrado algo?

—Nada, señor. —D'Alembord había registrado el alojamiento de Girdwood, incluso el de su criado—. Salvo poesías —añadió sonriendo burlescamente, y a Sharpe le resultó de gran alivio oír una voz honesta y con sentido del humor, después de aquella última media hora.

—¿Poesía?

—Ha escrito un montón, señor, muy del tipo de los tambores de la batalla. La palabra chasquido aparece a menudo como una rima adecuada —añadió d'Alembord sonriendo—. Pero no hay ningún documento. También ha dado su palabra de que no va a salir de su alojamiento esta noche.

—¿Pero no hay documentos comprometedores, Daily?

D'Alembord sonrió con compasión al percibir la decepción de Sharpe.

—Me temo que no, señor.

Así que Sharpe seguía sin tener una prueba escrita. Maldijo en voz baja, le pidió a d'Alembord que se sentara, y luego, con la ayuda de Smith, revisaron los gráficos de Girdwood y los informes de instrucción para determinar qué hombres estaban preparados para el combate y cuáles no. Esto al menos resultó satisfactorio: doscientos cuarenta y tres hombres, incluyendo las dos compañías de guardia, habían acabado totalmente, o casi totalmente, la instrucción. D'Alembord sonrió.

—Es suficiente, señor.

—Más que suficiente. —Sharpe se frotó los ojos. Se había quedado hasta tarde en los jardines Vauxhall y había dormido poco—. Quiero que se disuelvan esas compañías de guardia por la mañana, Daily.

—Sí, señor.

—Forme cuatro compañías con los hombres instruidos. Los demás se quedan en sus pelotones. Usted tome una compañía, Harry otra. —Hizo una pausa. Necesitaba dos mandos más para las otras compañías—. ¿Qué tal son esos chicos de Chelmsford, Daily?

—Carline podría valer, —respondió D'Alembord a regañadientes—. Merrill y Pierce son unos malditos gallinas.

—Le daremos a Carline una compañía, la otra tendrá que esperar.

—Sí, señor.

Sharpe percibió en el rostro del capitán Smith una avidez patética por que le dieran la cuarta compañía. De momento, no hizo caso de ello y le fue acercando los enormes montones de formularios de juramentos que Price había descubierto en ese despacho. Había uno por cada hombre y, al igual que cuando Sharpe había puesto una marca en uno de ellos en Sleaford, ninguno de ellos llevaba escrito el nombre del regimiento al que pertenecían.

—Daily. Busque algunos secretarios. Ponga el primer batallón del South Essex en cada uno de estos malditos formularios. Y separe a O'Keefe y a Vaughn del montón, ¿lo hará?

D'Alembord miró el montón enorme y asintió con la cabeza. Sabía lo importante que era aquel trabajo. Una vez en Chelmsford, el batallón todavía no estaba a salvo de lord Fenner, pero si aquellos formularios, con la firma del juez municipal,

indicaban que los hombres formaban parte del primer batallón, eso constituiría en cierto modo una prueba de que los hombres existían y ello desconcertaría a cualquier oficial que intentara llevarse el segundo batallón. Sharpe vigilaría bien esos formularios, se quedaría con ellos hasta que las pruebas estuvieran en manos de lady Camoynes en Londres. Si es que aparecían.

D'Alembord se fue con las declaraciones juradas y Sharpe se levantó. Iba caminando arriba y abajo por la habitación y observaba al capitán de cabello cano, que estaba sentado triste y avergonzado en una de las rígidas sillas de Girdwood. También estaba ansioso por agradar a su nuevo amo.

—Smith, ¿cuánto dinero recogía Girdwood por cada hombre?

Hamish Smith se ruborizó. Hablaba a regañadientes.

—Cincuenta libras.

—Es lo que me imaginaba.

Sharpe no mostró el repentino alivio que sentía, porque aquella respuesta era la primera prueba directa que tenía de que el batallón había reclutado ilegalmente. Tenía la palabra de Jane Gibbons y la de lady Camoynes, pero Smith era el primer hombre del batallón que se lo confirmaba.

—Por supuesto, variaba. —Smith se frotaba las manos, enroscándose los dedos, jugaba con ellos tristemente—. Algunas subastas resultaban más rentables.

—¿Quién los compraba?

—Destacamentos de países extranjeros. —Smith se encogió de hombros—. De las Indias Occidentales, mayormente; algunos, de África.

Aquello tenía sentido. Los regimientos destinados en las Indias Occidentales perdían muchos más hombres que los regimientos de España, la mayoría de ellos a causa de la temida fiebre amarilla. Era difícil, casi imposible, encontrar reclutas, y al vender hombres a tales regimientos el teniente coronel Girdwood se aseguraba que la prueba de sus malversaciones era llevada lejos y con destino a yacer pronto en una tumba.

Smith miró avergonzado a Sharpe.

—Lo siento, señor.

—¡Lo siente! ¡Cristo todopoderoso! ¿Qué me dice de los hombres a los que ha enviado lejos? —No obtuvo respuesta—. ¿Por qué lo hizo?

Smith permaneció en silencio; luego le fueron saliendo las palabras. Era teniente, olvidado para un ascenso, endeudado, incapaz de comprar el ascenso a capitán, y, como si fuera talmente un regalo del cielo, Girdwood le había ofrecido esta oportunidad. Smith, al igual que Finch, se había comprado el ascenso a capitán y había saldado la deuda con los beneficios obtenidos en el campamento. Levantó la vista hasta Sharpe.

—¡Hace veinticuatro años que soy soldado, señor!

Sharpe conocía aquella desesperación: él también la había sentido. Había luchado para llegar a capitán y tan sólo una intervención fortuita del príncipe de Gales lo había convertido posteriormente en comandante. Para un hombre sin dinero, el ascenso era difícil; y si ese mismo hombre, como Smith, no estaba sirviendo en un batallón en la línea de combate, donde las muertes de los hombres iban creando vacantes, resultaba prácticamente imposible. Bartholomew Girdwood ofrecía otro camino, les ofrecía a todos estos hombres un ascenso, de manera que sus pensiones serían más altas y su futuro más seguro. Smith bajó los ojos.

—¿Qué nos va a pasar a nosotros, señor?

—Nada, si hacen lo que yo les digo.

Sharpe se preguntaba qué pensaría Smith si supiera que Sharpe no tenía órdenes de estar allí, que toda orden a partir de ese momento no la había sancionado el Ejército, que Sharpe estaba robando aquel batallón, literalmente.

—Así que ¿dónde están los libros de cuentas, Smith?

—No lo sé, señor. Los guarda el coronel.

—He oído que va a casarse.

—Sí, capitán. —El capitán Smith sonrió tímidamente—. A él no le gusta el perro de la señorita. Tal vez no tenga que vivir con él ahora. Después de esto.

Smith asintió lentamente con la cabeza.

—No, señor. Supongo que no.

Sharpe se preguntaba si Jane Gibbons le había dado, aunque de mala gana y bajo coacción, su aprobación para el matrimonio. Tal vez, a menos que Girdwood fuera deshonorado, ella pensaba que aquel matrimonio era inevitable, y de nuevo Sharpe se preguntó dónde encontraría la prueba para aquella deshonra.

—Escribe poesía, ¿no es así?

—De guerra, señor. Cuando está borracho la lee en voz alta.

—Cristo —dijo Sharpe y se echó a reír—. ¿Así que, qué hacían con el dinero de las primas?

Smith, que se había ido relajando a medida que Sharpe se iba volviendo más afable, de repente frunció el ceño.

—Ése era para nosotros, señor, y los sargentos.

—Y supongo que no se pagó nunca a un hombre aquí.

—Tan sólo a las compañías de guardia, señor.

Sharpe miró los gráficos que había sobre el escritorio.

—¿Así que, sin contar las compañías de guardia, tienen a cuatrocientos ochenta y tres hombres?

—Sí, señor.

—Sería mejor que recibieran alguna paga mañana, ¿no? —Le dio una patada al cofre del batallón—. Cinco chelines a cada uno. No es mucho, ¿no?

Y eso, pensó, se llevaría casi la mitad del dinero del cofre.

—Huirán, señor —dijo Smith.

—No, no lo harán.

Sharpe lo dijo con firmeza, aunque apenas lo creía. A aquellos hombres los habían maltratado, y si les daban dinero y los ponían en la carretera, tendrían la enorme tentación de huir a la primera oportunidad.

—Usted dirige a los hombres, Smith, no los conduce. Y si se encuentra usted en un campo de batalla con estos hombres, los necesitará. No son apestados, Smith, son soldados, y constituyen la mejor infantería del mundo.

—Sí, señor —respondió Smith con humildad y Sharpe se sintió pomposo.

—Quiero una lista de los sargentos por la mañana. Quién es bueno, quién es malo y quién es inútil.

—Sí, señor.

—Tan sólo los llevaremos a Chelmsford, allí donde pertenecen, eso es todo.

Eso no era todo. Sharpe se preguntaba cómo iba a proteger a aquellos hombres si no daba con una prueba escrita que pudiera enviar a Londres. Sabía que, al cabo de dos o tres días, el mismísimo cielo descendería sobre el cuartel de Chelmsford. Necesitaba el libro de cuentas de las subastas.

De repente se abrió la puerta y, sin llamar, Patrick Harper irrumpió en la habitación mostrando excitación en el rostro. Vio al capitán Smith y, pensando que Sharpe no querría que ese asunto se divulgara por el campamento, pasó a hablar en español.

—El chico ha regresado, señor. Viene de camino. —Sonrió burlescamente.

Sharpe cogió el chacó y el fusil. Resultaba extrañamente agradable volver a oír español, y le contestó en la misma lengua.

—¿A pie o a caballo?

—Caballo.

Ello significaba que Charlie Weller, apostado como centinela y oculto para vigilar el alojamiento del teniente coronel Girdwood, había informado que el coronel, faltando a su palabra, había huido. Era lo que Sharpe esperaba.

Sharpe volvió a hablar en inglés.

—Quiero vigilancia en esa habitación, sargento mayor. Nadie puede entrar sin mi permiso. Nadie.

—Entiendo, señor.

Los oficiales esperaban en el exterior, como si temieran que al capitán Smith, que se había quedado solo con Sharpe, se lo fueran a comer vivo.

Sharpe, mientras recargaba su fusil y esperaba que le trajeran el caballo, les recomendó que durmieran un poco.

—A menos que vayan ustedes a dejarnos, caballeros.

Ninguno contestó. Observaron cómo montaba, hacía avanzar el caballo y se adentraba en la noche. El capitán Smith, que se había dejado el chacó en el despacho, pensó en dar la orden de que le abrieran la puerta, pero echó una mirada al enorme y respetuoso sargento mayor irlandés, que llevaba ocho balas cargadas en sus dos armas, y eso convenció a Smith de que aquella noche, y tal vez todas las noches venideras, sería mejor obedecer órdenes. Se alejó.

Mientras, Sharpe, con la espada al costado y el fusil al hombro, iba al galope tras su enemigo, que lo conduciría, o al menos eso sospechaba él, hacia la casa con la veleta de águila, donde vivía una muchacha de belleza traviesa; una casa que, tal y como Sharpe siempre había sospechado desde que el registro del despacho había resultado inútil, contendría los papeles que él necesitaba para destruir a sus enemigos.

Capítulo 16

Era una noche como aquella en la que Harper y él habían huido. La luna resplandecía del mismo modo sobre las marismas, convertía la hierba y las cañas en una plata metálica y reluciente. En las extensiones de agua poco profundas que inundaban los bancos de lodo en las calas, Sharpe vio las siluetas oscuras de unas aves acuáticas. Desde bien lejos, donde la marea creciente avanzaba sobre los bancos de lodo de la orilla, llegaba, como una batalla distante y apenas audible, el sonido de las aguas agitadas. En una ocasión, mientras metía su caballo por un banco de tierra que retenía como un dique las tierras de labrantío de la marisma, vio una línea blanca y rizada de olas, al este, y más allá, una forma oscura bajo la noche, era un barco anclado esperando la marea. En la popa se veía una diminuta chispa de luz.

Sharpe cabalgó con cautela. Veía delante de él la figura pequeña del teniente coronel Girdwood, y aminoró el paso para asegurarse de que el coronel no se daba cuenta de que lo estaban siguiendo. En el lugar en que el camino se dirigía hacia el norte, Girdwood se volvió, y se confirmaron sus sospechas de que iba a casa de sir Henry. Richard esperó hasta que el jinete se fundió con las lejanas sombras de la noche y luego continuó.

Atravesó el vado de Roach. Parecía que estaba solo en una tierra húmeda, pero detrás de él veía el resplandor de las luces del campamento Foulness, mientras que, delante de él, la casa de sir Henry no era más que una sombra oscura moteada con las luces brillantes de las velas. Sharpe volvió a detenerse del otro lado del vado, situó su caballo junto a un macizo de cañas altas y oyó con claridad, por encima de aquella tierra plana y silenciosa, el sonido de las grandes puertas de hierro que se abrían. Cuando oyó que se cerraban y supo que Girdwood estaba a salvo en el interior del muro del jardín, espoleó el caballo y continuó.

Avanzó hacia la parte derecha de la casa, siguiendo la ruta que Harper y él habían tomado hacía tres noches. Oculto de la casa por el muro delantero del jardín, desmontó, llevó el caballo abajo a la cala, lo trabó, y luego siguió a pie por la cala fangosa y empapada. La marea creciente había llenado a medias el canal y obligaba a Sharpe a ir por un lado. Olía la vegetación que se pudría y que su pelotón había limpiado bajo el mando del sargento Lynch.

El cobertizo estaba otra vez cerrado, pero resultaba bastante sencillo usar las barras de la verja como escalera. Sharpe, con el fusil al hombro, subió hasta la cima del arco, se asomó por la parte más alta y vio que el césped que daba al este estaba desierto; luego rodó por la hierba.

Allí se quedó, como una sombra en el extremo del césped, a la escucha de los perros de guardia, pero no oyó ninguno. Las ventanas altas que daban a la terraza sobre el césped estaban iluminadas, la luz de las velas competía con la luna que

mostraba cada detalle de la casa en negro y plata. Se preguntó si sir Henry habría regresado. Resultaría fatal si en Londres lord Fenner, al saber que Sharpe se había ido de la Taberna de la Rosa, creyera que había venido aquí; y quién mejor que sir Henry para venir a Foulness a esconder las pruebas del delito.

Avanzó con su sombra por delante, pero nadie lo veía, nadie dio señal de alarma; él se agazapó con cuidado en la parte más alta del banco y observó las habitaciones.

A su izquierda estaba el comedor vacío, en la mesa se veían los restos de la cena. En la pared que había sobre la repisa de la chimenea había un cuadro enorme como el que había en el vestíbulo de la Guardia Real: la infantería británica alineada bajo el humo de la batalla.

En la segunda estancia, menos iluminada, vio a Girdwood. Era la biblioteca, cuyas estanterías estaban apenas provistas de libros, pero cuyas paredes rebosaban de armas. Un rosetón formado con espadas estaba colocado encima de la puerta situada frente a Sharpe, también había mosquetes dispersos por encima de la chimenea. El teniente coronel Girdwood, de espaldas a Sharpe, estaba abriendo los cajones de un escritorio. Sacó un par de pistolas, unas armas preciosas con las empuñaduras de plata, luego dos libros encuadernados en cuero negro con los bordes de las páginas veteados de colores brillantes.

Sharpe planeaba seguir a Girdwood cuando éste saliera de la casa, pensaba que le resultaría más fácil hacerse con los archivos de las subastas en el camino solitario de las marismas que en la casa donde los criados de sir Henry con toda seguridad se lo impedirían. Estaba listo para correr a través del césped, saltar a la cala e ir en busca de su caballo, pero, mientras el teniente coronel Girdwood metía los libros y las pistolas en una alforja y la ataba, un criado llegó a la puerta de la biblioteca y le dijo algo. Parecía que el criado gesticulaba e invitaba a Girdwood a ir a otra habitación, y Sharpe prefirió esperar en lugar de correr en busca de su caballo.

Girdwood abrochó la última correa, dejó caer la bolsa sobre la mesa de la biblioteca y siguió al criado hacia el vestíbulo. Giraron a la derecha, y Richard, que todavía estaba en la pendiente del banco situado por debajo de la terraza, se movió sigilosamente hacia ese lado.

Vio una sala de estar. Una mujer de cabello cano estaba sentada de espaldas a la ventana, mientras que junto al hogar vacío y con un libro en el regazo estaba sentada Jane Gibbons. El teniente coronel Girdwood penetró en la estancia, saludó con una inclinación a su prometida. El criado que había ido a buscar a Girdwood cruzó la estancia hasta situarse al lado de la muchacha y cogió el perrillo blanco para evitar que molestara al coronel.

Sharpe estuvo observando durante unos segundos, luego regresó a la ventana de la biblioteca. La estancia estaba vacía, la alforja sobre la mesa, y dentro de aquella bolsa de cuero, lo sabía, estaban los libros que acabarían con lord Fenner, sir Henry y

Girdwood. Sharpe miraba fijamente la bolsa, sabía que podía hacerse con los libros en ese momento, y luego, al recordar que la indecisión resulta fatal, se descolgó el fusil y abrió la tapita de cobre que cerraba un compartimiento labrado en la culata.

Dentro de aquel compartimiento estaban los utensilios que se utilizaban para limpiar la llave de un arma y para quitar una bala después de un disparo fallido. Había un cepillo duro, un destornillador pequeño para quitar la chapa, un clavo de hierro de una pulgada que aguantaba la tensión del muelle principal cuando se desmontaba el percutor, una latita plana y redonda con aceite, otro destornillador que encajaba en la baqueta para retirar la bala y una barra de metal para apalancar la baqueta cuando se atornillaba hacia el cartucho que había fallado. Cogió los dos destornilladores y la barra, cerró la tapa de la culata y se dirigió, por la terraza llena de grava, hacia la puerta de la biblioteca.

La espada sonó cuando Sharpe se agachó, pero no se produjo pausa alguna en los sonidos indistintos de voces que provenían de la ventana contigua de la terraza. Introdujo la hoja delgada del destornillador por entre las hojas de la ventana, empujó suavemente y comprobó que estaba cerrada; luego se dio cuenta de que la sombra de las velas que había en el interior de la biblioteca revelaba la presencia de una lengüeta. La cerradura no tenía ojo en la parte exterior de la puerta, pero el destornillador con que su majestad los proveía era la herramienta perfecta para un atracador. Introdujo la barra por un extremo, de manera que resultara una especie de sacacorchos, y dirigió la punta del tornillo hacia donde él sabía que estaría el extremo de la lengüeta. La giró.

La punta del tornillo rascó, chirrió, y él la empujó metiéndola en el hueco de las puertas. Rompió la madera vieja, volvió a girar y la madera crujió de forma alarmante cuando la presión alcanzaba al metal; finalmente, con un clic que él pensó que despertaría a los muertos, la lengüeta retrocedió. Sharpe se quedó inmóvil. No oía nada, salvo las voces bajas y el lejano murmullo del mar. Bajó el picaporte, hizo presión suavemente en la puerta para ver si había cerrojos arriba y abajo, pero, para su sorpresa, la puerta se abrió. Los criados no habían pasado el cerrojo, tal vez esperaban hacerlo cuando cerraran y atrancaran las pesadas contraventanas.

Dejó la puerta del jardín abierta una pulgada, luego atravesó en silencio las tablas de madera pulidas y, rezando por que los goznes no chirriaran, cerró la puerta de la biblioteca. Pasó el cerrojo. Ahora, si alguien entrara en la biblioteca, podría marcharse con los libros y él y su caballo se encontrarían bien lejos antes de que nadie pudiera forzar la puerta o pensara en utilizar la entrada del jardín.

Sonrió mientras desabrochaba la alforja y extrajo los dos libros pesados. Abrió uno. En la guarda y escrito a mano con claridad se leía Propiedad de Bartholomew Girdwood, comandante. La palabra comandante estaba tachada y, junto a ella, estaba escrito tendente coronel. La sonrisa de Sharpe se desvaneció, pues el pesado volumen

no era un libro de cuentas en absoluto. No tenía las páginas marcadas con columnas, ni cifras unas pegadas a otras que se irían sumando al deshonor de sir Henry Simmerson. Era un libro normal, cuyo título era *Descripción de los sitios del duque de Marlborough*. Sharpe fue pasando las páginas y sólo vio texto y esquemas. El segundo libro, también carente de cifras, se llamaba *Pensamientos de la última campaña en el norte de Italia, con especial referencia a las maniobras de caballería*. No había otros libros en la alforja, tan sólo fajos de papeles que resultaron ser poemas, todos ellos escritos por la misma mano meticulosa. Sharpe se quedó helado: había puesto todas sus esperanzas en encontrar los archivos de las subastas en esta casa, y en lugar de eso había encontrado dos libros de historia militar. Los metió de nuevo en la alforja, junto con los poemas, y la abrochó.

Volvió a abrir la puerta, pensaba dejar la habitación tal como la había encontrado, de manera que nadie pudiera pensar que un intruso había estado en la biblioteca. Quitó el cerrojo de la puerta, giró la palanca y la entreabrió. Entonces volvió a quedarse paralizado.

Cuando cerró la puerta, preocupado tan sólo del ruido de los goznes y del chirrido del pestillo, se percató de que el vestíbulo de la casa estaba atiborrado de armas, igual que la biblioteca en la que estaba él. Rosetones formados con bayonetas y abanicos de lanzas que competían con pistolas colgadas y espadas cruzadas. Aquellas armas hubieran podido abastecer una pequeña fortaleza, pero no fue la cuidada disposición de aquel armamento lo que le llamó la atención, sino algo que cuando había echado una mirada anteriormente había creído que eran los pliegues de las cortinas.

Pero ahora no veía cortinas. Veía dos banderas enormes. Cada una medía treinta y seis pies cuadrados de seda coloreada, adornadas en los bordes con borlas amarillas. Los estandartes estaban orgullosamente culminados con las coronas de Inglaterra. Sharpe estaba viendo los estandartes del segundo batallón del South Essex que, sin honor ni decencia, habían sido llevados a esta casa y colgados en el vestíbulo como trofeos de una batalla.

Sir Henry Simmerson se creía un gran soldado, pero la primera vez que se enfrentó a los franceses en una batalla, perdió una bandera. La segunda vez huyó. Ahora que Sharpe contemplaba la casa de aquel hombre, veía la fantasía de su carrera. La casa estaba llena de armas, de cuadros de soldados, de modelos de pistolas ¡y ahora eso!

Sharpe sintió una rabia tremenda al ver aquello. Las banderas eran el orgullo del batallón, el símbolo de sus propósitos. Aquellos cuadrados grandes de seda estaban tan fuera de lugar en la casa como el águila francesa lo estaba en la corte de Saint James, aunque, por lo menos, el águila francesa había estado en la guerra, se había ganado luchando, mientras que aquellas banderas, aquellas banderas nuevas e

intactas, no habían hondeado nunca bajo el humo de los mosquetes ni habían servido de señal a los hombres mientras el fuego enemigo rugía y azotaba la línea. Fueron hurtadas para alimentar las fantasías de sir Henry, del mismo modo que el batallón fue robado para llenar sus bolsillos.

La puerta que daba a la sala de estar se abrió con un clic, y Sharpe, que estaba en la puerta de la biblioteca, se dio cuenta de que no podía alcanzar la ventana sin ser visto. Tan sólo había un sitio donde ocultarse, y allí fue, rezando por que su espada no diera contra la madera: detrás del ángulo de la puerta abierta de la biblioteca.

La voz del teniente coronel Girdwood se oyó tan sólo a unas pulgadas de su oído.

—Me disculparé, pues tengo prisa, señorita Jane.

—Resulta extraño, señor.

Los pasos de Girdwood resonaron en las tablas del suelo. Sharpe oyó que la alforja era arrastrada sobre la mesa, Girdwood emitió una risita.

—Cuando el Ejército cita a un soldado, querida señorita Jane, todo lo que se puede hacer es obedecer con celeridad. Así ha sido siempre. —Sus pasos se detuvieron al otro lado de la puerta—. Un día, tal vez, cuando haya acabado mi servicio, desearé pasar mi tiempo de ocio junto a usted. —Hizo chocar los tacones uno contra el otro y sus espuelas resonaron—. Señorita Grey, le deseo buenas noches.

—Gracias, señor. ¿Están a salvo sus libros?

—Bien a salvo.

—Ruego le dé a sir Henry nuestros saludos más sinceros.

—Será un placer.

Se oyeron más pisadas en el vestíbulo, el sonido de la puerta al abrirse, y Sharpe se quedó quieto y callado, dudando entre irse o no hacerlo. Quizá, en el camino bajo la luz de la luna, podría obligar a Girdwood a que le dijera el paradero de los libros de cuentas.

Sin embargo, antes de que pudiera moverse, el sonido de los cascos sobre la grava se vio cortado bruscamente por el ruido de la puerta principal que se cerraba, y se oyó el murmullo de unas voces fuera de la biblioteca. Estaban cerca y se acercaban más.

—He de llevarle la medicina a su tía, Jane.

—Gracias, señorita Grey —dijo Jane con voz apagada.

—¿Y usted se irá a dormir? —preguntó de manera que parecía más una orden que una pregunta.

—Voy a coger mi libro primero, señorita Grey.

—Entonces, buenas noches.

Sharpe oyó las pisadas en el vestíbulo. Estaba mirando fijamente la ventana: si entrara un criado para cerrar los ventanales y luego las contraventanas, seguramente lo vería detrás de la puerta. Aguantó la respiración al oír el sonido de pasos en la habitación.

—¿Cierro las ventanas, señorita Gibbons? —preguntó una voz del otro lado de la puerta.

—Lo haré yo, King.

—Gracias, señorita.

Sharpe estaba en la sombra. La habitación olía a moho y humedad. Sharpe oyó pasos dentro de la estancia, una llave dentro de la cerradura, luego el chirrido de un cajón al abrirse. Supuso que Jane Gibbons estaba mirando en el interior del escritorio de donde se habían sacado los libros y las pistolas. El cajón se cerró, la llave se oyó otra vez, y entonces Sharpe la vio. Avanzaba hacia los ventanales, los cerraba y no pareció mostrar sorpresa alguna de que una de las hojas estuviera entreabierta. En ese momento, cuando se inclinó para pasar el pestillo de abajo, se quedó completamente quieta.

Sharpe veía su cabello dorado y con rizos. Llevaba un vestido azul con el cuello blanco y una cintura apretada y pasada de moda que insinuaba sus delgados muslos. La muchacha miraba al suelo.

Allí había barro, el que Sharpe llevaba en las botas, barro que conducía hasta su escondite.

Jane se enderezó, se giró y levantó los ojos lentamente siguiendo el rastro del barro seco hasta que se quedó mirando la sombra junto a la puerta. Dio un salto cuando lo vio, pero no chilló. Sharpe se hizo a un lado, salió de la sombra, y se quedaron mirando fijamente el uno al otro, sin decir palabra. El soldado sonrió. Por un momento pensó que la muchacha se iba a echar a reír, pues su cara era de traviesa; luego, y con decisión, avanzó hasta la puerta que estaba junto a él.

—¡Tengo que hablar con usted!

—¿Aquí?

Ella movió la cabeza en señal de negación. Había una pérgola en el jardín, construida en la esquina de la pared que daba al norte, y se reuniría con él allí.

—¿Esperará?

—Esperaré.

Sharpe estuvo aguardando bajo la oscura sombra de las rosas que crecían por la celosía del refugio. Había un asiento en la pérgola, a lo largo de una mesa hecha con tablones bastos. El mar, lejos a su derecha, se agitaba, se desvanecía y volvía a agitarse. El había ido hasta allí en busca de los libros de cuentas desaparecidos del batallón, y en lugar de eso se encontraba esperando a una muchacha a la que creía amar.

Llevaba esperando cerca de veinte minutos y estaba empezando a pensar que ella ya no vendría, cuando oyó el chirrido de una puerta y, unos instantes después, vio una figura oscura con capa que corría por la hierba. La muchacha se deslizó en la sombra, se sentó y luego miró hacia atrás, nerviosa, intranquila, las ventanas superiores de la

casa de ladrillos que brillaban con la luz de las lámparas.

—No debería estar aquí.

Richard se la quedó mirando, de repente sin saber qué decir, y ella se mordió el labio superior y se encogió de hombros como si tampoco ella estuviera muy segura.

—Gracias por la comida y el dinero —dijo Sharpe.

La muchacha sonrió, mostrando unos dientes blancos bajo la luz de la luna que se filtraba por entre las rosas.

—Lo robé —respondió casi como un susurro.

De repente se estremeció, tal vez recordando al hombre que había muerto en la marisma aquella noche.

—No debería estar aquí.

Sharpe era consciente de ello, pues, a pesar de toda su vivacidad, estaba atemorizada. Por eso puso sus manos lentamente encima de la mesa y cubrió las de la muchacha.

—Yo tampoco debería estar aquí.

—No. —Jane no movió las manos que estaban, a pesar de que era una noche cálida, terriblemente frías—. No, no debería. —Sonrió con una cierta inseguridad—. ¿Por qué estaba usted en la casa?

—Quería encontrar los archivos de las subastas. Tiene que haber archivos. Libros de cuentas. —La voz de Sharpe se fue apagando, pues ella asentía con la cabeza.

—Los hay, en Londres.

—¿Londres? —preguntó Sharpe sorprendido y, en su decepción, habló demasiado alto y la muchacha, con el rostro atemorizado, miró hacia la casa. Richard bajó la voz—. Pensé que Girdwood los sacaba del cajón.

—El guarda aquí algunas cosas. Libros, pistolas. —Se encogió de hombros—. Dijo que le habían llamado de Londres y supongo que quería las pistolas para el camino. ¿Qué sucede?

Sharpe le explicó lo que había hecho aquel día, cómo había despojado del mando a Girdwood. No le dijo que no tenía órdenes de hacerse con la autoridad del campamento.

—Pero necesito esos libros de cuentas.

—Tan sólo vienen aquí para las subastas. Yo escribo en ellos y mi tío se los vuelve a llevar.

—¿Escribe usted?

—Mi tío me hace anotar las cifras.

La muchacha dejó sus manos en las de Sharpe y en voz baja le habló del dinero que fluía en Foulness. Sir Henry Simmerson había sacado más de quince mil libras, lord Fenner, lo mismo, y el teniente coronel Girdwood, aproximadamente la mitad. Habían tenido unos gastos de tres mil ochocientas libras. La chica sonrió, por lo

precisa que resultaba.

—Están en dos libros grandes, de cuero rojo.

—¿Dónde?

—En la casa de mi tío, en la ciudad.

—¿Dónde de su casa? —Sharpe se preguntaba si sus antiguas habilidades se iban a ver sometidas a una dura prueba.

—No lo sé. No voy a menudo a Londres.

—¿No va usted a Londres?

La muchacha percibió la sorpresa en la voz de Sharpe, como si él hubiera supuesto que ella asombraba a la sociedad londinense y como si esa expectativa le hubiera dado la envidia irracional que la gente siente acerca de la vida desconocida de alguien a quien desean. Ella se lo quedó mirando.

—Usted no lo entiende, señor Sharpe.

—¿Qué es lo que no entiendo?

La muchacha tardó en responder. La olas iban batiendo contra los bancos de lodo que Sharpe tenía detrás, el agua succionaba y borboteaba en la cala; entonces ella quitó las manos de las de él, se frotó la cara y empezó a hablar.

—Mi madre era la hermana menor. Se casó mal, al menos eso es lo que piensa mi tío. Verá, mi padre se dedicaba al comercio, era guarnicionero. Le iban bien las cosas, pero seguía siendo comercio, ¿no? Así que yo no soy lo bastante bien nacida para entrar en sociedad, y no tengo el dinero suficiente para que la sociedad venga hasta aquí. —Sonrió de nuevo con tristeza.

—¿Lo entiende?

—Pero su hermano...

Ella asintió rápidamente con la cabeza, pues ya entendía la pregunta. Su hermano tenía el aspecto de un aristócrata de nacimiento y educación, eso lo había convertido en un patán arrogante, insensible y elegante.

—Christian siempre quería ir a la moda. Se esforzaba mucho, señor Sharpe. Imitaba el acento, la ropa, todo. Heredó el dinero, pero perdió la mayor parte.

—¿Lo perdió?

—Caballos, ropa. —Se encogió de hombros—. Pero supongo que era un buen soldado.

No podía estar más equivocada, aunque Sharpe no dijo nada. Jane se apartó el cabello de la frente.

—Quería entrar en la Caballería, pero era demasiado caro. No éramos ricos, o al menos no todo lo ricos que Christian hubiera deseado.

Jane le explicó que sus padres habían muerto hacía once años, cuando tenía catorce, y que ella y su hermano habían venido a vivir a aquella casa, donde vivía la hermana de su madre, la mujer de sir Henry. Lady Simmerson estaba enferma. Jane

se encogió de hombros.

—O eso dice ella.

—¿Qué quiere decir?

Volvió a sonreír con rapidez, mostrando tristeza y sorpresa, y miró detrás de ella como si estuviera preocupada de que un criado la pudiera estar viendo desde las ventanas de la casa que brillaban con la luz de la luna.

—No sale de su habitación y apenas de su cama. Dice que está enferma. ¿Cree usted que puede haber personas tan infelices que creen que están enfermas?

—No lo sé.

La muchacha miró el sobre de la mesa. Empujó una hoja entre dos de los tablones, y él vio que el puño blanco de su vestido estaba zurcido con puntadas pequeñas y nítidas.

—Yo no creo que ella quisiera casarse con mi tío, pero las mujeres no tienen elección, realmente.

Hablaba en voz muy baja, no sólo porque temía que su voz se oyera, sino también porque no había hablado nunca de aquello con nadie. Jane se tenía que haber casado hacía dos años, pero el novio perdió su fortuna y sir Henry anuló la boda.

—¿Quién era? —preguntó Sharpe sintiendo celos.

—Un hombre de Maldon. No lejos de aquí.

Ahora le habían dicho que se iba a casar con Bartholomew Girdwood.

—¿Dicho?

Ella sonrió, su sonrisa traviesa, repentina y encantadora, que, tal como Sharpe siempre había percibido, le dejaba en la cara una cierta tristeza.

—Yo me escapé cuando lo acordaron. Mi tío me trajo de vuelta.

Sharpe se preguntaba si era por eso que ella iba en el carruaje el día en que él y Harper avanzaban hacia Foulness como reclutas.

—¿Huyó?

—Tengo una prima que se casó con un vicario. Celia me dijo que me podía ir con ellos, pero mi tío conoce al propietario del alojamiento y ya puede imaginarse lo que pasó.

Sin duda, sir Henry había amenazado al vicario con la pérdida de su parroquia y su sustento. Jane sonrió a Sharpe.

—Yo no lo hice mucho mejor al huir —dijo Sharpe—. ¿Tiene usted miedo de sir Henry?

Ella se lo pensó, tenía las manos enlazadas sobre la mesa, luego asintió con la cabeza.

—Sí. Pero la mayor parte del tiempo está en Londres. Tan sólo pasa aquí un par de días seguidos.

Jane dirigió la mirada hacia las marismas bañadas por la luna, donde la marea alta

empujaba las olas del otro lado de los barrizales anegados, formando unas hojas plateadas y resplandecientes que se rompían en chispitas brillantes de espuma allí donde se encontraban con la fuerza del río.

—Así que aquí estoy. Le hago compañía a mi tía, hablo con la gobernanta, y a veces, cuando mi tío está en casa, hago de anfitriona en sus comidas. —Jane sonrió—. Eso quiere decir conversaciones de soldados.

—¿Girdwood?

—Siempre está aquí —respondió con una risotada triste—. A mi tío le gusta. Se están horas y horas hablando de batallas y de tácticas. —Le dio una entonación interrogativa a la última palabra como si no estuviera acostumbrada a utilizarla—. ¿Pero supongo que es lo que hacen todos los soldados?

Sharpe sacudió la cabeza en señal de negación.

—La mayoría de soldados que conozco hablan de lo que harán cuando acabe la guerra. Quieren tener un trozo de tierra, yo creo que sueñan con no volver a ver un uniforme.

—¿Y usted?

El se echó a reír.

—No sé lo que haré.

Sharpe recordó sus tristes pensamientos cuando estaba sentado en el pretil del estanque de los jardines de Vauxhall, sus presentimientos grises de soldado en tiempo de paz.

La muchacha suspiró.

—¿Le son de mucha necesidad los libros?

—Sí. He de tener pruebas, sabe.

—Claro —contestó ella asintiendo con la cabeza—. Quiero ayudarle, pero es difícil.

Sharpe quería volver a cogerle las manos, pero no estaba seguro de que ese gesto fuera bien aceptado. Jane tenía la cabeza gacha y la luna proyectaba las sombras de sus pestañas formando unas líneas largas y delgadas sobre sus mejillas, que de repente desaparecieron cuando ella alzó la vista para mirarlo.

—Puedo arriesgarme, sabe. Puedo intentar encontrarlos. Me gustaría hacerlo, de verdad. Pero me pueden castigar.

—¿Sir Henry?

—Me pega —contestó ella sin mirarlo, observando más allá de las marismas las pequeñas olas.

—¿Le pega?

—Sí —respondió ella como si fuera lo más normal del mundo—. La última vez dejó que Girdwood lo viera, porque pensó que el coronel tenía que saber cómo había que tratar a una mujer. Lo hace con un bastón. No lo hace a menudo; no muy a

menudo, al menos.

La mujer dejó escapar una risita, como queriendo indicar que no buscaba su compasión. Sharpe creyó que no era apropiado decir nada y permaneció en silencio. Ella sacudió la cabeza.

—Hay marcas en las paredes de su estudio. Él azota, ¿sabe?, y el bastón raspa el yeso. Se enfada mucho.

Dijo estas últimas palabras con voz desmayada, como si en realidad no pudiera describir los azotes. En el silencio que siguió a sus palabras, Sharpe oyó un reloj que sonaba en la casa. Contó las diez, y cuando terminó ella levantó la mirada hacia él.

—¿Qué pasa si no tiene los libros?

Él no lo sabía. Todo lo que había planeado para los días siguientes dependía de esos libros de cuentas. Había estado tan seguro de que estarían aquí, de que podría tenderle una emboscada a Girdwood y llevárselo, y luego hacer marchar a los hombres hasta Chelmsford donde esperaría al batallón... Había planeado enviar a d'Alembord a la Taberna de la Rosa, pero sin los libros no tenía pruebas. No tenía nada. Sharpe la miró al interior de sus ojos enormes, que brillaban con el reflejo de la luna, y dejó que su mirada se demorara sobre las sombras por debajo de sus pómulos y sobre su cuello. Sonrió.

—¿Recuerda que le dio a su hermano un relicario con un retrato suyo en el interior?

—Sí —contestó ella con sorpresa.

—Yo me lo puse cuando él murió.

Jane sonrió tímidamente, entendía el mensaje que él quería transmitirle; sin embargo, no estaba segura de qué decir. Bajó la mirada hacia la mesa.

—¿Todavía lo tiene?

—A principios de año me hicieron prisionero. Ahora lo tiene un francés.

Sharpe lo había llevado como un talismán, todos los soldados tienen talismanes contra la muerte.

—Espero que se pregunte quién es usted.

Ella sonrió al oír eso, luego levantó la mirada hacia él.

—Quiero que tenga usted los libros —dijo ella deprisa—. Pero tengo miedo.

Tenía miedo porque, una vez Sharpe tuviera los libros y su victoria, ella quedaría a merced de la venganza de su tío.

Sharpe volvió a tocarle las manos. En aquel momento, parecía un acto de tanto valor como ascender por la sangrante brecha de Badajoz.

—¿Por qué quiere ayudarme? —preguntó ella, con su sonrisa traviesa.

—Nunca lo olvidé —respondió Jane muy suavemente—. A veces creo que es porque mi tío le odia tanto. ¿Si es usted su enemigo, tiene que ser mi amigo? —Dio un tono interrogativo a estas palabras y luego se echó a reír en voz baja—. Él le

envidia.

—¿Envidiar?

—¡A él le gustaría ser un gran soldado, valiente! —dijo ella con burla—. ¿Qué le sucedió en España?

—Huyó.

Ella se echó a reír. Seguía con las manos en las de Sharpe, sin moverlas.

—Siempre habla de ello como si fuera un héroe. ¿Christian capturó esa águila?

—Estuvo cerca.

—¿Quiere decir que no lo hizo?

—En realidad, no.

Jane sacudió la cabeza como recordando todas las mentiras de su tío.

—Siempre he querido ver España. Había una chica de Prittlewell que se casó con un comandante de artillería. Se fue a España con él. Marjory Beller. ¿La conoce?

Sharpe meneó la cabeza en señal de negación.

—No. Pero allí hay muchas mujeres de oficiales.

La muchacha se quedó en silencio un buen rato. Bajó la vista hacia sus manos, que todavía estaban en las de Sharpe.

—Podría ir a Londres, pero necesitaría algún dinero. Conozco a algunos de los criados de su casa porque nos visitan. Tal vez pudiera encontrar los libros.

El no dijo nada. Sus palabras contenían demasiada incertidumbre para la paz de espíritu de Sharpe y, aunque le animaba que ella deseara ayudarlo, temía demasiado por el castigo al que se exponía. La muchacha se mordió el labio.

—Pero ¿y si no los encuentro?

—Tendré que pensar en otra cosa.

Contestó alegremente, sin embargo, sin la prueba no tenía nada. Quizá podría ordenarle al capitán Smith y a los otros oficiales que escribieran su confesión, pero luego recordó las palabras de lady Camoynes. ¿Qué confianza ofrecerían tales testigos frente a lo que dijeran pares y políticos y hombres de alta alcurnia? Sharpe, sin los libros de cuentas, necesitaba aliados del mismo peso, y, de repente, ese pensamiento, el de los aliados, le ofreció una idea violenta, maravillosa e imposible. La idea, que se elevó como una gran cortina de llamas en la oscuridad de su cabeza, era tan espléndida que sonrió y le agarró con fuerza las manos.

—¡No los necesito, de verdad!

—¿No?

La idea le bullía en el interior y hacía que las palabras le salieran atropelladamente.

—Sería maravilloso tenerlos. Facilitaría las cosas. Pero, si no es así, puedo arreglármelas.

—Pero ¿le sería de ayuda tenerlos? —preguntó Jane con sinceridad, y él se dio

cuenta, de pronto, de que esa chica quería ayudarlo.

—Sí, por supuesto.

—¿Quiere que lo intente?

—Sí —contestó él asintiendo con la cabeza.

—¿Cómo puedo encontrarle?

—El próximo sábado. —Retiró la mano de las de Jane y extrajo algunas guineas de su bolsa y las puso sobre la mesa—. ¿Conoce usted la puerta de Hyde Park? ¿Donde acaba Piccadilly?

La muchacha asintió con la cabeza. Sharpe empujó las monedas hacia ella.

—Estaré allí a mediodía, y si tiene usted los libros los derrotaremos; pero si no es así, ¡ganaremos igual!

Jane sonrió ante el entusiasmo que él mostraba, aquella esperanza total y repentina que le había dado energía. La muchacha revolvía las diez monedas con el dedo.

—Allí estaré. Traeré los libros de cuentas.

—Y nadie la castigará. —Sharpe le cogió las manos con fuerza—. Tengo dinero, más que suficiente. —Por un momento estuvo tentado de explicarle lo de Vitoria, lo del campo de batalla lleno de oro y joyas, de sedas y perlas—. Puede ir donde quiera. Puede huir.

Jane rompió a reír. Sus ojos brillantes estaban clavados en él.

—No soy muy buena en las huidas.

Sharpe se quedó mirándola, abrumado por su rostro, por una belleza que era preciosa y poco frecuente, y pensó en todas las cosas que hubiera querido decirle, que durante años había soñado decirle y de repente supo que había que decirlas en ese momento, o quizá, no podría decirlas nunca. Sharpe se había arriesgado con frecuencia; incitado por un pensamiento repentino y sin pensar las consecuencias había hecho cosas en el campo de batalla que le habían dado fama en el Ejército de Wellington. Había ascendido por una brecha donde yacían muertos cientos de hombres, actuando en un arrebato porque el pensamiento le conducía directamente a la acción y, aunque la prudencia es sabia en la vida de soldado, la indecisión es fatal. Sin embargo, cuando hablaba, escuchando con sorpresa sus palabras, pensaba que se estaba arriesgando más que nunca en España.

—Tiene que casarse conmigo.

Jane se quedó mirándolo en silencio. Lo había dicho rápido, como de pasada, en un tono amistoso como si fuera un pensamiento que le acabara de venir a la cabeza. Ella retiró las manos, a pesar de la presión que ejercía Sharpe sobre sus dedos, y él lamentó aquellas palabras al instante.

—Lo siento.

—No, no —dijo ella sacudiendo la cabeza turbada.

Se oyó una puerta que se cerraba en el interior de la casa, un chasquido seco que pareció que se extendía amenazante por el jardín. Jane se volvió enseguida, se quedó mirando las ventanas como si por el resplandor blanco pudiera decir lo que sucedía en aquellas habitaciones llenas de armas colgadas.

—¡He de irme! La señorita Grey a veces viene a mi habitación.

—Lo siento, de verdad.

—No —dijo ella, negando de nuevo con la cabeza, y se puso de pie. Se volvió a oír la puerta y esta vez se estremeció—. He de irme.

—¡Jane!

Pero ella echó a correr. Parecía frágil y delgada bajo la luz de la luna. Sharpe la contempló hasta que penetró en las sombras junto a la casa y desapareció.

Sharpe se quedó en la pérgola, con la cabeza entre las manos y maldiciendo su torpeza. Llevaba cuatro años soñando con aquella muchacha y, cuando había tenido la oportunidad de hablar con ella, se había mostrado brusco cuando era necesaria la delicadeza. Su proposición de matrimonio le resonaba en los oídos para burlarse de él, y deseó con todas sus fuerzas poder retirar aquellas palabras. La había perdido, no vendría a Londres. Las guineas que le había dado todavía estaban en la mesa, el oro de un tonto bajo la luz de la luna.

Esperó hasta que las últimas luces se apagaron en la casa, y sólo entonces se movió. Arrancó una única rosa de la pérgola y, como una sombra entre la oscuridad, bajó hasta la cala que estaba anegada por la marea alta. Dejó atrás las monedas.

Cabalgó con las manos vacías hacia Foulness. No tenía las pruebas que necesitaba, ni era probable, pensó, que las tuviera. Jane había querido ayudarlo y él la había asustado. Ahora tendría que hacer aquello a la desesperada, aquella temeridad; utilizaría el propio batallón como arma contra los estafadores y tontos. Todavía podía ganar, pero lo que había perdido esta noche haría que todas las victorias le parecieran insustanciales. Era tonto.

Capítulo 17

Tal y como Sharpe imaginaba, la mañana siguiente resultó caótica. Los hombres estaban dispuestos, pero los oficiales de Foulness y los sargentos parecían incapaces de resolver la menor de las dificultades.

—¿Señor?

Sharpe se volvió y vio al teniente Mattingley que fruncía el ceño desagradablemente bajo la luz de la luna, ya casi inexistente a causa del amanecer.

—Los calderos, señor. No tenemos transporte. —Señaló débilmente hacia unos enormes recipientes de hierro, cada uno de ellos lo bastante grande como para poder cocer dentro un buey entero.

—No los podemos transportar, señor.

—Teniente Mattingley —Sharpe habló con una paciencia de la que carecía—, imagine que a dos millas de este lugar hubiera diez mil franceses que no tuvieran mayor deseo que partirle el cráneo. Imagine además que usted ha recibido orden de retirada. ¿Qué haría usted con los calderos si fuera ése el caso?

Mattingley parpadeó, lo pensó, luego dirigió una mirada dubitativa a Sharpe.

—¿Abandonarlos, señor?

—Exactamente. —Sharpe se alejó con su caballo—. Hágalo.

También abandonó las tiendas. No había mulas para acarrearlas, tan sólo transporte para la mitad del equipo que se había llevado a Foulness. El carruaje alquilado se convirtió en el despacho del batallón, el interior estaba atiborrado de papeles que tendrían que ser seleccionados en Chelmsford. El cofre del batallón, que ahora contenía los Valiosos formularios y el dinero, estaba metido entre los asientos del carruaje.

—¿Señor? —El capitán Smith saludó a Sharpe. Advirtió, bajo la pálida luz de la luna, que el comandante llevaba una rosa prendida en el primer ojal, pero el capitán Smith no era el tipo de hombre que hacía preguntas.

—¿Capitán?

—El teniente Ryker se ha ido, señor. —Ése era el oficial que había decidido abandonar antes que permanecer con el batallón—. ¿Y, señor?

—¿Bien?

—¡El coronel también se ha ido, señor! —exclamó Smith con sorpresa.

—¡Bien! ¡Bien!

Sharpe se esforzaba por parecer animado. La mayoría de mañanas, como bien sabía Harper, Sharpe estaba de mal humor hasta que el sol o una buena marcha le hacían entrar en calor, pero hoy, con la incertidumbre y el caos que tenía alrededor, tenía que simular que todo era normal.

—¿Ha encontrado algún vaquero?

—Sí, señor.

—¡Póngalos en movimiento!

Sharpe había ordenado que buscaran a hombres que antes de alistarse en el Ejército hubieran sido vaqueros. Necesitarían a una docena de ellos para conducir el ganado del batallón durante la marcha.

—¿Y, capitán Smith?

—¿Señor?

—¡La compañía número cuatro es suya!

—¡Gracias, señor!

Sharpe condujo a aquel batallón variopinto fuera de Foulness. Cuando el alba empezaba a alumbrar el oscuro cielo, se aproximaron a un vado para cruzar el Crouch, y Harper, que avanzaba a la cabeza de la columna, iba enseñando a la compañía que marchaba delante la letra de *Muchacho del tambor*.

—¡Cantad, bastardos protestantes! ¡A cantar!

Cuando ya habían cruzado el Crouch y los primeros rezagados iban cojeando para alcanzar al resto, la compañía que iba a la cabeza ya sabía las tres primeras estrofas. No era una canción que se oyera mucho por las carreteras británicas, donde a los oficiales les gustaba creer que las únicas canciones de marcha eran patrióticas y austeras, pero la melodía era pegadiza y las hazañas del muchacho del tambor eran extraordinarias, y los hombres vociferaban los versos referentes a cómo complacía el muchacho a la mujer del coronel. Del otro lado del Crouch, cuando se acercaban a un pueblecito, Sharpe ordenó un alto. Unos gansos pasaron volando sobre sus cabezas, un molinero hacía arrancar las aspas de su molino para aprovechar el viento; Sharpe miró a los hombres que se dejaban caer en los lados del camino y decidió concederles una oportunidad, aquellos hombres podían combatir tan bien como cualesquiera en España.

Tenía que darles esa oportunidad. No tenía pruebas, nada que evidenciara el reclutamiento, y Sharpe sabía que las pruebas estaban perdidas. Si hubiera sido más suave con Jane, si no lo hubiera estropeado todo con una proposición de matrimonio justo la cuarta vez que la veía, entonces ella estaría incluso planeando ir en busca de los libros. Sin embargo, la había espantado antes de que pudiera decirle dónde podría encontrar alojamiento o ayuda, antes de que pudieran acordar todos los pequeños detalles tan importantes. Sus diez guineas estaban sin duda perdidas, las habría cogido un criado y Sharpe se lanzó hacia un riesgo desesperado.

—¿Ninguna prueba entonces, señor? —preguntó d'Alembord, que cabalgaba junto a Sharpe.

—Ninguna, Daily.

D'Alembord miró la rosa roja que Sharpe llevaba en el ojal y decidió no decir nada, sino mostrar una sonrisa segura.

—Vamos a tener que arrancarles una confesión a estos cabrones —dijo señalando a los oficiales y sargentos que tenían por delante.

—¿Sus palabras contra lord Fenner? —Sharpe se encogió de hombros—. Creo que tengo una idea mejor.

Le explicó a d'Alembord lo que había pensado la noche anterior, la idea salvaje, espléndida y desesperada y d'Alembord, después de escucharla, se echó a reír. Luego, al darse cuenta de que Sharpe hablaba en serio, se quedó horrorizado.

—¡No puede hacer eso!

—Sí —contestó Sharpe suavemente—. No tiene usted la obligación de venir.

—¡Por supuesto que iré! Lo peor que pueden hacernos es colgarnos, ¿no?

Sharpe se echó a reír agradecido por aquel apoyo. Para Sharpe, esta mañana, este día y esta marcha constituían una prueba. No sólo por la acción temeraria que planeaba, sino porque lamentaba mucho la propuesta de matrimonio, estúpida e impulsiva, que había pronunciado. La había asustado. Se sentía tonto; sentía como si le hubieran dado la oportunidad de acercarse a algo precioso y maravilloso y, con una torpeza extrema, lo hubiera estropeado. Intentó convencerse de que había tenido suerte de que Jane no lo hubiera aceptado en el momento, pero tan sólo sentía arrepentimiento por su falta de tacto.

Jane Gibbons le perseguía en sus pensamientos y le hacía sentir vergüenza, y sus enemigos perseguían sus pensamientos y le hacían sentir temor. Tan pronto Girdwood llegara a Londres, se redactaría la orden de arresto contra Sharpe. Sin duda, Fenner enviaría primero a alguien a Foulness y luego a Chelmsford, y Sharpe observaba la carretera por detrás de sus columnas, que avanzaban como si esperara ver a los mensajeros galopando hacia él. La ventaja que llevaba sobre sus enemigos era escasa, y cada hora que pasaba mientras la torpe columna avanzaba con dificultad por el camino polvoriento le acercaba cada vez más al fracaso. Sharpe sabía que no debía mostrar sus temores. Se encontró a Horacio Havercamp y lo llamó, de manera que el sargento fue caminando junto al caballo de Sharpe durante un trecho entre las compañías.

—¿Señor?

—¿Cuánto sacaban, Horatio?

—¿Sacar, señor?

—Horatio Havercamp, empecé en este Ejército al mismo tiempo que usted. Conozco todos los malditos trucos e incluso algunos que usted no ha aprendido. ¿Cuánto sacaban?

Havercamp sonrió con cinismo.

—Nos quedábamos con el pobre salario de los bastardos, señor.

No era de extrañar, pensó Sharpe, los sargentos debían estar más que dispuestos a descubrir cualquier pequeño desperfecto en el equipo de los hombres que tuviera que

deducirse de la paga. Aquellas deducciones constituían los ingresos extra de los sargentos.

—Así que, ¿cuánto sacaban?

—¿Tres libras a la semana? Variaba un poco, por supuesto.

—¿Tal vez cinco libras a la semana?

—Digamos cuatro, señor —replicó Havercamp, sonriendo con cinismo—. ¡Pero todo era oficial! Ordenes, señor.

Sharpe miró aquella cara astuta.

—Usted sabía que no lo era.

—No hacía ningún daño, señor, ¿no? El Ejército necesita hombres; siempre se ha pagado por reclutar, ¿por qué nosotros no?

—¿Pero no se preguntó usted nunca qué pasaría cuando alguien lo descubriera?

El sargento seguía manteniendo su astuta mirada de placer.

—Si fuera usted a arrestarnos, señor, ya lo habría hecho. No lo ha hecho, lo cual quiere decir que nos necesita. Además, ¿ha visto usted a un sargento de reclutamiento mejor que yo, señor?

Sonrió con cinismo a Sharpe y extrajo del bolsillo las dos guineas de oro que con maravillosa destreza hacía ir y venir sobre los nudillos.

—No hay muchos sargentos que puedan decir que han reclutado al comandante Sharpe, ¿no?

Sharpe sonrió.

—Suponga que yo creo que me puede ser más útil en España.

—Yo siempre he oído decir de usted que era un hombre sensato, señor. Los reclutas se encuentran aquí, no allí.

—Pero ya no hay beneficios en ese trabajo, sargento.

—No, señor.

El sargento Havercamp sonrió contento. Sabía que seguía habiendo beneficios, quizá no tan cuantiosos, pero los que reclutaban tenían que llevar el dinero en metálico del Gobierno, y si se inventaba un par de desertores por semana, eso resultaban ser dos guineas que se podría repartir con sus cabos. El sargento Havercamp sabía que le iría estupendamente, aunque, como era usual, enviaran oficiales con cada grupo de reclutamiento. Horacio sabía cómo untarle la mano a un oficial igual que a cualquier otro hombre.

—¿Algo más, señor?

—Una cosa. ¿Hay una madre Havercamp? Ya sabe, ésa con la que habla el general desde la verja del jardín.

Havercamp se echó a reír.

—Hace años que no veo a ese viejo gusano, señor. Ni quiero.

Sharpe se echó a reír.

Llegaron a Chelmsford a media tarde e inundaron el depósito adormecido de hombres. Los problemas que habían atormentado a Sharpe antes del amanecer se veían ahora multiplicados por cien, pues era aquí donde había de empezar su verdadero trabajo.

Llevaba pensando en este momento desde el mismo instante en que le había surgido aquella idea, sentado en la mesa frente a Jane Gibbons. Había intentado anticiparse a los problemas, pero a pesar de ello había miles de detalles en los que no había pensado, y salvo d'Alembord, Price y Harper, no tenía hombres capacitados para arreglárselas en medio de aquel caos.

No tenía las pruebas que necesitaban para proteger a aquellos hombres de la mano de lord Fenner, ni, pensaba él, esas pruebas aparecerían. Si Jane Gibbons le ayudara de verdad, si le trajera los libros de cuentas en el último momento, entonces podría ahorrarse lo que planeaba con tanto riesgo, pero, sin tales pruebas, tenía que hacer lo que sus enemigos ya habían hecho; tenía que ocultar el batallón.

No la totalidad, pues no todos estaban preparados para hacer lo que les iba a pedir. Separó las cuatro compañías ya instruidas de las otras, y a estas cuatro les proporcionó uniformes y mosquetes. Las otras, las que no habían acabado la instrucción, tenía que dejarlas allí con la esperanza de que en los próximos cuatro días nadie consiguiera llevárselas.

—¡Señor! —gritó Charlie Weller, al tiempo que rompía las filas de su escuadrón y corría junto a Sharpe—. ¡Por favor, señor!

—¿Qué pasa, Charlie?

Sharpe observaba la arcada del cuartel temiendo que hubiera llegado un mensajero de Londres.

—Quiero ir con usted, señor. ¡Por favor! —Weller señalaba las cuatro compañías con las casacas nuevas y relucientes—. Van a España, ¿no es así, señor?

Sharpe sonrió.

—Algún día llegarás ahí, Charlie.

—¡Señor! ¡Por favor! ¡Puedo hacerlo!

—¡Ni siquiera sabes manejar el mosquete, Charlie! Los franceses son buenos, muy buenos.

—Yo puedo, señor. ¡Déme una oportunidad! —Tenía lágrimas en los ojos. Señaló hacia el fusil de Sharpe—. ¡Se lo enseñaré, señor!

Sharpe separó el fusil para que no pudiera cogerlo.

—Puede disparar un arma, pero no es como dispararle a los conejos. Aquellos cabrones también disparan.

—¡Señor!

Sharpe contempló la desesperación de Weller y recordó cómo el muchacho había

corrido tras el grupo de reclutamiento al amanecer.

—Dígale al sargento Harper que está en la compañía del teniente Price.

El muchacho explotó alborozado.

—¡Gracias, señor!

—Pero no deje que le maten en la primera batalla, Charlie.

Hubiera deseado que todos los problemas fueran tan fáciles de resolver. Había que buscar teteras de campamento, robar mulas de los establos de la milicia, y todo había que hacerlo de prisa porque Sharpe sabía que tenía que salir de aquel lugar antes de que llegara cualquier orden de Londres. Repartió a los sargentos entre las dos unidades y dejó al sargento Havercamp para reclutar. También dejó a Brightwell como sargento mayor por debajo del capitán Finch. A Sharpe no le gustaba ese arreglo, pero si en los días venideros todo iba bien, podría sustituir a Finch y Brightwell por hombres mejores. Sharpe dejó al sargento Lynch con sus hombres instruidos. Sharpe quería tener al irlandés renegado y rencoroso bajo su vigilancia.

El ganado todavía no había llegado y el cochero se quejaba de que el carruaje se partía, pero se aplacó cuando Sharpe le prometió una moneda de oro si conseguía que la madera permaneciese entera. El capitán Carline, horrorizado por la repentina energía que se había insuflado en aquel cuartel tranquilo, palideció cuando Sharpe le dijo que prepara la marcha.

—Regresamos esta noche, ¿no, señor?

—¿Por qué?

—Tengo una cita para cenar... —contestó mientras sus palabras se iban apagando.

—¡Deprisa, capitán!

Todavía había más problemas: la mitad de los zapatos de los hombres habían quedado totalmente destrozados el día de la breve marcha, y ahora no había suficientes para distribuir. Price fue en busca de hombres que hubieran sido zapateros antes de alistarse en el Ejército.

Guardaron la mayoría de papeles de Foulness en despachos, pero Sharpe se quedó los formularios de alistamiento. Aquellos documentos, donde ahora constaba que aquellos hombres estaban todos en el primer batallón del South Essex, resultarían muy molestos para sus enemigos. No eran prueba de una infracción, pero la ausencia de los documentos, en un Ejército inundado de papeleos, impediría casi totalmente a lord Fenner dispersar a los hombres que quedaban en Chelmsford enviándolos a otros cuarteles. El formulario de reclutamiento era el pasaporte de un hombre en el Ejército: sin él no existía. Sharpe los guardó en el carruaje.

Y finalmente, a las siete en punto, cuando las moscas enanas danzaban entre el aire de la tarde sobre la puerta de entrada y las golondrinas se precipitaban por encima del tejado, las cuatro compañías estaban preparadas. Formaban con orden de

marcha, con todo el equipo y las armas al hombro. Creían que Sharpe los preparaba para un ejercicio incómodo que consistiría en hacerlos marchar hasta las afueras de la ciudad y luego regresar. Esto era lo que creían todos, salvo sus tres compañeros más allegados.

—¡Batallón! ¡De frente! —gritó Harper bien alto—. ¡Marcha rápida!

Las cuatro compañías, seguidas por el carruaje, pasaron bajo la arcada y giraron al oeste hacia Chelmsford. Sharpe rodeó la ciudad yendo hacia el norte y, hasta que la aguja más alta de Chelmsford hubo desaparecido de su vista, no sintió Sharpe una leve esperanza. Seguía haciéndolos marchar a un paso rápido, los llevó por senderos estrechos y con las hierbas altas, metiéndolos por una campiña dulce y perfumada por huertos, setos y colinas suaves. Les hizo avanzar hasta que el sol, enorme y glorioso, casi tocaba el horizonte al oeste. Entonces, allí donde se extendía un prado junto al gran refugio de robles y hayas, hizo que la columna, exhausta, se detuviera, y llamó a los oficiales.

—Aquí, caballeros, es donde vamos a dormir.

El capitán Carline, cuyos elegantes pantalones se habían desgastado con el paseo a caballo, lo miró asombrado.

—¿Dormir, señor? ¡Pero si no tenemos tiendas!

—Bien.

Allí durmieron.

Durante dos días fueron avanzando en dirección oeste. Dormían al raso, como hubieran hecho en España, y Sharpe les ahorró los desfiles y la instrucción que los había atormentado en Foulness. No es que se lo pusiera fácil, pero intentaba, en la medida que se lo permitiera esta campiña rica y fácil, darles una muestra de lo que era la marcha en una campaña.

De noche apostaban piquetes. Para dos de sus capitanes, Smith y Carline, un piquete era un grupo de hombres que se quedaban firmes en los alrededores del campamento y que no tenían otro propósito que el de saludar a los oficiales.

La primera noche que Smith apostó los piquetes, el sargento mayor de regimiento Harper, oculto en unas matas de moras, disparó una bala contra el tronco de un árbol junto al capitán. Smith dio un salto.

—¡Señor! ¡Señor!

Sharpe señaló que se hiciera a un lado.

—Si esto fueran los franceses y no el sargento mayor, estaría usted muerto. Escóndalos.

—¿Esconderlos?

—Si fuera usted francés, capitán, ¿cómo se acercaría a este lugar?

Smith frunció el ceño, luego señaló hacia donde el sendero desaparecía del otro

lado de la colina junto a unos olmos.

—¿Por allí, señor?

—Pues vigílelo. Y dígales que vendré en su busca.

Aquella noche y las siguientes, alrededor del fuego de los oficiales, Sharpe relató batallas. No lo hizo con presunción, sino porque ninguno de estos hombres, salvo d'Alembord y Price, sabían qué era enfrentarse a los franceses. Les explicó cómo oler la caballería oculta, cómo limpiar el mosquete en un campo de batalla, cómo enfrentarse a la carga de un caballo, cómo construir un alojamiento de la nada, y algunas veces Sharpe vagaba por los otros fuegos del campamento y les contaba a los hombres las mismas historias. Harper también lo hacía, poniendo en acción su magia irlandesa, de forma que al cabo de dos días podía maldecirlos y ellos seguían sonriendo e intentaban impresionarlo con su resistencia.

—Son buenos chicos, señor —dijo Harper.

Sí, lo eran y empezaban a querer ir a España, pero algunas veces Sharpe temía durante las noches que sus esperanzas se vieran rotas por su temeridad. Intentaba no contemplar la derrota y siguió haciendo avanzar a su batallón oculto.

Los hombres no estaban libres de toda la instrucción. Allí donde podían, en algún campo o en terrenos baldíos que iban descubriendo a medida que avanzaban hacia el oeste, Sharpe les gritaba de repente que formaran un cuadro, o una línea, o una columna de medias compañías; y tenía al teniente Mattingley a su lado, que cronometraba la maniobra. Cada día eran mejores, incluso empezaban a disfrutar con aquella experiencia. Una débil lluvia los bendijo, y un sol cálido; y también alguna paga atrasada que salió del cofre del batallón, que todavía seguía guardado en el carruaje de alquiler. El dinero disminuyó rápidamente, pues se utilizó para pagar a los molineros la harina, a los granjeros la cerveza y a los posaderos por algunas raciones.

Al tercer día, Sharpe hizo detener la marcha. Los hombres estaban más fuertes que nunca, tan sucios y andrajosos como cualquier soldado que estuviera en España y más contentos de lo que hubieran esperado. Hizo que fuera un día de prácticas, dos compañías contra dos, juegos con los cuales los hombres intentaban sorprender a los piquetes u ocultarse en los montes; juegos de acecho que no les resultarían de mucha utilidad a menos que fueran a una compañía ligera, pero que constituían un descanso de la dura marcha. Aquella noche, con gran preocupación de los sargentos y oficiales, les permitió ir a la taberna del pueblo cercano, y prometió que se azotaría a todo hombre que causara problemas o que no regresara al campamento.

—No volverá a ver a esa porquería —afirmó el sargento Lynch, que estaba en la compañía de d'Alembord y siempre estaba dispuesto a llamar al mal tiempo.

Lentamente, y como el castigo que había previsto no se materializó, fue recobrando su seguridad presuntuosa. Charlie Weller seguía mirándolo con odio, al recordar la muerte de Buttons.

Sharpe no sonreía; sentía que el odio era mutuo entre el sargento irlandés y él.

—No me gusta apostar, sargento Lynch, pero apuesto una libra por cada hombre, cosa que usted puede permitirse, a que todos los hombres regresarán.

Lynch no aceptó la apuesta, y todos los hombres volvieron.

Dos veces se encontró Sharpe con algún oficial que cabalgaba por sus propiedades, y en ambos casos se mostraron encantados de verlo. Le señalaron con la cabeza a los hombres que avanzaban con aprobación. Sharpe dijo que estaban de prácticas y ninguno de los oficiales pensó que hubiera nada raro en ello, lo cual significaba que no se había levantado ningún revuelo a causa de medio batallón perdido en Inglaterra.

Sharpe estaba seguro de que lord Fenner mandaría en su búsqueda, pero suponía que ésta se concentraría en Chelmsford y luego, tal vez, en uno de los depósitos, como Chatham, desde donde partían los reemplazos hacia España. Si lo encontraban en el plazo de dos días, antes de que pudiera preparar el desfile que tenía planeado, entonces sabía que estaba perdido.

El viernes por la mañana, cuando el medio batallón giró hacia el sur, Sharpe mandó llamar al teniente Mattingley. Este, al igual que Smith, quería causar buena impresión a Sharpe, quería el perdón, y mostró un gran alivio cuando vio que el comandante sonreía.

—¿Señor?

—Es viernes, Mattingley.

—Cierto, señor.

—Quiero pollo para comer.

—¿Pollo, señor? Queda buey.

—¡Pollo! —insistió Sharpe, al tiempo que señalaba a una mujer que observaba el paso de los hombres y que devolvía comentarios tan groseros como los que recibía de la tropa que avanzaba—. Pollo blanco, Mattingley, unos sesenta.

—¿Sesenta pollos blancos, señor?

—El pollo blanco es más gustoso. Cómprelos, róbelos si no tenemos bastante dinero, pero encuentre sesenta pollos blancos para la cena.

Mattingley se preguntó si Sharpe iba a comportarse como cualquier otro oficial excéntrico.

—Sí, señor.

—Y Mattingley.

—¿Señor?

—Quiero un colchón de plumas, o sea que guarde las plumas.

Mattingley estaba ahora convencido de que Sharpe, que todavía llevaba una rosa marchita por debajo del cuello, estaba mal de la cabeza. Demasiado combate, quizá.

—Un colchón de plumas. Por supuesto, señor.

Aquella noche, antes de tomar una cena con estofado de pollo, Sharpe hizo ensayar a su medio batallón una maniobra que, por lo que él sabía, nunca había ejecutado ningún batallón en la historia de la guerra o de la paz; una maniobra que hizo reír a los hombres, pero que, hasta que la ejecutaron de forma satisfactoria, él insistió en practicar. Algunos, como el sargento Lynch, pensaban que estaba loco; otros creyeron que, sencillamente, todo el Ejército estaba chalado, mientras que Harper, que chillaba aquellas órdenes extrañas, sabía que el buen humor de Sharpe significaba que estaban a punto de entrar en acción.

Y, ciertamente, así era. Al siguiente amanecer, que dejó ver al sur un cielo cubierto de una gran humareda, Sharpe se vistió con su uniforme viejo de combate, su uniforme descolorido, harapiento y lleno de cicatrices que no llevaba señales de su rango. Hizo que Charlie Weller, que era hábil con la aguja, le cosiera la corona de laurel otra vez en la manga.

—Yo llevaba esta casaca cuando capturamos el águila, Charlie.

—¿Sí, señor?

Weller observaba con los ojos abiertos mientras Sharpe se puso la chaqueta verde y mientras se abrochaba la gran espada en la cintura.

—¿Algo especial hoy, señor?

—Sí, Charlie. Es sábado veintiuno de agosto. —Sharpe desenvainó la espada y la giró de forma que el sol naciente recorriera con su luz la hoja—. Un día muy especial.

Weller sonrió burlón.

—¿Especial, señor?

—Especial, Charlie, porque vas a ir a Londres a conocer a un príncipe.

Sharpe sonrió, metió la espada en la vaina y luego montó su caballo. Iba a combatir.

Capítulo 18

La multitud se concentró pronto en Hyde Park. Al recinto público se accedía por la antigua Tyburn Lane, ahora llamada Park Lane para librarla del recuerdo odioso de las ejecuciones públicas. Una vez se atravesaba la puerta Grosvenor había una generosa extensión de hierba, delimitada por unas barreras de cuerdas, frente al embalse donde los londinenses podían pasear, contemplar los procesos y comprar cerveza, pasteles y fruta. Las mejores vistas de la revista y del desfile se tendrían, bien desde la parte más alta del dique del embalse, bien desde uno de las numerosas gradas con asientos que se habían permitido levantar para luego alquilar al público. Detrás de la zona acordonada, entre el recinto público y Tyburn Lane, había unas cortinas de arpillera para los servicios, cuyos propietarios estaban sentados recogiendo cuartos de peniques de los espectadores más delicados.

Allí se daban cita rateros, prostitutas, y más sargentos de reclutamiento que posibles reclutas. Todo mendigo de Londres que pudiera afirmar, fuera cierto o no, que era un antiguo soldado, se abría camino hacia Hyde Park creyendo que la multitud de aquel día tendría compasión de los heridos en las guerras británicas. Frente al recinto público, del otro lado de la explanada donde se desarrollaba el desfile, una extensión de trescientas yardas entrecruzada por los senderos del parque público, estaba el Ring. En el centro de éste, se encontraba el teatro, y alrededor de su perímetro solían ir los jóvenes de Londres a presumir de caballos y a saludar con el sombrero a las damas que iban a tomar el aire con los carruajes descubiertos. Ese día, no. Había una gran tribuna cubierta que tapaba el Ring al público, de la que colgaban banderas rojas, blancas y azules, coronadas por cinco astas de bandera. Cuatro de las astas, las que flanqueaban a la del centro desnuda, ya tenían colgadas las enseñas; eran dos enseñas de la Unión, y en las astas más exteriores colgaban las banderas de los aliados, Portugal y España. El asta central esperaba el estandarte del príncipe regente. En el tejado del pabellón, por encima de los asientos con almohadones, estaba la corona real, flanqueada a la izquierda por el escudo de armas del duque de York y a la derecha por las tres plumas rizadas que eran la insignia del hermano mayor del duque, el príncipe de Gales.

A cada lado del gran pabellón había dos áreas públicas más, acordonadas como la que estaba delante del embalse, pero en éstas se prohibía el paso a la gente. Las cuerdas de los dos recintos eran de tejido escarlata, con borlas doradas; dentro de los recintos penetraban los carruajes de los ricos. Las capotas de cuero de los coches iban bajadas, pues lucía un sol brillante. Delante de los carruajes quedaba un espacio por donde los más adinerados podían pasear y cabalgar sobre sus caballos bien domados para impresionar a las damas. También allí había cortinas de arpillera, pero ocultas tras los árboles del Ring y ricamente cubiertas con banderines rojos que hacían

cuadruplicar su precio. Hacia las diez, los carruajes estaban alineados unos al lado de otros, tocándose las ruedas, con los caballos desenjaezados. Las damas contemplaban a sus rivales por debajo de las bonitas sombrillas, mientras que los hombres gritaban a sus criados que les trajeran champán o vino.

La celebración no había de comenzar hasta las once, pero el enorme espacio que se extendía entre las dos filas de espectadores estaba ya lleno de soldados. Una tropa de la Artillería Real Montada corría de forma espectacular por el gran rectángulo, las ruedas de sus cañones levantaban pedazos de hierba mientras las cureñas giraban tras las dotaciones al galope. Una banda tocaba.

Frente al recinto de los carruajes, donde desfilaban las mujeres vestidas con sus galas de verano, los oficiales a caballo hacían alarde de su destreza de jinetes. Ese día los oficiales eran los señores del parque y, aunque la mayoría no se había alejado de Londres más que hasta Bath, todos intentaban aparentar que habían sobrevivido a la masacre de Vitoria. Llevaba los uniformes cargados de cordones dorados, las charreteras con cadenas brillantes y espléndidas. Saludaban a las damas tocándose con naturalidad los cascos con los dedos, a veces se inclinaban para coger una copa de champán que les ofrecían los amigos. Se acordaban citas y algún que otro duelo.

La tribuna real se fue llenando poco a poco de oficiales mayores con sus esposas, embajadores y hombres de poder procedentes de los círculos de Saint James y Westminster, y los criados les servían té, café y vino. Los asientos enormes y acolchados que había en el centro de la tribuna todavía estaban vacíos. Los oficiales jóvenes pasaban con sus caballos bellamente almohazados por la tribuna real saludando a los presentes y, con precisión germánica y al unísono, unos sesenta generales y almirantes devolvían el saludo. Lord Fenner, ministro del Gobierno, tenía un asiento en la tribuna real; pero veinte minutos antes de la hora prevista para la llegada del grupo real, se dirigió caminando hacia el recinto de carruajes situado al norte. Mientras caminaba, iba saludando con frialdad a conocidos, sonreía alguna vez a una mujer cuyos favores deseaba o había disfrutado, e incluso tuvo tiempo de golpear con su bastón a un criado que caminaba torpemente delante de él con una bandeja de copas.

Vio el carruaje que buscaba y observó cómo sir Henry Simmerson, al apercibir que se acercaba, ordenaba a un criado que abriera la puerta y bajara los escalones del carruaje. Simmerson, después de hacer que el criado se retirara, llamó por señas a Fenner para que entrara.

—¿Milord?

—Simmerson.

Lord Fenner se sentó en el banco de cuero y con desprecio puso los tacones sobre los cojines de enfrente. Contemplaba con desagrado el recinto público que tenía delante, luego bajó la mirada hasta sus botas brillantemente cepilladas en las que,

aunque deformado por la curva de la puntera, veía los reflejos de su cara delgada y distinguida.

—¿Bien?

Sir Henry, sudando en su uniforme, sonrió por debajo de la punta adornada con una borla de su sombrero bicornio.

—Milord.

Levantó la bolsa de cuero hasta situarla sobre el asiento que estaba entre ellos y abrió la solapa. En el interior había dos libros grandes encuadernados en piel roja.

—Le aseguro que estaban a salvo.

—Eso veo. —La voz de Fenner, aunque él intentaba que fuera calmada y distante, dejó traslucir el alivio que sentía—. ¿La correspondencia está ahí?

—Todo está a salvo.

Sir Henry, cuya bilis y flema al oír que Richard Sharpe todavía estaba vivo no se habían visto aliviadas con las tres sangrías que le había practicado su médico, empujó los libros hacia lord Fenner.

—Le aseguro, señor, que están totalmente a salvo en mi casa.

Lord Fenner cerró la solapa como si la simple vista de los libros de cuentas incriminatorios pudiera hacerle daño.

—¿Tengo que recordarle, Simmerson, que tengo más que perder que usted?

Simmerson, ofendido, no dijo nada.

Fenner gruñó.

—¿Dónde está Girdwood?

—Se reunirá conmigo aquí, señor.

Fenner se encogió de hombros, como si no le importara.

—¿Y Sharpe?

Lord Fenner hizo la pregunta sin esperar una respuesta. Se quedó mirando por debajo del ala de su sombrero de seda a un oficial cuyos penachos se elevaban con elegancia al ritmo del trote de su caballo.

—¿Dónde diablos está Sharpe?

Su señoría había descubierto la mitad del batallón perdido, sin los formularios, atrapados en el cuartel de Chelmsford. Sin embargo, de la otra mitad y del mismo comandante Sharpe no había señal.

Lord Fenner, al oír que sir William Lawford no había conseguido que Sharpe se quedara callado y quieto, perdió los estribos; maldijo a Lawford diciendo que era un tonto traidor, y luego, presintiendo que él mismo estaba en peligro, empezó a buscar a su enemigo. Se había ordenado el arresto de Sharpe, pero la orden no se había divulgado en exceso, pues Fenner quería evitar las preguntas del príncipe de Gales.

—¿Qué está haciendo?

Sir Henry, cuyo odio hacia Sharpe no había disminuido con el paso de los años,

frunció el ceño.

—¿Chatham o Portsmouth?

—Hemos mirado allí. ¡Además, no puede embarcarse sin órdenes! ¡Eso debe de saberlo, a menos que esté loco!

—Está loco. —Sir Henry se pasó el dedo por debajo de la pechera, luego se secó el sudor en el banco que tenía junto a él—. Es un insolente, yo recomendé que lo licenciaran en 1809, pero no me escucharon.

Lord Fenner escuchó la queja, como había hecho una docena de veces anteriormente, pero no hizo caso. En ese momento sentía que su primer arrebato de mal humor, al descubrir que Sharpe todavía intentaba luchar contra él, era innecesario: había calibrado los riesgos y se tomaba las cosas en consecuencia. Se había preocupado por los hombres desaparecidos, pero no era una preocupación excesiva. Siempre fue consciente de que el plan tendría que acabar, y tomó las debidas precauciones. Los archivos oficiales del Ministerio de Guerra y de la Guardia Real mostrarían que el segundo batallón del South Essex era un verdadero batallón de reserva, y los únicos documentos incriminatorios eran los dos libros de cuentas que, como él había demostrado, estaban en su poder.

El único problema que quedaba eran los hombres desaparecidos; pero qué daño podrían causar si no sabían nada. Los oficiales podrían, arriesgándose a verse castigados, admitir que recibían dinero, pero ninguno de ellos era capaz de probar que lord Fenner estaba implicado, pues su señoría había sido muy cuidadoso y se había mantenido oculto en la sombra, permitiendo que otros se dejaran ver y ganaran el dinero que él tanto anhelaba. Nadie, salvo Simmerson y Girdwood, conocía el alcance de esa implicación. Sólo Sharpe, fuera de Foulness, era un peligro para su señoría; y sin estos libros de cuentas, Sharpe estaba indefenso.

Y al comandante Sharpe lo harían callar. Si el príncipe de Gales insistía en que se quedara en el Ejército, lord Fenner aceptaría la propuesta de sir William Lawford y enviaría a Sharpe a la guerra de América como oficial de fusileros. Fenner sonrió al pensar en ello.

—Dejaremos que los americanos lo maten, ¿eh?

Simmerson se encogió de hombros.

—Las Islas Fever constituirían una solución mejor, milord. O Australia.

Cabía incluso la posibilidad, pensaba lord Fenner con optimismo, que Sharpe pudiera ser arrestado discretamente, liquidado sin conocimiento público, y los hombres enviados de vuelta a Foulness. Aquel asunto había resultado más provechoso de lo que nunca se hubiera atrevido a imaginar, y sería duro prescindir de aquellos ingresos. A sir William Lawford, por supuesto, habría que comprarle el silencio, pero lord Fenner estaba seguro de que sir William se agarraría a un cargo de buena gana. Lord Fenner, aunque le estorbaba el comandante Richard Sharpe, se

sentía confiado. Cogió la bolsa de cuero y abrió la puerta del carruaje.

—Espero que disfrute del día, sir Henry.

—Lo mismo le deseo, señor.

Fenner no se dirigió directamente a la tribuna real. En lugar de eso, fue hacia el Ring, donde estaba aparcado su carruaje, y le dio la bolsa al criado.

—Llévelo a casa.

—Sí, señor.

—Dígale al mayordomo que la queme.

Se alejó. La prueba estaba destruida y él se encontraba a salvo. Aguantaría aquella estupidez en el parque antes de regresar a casa, donde, como su señoría sentía la necesidad de probar su dominio del mundo, había convocado a lady Camoynes a cenar pronto. Cuando la hubiera usado, pensó, tenía que asistir a la recepción del príncipe. Lord Fenner, a salvo del escándalo, tenía mucho que considerar, pero más que nada saboreaba, con un gran placer, la idea de castigar al comandante Richard Sharpe por su maldita insolencia. Sonrió, luego volvió a tomar asiento en la tribuna real: el desfile estaba a punto de empezar.

La zona de reunión de las tropas que iban a desfilar, y que luego llevarían a cabo una representación de la batalla de Vitoria, estaba situada en el norte del parque. Marcharían delante de la tribuna real una vez, formarían hacia el sur junto al camino privado del rey, y luego volverían a marchar con las bandas tocando detrás de los trofeos que se habían capturado en España. Las águilas, ocho en total, iban a ser transportadas en unas réplicas de carros romanos. Irían detrás de los cañones capturados, se acercarán al príncipe, darán una vuelta hacia el norte, y luego pasarán ante la gente que estaba en el recinto. Algunas tropas, hombres de la milicia de Middlesex, permanecerán hacia el sur durante el desfile de los trofeos. Su trabajo consistirá en hacer el papel del Ejército francés derrotado.

A las nueve, mucho antes de que lord Fenner llegara, un joven vestido con ropa campestre de calidad entró a caballo en la zona de reunión. Parecía, para todo el mundo, el hijo de un hacendado que hubiera ido a Londres a pasar la temporada, y preguntó con jovialidad si alguien podía indicarle dónde encontrar al capitán William Frederickson. Nadie podía hacerlo, pues el capitán estaba en los Pirineos, pero el joven, tan impresionado por los uniformes de los oficiales, parecía un ingenuo admirador. También llevaba una botella de brandy, y se puso a charlar amigablemente con los oficiales jóvenes, les deseó que lo pasaran bien y se fue cuando descubrió las respuestas a todas las preguntas que Sharpe le había hecho.

—¿Bien? —preguntó Sharpe saludando a Price.

El teniente Price, que se iba cambiando el abrigo de paño grueso por su casaca roja, describió el horario del día, las áreas de encuentro, y dio los nombres de los

mariscales del desfile.

El momento de Sharpe estaba cerca, y el miedo le subía por la garganta como el vómito. Se aferró a la esperanza, tonta y remota, de que Jane Gibbons ya hubiera recuperado los libros y estuviera aguardando en el parque, pero sabía que tal esperanza era inútil. Tenía que llevar a cabo lo que había planeado, y tenía que hacerlo como si supiera que iba a ganar, pues los soldados que ganan son los que creen en la victoria. Sin embargo, con victoria o sin ella, protegería a un hombre de la derrota.

Fue junto al sargento mayor Harper.

—Esto es para usted.

Harper cogió el papel que le tendía Sharpe.

—¿Qué es esto, señor?

—Una licencia. Dice que le hirieron en Vitoria.

Harper frunció el ceño.

—¿Para qué voy a querer una licencia?

—Porque, Patrick, o mañana estamos de camino a España o yo estoy en la cárcel.

—No lo van a encarcelar.

—Lo harán si pueden. Si algo sale mal, Patrick, lárguese.

—¿Correr por todo Hyde Park con la caballería de la corte persiguiéndome? —

Harper se echó a reír—. Tenga. —Le devolvió la licencia.

—Quédese y buena suerte.

Sharpe pasó revista a sus tropas, harapientas y sucias por la marcha, y cuando el sol se elevó en aquel cielo limpio, las hizo avanzar hacia el sur, por los senderos frondosos que iban de Hampstead a Londres y hacia el fracaso o la invasión de Francia.

Las bandas de música sonaban de forma discordante, destrozando las bellas melodías del Ejército, y las tropas avanzaban en columnas de medias compañías por delante del príncipe, quien, encantado con todo aquello, levantaba su mano enguantada y rechoncha en respuesta a sus saludos. Las espadas de los oficiales montados centelleaban cuando cabalgaban ante él, la caballería de la Casa Real pasó con el sonido espléndido de las cadenas y con penachos que se agitaban por encima de sus cascos bruñidos.

Delante de la tribuna real, en tres filas, había dos compañías de la Guardia de Infantería, la Guardia de Corps Real. Ocho oficiales a caballo flanqueaban la línea, cuidadosamente situados para que su altura no tapara la vista a la tribuna real.

La Artillería Montada desfiló con tal paso que parecía que la tierra temblaba con su avance. Detrás de ellos, a un trote mucho más tranquilo, avanzaba una tropa de Caballería de Cohetes, con las varas de sus curiosas armas sobresaliendo hacia arriba como hojas de lanzas. Al verlos, el príncipe recordó que había sido el comandante

Sharpe el primero que había probado su utilidad contra el Ejército francés, un uso que el príncipe había pronosticado y apoyado; se volvió con dificultad en su silla y buscó a lord John Rossendale.

—¿Sharpe está aquí?

—No, señor.

—¡Mala suerte! —El príncipe miró a su hermano, el comandante en jefe del Ejército—. ¿Tenemos alguno de éstos en España, Freddie?

El duque de York había logrado que así fuera, pero sólo ante la insistencia de su hermano, pues, al igual que el resto del Ejército, creía que los cohetes eran un invento peligroso y loco.

—Unos cuantos —contestó gruñendo.

—Me gustaría que se pudiera disparar uno ahora.

—Eso es imposible. Londres es demasiado valioso.

El príncipe se echó a reír. Se lo estaba pasando muy bien, vestido con su uniforme e imaginándose que estaba a punto de llevar a aquellos hombres espléndidos al combate. Algunas veces soñaba que Napoleón invadía Inglaterra y no había ningún general disponible, y así, montado en su caballo, el príncipe en persona conducía a las tropas de la Casa Real a enfrentarse con el tirano. Ganaba, por supuesto, y traía a Napoleón enjaulado hasta Londres. Era un sueño estupendo, pero los vítores le despertaron.

—¿Quién es? —preguntó señalando hacia el batallón de infantería que venía detrás de la tropa de cohetes.

Lord John Rossendale se inclinó hacia delante.

—El Ochenta y siete, señor, primer batallón. Uno de los suyos.

—¿Mío?

—El irlandés del príncipe de Gales, señor.

—¡Espléndido! —Saludó a los hombres—. ¡Bien hecho! ¡Bien hecho! —Se volvió hacia Rossendale—. ¿Cuántos regimientos tengo?

—Uno de guardia de dragones, señor, dos de dragones ligeros y tres regimientos de línea.

El príncipe se levantó, se acercó a su ayudante y bajó la voz de manera que sólo pudieran oírlo en los cinco asientos más cercanos.

—¿Y cuántos tiene él? —preguntó levantando el pulgar hacia su hermano.

—Tan sólo un regimiento irlandés, señor, el Ciento uno.

El príncipe se echó a reír y se volvió hacia su hermano, el duque de York.

—¿Has oído eso, Freddy?

—Tengo todo el maldito Ejército. Y se supone que tú has de saludarlo.

El príncipe se estaba divirtiendo. Era un día de verano espléndido y la multitud se mostraba especialmente entusiasta. Para variar, ni un solo vítor le había dado la

bienvenida y las tropas lucían maravillosas. Pidió una copa de champán y esperó el desfile de trofeos.

Sharpe dejó Edgware Road, se metió en Polygon e hizo avanzar a su batallón hacia el oeste en dirección a la Puerta de la Reina de Hyde Park.

Había poca gente en las calles, la mayoría se había sentido atraída por la diversión que tenía lugar en el parque, pero unos cuantos golfillos, con bastones al hombro, cogían el paso de sus hombres.

Resultaba extraño, pensó Sharpe, que esto pareciera una acción bélica. Él no tenía permiso para llevar a aquellas tropas a Londres, así que se encontraba, en efecto, en territorio enemigo. Su objetivo estaba en el sur, pero iba dando un rodeo por el oeste para acercarse sigilosamente, como si se tratara de un ataque sorpresa auténtico contra el flanco del enemigo, pues tenía que mantenerse oculto hasta el último minuto.

Conducía a sus hombres por las casas nuevas y elegantes de la calle Polygon, cuyas fachadas blancas brillaban bajo la luz del sol. Las doncellas contemplaban a los hombres desde las verjas negras de las escaleras que llevaban a los sótanos, y algunas caras se asomaban por las cortinas de las ventanas de los pisos superiores. Sharpe, montado a caballo, veía el interior de los recibidores y, considerando su acción como una marcha de acercamiento secreta, temía que pudiera hacer pasar a sus hombres ante la casa de un oficial del Ejército que, como un tirador francés, fuera a tenderles una emboscada.

Avanzaban sin entonar ninguna canción. Para muchos de aquellos hombres, como Charlie Weller, ésta era la primera visita a Londres. Estaba absolutamente sorprendido: tantas casas altas, ricas y ornamentadas, tanta gente, tantas chimeneas de cocinas, boñigas de caballo, carruajes; tanto que mirar y que admirar. Casas tan altas como el campanario de una iglesia, filas enteras, y nunca la reconfortante visión de unas colinas y de árboles al final de una calle que le recordara a un muchacho que el campo estaba tan sólo a un paso de allí. Hyde Park, que a veces podía verse a su izquierda por algunas calles, no era el campo. Era una gran extensión de hierba moteada con árboles, como el parque de un terrateniente, un terreno prohibido para todos salvo para los cazadores furtivos más atrevidos.

Oían las bandas detrás de ellos y, algunas veces, un jaleo que se elevaba y crecía para luego desaparecer con la brisa. Se oyó un cañón, una descarga de fogeo que explotó en el aire caliente de la tarde. A Sharpe aquel sonido le resultaba extrañamente familiar, mientras que para sus hombres era un anuncio sobrecogedor de lo que podían encontrarse en España y en Francia.

Giraron hacia la Puerta de la Reina, no había nadie que les diera el alto. Los pilluelos seguían acompañando a la tropa, gritando el paso a imitación de los

sargentos. Uno de ellos se acercó demasiado al sargento Lynch y bajó la calle tambaleándose con un cargador que le apuntaba al oído. Al llegar a Serpentine, Sharpe hizo que se detuvieran y llamó a los oficiales a su alrededor.

Todos los oficiales iban a caballo. Sharpe fue trotando con ellos por la hierba, alejándose de las cuatro compañías. No estaba seguro de lo que tenía que decir, pero, ahora que estaban tan cerca del objetivo, esperaba encontrarse con problemas, y aquellos hombres tenían que saber cómo enfrentarse a ellos.

—Estamos aquí por invitación del príncipe.

Eso les extrañó. No era cierto, pues la invitación no le pedía a Sharpe que se trajera con él a un medio batallón robado, pero la mentira tal vez les diera confianza.

—Sin embargo, por las cabronadas usuales del Ejército, los mariscales del desfile no lo saben. ¿Entendido?

Ellos no lo entendían, pero la voz de Sharpe no daba pie a más indagaciones.

El capitán Smith tenía aspecto de estar más que preocupado, mientras que el capitán Carline, que se había estado quejando de la falta de comodidades durante la marcha, tiró del uniforme como para hacerlo digno de la mirada real.

Sharpe sintió un terror repentino por lo que iba a hacer.

—Si algún oficial, no importa su graduación, quiere saber qué hacen ustedes aquí, envíemelo. ¡Eso es todo! Me lo envían. Mis órdenes son las únicas que ustedes han de obedecer. ¡Sólo las mías!

—¿Cuáles son sus órdenes, señor? —preguntó el capitán Smith, nervioso.

—Va a haber una representación de la batalla de Vitoria, y tenemos órdenes de participar en ella. Vamos a ser franceses. Nos quedamos en orden cerrado, ustedes escuchan mis instrucciones, y se olvidan de todas las demás. Como hoy somos tropas francesas, no vamos a obedecer a los oficiales británicos.

Sonrió con cinismo y algunos de los hombres también lo hicieron. D'Alembord y Price, que sabían la verdad, tenían aspecto solemne.

—¿No hacemos caso de los oficiales de mayor graduación, señor? —preguntó el capitán Smith frunciendo el ceño—. ¿Podemos hacerlo, señor?

Sharpe llevaba toda la semana ofreciéndoles caramelos, y llegados a ese punto, pensó, les tocaba algo más amargo.

—Ustedes harán lo que yo diga, capitán, exactamente lo que yo diga. Todo oficial de mierda de Foulness se merece algo mucho peor de lo que ustedes se van a llevar. Su única oportunidad de sobrevivir, de salir con honor, está en mis manos. Así que no me molesten, o recomendaré destituciones, juicios y prisión.

Esto, después de la cordialidad de los días pasados, trajo el silencio. Ninguno de ellos, salvo d'Alembord y Price, sabía lo que hacía. Sin embargo, tenían bien arraigada la costumbre de obedecer, así que, hasta que un oficial de mayor graduación que Sharpe les diera unas órdenes contradictorias, le obedecerían. Esto

era lo que había llevado a Sharpe tan lejos con su dudosa ayuda, pero ahora los llevaba a un lugar repleto de oficiales, con más generales que batallones tenía Wellington, y, durante aquellas horas cruciales, tenía que garantizarse su obediencia con algo más que la simple costumbre. Usaba la amenaza, y confiaba en que la amenaza los mantuviera dóciles.

Se volvió en la silla y contempló la revista: vio el Ring y, en los flancos, las dos líneas de carruajes. Nadie miraba hacia allí. Estaba lejos de la entrada de Hyde Park, pero no veía a ninguna muchacha de cabellos dorados en aquella dirección, tan sólo unos palafreneros que calentaban a los caballos detrás del parque de carruajes y que no veían nada extraño en unos soldados que esperaran junto al Serpentine. Sharpe observó durante un buen rato, buscando a Jane Gibbons, pero no la vio. Dio media vuelta de nuevo.

—Lo importante, caballeros, es disfrutar de esto.

—¿Disfrutar, señor? —preguntó Smith.

—Por supuesto, capitán. Vamos a ganar una batalla. —Sharpe se echó a reír, aunque también sentía desesperación—. ¡A sus compañías, caballeros!

Ella no había venido. No había venido, y su mayor esperanza se había desvanecido. Ahora tenía que luchar. Sharpe se situó a la cabeza de sus hombres. Le agradaba oír las bandas de música, pues le invadía el auténtico espíritu bélico. La música, melodías marciales y conmovedoras, se acercaban débilmente desde el otro lado del prado del parque y los tambores grandes perforaban el aire cálido como cañonazos. El sargento mayor Harper, haciendo avanzar las fuerzas de Sharpe hacia la revista, hizo marcar el paso inconscientemente al ritmo de la música. Los hombres avanzaban en silencio, con los mosquetes al hombro y, aunque marchaban en el corazón de la misma Inglaterra, se dirigían a la guerra.

Capítulo 19

El viaje de Jane Gibbons a Londres no había sido demasiado duro: un carretero de Great Wakering la había llevado a Rochford y desde allí había tomado una diligencia que la había dejado en Charing Cross, pero Londres la atemorizaba; la había visitado anteriormente, pero nunca sola y no conocía a nadie. Tenía dinero, le quedaban ocho guineas de las que había rescatado de la mesa de la pérgola, en un amanecer cuajado de rocío.

Llevaba dos bolsas, una sombrilla y a *Rascal* con la correa puesta. Estaba contenta con el perrillo blanco. Los olores de la ciudad le resultaban extraños, la gente le asustaba y el ruido era abrumador. No había visto nunca tantos tullidos. En sus visitas anteriores, aislada de las miserias por la ventana de cristal del carruaje de su tío, no había advertido cuánto horror se agitaba y se movía por las aceras de Londres. Se inclinó para acariciar al perro.

—Todo va bien, *Rascal*, todo va bien.

Se preguntaba cómo iba a conseguirle comida, y no digamos ya dónde guarecerse ella.

—¡Señorita!

Levantó la vista y vio a un hombre bien vestido que la saludaba tocándose el sombrero.

—¿Señor?

—Parece estar perdida, señorita. ¿Es usted forastera?

—Sí, señor.

—Y necesita alojamiento, diría yo.

El hombre sonrió, y, como le faltaban tres dientes y los otros estaban tan ennegrecidos que se percibían con dificultad, la muchacha se estremeció. El hombre se inclinó para coger la gran bolsa.

—¿Me permite que se la lleve?

—¡Déjela!

—Ahora, señorita, puedo...

—¡No!

Su voz atrajo miradas curiosas. Se alejó del hombre, luchando con su equipaje y pensando si era realmente necesario meter tantos vestidos, el cepillo con dorso de plata y el cuadro de barcos que tanto le gustaba. Llevaba sus joyas, esas piezas escasas y pequeñas de su madre que no le había quitado sir Henry, y los retratos de sus padres. También había traído consigo los dos primeros cantos de *Child Harold*, sus dibujos y una pistola con una gran llave de chispa que le había quitado a su tío de la pared de la biblioteca y que, aunque no sabía si funcionaba, creía que asustaría y haría huir a cualquier asaltante. Lo llevó todo hacia el oeste, pasó por Royal Mews,

donde se decía que iban a hacer un gran espacio para conmemorar a Nelson y Trafalgar. Torció hacia Whitehall.

En otras dos ocasiones, unos hombres le ofrecieron alojamiento. Alojamiento limpio, decían, respetable, a cargo de señoras, pero Jane Gibbons no era tan tonta como para aceptar. Otros hombres le sonreían, sorprendidos por su inocencia y belleza, y fueron aquellas miradas errantes y también los chulos atrevidos que se le acercaban, lo que la obligaron a buscar refugio.

Escogió con sensatez: seleccionó a los que la ayudarían con el mismo cuidado que Richard Sharpe elegía sus campos de batalla. El par que escogió eran un clérigo empolainado, de cara roja y amigable, y su mujer de mediana edad que, al igual que su marido, se asombraba ante la visita de Londres.

Jane les explicó que su madre la había enriado a Londres para verse con su padre, pero él no estaba en la diligencia de Portsmouth, y ella se temía que ya no llegaría hasta el día siguiente. Tenía dinero, dijo, y no quería caridad, sino simplemente que le indicaran un lugar limpio y a salvo donde pudiera dormir. El reverendo Octavius Godolphin y señora estaban en la calle Tothill, en las habitaciones de la señora Paul; ellos, cuyos hijos eran mayores y ya se habían ido de casa, estaban encantados de ofrecerle sus alas protectoras a la señorita Gibbons. Llamaron un cabriolé, le presentaron a la señora Paul, y nada les iba a satisfacer más que la señorita Gibbons los acompañara en las vísperas y luego compartiera con ellos una espalda de cordero por la que ni se les iba a ocurrir cobrarle nada. Se fue a dormir a salvo, bien protegida de un mundo salvaje por la cantidad de cerrojos y trancas colocadas en la puerta principal de la señora Paul. El reverendo Godolphin le recordó que rezara sus oraciones para que su padre tuviera un buen viaje al día siguiente. A Jane, todo le parecía una gran aventura.

A la mañana siguiente, el sábado por la mañana, cuando se hubo rezado alrededor de la gran mesa de la señora Paul, Jane convenció al reverendo y a la señora Godolphin de que no necesitaba su compañía para esperar en Charing Cross. Le costó convencerlos, pero lo consiguió; dejó su equipaje y a *Rascal* bajo la vigilancia de la señora Paul y tomó un cabriolé que la llevó hasta la casa de su tío.

Observó la casa desde la esquina de la calle, medio oculta por unos plátanos, y media hora después vio que su tío salía en su carruaje descubierto. El corazón le latía con fuerza mientras iba caminando por Devonshire Terrace y también cuando tiró de la perilla brillante que tocaba la campana en el interior de la casa. Vio a unos soldados que avanzaban por el extremo de la calle, se dirigían hacia la Puerta de la Reina del parque. La puerta que tenía a sus espaldas se abrió.

—¡Señorita Jane!

—Buenos días. —Saludó sonriendo a Cross, el mayordomo de su tío—. Mi tío me ha enviado a coger unos libros.

—¡Qué sorpresa! —Cross, un hombre tímido, sonrió mientras la hacía entrar—. No mencionó que se encontraba usted en Londres.

—Estamos con la hermana de la señora Grey. Qué tiempo tan maravilloso, ¿verdad?

—No durará, señorita Jane. ¿Unos libros, ha dicho?

—Unos libros de cuentas grandes y rojos. Creo que han de estar en el estudio, Cross.

—¿De piel?

—Sí. Los que se lleva a Paglesham cada mes.

—Pero recuerdo perfectamente que el amo se los ha llevado. ¡Ahora mismo!

La muchacha se lo quedó mirando, sentía que sus esperanzas se derrumbaban. Había deseado tanto hacer aquello por el comandante Sharpe, un hombre que le había dado e insuflado esperanza y alegría aunque sólo fuera por la enemistad que su tío sentía hacia él.

—¿Se los llevó? —preguntó con voz débil.

—¡Seguro, señorita Jane!

—¡Cross! —chilló una voz—. ¡Mis botas, Cross! ¿Dónde diablos están mis botas? —El teniente coronel Bartholomew Girdwood abrió la puerta del salón y miró dentro del vestíbulo. Abrió los ojos de par en par—. ¿Jane?

Pero ella se había ido. Abrió de golpe la pesada puerta, se lanzó escaleras abajo, y corrió como si todos los chulos de Londres la persiguieran.

—¡Jane!

Girdwood gritaba desde el peldaño superior, pero ella ya había desaparecido.

A lo lejos, procedente del parque, se oía una música que le recordó que llegaba tarde a la revista. Maldita muchacha, pensó, pero él realmente no había entendido nunca a las mujeres. Ni a las mujeres, ni a los perros ni a los irlandeses. Todos ellos cosas inútiles que estorbaban.

—Maldita sea, ¿dónde están mis botas? ¿Viene el cabriolé?

—Lo hemos llamado, señor, lo hemos llamado.

Cross trajo las botas y ayudó al coronel a vestirse para la gran celebración de la batalla de Vitoria, que en aquel hermoso día embellecería el parque real.

Las bandas concentradas tocaban el ineludible *Rule Britannia* mientras los trofeos franceses desfilaban por Hyde Park. Los cañones enemigos, una pequeña muestra de la artillería que Wellington había capturado, encabezaban el desfile, que brillaba con las banderas y los guiones que eran estandartes menores de los franceses. Las banderas llenaban el aire de colores, pero eran las ocho águilas, bruñidas y brillantes y alzadas en llamativos carros, las que se llevaron los aplausos más entusiastas. Cada regimiento francés recibía un águila como estandarte, aunque no todas las que ahora

se exhibían se habían capturado en combate. Sharpe sabía que dos se habían encontrado en unas fortalezas francesas que habían caído. Ninguna de ellas llevaba grabado el número del regimiento, de manera que, obviamente, estaban almacenadas para cuando las necesitasen. Otra la había lanzado desde un puente elevado una unidad francesa que estaba rodeada, y los campesinos españoles habían tenido que zambullirse durante varios días en el río para rescatar el trofeo del fondo. Se la habían presentado a Wellington, y ahora, como si hubiera sido capturado en combate, la exhibían con solemnidad ante el príncipe de Gales.

Para conseguir las otras se había luchado. Estaba el águila de Barossa, capturada por los irlandeses del 87, que, como el águila de Talavera, había sido capturada por un sargento y un oficial. Harper miraba el desfile a distancia.

—¿Cuál es la nuestra?

—La primera.

El capitán Hamish Smith, que veía por primera vez el resplandor lejano de una águila francesa, miró asombrado a los dos fusileros. En realidad, ellos habían hecho esa cosa maravillosa, habían capturado un estandarte enemigo del campo de batalla, y ningún soldado, por muy sucia que fuera su carrera, podía dejar de conmoverse.

—Hemos capturado más de ocho —dijo Harper contento.

—¿Más, sargento mayor? —preguntó Smith.

—Capturaron dos en Salamanca, señor, pero los muchachos rompieron una de ellas, eso hicieron. ¡Creían que era de oro! Oí que otra la habían vendido a un oficial. ¡Que me maten si alguien lo prueba!

Sharpe se echó a reír: había oído aquellos rumores, pero nunca supo si eran ciertos.

Hizo avanzar el medio batallón por el puente Serpentine, luego giró en dirección este por el camino privado del rey. Miró en dirección a la entrada a Hyde Park, pero Jane Gibbons no estaba allí. Se dijo a sí mismo que no esperaba verla, lo cual no era cierto, pero se sintió igualmente decepcionado. En ese momento los hombres estaban en el campo de formación del sur, libre de cualquier tropa, salvo la milicia desconsolada que hoy habían tenido que hacer de franceses.

Iban vestidos con chaquetas de fajina azules y sucias y llevaban banderas tricolores rojas, blancas y azules; banderas pobres y delgadas confeccionadas con rapidez para aquel día y que sin duda alguna las iban a capturar antes de que acabara la tarde.

El resto de las tropas del desfile estaban en el lugar de concentración al norte, ordenándose para el magnífico avance, con la artillería en los flancos, de lo que se suponía que representaba la escena final de Vitoria, cuando el Ejército de Wellington, que se había extendido del otro lado de la llanura del río, había barrido a los franceses de España en medio de un caos.

Los trofeos estaban en el extremo norte de la explanada del desfile. Habían pasado delante del príncipe, del duque, del parque de carruajes, y ahora los llevaban los batallones del desfile antes de regresar para mostrarlo al recinto público abarrotado de gente.

—¿Señor? —inquirió Harper con voz alarmada.

Un capitán de infantería, agotado y acalorado, se dirigía al trote hacia ellos. Llevaba un montón de papeles. Sharpe se apresuró y fue al encuentro del hombre.

—¡Un día estupendo!

El capitán era incapaz de distinguir la graduación de Sharpe. Frunció el ceño mirando las vueltas amarillas del South Essex y contempló, con sorpresa, el uniforme descolorido y andrajoso que llevaba Sharpe.

—Es usted...

—Comandante Richard Sharpe. ¿Usted?

—¿Señor? Mellors, señor. —El capitán lo saludó con rapidez—. ¿Sharpe, señor? —preguntó inseguro.

—Sí. ¿Todo va bien, Mellors?

—Perfectamente, señor. Usted... —dudaba el capitán.

—¿Qué noticias hay de España?

—¿De España, señor? —preguntó el capitán Mellors, comprensiblemente confundido—. Wellington les hizo retroceder, señor, al otro lado de los Pirineos.

—¡Espléndido! ¿Ya estamos en Francia?

—No me consta.

Gracias a Dios, pensó Sharpe. Quería estar de regreso en Pasajes antes de que los británicos avanzaran hacia el norte.

—¡Venga, capitán! ¡Bien hecho!

Mellors parpadeó.

—¿Está seguro de que deberían estar ustedes aquí, señor? —preguntó mirando fijamente al South Essex—. Sin sus pecheras y con los uniformes manchados por la semana de marcha, carecían del aspecto de una unidad traída para la revista.

—¡Absolutamente! —contestó Sharpe, sonriendo—. Órdenes del coronel Blount. Alguien tiene que limpiar esto después.

—Por supuesto, señor.

Aquella explicación pareció dejar satisfecho al capitán Mellors. Blount, tal y como descubrió Harry Price, estaba al cargo de toda la organización, y al capitán le pareció normal que algunas tropas tuvieran que realizar el trabajo pesado de retirar el equipo del parque.

—Me perdonará usted, señor, pero ¿es usted...?

—Sí —interrumpió Sharpe, y señaló en dirección del carro llamativo que encabezaba el desfile con los estandartes capturados—. Ese es mío.

Mellors sonrió ampliamente.

—¿Puedo estrechar su mano, señor?

Sharpe le tendió la mano.

—No le importará si mis hombres lo contemplan desde aquí, ¿verdad?

—Por supuesto que no, señor.

Mellors estaba ansioso por complacer a un hombre que había capturado uno de los trofeos.

—Avisé a sus muchachos de que estamos aquí.

—Por supuesto, señor. —Mellors volvió a saludar—. Es un honor haberlo conocido, señor.

Pero Sharpe no escuchaba. Estaba mirando fijamente en dirección este y su rostro se iluminó de alegría con tanta intensidad que Mellors se volvió en su silla.

—¡Le doy mi palabra, señor!

Estaba despeinada, acalorada, agotada por la carrera, pero todavía podía provocar admiración. Era hermosa. Sharpe espoleó su caballo.

—¡Jane!

—Dios misericordioso se apiade de nosotros —murmuró el sargento mayor Harper cuando vio que su oficial saltaba de la silla y estrechaba a la muchacha en sus brazos.

—¡Santo cielo!

—¿Sargento mayor? —El capitán Smith estaba nervioso.

Harper sorbió por la nariz.

—No tengo por costumbre criticar a los oficiales, señor —cosa que siempre decía cuando lo hacía—, pero se habrá percatado usted de que hay una mujer, señor, y las mujeres y el señor Sharpe no son la mejor de las mezclas del mundo. ¡Problemas, señor! ¡Problemas!

—¡Es la muchacha de sir Henry!

—Eso es lo que yo digo. Problemas.

Harper se puso de frente al medio batallón.

—¡Quiten sus salvajes ojos de ella! ¡Ya han visto mujeres antes! ¡Mirada al frente!

La muchacha jadeaba, exhausta por el trayecto a través de Londres, y estaba entre sus brazos. Intentaba hablar con respiración entrecortada.

—Los tiene.

—Has venido.

—¡Los tiene!

—¿Qué tiene?

—¡Los libros!

—No importa.

En aquel momento no importaba nada salvo que ella estaba allí, donde la hierba cortada era olorosa, donde él casi temblaba mientras la miraba fijamente.

—¡Has venido!

Sharpe no sabía que pudiera existir tanta felicidad, algo insensato y floreciente, algo que colmaba el mundo.

—Tenía que hacerlo. El estuvo allí, ¿sabes? Es tan horrible... —La muchacha se echó a reír, como si la misma felicidad estúpida la invadiera, como a Sharpe—. Mi tío tiene los libros.

—No importa.

Jane le miró la chaqueta, rota y remendada, todavía con las manchas secas de su sangre y la de sus enemigos.

—¡Es terrible!

—Es la casaca con la que lucho.

Pasó la mano por un jirón.

—Ya veo por qué quieres una esposa.

Sharpe la sostenía rodeándola con sus brazos y durante unos segundos le pareció que no podía hablar.

—¿Qué quieres decir?

La muchacha no respondió. El tan sólo oía su respiración; no sentía más que el cuerpo de Jane y no veía más que sus ojos.

—¿Jane?

—No puedo regresar. Nunca.

—No quiero que lo hagas.

—Quiero decir que no deberíamos.

—No.

—No te conozco.

—No.

—Pero me casaré contigo.

La muchacha lo miraba con solemnidad, Richard parpadeaba, y, durante aquel momento de gloria, no existía la guerra, los reclutamientos, las bandas no tocaban; tan sólo los ojos de la muchacha y una felicidad más grande que la que él creyera que se podía alcanzar. Sharpe tragó saliva.

—Será un gran honor.

—Para mí también, señor Sharpe.

Se hizo un silencio extraño. Sharpe sonrió.

—Creía que te había ofendido.

—Fue tan repentino, yo tenía miedo. —La muchacha se mordió el labio superior—. Pero yo deseaba que me lo pidieras.

Sharpe se echó a reír, todavía extrañado, luego se volvió.

—¡Sargento mayor!

—¡Señor!

Harper no fue caminando hasta Sharpe, sino marchando. Lo hizo como si los ojos de los guardias estuvieran puestos en él, como si fuera a buscar la rendición del mismísimo emperador de los franceses. Se puso firme y saludó con vigor.

—¡Señor!

—¿Se acuerda de la señorita Gibbons, sargento mayor?

—Sí, señor —contestó Harper, guiñándole un ojo a la joven con atrevimiento.

—Nos vamos a casar.

—Muy bien, señor.

—Y cuando avancemos, sargento mayor, quiero que un buen hombre se quede con ella. ¿El soldado Weller, tal vez?

—Muy bien, señor.

—¿Avanzar? —preguntó Jane mirándolo.

Sharpe respiró hondo como si volviera a sumergirse en su desesperación.

—No tenemos pruebas de las subastas. Necesito a estos hombres, si no mi regimiento morirá. He de hacer algo —se interrumpió para buscar la palabra adecuada— dramático.

—Quiere decir insensato, señorita —intervino Harper.

—Ya entiendo —dijo Jane sonriendo.

Sharpe percibió que una complicidad perniciosa se estaba estableciendo entre aquellos dos, una sucesión de réplicas a costa suya, pero continuó.

—Tengo que probar que estos hombres existen, que no son un batallón en el papel, y necesito un aliado poderoso contra mis enemigos. ¿Me entiendes?

—Perfectamente. ¿Qué vas a hacer?

—Pretendo colocar a estos hombres bajo la protección del príncipe regente —respondió con solemnidad.

—¿Está aquí?

Sharpe sacó su catalejo, desplegó los tubos, lo apoyó en la silla de montar de su caballo para que la muchacha pudiera ver al príncipe desde donde pasaba revista a los soldados que iban a representar la batalla.

—Está muy gordo.

Jane miró por el catalejo, un instrumento precioso metido en un tubo de marfil y oro. La muchacha leyó la inscripción en voz alta.

—«Para José, rey de España y de las Indias, de su hermano, Napoleón, emperador de Francia.» ¡Richard! —Era la primera vez que lo llamaba por su nombre—. ¿De dónde lo has sacado?

Era un regalo de la Marquesa, pero Sharpe pensó que era mejor no decirlo.

—De Vitoria.

—¿De verdad perteneció al rey José?

—Sí. ¿Te gustaría tenerlo?

—Sólo cuando te compre otro. ¿Tú crees que Napoleón lo sostuvo?

—Estoy seguro.

Un cañón disparó en el otro extremo del campo y asustó a las palomas, que levantaron el vuelo. El príncipe y su séquito estaban de vuelta en la tribuna. Una trompeta sonó, los palillos golpearon contra las pieles tensadas y la milicia empezó su avance. Unos oficiales montados anunciaban con sus trompetas a la muchedumbre que lo que estaban observando era el avance del Ejército francés. Ante aquel acontecimiento, los espectadores que iban en carruaje aplaudieron con educación y el público que estaba en el recinto jaleó con fuerza. La milicia tenía que dividirse al avanzar para pasar a ambos lados de los trofeos, que estaban aparcados formando una falange sólida al sur del terreno donde se desarrollaba la revista. Al verlos allí, Sharpe recordó las banderas que sir Henry había robado para exponer en su casa. Se volvió y miró a sus hombres. Les sentaría bien avanzar bajo un estandarte.

—Patrick.

—¿Señor?

—¡Si me necesita, estaré por allí! —dijo señalando los trofeos—. ¿Se ocupará usted de la señorita Gibbons?

Sharpe sonrió a la muchacha, dejó el catalejo en sus manos y luego se subió a la silla.

Harper bajó la vista y miró a Jane.

—Me alegro mucho por usted, señorita.

La muchacha sonrió con hermosura.

—¿Qué está haciendo Sharpe, sargento?

—Algunas veces, señorita, yo no pregunto, tan sólo rezo.

Jane se echó a reír y Harper empezó a pensar que la muchacha sería buena para su oficial, quien en aquel momento refrenaba su caballo junto a los trofeos que estaban en los carros.

Los «carros» eran sencillamente unas carretas con dos ruedas que se habían amañado con cartones pintados. Estaban aparcados delante de los brillantes cañones franceses, cada uno de los cuales tenía una Alaureada que a Sharpe le recordaba a España y el número de veces que se había enfrentado a aquellas armas. Algunos de aquellos cañones capturados habían intentado matarlo, quizás en Badajoz o en Salamanca; sin embargo, allí estaban, dóciles y bruñidos, en un parque de Londres. Les gritó a los hombres que estaban con los estandartes:

—¿Quién está al cargo?

Un comandante lo miró y frunció el ceño.

—¿Quién demonios es usted?

—Sharpe. Comandante Richard Sharpe, y le ruego que sea educado. ¡He venido a por esto! —dijo señalando su águila, con una corona de laurel verde alrededor de la base y con una de las alas todavía doblada por el golpe con el que había matado a un hombre.

—No puede... —empezó a decir el comandante. Sharpe extrajo la tarjeta de invitación grabada, la desdobló y se la enseñó al comandante.

—¡Órdenes de su alteza real!

—¿Quién ha dicho usted que era?

Sharpe sonrió. A veces resultaba agradable hacer uso del prestigio que le había otorgado el águila.

—Soy el hombre que la capturó.

—¿Sharpe?

—Sí.

La alegría de la llegada de Jane todavía le hacía efecto. ¡No podía fallar ahora! Se iba a casar con él y aquello era una señal de éxito, de una victoria mayor que esta águila.

El comandante se debatía entre las órdenes que le habían dado, que eran no perder de vista ningún trofeo capturado, y el privilegio de conocer al hombre que había conseguido la primera de aquellas águilas. El uniforme de Sharpe le preocupaba, pero la invitación resultaba impresionante. Sharpe volvió a sonreír.

—Es una tontería, por supuesto, pero Prinny quiere vernos con ella.

Al comandante se le aclaraban las cosas.

—¿Aquellos son sus hombres?

—Sí.

—Y quieren mostrarle el aspecto que tienen en España, ¿eh?

—Exactamente.

—Espléndido —dijo el comandante sonriendo—. ¿La traerá de vuelta?

—Ya lo hice anteriormente, comandante.

El comandante se echó a reír, dio la orden y le entregaron el águila a Sharpe, quien, levantándola y casi deseando que llevara su magnífica bandera atada, se fue al galope en dirección a sus hombres. El águila iba a entrar por última vez en combate. Sharpe sonrió a Jane.

—Aquí tienes. —La bajó para que la pudiera tocar—. Napoleón también la tuvo en sus manos.

—¿Es la que tú capturaste?

—Con Patrick. —Le lanzó el estandarte al irlandés—. ¡Harps! ¡Aquí!

Los oficiales de Foulness se arremolinaron alrededor. Luego Harper la mostró por entre la tropa andrajosa, dejando que los hombres la tocaran, dejando que tomaran de

ella algo de la magia de una batalla lejana. Tan sólo el sargento Lynch mostró un marcado desinterés por el trofeo, le dio la espalda y se alejó caminando del avance triunfante de Harper.

Sharpe observaba lo que sucedía al norte. La milicia había formado una línea que atravesaba la gran explanada rectangular, y se oía a las bandas que tocaban desde el extremo del parque; se dio cuenta de que el momento estaba cercano. En ese momento, la coordinación, como en todas las batallas, lo era todo.

—Jane, tendrás que quedarte aquí.

—Estás nervioso.

—Sí —contestó él sonriendo—. Pero volveré.

—¿Y después?

—Iremos a España. —Se volvió en su silla—. Sargento mayor.

—¿Señor?

—¡El soldado Weller a su deber, el águila me la quedo yo; y haga formar columnas de medias compañías!

—¡Señor!

Tenía que olvidarse de Jane Gibbons. En ese momento, al igual que cualquier oficial casado que estuviera en España, tenía que dejarla atrás y librar su batalla. Cogió el trofeo por el asta y lo colocó de manera que el águila resplandeciente sobresaliera por encima de su cabeza.

—¡Fijen las espadas!

Con los nervios había dado la antigua orden de los fusileros. Vio los rostros extrañados.

—¡Fijen las bayonetas!

Si había que hacerlo, entonces que fuera con estilo.

Hicieron una formación con los componentes muy juntos, ocho medias compañías desfilando una detrás de la otra, con Sharpe a la cabeza. D'Alembord encabezaba la primera compañía, Price la última, de manera que los oficiales más leales a Sharpe, los que con mayor probabilidad provocarían la ira de los mariscales, estaban en los extremos de su formación. Miró una vez a Jane y luego volvió a alzar la voz.

—¡El South Essex avanza!

Se oyeron vítores provenientes de la multitud, lo que quería decir que las fuerzas británicas avanzaban desde el norte de la zona de concentración. Los cañones dispararon la última carga de pólvora, el humo se elevó con realismo por encima de la hierba, y la milicia, con los mosquetes descargados, simulaban apuntar y disparar a la magnífica formación, magníficamente uniformada, brillante y bien instruida, que avanzaba con las bayonetas y los mosquetes bajo las grandes y espléndidas banderas.

Sharpe cogió las riendas.

—¡Derecha! ¡Marcha rápida!

El medio batallón del South Essex avanzaba.

Había dos mil soldados en aquel lugar, todos ellos emperifollados y relucientes, y en medio de ellos, sin órdenes, Sharpe hacía avanzar a menos de trescientos hombres sucios y desaliñados bajo un estandarte del enemigo. Nadie se fijó en ellos, salvo el comandante que estaba al cargo de los trofeos y que levantó la mano saludando amigablemente.

Avanzaron. Harper iba marcando el paso con su voz potente y segura. Uno de los sargentos de la milicia se giró, los miró y se preguntó por qué la columna de hombres que, aunque él no lo sabía, parecía una formación de ataque francesa, se acercaba de forma tan amenazante desde su retaguardia.

Sharpe los conducía a la línea central del campo donde tenía lugar la revista. La milicia iba retrocediendo y dejaban a algunos hombres simulando que estaban muertos en el suelo. Un oficial de la milicia se fijó en Sharpe.

Ya se encontraban a la vista de todas las tribunas, de todos los espectadores, pero todos los ojos estaban puestos en el espléndido avance de las tropas británicas, con las banderas ondeando, cuyas bandas llenaban el parque con la música del triunfo. Tan sólo los miembros de la milicia, al ver que la columna venía por su retaguardia, miraban nerviosos detrás como unas tropas que temieran que las rodearan en un campo de batalla.

De repente los mariscales advirtieron su presencia. Sharpe vio a dos que venían, vio la hierba que se levantaba tras los cascos de sus caballos al galope y le dijo a Harper que apretara la marcha, que hiciera que las compañías se juntaran. Aquél era el desafío, aquél era el momento que había planeado. A partir de ese momento, al igual que en una batalla, tenía que pasar por alto todo lo que pudiera distraerle, no hacer caso de todo lo que no tuviera que ver con su victoria. Hacía esto por los hombres que estaban en Pasajes, por los hombres que yacían en las tumbas por toda España, por la muchacha que lo estaba observando.

—¡Usted! ¿Quién es usted? —le preguntó un capitán de caballería, de pie sobre los estribos y gritando con ira.

Sharpe no hizo caso.

—¡Despejen! ¡Despejen! —ordenó a la milicia que tenía delante con una voz que se había forjado en campos de instrucción y en la práctica de los campos de batalla.

—¡Alto! —gritó un coronel que estaba ahora a su lado—. ¡Alto! ¡Es una orden!

—¡Órdenes del príncipe! ¡Deje pasar! —gruñó Sharpe.

Levantó aún más el águila y el coronel, creyendo que el trofeo de metal estaba a punto de darle un golpe, desvió su caballo a un lado.

—¿Quién diablos es usted?

—El rey José de España. ¡Ahora lárguese! —dijo Sharpe con violencia y con

gesto salvaje.

Aquellas palabras sorprendieron al coronel; luego Sharpe metió su caballo por el hueco que se iba abriendo entre los hombres de la milicia.

—¡Cierren filas, sargento! ¡Cierren filas!

El campo era todo gritos y música, mosquetes de fogueo salpicando el aire con humo, y Sharpe volvió a gritar la orden, la orden más común en un campo de batalla cuando las filas han sido derribadas con un disparo de cañón y los hombres se mueven hacia el centro de la línea y cargan sus armas.

—¡Cierren filas! ¡Cierren filas!

El coronel iba espoleando su caballo tras él, pero Sharpe no lo miraba. Lo que observaba era la infantería que se acercaba, calculaba el tiempo que tardarían en recorrer aquel centenar de metros que los separaban del frente de su columna.

—¡Vuelta a la izquierda! ¡Con elegancia!

El coronel intentó agarrar las riendas de Sharpe, pero el águila se inclinó hacia el caballo del coronel, le golpeó en la cabeza y la bestia dio un viraje, retrocedió y Sharpe se soltó.

—¡Cierren filas! ¡Cierren filas!

Sharpe había abierto un camino de destrucción por entre la reconstrucción tan cuidadosa de la batalla. En lugar de la retirada ensayada minuciosamente, parecía que el «enemigo» volvía a combatir, penetrando por el centro de la línea para avanzar contra los vencedores sorprendidos.

—¡Alto! —gritó el coronel.

Más mariscales avanzaban espoleando los caballos en dirección a aquella columna pequeña y harapienta que, de repente, y a las órdenes de Sharpe, giró a la izquierda y se dirigió hacia la tribuna real.

—¡Marchen! ¡Las cabezas altas! ¡Marchen!

Sharpe se puso el águila junto con las riendas del caballo en la mano izquierda e, invadido por la excitación pues ya veía su blanco, el objetivo de esos días de marchar y dé ocultarse, desenvainó su gran espada. Su caballo, poco habituado a tal alboroto, iba dando pasitos nerviosos, y Sharpe apretó sus rodillas contra los flancos para hacer que siguiera recto hacia el príncipe regente.

La guardia de corps contemplaba asombrada a los hombres que se acercaban. El flanco derecho del avance británico, estrepitoso con las llamadas de la caballería, se detuvo porque su camino estaba bloqueado, mientras que el flanco izquierdo, que no tenía obstáculos delante, siguió avanzando e hizo que toda la simetría del avance quedara desviada. En ese momento eran cuatro los oficiales que le gritaban a Sharpe, uno le gritaba al South Essex que se detuviera, pero la voz de Harper era más fuerte que la de cualquiera de los mariscales y, a pesar de las miradas nerviosas de sus

oficiales, los hombres continuaron avanzando. Sharpe iba a la cabeza; ya veía al príncipe, y a un hombre junto a él que tan sólo podía ser el duque de York. Se dio media vuelta y le gritó a Harper lo siguiente:

—¡Orden abierto!

Formaron una línea, de frente y rebasando a la guardia de corps, y Sharpe vio la consternación que se vivía en la tribuna real cuando los hombres se dieron cuenta de que ese día, preparado con tanto cuidado, se había visto sumido en el caos por unas tropas sucias y desaliñadas que, con las bayonetas preparadas, se dirigían hacia el regente de Inglaterra, su hermano y la flor y nata de la sociedad. El príncipe, que se había puesto de pie, estaba a veinte metros de Sharpe y contemplaba al oficial montado que sostenía en el aire el águila francesa.

—¡Guardias! —gritó un oficial de la guardia a sus hombres para que cargaran sus armas, pues temía que una descarga de mosquetes fuera a bañar en sangre la tribuna real.

Sharpe no hizo caso de la amenaza. Apoyó la espada en la silla de montar, se quitó el chacó y se quedó mirando al príncipe que, al reconocerlo, sonrió con repentino regocijo.

Sharpe miró a Harper.

—¿Sargento mayor del regimiento? ¡Ahora!

Aquella era la maniobra que habían practicado, la maniobra que no se había visto nunca con anterioridad en un campo de batalla o un desfile, y los hombres de Sharpe la ejecutaron ante los ojos asombrados de la guardia de infantería, cuyas baquetas todavía estaban empujando hacia dentro las balas innecesarias. La tribuna real, lord Fenner, la totalidad de la formación del desfile ya en desorden, observaban a aquellas tropas extrañas y desaliñadas que bajaban los mosquetes y, a las órdenes de un sargento enorme, se quitaban los chacos.

Los sesenta pollos les habían proporcionado a los hombres una comida espléndida y un montón de plumas. A cada hombre le habían dado tres plumas blancas, que, imitando a Sharpe, metieron por entre las insignias de los chacos de manera que, unos segundo después, cuando los hombres volvían a tener los chacos en la cabeza, cada uno de ellos llevaba el distintivo blanco del príncipe de Gales que destacaba en su tocado negro.

Al príncipe le encantaron las plumas, que el duque de York contemplaba rabioso. El sargento Harper gritó la orden para que saludaran.

Sharpe no tenía pruebas de que este batallón hubiera sido robado, de que sus amos fueran criminales, así que ahora intentaba poner a estos hombres bajo la protección del príncipe regente, del hombre gordo que asintió complacido mientras Sharpe bajaba el águila en señal de homenaje sumiso. Sharpe, que no podía probar nada contra lord Fenner, se aferraría a la protección e influencia del regente de Gran

Bretaña y, aunque el príncipe no tenía poder formal sobre el Ejército o el Ministerio de Guerra, Sharpe sabía que sus enemigos no podrían hacer cambiar los deseos del príncipe. Sharpe presentaba a estos hombres al príncipe con la esperanza de que el regente se convirtiera en su aliado y protector, y el príncipe estaba encantado.

—¿Qué batallón es éste, Rossendale?

Lord John Rossendale vio las vueltas amarillas. Con el catalejo del príncipe miró hacia uno de los chicos y vio la insignia del águila encadenada.

—South Essex, señor —dijo con sorpresa, recordando que lord Fenner había negado su existencia.

—Mío, ahora, ¿eh? ¡Mío! ¡Espléndido!

Sharpe, manteniendo la espada vertical para saludar, no oyó al príncipe. Jane Gibbons, que compartía el catalejo con Charlie Weller, se puso a aplaudir cuando vio las plumas en los chicos.

—¡Batallón! —La voz del sargento Harper se elevó por encima de las protestas de los mariscales—. ¡Tres hurras por su alteza real! ¡Hip, hip, hip!

Gritaron los hurras. Algunas de las plumas se inclinaron o cayeron, pero no importaba, el príncipe estaba encantado.

—¡Comandante Sharpe!

Sharpe sabía que su victoria no sería completa hasta que no hablara con el príncipe. Vio la mano regordeta que le llamaba, e intentó acercar su caballo para dejar el águila junto a su príncipe, pero se oyeron otras órdenes y unos hombres a caballo se apresuraron hacia él. Un coronel de los azules le arrebató el águila y un comandante forcejeó para quitarle la espada. Otra mano le agarró las bridas y lo separó de la tribuna real.

—¡Comandante Sharpe! —volvió a llamar el príncipe, pero el fusilero estaba rodeado por mariscales y oficiales, hombres montados rabiosos que lo alejaban a empujones.

—¿Su alteza real? —se apresuró lord Fenner por entre los asientos—. ¿Su alteza real?

—¡Fenner!

—Confío en que a su alteza real le haya gustado la exhibición —dijo lord Fenner, que al ver la alegría del príncipe iba pensando con rapidez.

—¡Maravillosamente buena, Fenner! ¡Me gusta! Los hombres que capturaron el águila, ¿eh? Vestidos como iban aquel día. Me gusta, de verdad, me gusta. ¡Gracias, Fenner! ¡Me gusta mucho! ¡Rossendale!

—¿Señor?

El príncipe intentaba ver a Sharpe entre la confusión, pero había demasiados hombres montados.

—Dígale al comandante Sharpe que lo espero en la recepción esta noche.

—Por supuesto, señor.

El duque de York, horrorizado por aquel follón, no hizo caso del regocijo de su hermano mayor.

—¡Está bajo arresto! ¡Maxwell!

Un general de la Guardia vestido de gala se acercó.

—¡Lléveselo a la Guardia Real ahora! ¡Esto le va a costar caro, por Dios que sí!
—Se volvió hacia Fenner—. ¿Qué diablos sucede, Fenner?

—Creo que puedo explicárselo, alteza real.

Lord Fenner sonrió pacíficamente. Observó cómo el general Maxwell enviaba una escolta en busca de Sharpe, y lord Fenner, al ver que Sharpe era arrestado, supo que el fusilero había apostado y había perdido.

—¿Qué sucede, Freddy? —preguntó el príncipe en tono quejumbroso.

—Nada en absoluto.

El duque de York indicó a los mariscales que resolvieran aquel caos repentino y que prosiguieran con la batalla. Se volvió e hizo señales con sus manos gordas a los espectadores situados en la tribuna real que, temiendo algo malo, estaban preocupados.

—¡Nada de que preocuparse, nada de que preocuparse en absoluto! ¡Siéntense!

Se dejó caer en el asiento, con el rostro indignado, para dar ejemplo a los espectadores.

Sharpe había avanzado por el flanco, había sorprendido al enemigo y había perdido. Su escolta lo rodeó y lo sacó del campo con rapidez. No había llegado a alcanzar al príncipe, había fracasado.

Mientras tanto, al otro lado del parque, asombrados y acalorados, el reverendo Octavius Godolphin y señora estaban de acuerdo en que el Ejército regular había convertido la tarde en un buen berenjenal. ¿Ir hasta allí tan sólo para ver aquel caos desastroso y embarullado? Gracias a Dios que existía la Armada, pensó el reverendo Godolphin, que luego se llevó a su mujer a tomar el té a casa de la señora Paul.

Capítulo 20

La habitación estaba situada en el piso superior de la Guardia Real. Era una estancia grande, con muebles confortables, de las paredes empapeladas colgaban mapas de fortalezas, y las sillas estaban tapizadas de cuero fino. Unas velas caras y blancas ardían, con una llama brillante, por encima de las mesas y los escritorios. Lord Fenner, con unos papeles esparcidos delante, estaba sentado en el lugar de honor. A su lado estaba el general sir Barstan Maxwell, con la cara todavía roja de furia por ese fusilero advenedizo que había destrozado una celebración ensayada con tanto esmero. En una mesa lateral, bien iluminada por largas velas, un secretario escribía en las actas. Detrás de todos ellos, cómodamente sentado, estaba sir Henry Simmerson, cuyo placer ante la humillación de Richard Sharpe era absoluto. Abajo, en el patio de la Guardia Real, Girdwood vigilaba a la sobrina de sir Henry, a la que habían encontrado sola en el parque con un vulgar soldado. Aquella noche, le había asegurado sir Henry, la azotaría hasta molerle los huesos. El comandante Richard Sharpe permanecía en el centro de la habitación. Su espada, fusil y catalejo se encontraban encima de la amplia mesa frente a lord Fenner.

Él había conseguido, aunque era poco consuelo, una victoria parcial: había salvado el batallón. Lo había presentado ante el comandante en jefe, había demostrado de forma inequívoca su existencia ante el príncipe regente; ya no podían excusarse afirmando que era meramente un batallón de reserva, una conveniencia burocrática para la administración. En el lapso de la última hora, junto con una invitación formal al comandante Sharpe para asistir a Carlton House por la noche, había llegado un documento, sellado con magnificencia, que decía que su alteza real el príncipe regente tenía el placer de que, a partir de ese día, el regimiento South Essex fuera conocido como el de los Voluntarios del Príncipe de Gales. Una carta adjunta agradecía a lord Fenner el momento de deleite que las plumas le había proporcionado a su alteza real, y le recordaba a lord Fenner la recepción que iba a tener lugar por la noche en Carlton House. Fenner tenía intención de asistir, pero, antes de abandonar la Guardia Real, destruiría a aquel hombre insolente que le había desafiado.

—Tenía usted órdenes de volver a España, comandante Sharpe —dijo con su voz nasal y precisa—. Desobedeció usted.

—Ya sabe por qué.

Los dedos largos y blancos de Fenner iban dando golpecitos sobre los papeles que tenía encima del escritorio.

—Su insolencia es notoria.

El secretario iba garabateando con su pluma de forma inquietante, mientras que Fenner miraba sus propias notas.

—Dejó usted de obedecer una orden, comandante, que le enviaba a nuestro Ejército en España. Eso equivale a la desertión.

—Y usted es un maldito reclutador y un ladrón.

—¡Silencio! —El general Barstan Maxwell golpeó la mesa con el puño e hizo que las velas se agitaran y las llamas vacilaran—. ¡Es usted un oficial! ¡Intente comportarse como un caballero! —Sharpe miró al general, un hombre de la Guardia Real.

—Estos caballeros, señor, han estado disfrazando a un batallón como una unidad de reserva, reclutando a los hombres para su provecho y robándoles las pagas.

Lord Fenner emitió una risa suave y fácil. Se reclinó en la silla y le hizo una señal al secretario, quien, asustado por el repentino porrazo sobre la mesa, había dejado de escribir.

—¡Escríballo, hombre,scríballo! Escriba que el comandante Sharpe está acusando formalmente al ministro de la Guerra de su majestad de «reclutamiento ilegal». ¿Son ésas las palabras, comandante?

—Robo también.

—¡Escriba eso también! Por supuesto, ¿puede usted aportar pruebas de estas acusaciones, comandante?

Fenner sonrió, sir Henry resopló, y el general sir Barstan Maxwell miró con fiereza a Sharpe.

Sharpe no podía. Había pensado que al ponerse bajo la protección del príncipe de Gales estaría a salvo de cualquier proceso de este tipo, pero había juzgado mal la situación. La había juzgado muy mal, y sabía que, en aquella estancia cara y lujosa, su carrera había llegado a un final innoble. No sólo su carrera, sino aquella gran burbuja de felicidad que había experimentado con Jane: ya no habría boda. Sir Henry se había jactado de que la muchacha que estaba en su carruaje, y que regresaría a casa inmediatamente; no era para él. Sharpe, que había trabajado para deshonar a estos hombres de manera que Girdwood no pudiera casarse con Jane Gibbons, iba a ser deshonorado.

Otro secretario llamó a la puerta, entró en la habitación y, sin mirar a Sharpe, como un jurado no miraría al condenado, llevó una carpeta de piel con papeles hasta el escritorio. Escogió una hoja y se la dio a leer a Fenner, la firmó rápidamente y luego levantó la vista y miró a Sharpe.

—Esta carta, comandante Sharpe, informa a su alteza real de que no puede usted, por órdenes mías, asistir a la recepción. Ni ninguna otra noche. ¡Déme los destinos! —Cogió otro papel que le tendía el secretario, pasó el dedo por la lista y clavó la uña—. Éste.

—Muy bien, señor.

—¡Anótelo!

—Por supuesto, señor.

El secretario se retiró.

Un reloj dio las ocho en el pasillo del exterior. Lord Fenner sonrió.

—El regimiento Voluntarios del Príncipe de Gales —pronunció el nuevo nombre con desprecio— se irá inmediatamente a España, comandante, pero no contarán con su presencia. Estarán al mando del teniente coronel Bartholomew Girdwood. Estoy seguro de que bajo su mando se defenderán con nobleza.

—Ciertamente —intervino sir Henry.

Había sido idea suya que le dieran a Girdwood el mando del primer batallón que tenía que llevarse a España, junto con los hombres instruidos en Foulness y a los oficiales del campamento desmantelado. Lord Fenner y él, de mala gana pero con sensatez, habían estado de acuerdo en que, puesto que el batallón había salido a la luz de forma tan dramática, sería prudente abandonar el negocio de vender reclutas. Se habían convencido de que no perderían mucho dinero. La guerra no iba a durar mucho. Los aliados del norte habían acordado volver a luchar, Francia estaba cercada y Fenner estaba seguro de que la paz estaba a la vista. Simmerson y él habían hecho una gran fortuna, y ahora, gracias al arresto de Sharpe, podían evitar todo escándalo.

Sharpe calló, no tenía nada que decir.

—Usted, comandante Sharpe —Fenner se lo quedó mirando triunfalmente y con repugnancia— tiene un nuevo destino. Se irá dentro de dos días, y hasta entonces, comandante, está usted bajo arresto. Será usted capitán en un presidio de Australia.

Sir Henry Simmerson no pudo evitar que se le escapara una risa repentina.

—No hay sastres en Australia; ¡se encontrará usted estupendamente!

Fenner sonrió ante aquella broma y miró a sir Barstan Maxwell.

—¿El duque estará de acuerdo?

—Lo encontrará demasiado indulgente, señor. —Maxwell sorbió por la nariz—. Pero, si se lo proponen, estará de acuerdo.

—Soy indulgente —dijo lord Fenner con magnanimidad— porque no puede negarse que el comandante Sharpe ha servido bien a su país. Ha de desear, general, que un viaje por mar le devuelva el juicio.

—Se informará al duque.

El general sir Barstan Maxwell, que hubiera preferido ver a Sharpe colgado y descuartizado, emitió un gruñido. De todas maneras, un destino en Australia era equivalente a una sentencia de prisión. Sharpe no volvería nunca, quedaría olvidado.

—Bien. —Fenner cerró de golpe la tapa de plata de un tintero—. Están escribiendo sus órdenes, comandante, espere por ellas en el cuerpo de guardia. ¡Ah! ¡Parece ser que ya están aquí! —Se había oído un discreto golpe en la puerta—. ¡Adelante!

Ciertamente, era el secretario al que le habían dado instrucciones para redactar las

órdenes para Sharpe, pero, en lugar de llevarlas hasta el escritorio, se quedó quieto en la puerta con inseguridad.

—¿Señor?

—¿Tiene las órdenes?

—Las están redactando, señor. Es su mujer, me temo. Le he dicho que no se puede molestar a su señoría, pero insiste mucho.

—Insiste mucho —confirmó una voz precisa y segura desde la puerta.

Fenner, que no estaba casado, se quedó mirando consternado, no al secretario, sino a la mujer alta y de ojos verdes que sonreía dulcemente, y que entró en la habitación e hizo una señal al secretario para que se fuera. La condesa viuda de Camoynes, con una capa colgada de un brazo, esperó hasta que la puerta se hubo cerrado, echó una mirada a Sharpe y luego habló:

—He dicho que era su mujer, Simon, para convencer a este hombrecillo aburrido de que me dejara entrar. ¿Sir Henry? Por favor no se levante.

Sonrió a Simmerson, que no había hecho ademán de moverse, luego miró con burla a sir Barstan Maxwell y luego a lord Fenner.

—Por favor, presénteme.

—¿Anne? —dijo Fenner con una voz que parecía un gruñido de indignación.

—¡Se acuerda de mí! Qué encantador. Del mismo modo que yo recuerdo al comandante Sharpe. Confío en que se encuentre bien, comandante.

Sharpe se la quedó mirando pero no dijo nada. Estaba intentando adivinar cómo había calculado tan mal, le había salido todo fatal. Se culpaba por hacer que el medio batallón se detuviera tan lejos de la tribuna real; tenía que haberse abierto paso por entre la tropa de guardias hasta la barandilla detrás de la cual estaba sentado el príncipe. Lloraba por Jane; habían sido como niños, creyendo que el amor era un juego que la valentía podía ganar, pero habían ganado los mal nacidos.

Lord Fenner frunció el ceño.

—Mi querida Anne, estoy metido en asuntos de Estado.

—¡Presénteme, Simon!

Fenner se levantó de mala gana, se aclaró la voz.

—General sir Barstan Maxwell, tengo el honor de presentarle a la condesa viuda de Camoynes —exclamó en tono perentorio—. Supongo que podrá esperar, Anne —dijo con mala gana y con un tono de seguridad recuperado tras la sorpresa de aquella entrada.

—Por supuesto que puedo esperar, Simon. Simplemente, quería asegurarme de que no había olvidado que cenaba con usted esta noche.

—No lo había olvidado. —Fenner se sentó y acercó la silla a la mesa—. Pero me estoy retrasando y le agradecería que esperara fuera, señora.

—Como me lo pide usted tan bien, señor, lo haré. Es un honor haberle conocido,

sir Barstan. —La dama sonrió al oficial de la Guardia, luego a sir Henry y finalmente le lanzó una mirada fría y hostil a Sharpe—. Su uniforme es una vergüenza, comandante.

Sir Henry Simmerson, que había dicho lo mismo al inicio de todo aquello, resopló con aprobación. Lady Camoynes le sonrió y luego volvió a mirar a Sharpe.

—Es usted también de lo más negligente, comandante.

—¡Anne! —exclamó lord Fenner malhumorado.

—Un momento, Simon. —La mujer lo reprendió dulcemente, luego miró a Sharpe de forma autoritaria—. De lo más negligente, comandante.

—¿Negligente, señora?

Lady Camoynes sacó la mano izquierda de bajo la capa.

—Me prometió usted esto, ¿pero qué es la promesa de un soldado? Una chuchería, ¿no? —La mujer sonrió. Tenía en la mano un libro encuadernado en piel roja—. ¡Tuve que encontrarlos por mi cuenta! Su mayordomo, Simon. Quería saber qué era lo que iba a quemar, así que todavía los estaba leyendo cuando llegué para nuestra cena. Los criados son tan curiosos en todo lo referente a nuestras vidas, ¿no le parece? —Sonrió a lord Fenner—. Tengo el otro. Está a buen recaudo, por supuesto, lo recuperé de las llamas. Tiene algunas cartas firmadas por usted en el interior. Qué descuido por su parte no haberlas destruido. Aguánteme el libro, comandante. —Giró una silla y la puso de cara a la gran mesa—. Creo que quizá me quede ahora, Simon. Me resultan tan fascinantes sus asuntos de Estado...

El general sir Barstan Maxwell pensó que el mundo se había vuelto loco.

El fusilero estaba sonriendo, ojeando un libro de cuentas que lord Fenner y sir Henry, con la cara blanca y horrorizada, miraban con incredulidad. La condesa viuda de Camoynes se sentó, y de su rostro elegante y despectivo brotó una expresión de alarma y esperanza inteligente.

El secretario ya no era necesario. Lord Fenner cogió las actas y las rasgó en dos.

—¡Señor! —protestó el general Maxwell.

—Sir Barstan, esto no es asunto suyo. ¡Váyase, hombre! —le dijo al secretario, quien, excitado por lo insólito de aquel asunto, soltó la pluma y huyó hacia la puerta.

El general sir Barstan Maxwell se quedó mirando las actas rasgadas.

—¡Milord, insisto en que esto se haga como es debido! ¡Insisto!

—Se está procediendo de la forma correcta, sir Barstan. —Lady Camoynes estaba de repente dominando la habitación—. De forma más que correcta. Si se actúa de otra manera, mi querido general, es probable que haya un escándalo horrible. ¿No es así, Simon?

El general dirigió los ojos hacia lord Fenner, quien, bajo la mirada de lady Camoynes, asintió con la cabeza débilmente.

La mujer se echó a reír.

—Un escándalo espléndido, general. Yo creo realmente que su amo de York querrá que lo mantengamos en secreto, ¿no le parece? Freddie ya ha tenido demasiados problemas. —Nadie discutía sus palabras, mientras ella miraba a Sharpe—. Quizás, comandante Sharpe, tenga usted algunas peticiones que hacerle a lord Fenner.

—¿Peticiones?

La dama lo miró desconcertada.

—Supongo que quiere pedirle un favor a Simon. —Señaló a lord Fenner—. Creo de veras que éste sería un momento oportuno. Mis propias peticiones —sonrió mirando a lord Fenner— pueden esperar.

Ella era quien mandaba en aquella estancia. Sir Henry, que había entregado los libros para que los quemaran, sentía que su corazón latía a una peligrosa velocidad.

Lady Camoynes suspiró.

—Dése prisa, comandante.

Sharpe, arrancado del profundo pozo de la derrota hasta este repentino y asombroso éxito, obedeció. Iría a España con los hombres instruidos de los Voluntarios del Príncipe de Gales. Lord Fenner estuvo de acuerdo. Sus gastos de las últimas semanas se los pagaría a Hopkinson e Hijo en la calle San Alban.

Lord Fenner frunció el ceño.

—¿Cuánto es?

—Doscientas guineas —dijo lady Camoynes—. En oro. ¿Es eso suficiente, comandante?

—Ciertamente, señora.

Era más que suficiente.

—Entonces, proceda, comandante Sharpe.

La paga atrasada del batallón sería restituida. El segundo batallón se establecería adecuadamente en Chelmsford y se nombrarían nuevos oficiales. Todo esto fue acordado. Las banderas se llevarían de la casa de sir Henry al cuartel. Sir Henry, incapaz de hablar, asentía con la cabeza. Sir Barstan, escandalizado porque las banderas estuvieran en casa de sir Henry, dio un colérico resoplido.

Sharpe sonrió.

—Y no habrá cambios, ni uno solo, respecto a los oficiales que usted ha elegido para ir a España.

Fenner se quedó mirando como si no hubiera oído bien lo que había dicho Sharpe.

—Quiere decir...

Sharpe alzó la voz.

—Quiero decir que quiero servir bajo el mando del teniente coronel Girdwood.

Sir Henry fruncía el ceño. Fenner, derrotado, seguía perplejo.

—Si el coronel Girdwood todavía quiere el mando, comandante, ¿se pondrá usted a sus órdenes?

—Ése es mi deseo.

Lady Camoynes sonrió.

—¿Ha terminado usted, comandante?

—Cierto, señora.

Sus otras peticiones no eran asunto de lord Fenner, ni de nadie más que de Sharpe y de la muchacha que esperaba abajo.

Lady Camoynes tendió su mano enguantada.

—Le agradecería que me diera el libro, comandante. Simon y yo nos veremos mañana, ¿no es así señor?

Fenner asintió con la cabeza, presintiendo la humillación que se acercaba. Sir Henry Simmerson seguía boquiabierto mirando el libro que la dama tomó de Sharpe. Lady Camoynes abrió las páginas y mostró las columnas del libro mayor.

—¿Le gusta el libro, sir Henry? Tengo dos para vender. —Se levantó—. ¿Comandante? ¿Nos vamos?

—Por supuesto, señora.

—¡Comandante Sharpe! —gritó el general sir Barstan Maxwell en un último intento de servir a su amo con honestidad—. ¿Decía usted la verdad?

Lady Camoynes levantó la mano para acallar la respuesta de Sharpe. La dama le sonrió al general.

—La verdad, querido Barstan, es lo que lord Fenner y yo decidamos. Y resultará una mercancía de lo más cara. Buenas noches, caballeros.

—Vamos, comandante.

Sharpe tomó sus armas y su catalejo de la mesa, le ofreció el brazo a su salvadora y se fue triunfante.

Sharpe abrió la portezuela del coche de sir Henry.

—¿Señor?

Girdwood, al ver a Sharpe, se quedó boquiabierto. Emitió un ruidito de terror, como de musaraña. Vio la espada que Sharpe llevaba al costado y el fusil colgado del hombro de aquel hombre tan alto, y su voz sonó indecisa, como si viera al fantasma de un hombre al que habían destinado a la salvaje Australia.

—¿Me busca a mí, comandante Sharpe?

—A su tiempo, señor.

Sharpe sonrió. Había hombres cuya carne hacía tiempo que se había separado de sus huesos, que lo último que habían visto en la tierra era aquella sonrisa.

—Pero de momento he venido a por la señorita Gibbons. —Tendió la mano—. ¿Jane?

Girdwood levantó con debilidad una mano como si fuera a detenerla, pero se oyó un restregar, el destello de una luz sobre el acero largo y la espada de Sharpe resplandeció en el patio.

—¿Señor?

Girdwood se quedó bien quieto. Sharpe envainó la espada y ayudó a la muchacha a bajar.

—Jane. Tengo el honor de presentarte a la condesa viuda de Camoynes. —Sharpe se inclinó ante la condesa—. Jane Gibbons, señora. Nos vamos a casar.

La condesa miró a la muchacha de arriba abajo con ojo crítico.

—¿Ha aceptado usted casarse con él, señorita Gibbons?

—Sí, señora.

—Es más afortunado de lo que merece. Es un gato callejero, ¿no es así, comandante?

—Si su señoría lo dice.

La dama lo miró con una expresión desafiante y divertida.

—Sí, lo dice. ¿Dónde va esta noche, gato callejero? Tengo un carruaje y me siento generosa.

—Carlton House —respondió Sharpe sonriendo—. Estamos invitados.

—¿Vestidos así? Supongo que se puede decir que es un baile de disfraces. ¡Muy bien! ¡Iremos a casa de Prinny! Jane y yo podemos presentarnos del brazo de un héroe. Querida señorita Gibbons —y la condesa le tendió su mano a Jane—, hágame el favor de esperar en mi carruaje.

Cuando la condesa estaba a solas con Sharpe, se lo quedó mirando.

—No me hablaste de ella.

—Me pareció que no había necesidad.

La dama sonrió.

—Cierto. Apenas se habla de la prometida cuando se está bajo los arbustos de Vauxhall. —Se echó a reír—. Tú no lo harías, comandante, ¿verdad? Yo sí, pero tú no. Eres demasiado bueno. ¿Te han dicho alguna vez que eres bueno?

—No, señora.

—No me llames «señora». Me haces vieja. —Con sus dedos le iba tocando el silbato que colgaba del cinturón y tenía los sorprendentes ojos verdes llenos de diversión—. Si no fueras un gato callejero, podría haberme quedado contigo.

—Hubiera sido de lo más afortunado.

—Gracias. ¿Estás enamorado?

Sharpe se sintió turbado.

—Sí. Sí, lo estoy.

—Sea lo que sea el amor. Probablemente acabará en desastre, por supuesto.

Sharpe frunció el ceño.

—¿Eso crees?

Ella se echó a reír.

—No si la cuidas y yo creo que eres bastante bueno en eso. —Sonrió—. Es muy hermosa, si te gusta esa apariencia inocente. Tienes buen gusto para las mujeres, comandante. Quería darte las gracias.

—¿Darme las gracias? —preguntó Sharpe confundido.

—Tú no me conseguiste la prueba, ¿no? Pero todavía permanecías en el campo de batalla, comandante, has sido un aliado de una gran fortaleza. —La mujer se volvió hacia el coche—. Vamos, no está bien hacer esperar a un príncipe, aunque sea ese tonto gordo.

La mujer se echó a reír, porque había ganado e iba a poder vengarse, y porque su hijo estaba a salvo.

De repente la victoria era muy dulce. Al príncipe el uniforme de Sharpe le pareció «monstruosamente bueno». Fue la amabilidad en persona para ambos.

—¿Quién es ella? —preguntó sir William Lawford contemplando a Jane Gibbons, a la que lord John Rossendale se había llevado por un momento.

—Me voy a casar con ella. Se llama Jane Gibbons.

—¿Gibbons? ¿Gibbons? —se preguntó Lawford frunciendo el ceño—. No los conozco.

—Su padre era guarnicionero.

—¡Ah! —dijo Lawford sonriendo—. Entonces seguro que no los conozco. De todas maneras, es un buen partido para usted. Hermosa, ¿eh?

—Así es.

Lawford se quedó mirando a Sharpe en silencio durante unos segundos.

—Así que se siente usted satisfecho, ¿eh? Lo hizo todo usted solo, ¿no necesitó de mi ayuda?

—Espero que no se sintiera ofendido, señor.

—¡Ofendido! Dios, no. Ha sido usted un estúpido, Richard. ¿Sabe usted qué tontería ha hecho hoy? ¿Lo sabe? Tiene usted suerte de tener aún la cabeza sobre los hombros, no digamos su graduación.

—Estoy seguro, señor.

Lawford, con su maravillosa habilidad, alumbró una cerilla en la yesca y encendió un cigarro.

—¿Sabe usted lo que acordé para usted, Richard?

—¿Acordó para mí, señor?

—Un batallón de fusileros para usted. Suyos, fusileros, teniente coronel Sharpe. —Sonrió para mostrar lo tonto que había sido Sharpe al no confiar en su ayuda—. Ciertamente, en la guerra de América, pero no se puede tener todo.

¿Un batallón de fusileros para él? Sharpe sintió el horrible atractivo del soborno, la lujuria y codicia salvaje por conseguir que le dieran un instrumento de guerra tan maravilloso, pero luego se acordó de los hombres desconsolados en los muelles de Pasajes, los hombres con las chaquetas rojas descoloridas y remendadas que confiaban en él para que les trajera el orgullo de Inglaterra.

—No hubiera podido aceptar, señor.

—Es fácil decir eso cuando no hay elección. —Lawford se echó a reír—. Así que creía usted que no me necesitaba, ¿eh?

—Pero sí lo necesito, señor.

Sharpe se preguntaba cómo Lawford podía haberlo juzgado tan mal. ¿En realidad creía sir William que Sharpe iba a abandonar a sus hombres por un ascenso? Eso le hería, pero no quería que se notara. En lugar de eso, sonrió.

—Quiero pedirle un favor y quizá pueda hacerle yo uno en compensación.

Lawford, con la desconfianza de un político, frunció el ceño ante la idea de un trueque que no fuera de su invención.

—¿Qué puede usted ofrecerme, Richard?

Sharpe se sentía turbado, pues no estaba en su terreno.

—Se me ocurre, señor, si me perdona, que si habla usted con lady Camoynes, podrá comprobar que de repente tiene gran influencia en la Guardia Real y en el Ministerio de Guerra. Ha de hacerlo con rapidez, señor, digamos que esta noche; sospecho que va a haber ascensos, señor, en el seno del Gobierno.

Lawford, que de ninguna manera esperaba recibir este tipo de información de un hombre que había sido antaño su sargento, se quedó mirando a Sharpe con resentimiento.

—¿Conoce usted a lady Camoynes?

—No mucho —dijo Sharpe con rapidez—. Tuvo la amabilidad de hablar una o dos veces conmigo.

Lawford dejó ir un gruñido.

—Espero que fuera usted educado, Richard.

—Por supuesto, señor —contestó Sharpe sonriendo—. Fui muy humilde.

—Bien. —Lawford miró la chaqueta verde horrible y manchada de las batallas—. Porque a veces parece usted tener dificultades en saber estar en su lado.

—Sí, señor.

—¿Y qué puedo hacer por usted?

—Creo, señor, que el teniente coronel Girdwood va a intentar renunciar a su grado de oficial y yo le agradecería, señor, que le expusieran que, si no acepta el mando del primer batallón en España, le podrían incriminar. ¿Sería posible?

Lawford soltó una bocanada de humo mientras observaba a Sharpe.

—¿Y por qué diablos quiere usted servir bajo el mando de Girdwood?

—No tengo intención alguna de servir bajo su mando, señor.

Sir William sonrió lentamente, ya lo entendía.

—¿Puedo decirle que me alegro de no ser enemigo suyo, Richard?

—También yo me alegro, señor.

Sharpe se llevó a Jane Gibbons de la corte. Iba a regresar a España y había un centenar de cosas que quería hacer antes de que el batallón se marchara. Descendieron por la impresionante escalera hacia la estancia octogonal, y de repente Jane dio un grito y le agarró el brazo.

—¡Comandante!

—Ahora me puedes llamar Richard.

Ella no escuchaba. Mira fijamente y aterrorizada hacia el final de la escalera.

Los derrotados, sabedores de que al día siguiente tendrían que redimirse del escándalo pagando, y deseosos de acallar el menor de los rumores que pudiera manchar su reputación, habían decidido aguantar la dificultad con descaro. Habían venido a Carlton House. Lord Fenner vio a Sharpe y retrocedió para no verse obligado a dirigir la palabra a su enemigo. Pero sir Henry Simmerson, que acababa de entregarle la capa a un criado, no era tan sensato. Se quedó mirando con ira ultrajada. Su sobrina, vestida con el sencillo vestido azul, bajaba por las escaleras del príncipe regente del brazo del hombre a quien más odiaba en el mundo sir Henry.

—¡Jane! ¡Te ordeno que vengas a casa! ¡Te voy a despellejar!

—¡Sir Henry! —contestó Sharpe.

Su voz, que resonó en el mármol esplendoroso del vestíbulo, pareció demasiado alta. Sharpe puso la mano derecha sobre la de Jane para que no tuviera miedo.

Sir Henry los miraba fijamente, y Sharpe, también en voz alta, dijo dos palabras cortas que, aunque muy utilizadas en el Ejército británico, no se oían con frecuencia en Carlton House. Entonces, con su novia del brazo y su espada al costado, se adentró en la noche. Volvía a España.

Epílogo

Francia, noviembre de 1813

El amanecer descubrió un paisaje blanco por la escarcha en el que se dibujaban unas cuchilladas oscuras que eran los valles. El humo, como volutas de neblina matinal, se elevaba desde las escarpas laderas de las colinas donde las tropas preparaban té o limpiaban la carga de los mosquetes usados la noche anterior. Los hombres, que golpeaban las botas contra el suelo y daban palmadas con las manos con mitones para ahuyentar el frío, miraban fijamente hacia el norte a las colinas rocosas, empinadas y en poder del enemigo.

El sargento mayor Harper se echó a reír.

—Pareces decepcionado, Charlie. ¿Qué sucede? ¿Te creías que tenían cuernos y colas?

El soldado raso Charles Weller, miembro de la compañía ligera de d'Alembord, miraba sorprendido a un grupito de hombres que, a más de media milla de distancia de Weller, se abrían paso colina arriba con cubos de agua hasta las trincheras con troneras de roca en lo alto de la colina.

—¿Son franceses?

—El artículo genuino, Charlie. Franchutes, gabachos, como quieras llamar a esos cabrones. Y como nosotros.

—¿Como nosotros?

Weller había crecido en un campo donde se hablaba de los franceses como si fueran monos, diablos, cualquier cosa menos humanos.

—Exactamente como nosotros. —Harper sorbió un poco de té y pensó en ello—. Un poco lentos con los mosquetes y un poco rápidos a pie, pero eso es todo. ¡Dios, qué frío!

Noviembre en las montañas. Los Voluntarios del príncipe de Gales habían avanzado a través de desfiladeros elevados y rocosos, envueltos en nieblas repentinas, los precipicios cubiertos de musgo que chorreaban aguas que empapaban la delgada y esponjosa hierba de los valles altos. Las cabras y las águilas compartían las rocas, los lobos aullaban en la oscuridad. Una tormenta le había dado la bienvenida al batallón una noche, los relámpagos habían cortado el cielo blanqueando los acantilados y habían hecho estallar las rocas como el latigazo de una condena.

En algún lugar de aquella tierra de nieblas, lluvias, relámpagos y frío ululante, habían entrado en Francia. Nadie sabía exactamente dónde. Un momento estaban en España, y al siguiente corrió la voz entre la tropa de que habían entrado en territorio enemigo. Nadie se había alegrado: estaban en un Ejército que había luchado y peleado desde 1793 para atravesar esta frontera, pero estaban demasiado cansados

para levantar vítores. Las correas de las mochilas les escocían a través de los uniformes mojados, tenían las botas llenas de agua y los sargentos habían amenazado con crucificar al que permitiera que se le mojara la pólvora.

—Recuerda una cosa, Charlie. —Harper tiró el poso del té—. Hazte con una mochila francesa lo antes posible. Son más cómodas.

Era posible distinguir a los veteranos del regimiento, no sólo por sus uniformes descoloridos remendados con tela marrón española, sino también por sus mochilas francesas. Weller sonrió con burla. Su chaqueta roja, que parecía tan nueva en Chelmsford, se había vuelto de un rosa extraño, el tinte barato se diluía con la lluvia y goteaba sobre los pantalones grises que estaban ahora enrojecidos por los muslos.

—¿Vamos a luchar hoy?

—Por eso estamos aquí.

Harper observaba las colinas ocupadas por los franceses. Los británicos se encontraban en el terreno más elevado, pero entre ellos y las llanuras del sur de Francia estaban todas esas colinas en manos de los enemigos, colinas protegidas con fortificaciones, trincheras y el terreno pantanoso y traicionero de los valles.

Wellington, cuyos hombres habían arrancado a los franceses de los picos más altos durante semanas de combates duros y confusos, quería salir de aquellas montañas antes de que llegara la nieve. Ningún Ejército podía invernar allí. Si los fuertes que se habían excavado en las rocas de las últimas laderas no se tomaban, los británicos tendrían que escabullirse de vuelta a España. Harper se volvió.

—¡Soldado Clayton!

—¿Sargento?

—Vigile a ese individuo. —Harper esposó a Weller—. No quiero que muera en su primera batalla. ¡Y Charlie!

—¿Sargento?

—Mantenga a su perro lejos de los portugueses. Se los comen cuando tienen hambre.

Weller, que había desembarcado en Pasajes a principios de octubre, había adoptado al primer perro callejero que encontró. Era un perro cruzado de sorprendente fealdad, al que le faltaba una oreja y había perdido la cola cortada en un combate. Se evidenció que era un cobarde frente a los otros perros, pero dedicado a su nuevo amo, que había intentado, sin éxito, bautizarle con el nombre de *Buttons*. El resto de la compañía ligera le llamaba *Boney*.

El comandante Richard Sharpe había manifestado que los perros eran mascotas apropiadas para los soldados. De resultas de este estímulo de Sharpe, a veces parecía como si los Voluntarios del Príncipe de Gales hubieran recogido todos los perros callejeros de Europa.

El general de brigada Nairn recibió a Sharpe como a un amigo. Durante las tres

semanas en que el batallón había tenido para reorganizar sus compañías e instruir a los hombres nuevos para luchar como veteranos, Nairn fue a menudo a compartir la cena con Sharpe y escuchar las historias traídas de Inglaterra. Vio al teniente coronel Girdwood brevemente.

—¿Está loco, Sharpe?

Estaban sentados en la bodega que era el comedor de oficiales.

—Se lo guarda todo, señor.

—¡Está loco! —Nairn miraba reverente dentro de su copa de whisky.

Sharpe había traído dos barricas de Londres y se las había regalado al general.

—¡Loco! —dijo Nairn—. Me recuerda a un ministro que conocí en Kirkcaldy. El reverendo Robert MacTeague. ¡No comía más que vegetales! ¿Se lo puede creer? Creía que su mujer estaba embarazada de un rayo de luna. Probablemente así fuera, pues dudo que supiera hacer siquiera eso. ¡No bebía, tampoco, ni una gota! Decía que la bebida era cosa del diablo.

El general Nairn se giró y miró hacia la puerta de la habitación de Girdwood. Se vio una luz por debajo de la puerta que había permanecido cerrada toda la tarde.

—¿Qué hace allí dentro?

—Escribe poesía, señor.

—¡Cristo! —Nairn se quedó mirando a Sharpe, luego bebió un buen trago de whisky—. ¿Lo dice en serio?

—Sí, señor.

El viejo escocés sacudió la cabeza con tristeza.

—¿Por qué no renuncia, el muy infeliz?

—En realidad, no lo sé, señor.

Sharpe no sabía si la petición que le había hecho a Lawford había dado fruto y la amenaza de consejo de guerra y deshonor había obligado a Girdwood a ir a España, o si el hombre, dados sus tortuosos sueños de gloria, quería entablar su lucha contra los franceses.

—Está aquí, señor, eso es todo lo que sé.

—Mientras que usted —señaló a Sharpe— está al mando de este batallón, ¿sí? Es usted un cabrón inteligente, señor Sharpe, y cuando haya vuelto loco a ese pobre tonto me aseguraré de que tenga un verdadero bastardo de coronel para que le haga correr.

El general de brigada Nairn estaba en lo cierto respecto a la suposición de que Sharpe había amañado que Girdwood tuviera el mando del batallón porque eso le permitía a Sharpe tener el verdadero mando.

Girdwood, avergonzado y humillado por Sharpe en Inglaterra, no podía competir con él en España. El teniente coronel lo había intentado. Con ocasión de la primera revista formal, cuando el batallón, reforzado con los hombres de Foulness, habían

formado delante de los almacenes de Pasajes, el teniente coronel Girdwood había reprendido públicamente al comandante Sharpe. Fue el único intento que hizo de imponer su autoridad, tal como le había dicho a Sharpe en privado, de empezar de nuevo olvidando el pasado.

La revista había resultado un asunto formal, las compañías estaban alineadas en el orden adecuado, con los capitanes delante y los sargentos detrás. Frente a las banderas izadas, de cara a toda la formación, estaba el teniente coronel sentado sobre su caballo. A cuatro pasos por detrás de las banderas, en el lugar asignado al comandante más antiguo, estaba Sharpe.

—¡Comandante Sharpe! —gritó el teniente coronel Girdwood, que iba haciendo la inspección, por encima de las cabezas del grupo que portaba las banderas.

—¡Señor!

—¡Haga el favor de retirarse un par de pasos!

El manual de instrucción estipulaba que el comandante más antiguo tenía que estar a seis pasos por detrás de la retaguardia. Todos los hombres del batallón, no sólo los provenientes de Foulness, sino también los veteranos, percibieron en esta acción una prueba de fuerza. Una nimiedad, sin duda, pero si el comandante Sharpe, reprendido tan públicamente por su falta de precisión militar, retrocedía los dos pasos, entonces Girdwood hubiera conseguido imponer su autoridad sobre todos esos hombres. El coronel, sabedor de la importancia del momento, optó por hablar en voz alta y entrecortada.

—¡Ahora, si me hace el favor, comandante!

—¡Señor! —contestó el comandante Sharpe. Respiró hondo—. ¡Batallón! ¡El batallón dará dos pasos al frente a mi orden! ¡Ahora, batallón!

Hasta aquel momento, que había hecho sonreír a todas las caras del batallón, Sharpe había estado al mando. A partir de ese momento formaba junto a Girdwood, delante del batallón, y aunque tenía el cuidado de consultarle cosas al teniente coronel, y aunque Girdwood todavía presidía en silencio la mesa de oficiales, no había ni un hombre en el Voluntarios del Príncipe de Gales que no supiera quién daba de verdad las órdenes en el batallón.

El general de brigada Nairn, durante la última visita que le había hecho a Sharpe antes de que el batallón recibiera órdenes de atravesar las montañas, se había quedado sorprendido mirando la puerta siempre cerrada.

—¿No es usted demasiado duro con él, Sharpe?

—Sí, señor. Lo soy —admitió Sharpe—. En Foulness, señor, ese mal nacido daba la orden de que a los desertores había que dispararles en seguida. Yo vi cómo mataban a uno, y a tenor de lo que pone en los libros, yo diría que hizo lo mismo con una docena. Sin juicio, sin nada, simplemente, pum. También perseguía a los hombres por las marismas como si fueran ratas. Robó mucho dinero. —Sharpe

frunció el ceño—. Yo lo he hecho también, pero sólo del enemigo; yo no les robo a mis hombres. Además, quiere ver una batalla, así que le estoy haciendo un favor.

—¿Un favor?

—Yo combatiré en su maldita batalla por él, lo que quiere decir que tenemos alguna oportunidad de ganar —Sharpe sonrió ante su falta de modestia.

—¿Algún otro enemigo aquí, comandante Sharpe? —preguntó Nairn con un tono de burla.

Sharpe sonrió, pensó en el sargento Lynch y mintió.

—No, señor.

—No parece muy diferente de España, ¿verdad? —preguntó Harper.

Estaba, con una taza de té recién hecho, junto a Sharpe, sobre la gran colina, y miraba hacia abajo a las últimas fortalezas del enemigo situadas antes de llegar al campo abierto.

Sharpe apoyó un espejo roto en un cuenco de agua y suavizó la hoja de afeitar en el lateral de su bota derecha.

—Los bastardos no tenían trincheras en España.

Escrutó las posiciones francesas con su catalejo, y no le gustó mucho lo que vio: los franceses habían transformado la gran joroba de aquella montaña que veía por debajo en una fortaleza extraordinaria, construyendo muros de piedra que conectaban los pequeños fuertes entre sí, excavando trincheras. En el mismo pie de la colina, como una cresta entre colinas más bajas, se encontraban una serie de murallas concéntricas que rodeaban un pináculo rocoso. La roca estaba coronada con cañoneras, llenas sin duda de mosquetes, que los cañones británicos no podían alcanzar, pues no podía colocarse cañón alguno para alcanzar el pináculo. Sharpe sabía que esto sería un duro trabajo para la infantería. Un ataque colina arriba, contra piedras y trincheras, contra un enemigo fanático que defendería su tierra natal. Las órdenes del batallón, que le dieron a Girdwood pero que recibió Sharpe, consignaban a los Voluntarios del Príncipe de Gales a atacar detrás de otros dos batallones. Los primeros batallones realizarían el trabajo previo, desalojar las primeras trincheras, y dejarían a los Voluntarios del Príncipe de Gales que acabaran la empresa. Los hombres de Sharpe tenían que registrar las últimas defensas y tomar el pináculo, la última fortaleza. A la derecha y a la izquierda de la colina enemiga había otras, coronadas por obras similares, a las que se dirigirían y atacarían los demás batallones. Al caer la noche, si todo iba bien, la carretera por la que se salía de las montañas estaría despejada, y Francia, con sus graneros llenos y los pastos de invierno, estaría a disposición de Wellington.

Sharpe se pasó la navaja de afeitar por la piel sin la ayuda del agua caliente. Se estremeció y luego siguió raspando.

—Le voy a dar un escuadrón especial, Patrick.

—¿Especial, señor?

Sharpe metió la hoja en el agua sucia y helada que ya habían usado otros nueve oficiales.

—No podemos llevar a cabo un asalto formal a ese lugar, hay demasiadas rocas, sería como atravesar un laberinto de zanjas y muros que destrozaría cualquier formación. Vamos a ir en dos columnas, la compañía ligera y los granaderos a la cabeza, pero le voy a dar a usted un escuadrón propio. Vaya hacia el centro, y si ve que alguna columna tiene problemas métase en el flanco. No espere mis órdenes, hágalo.

—Sí, señor —contestó Harper sonriendo contento. Le gustaba esa independencia—. ¿Puedo escoger yo mismo a los hombres, señor?

—Yo ya lo he hecho. —Sharpe se enjugó la cara con la faja de oficial—. O’Grady, Kelleher, Rourke, Callaghan, Joyce, Donnell, los hermanos Pearce, O’Toole, Fitzpatrick y Halloran. —Miró la amplia sonrisa que mostraba Harper—. Y he pensado que tal vez necesita a un sargento más. Sólo para ayudarle.

—¿Y quién sería, señor?

—No sé. —Sharpe se puso la chaqueta vieja y empezó a abrocharla—. ¿Tal vez Lynch?

—Creo que a los muchachos les gustará, señor.

Sharpe imitó el acento de Donegal de Harper.

—Estupendo, Patrick, estupendo. ¿Y le importaría si me acabo su té?

—Lo que usted quiera, señor. —Harper se echó a reír—. Dios, qué gusto estar de vuelta.

A las ocho en punto el batallón empezó a descender hacia el valle. El sol se iba convirtiendo en una sombra. Los senderos que habían trazado las cabras obligaban a las compañías a ir en fila india. Los criados de los oficiales les llevaban los caballos. Sharpe, como la mayoría de los oficiales veteranos, había dejado su caballo con el bagaje.

Se había comprado una yegua de siete años en Inglaterra, para reemplazar el caballo barato que había adquirido en el segundo trayecto a Foulness. Jane Gibbons le había puesto *Sycorax* a la yegua.

—¡Si no puedo pronunciarlo! —había gruñido Sharpe.

—Supongo que le hubieras puesto *Florence* o *Peggotty* —dijo Jane mientras le acariciaba el hocico—. *Sycorax*.

—¿Por qué *Sycorax*?

—Era una bruja asquerosa con un nombre hermoso; la madre de Calibán. —La muchacha se rió—. Además, es un nombre bonito, Sharpe.

Así que se llamó *Sycorax*, una bestia robusta y segura con un nombre de bruja,

que se había comprado con las ganancias de los diamantes.

Maggie Joyce le invertía el dinero de los diamantes en la calle San Alban, donde se transformaba en un cuatro por ciento de beneficio. Sharpe recuperó alguna de las joyas; Jane tenía collares, pendientes y brazaletes que había llevado una reina española. Sharpe también se quedó con un segundo collar, la pieza hermosa y delicada de filigrana de oro de la que colgaban perlas y diamantes, que había envuelto, metido en una caja y enviado con un mensajero especial a una dirección de Londres.

La respuesta le llegó el día antes de que el batallón zarpara de Portsmouth.

Querido comandante Sharpe:

¿Cómo puedo aceptar un regalo tan espléndido? Con gratitud y, por supuesto, sorpresa. Es usted un hombre demasiado generoso. Suerte.

Anne, condesa de Camoynes.

Había una postdata:

Habrán leído usted en los periódicos que lord Fenner ha dimitido. Ya no tiene la riqueza para mantener su posición. Por todos sus servicios, le recordaré con cariño, y confío en que usted me recuerde por los míos.

El batallón formaba en el valle. Por encima de ellos, amortiguado por la distancia y la ladera convexa de la colina que ocultaba los acontecimientos a los hombres que estaban esperando, se oía el sonido de mosquetes. Sharpe ordenó que se sacaran las banderas, los colores del primer batallón que estaban manchados y hechos jirones por la guerra. Le habían mandado que añadiera la insignia de las tres plumas en el emblema del batallón, pero todavía no habían tenido tiempo de ponerlas en las banderas. El viento, que levantaba el humo de los mosquetes hacia el cielo, ondeaba las pesadas telas de seda y sacudía las borlas doradas. Sonaban cañones, no británicos, sino cañones de montaña franceses que vigilaban las fortalezas de las rocas. Los recién llegados miraban hacia arriba nerviosos, los veteranos esperaban. Al teniente coronel Girdwood, que tantas veces había soñado con el momento en que pudiera entrar en combate, los sonidos le parecían una cacofonía de infierno y gloria y temblor y muerte; esperaba.

Dejaron los caballos con los criados en el valle. Sharpe, que ya no simulaba consultar a Girdwood, dio las órdenes pertinentes. El batallón avanzaría en formación de dos columnas. La compañía de granaderos iría a la cabeza de la columna de la

derecha, la compañía ligera la de la izquierda, mientras que el sargento mayor Harper y su destacamento irían en el centro, delante de Sharpe y del grupo con las banderas.

—No quiero ninguna tontería, no estamos en un campo de instrucción. Allí no se pueden mantener las filas, ¡así que sigan avanzando! Escuchen las órdenes, pero si no oyen ninguna no harán ustedes nada mal si atacan al frente. ¡Atacar! ¡Siempre! — Echó una mirada a las caras, en particular a las de los novatos, como el capitán Smith y el capitán Carline—. Y no dejen que sus hombres se escondan en agujeros, ¿entendido? Les gusta hacer eso, ¡que se muevan siempre! ¡Sáquenlos fuera, háganlos avanzar!

Describió lo que había visto por el catalejo; aquel paisaje de pesadilla lleno de trincheras y muros, de conductos ciegos donde los hombres podían quedar atrapados con los tiradores franceses situados por encima de ellos, un paisaje rocoso y enredado diseñado para la defensa.

—¡Tiene que ser un trabajo rápido! ¡Si nos detenemos, estamos perdidos! Así que digan a sus hombres que disparen a primera vista, que no esperen órdenes, y avísenlos de que será difícil. —El capitán Smith parecía preocupado por las bayonetas—. Entramos de prisa. Díganles que los franceses tienen más miedo que nosotros.

—Entonces deben de estar muertos de miedo —dijo el teniente Prince, y sonrió a los demás oficiales.

—Lo están —replicó Sharpe—, porque saben que luchan contra nosotros.

Y aunque pareciera extraño, incluso los novatos que no habían combatido nunca y que le habían dado una nueva vida a sus maltrechas carreras, sabían de repente que podían ganar. Seguían a un soldado e iban a entrar en combate.

Tardaron más de dos horas en subir la colina y alcanzar a los primeros batallones que atacaban. Charlie Weller, metido en la última fila de la compañía ligera, vio a su primer enemigo muerto; un hombre destrozado sobre las rocas, con la sangre congelada por el frío. La barba de otro francés muerto estaba también congelada y blanca.

Vio a los muertos británicos: uno con el brazo al parecer desencajado, otro reventado por la bala de un cañón con las tripas azules sobre las rocas. Pero más terribles que los muertos eran los heridos. Charlie pasó delante de grupos de franceses, uno gemía porque se había quedado sin ojos, otro abandonaba la vida en grandes y terribles resuellos: una espada le había abierto el vientre. Un soldado británico le dio de beber vino, pero el hombre ya no podía tomarlo.

Un sargento británico que tenía el muslo izquierdo abierto hasta el hueso y cuya sangre, a pesar del cinturón de piel enrollado en la ingle, chorreaba en el suelo, sonrió a Weller.

—¡Venga muchacho! Zúrrales bien.

Weller creyó que iba a vomitar. Avanzó a trompicones, siguiendo al grupo de hombres que tenía delante, pensando si se acordaría de quitar la baqueta del mosquete antes de disparar. Delante, cada vez más cerca, se oía el ruido de los cañones.

El teniente coronel Girdwood caminaba junto a Sharpe. Sin la brea en el bigote parecía más endeble. Sus ojos, pequeños y negros, escrutaban aquel decorado tan poco familiar. El también percibía la muerte, pero ya había visto antes a hombres destrozados por las balas. Sin embargo, en Irlanda no había visto nunca a hombres desgarrados por el fuego de artillería. Los trozos de carne, como cortados por un carnicero borracho y perturbado, le parecían irreales. Una vez se sobresaltó cuando un perro atravesó delante de él. El sol salía a ratos de entre las nubes, el humo de los cañones de montaña era como una delgada madeja que se elevaba por encima del batallón y que traía el horrible olor del humo de la pólvora. En algún lugar, un hombre chilló, el grito se elevó y se desvaneció con una cadencia espantosa. De repente se acalló y Girdwood se estremeció.

El teniente coronel no entendía lo que veía. No podía distinguir dónde estaban las posiciones enemigas, o lo lejos que habían llegado los batallones que iban a la cabeza. Veía, en el extremo norte de la cumbre, el escarpado pináculo rocoso, envuelto en humo, pero había un terreno vacío ante el pináculo y Girdwood estaba confundido. Una vez, por entre la cortina de humo, vio uniformes rojos que avanzaban corriendo, un grupo de hombres sin ningún tipo de formación, y le pareció oír unos vítores, pero no estaba seguro. Observaba al sargento John Lynch, que avanzaba con dificultad delante de él, y pensó que si Lynch no mostraba miedo él tampoco tenía por qué mostrarlo.

El sargento Lynch estaba aterrorizado. Presentía que haberlo incluido en aquel grupo de irlandeses tenía algún fin, y era un fin que no le gustaba. Había dejado que su acento le saliera, y sonara más irlandés que el de ellos, pero sentía su desprecio y tenía miedo.

Nunca había estado en un grupo como aquél. Sabía cuántos irlandeses combatían en ese Ejército, pero había pensado que tan sólo eran carne de cañón, campesinos a los que se les obligaba a obedecer. No había visto nunca su orgullo. Aquellos hombres estaban seguros de que el comandante Sharpe los había reunido porque quería a los mejores delante, y ¿quién mejor que ellos? Hablaban mal del rey de Inglaterra, bajo una bandera que no era la suya, con un deleite que casi era contagioso.

—¿Sabéis por qué Dios hizo Irlanda tan pequeña? —le preguntó a Lynch uno de ellos, mientras afilaba la bayoneta a golpes contra una piedra.

—No —contestó Lynch nervioso por la confianza que mostraban, una seguridad tremenda.

—Si no, hubiéramos conquistado todo el maldito mundo y ya no quedarían luchas, ¿eh? —El hombre se echó a reír y levantó la hoja para examinar la punta—. ¿Y que harían los hombres entonces?

Algunos de ellos hablaban en gaélico, se reían con Harper; y Lynch estaba seguro de que la risa apuntaba hacia él. Recordaba la muerte de Marriott en el río entre las marismas de Essex, sabía que todavía seguía impune y tenía miedo.

D'Alembord, a la cabeza de la columna de la izquierda, iba a entrar en su segunda batalla. Sabía que el grupo de irlandeses de Harper estaba a su derecha, y estaba decidido a que su compañía ligera resultara mejor. Creía que tenía a los mejores hombres, los más rápidos, los más enérgicos, pero deseaba que Harper regresara para ser su sargento. Desenvainó la espada y, bajo la débil luz de invierno, el acero delgado parecía una arma frágil que empuñar en aquella tierra de rocas y fuego de mosquete y muerte repentina.

Huckfield, un hombre atento y prudente del norte de Inglaterra que había sido ascendido a sargento mayor de compañía, gritó hacia delante:

—¡El comandante manda detenerse, señor!

El batallón se detuvo. Sharpe, delante de los estandartes que indicaban a los franceses quiénes eran sus nuevos enemigos, empuñó su espada. El acero, afilado con cuidado antes del amanecer, rascó en la vaina.

—¡Calen las bayonetas!

Desenvainaron las hojas de diecisiete pulgadas, las encajaron en las bocas, mientras los pocos fusileros que todavía se contaban en las filas de d'Alembord metieron las espadas más largas en sus armas. Entre los fusileros había un joven español, Ángel, que no había prestado formalmente juramento al entrar en el batallón pero que era uno de los mejores tiradores. Los demás hombres de la compañía ligera, sabiendo con qué fanatismo combatía, aseguraban que no viviría mucho.

Estaban al filo del combate, se enfrentaban al caos y a la confusión del ataque, y un comandante de brigada, sudando a pesar del frío después de una larga carrera hacia el nuevo batallón, le dio a Sharpe la poca información que podía de la batalla; luego les ordenó que avanzaran.

Sharpe alzó la voz y la espada.

—¡El batallón se reunirá en el pináculo! —Todos los hombres sabían cuál era su trabajo y la espada mostraba el camino—. ¡Adelante!

En Pasajes, Sharpe había disuelto las cuatro compañías que había formado en Essex. Repartió los hombres entre las compañías existentes, mezclando experiencia con inexperiencia. Sin embargo, y a pesar de eso, sabía que la mitad de ese batallón

no había entrado nunca en combate. Si hubiera podido escoger una batalla idónea para su bautismo, le hubiera gustado combatir en una acción defensiva, con sus hombres seguros sabedores de que siempre que recargaran sus mosquetes con rapidez, no podía sucederles nada malo. En lugar de eso, los entregaba a un ataque frontal en posiciones retenidas con firmeza y fortificadas salvajemente. Allí no podía atacar por el flanco, los fondos del valle estaban empapados con cenagales, y la carretera que se dirigía al norte discurría por la falda de la colina y estaba cortada por los fuertes franceses.

La columna de la derecha, encabezada por la compañía de granaderos, desapareció en un laberinto de trincheras y muros que los primeros atacantes habían tomado. La columna de la izquierda, con menos cobertura, se convirtió en un objetivo para los artilleros franceses. Balas de cañón, más pequeñas que el puño de un hombre, fustigaban a las filas.

—¡Cierren filas! ¡Cierren filas! —gritaban los sargentos.

El teniente coronel Girdwood contemplaba conmovido a cuatro hombres que yacían en el suelo, todos ellos golpeados por la misma bala de cañón. Uno de ellos, tosiendo y sangrando, intentaba reunirse con su fila. Los mosquetes resplandecían delante, las llamas atravesaban a puñaladas el humo que se abría desde un muro de piedra. Las balas daban tirones a las banderas, rasgaban el aire por encima de la cabeza de Sharpe, y él observaba con aprobación mientras d'Alembord se inclinaba a la derecha para flanquear la amenaza. El escuadrón irlandés disparó una descarga contra el muro, la acompañó con gritos helados, pero los franceses se habían ido, retrocediendo a la siguiente barrera, y Sharpe sabía que el batallón tenía que avanzar hasta el corazón de esa maraña defensiva.

—¡Gritad, cabrones! ¡Que os oigan!

Saltó el muro detrás de los irlandeses. Una trinchera formaba ángulo hacia delante, los laterales se levantaban con muros de piedra. Un francés se estaba muriendo en los charcos que había en el fondo de la trinchera, tenía la ropa hecha jirones que le habían hecho el escuadrón de Harper al registrarlo en busca de dinero. Se oyó un mosquete delante de Sharpe, un hombre chilló, y Sharpe salió de un salto de la trinchera para buscar a su derecha alguna señal de su columna más al este.

Las banderas se detuvieron detrás de él. Oía a la compañía de d'Alembord disparando, el chasquido agudo de los fusiles se distinguía entre el ruido constante del fuego de mosquetes que henchía el aire. Unas balas daban contra la roca que tenía al lado, retorciéndose en rebotes, zumbando y punzando a su alrededor, y seguía sin poder ver la columna de la derecha. Oía los chasquidos de los mosquetes procedentes de su dirección, un grito de alegría y luego las explosiones que sonaban como pequeños proyectiles que estallaban.

—¡Sargento mayor! ¡Derecha! ¡Derecha!

Alguien le gritó la orden a Harper. Sharpe ya estaba atravesando la roca abierta en busca de los granaderos. Atravesó un banco de humo de mosquete y los vio, agazapados en una hondonada de rocas. Su avance lo detenían dos compañías de tropas francesas situadas a lo largo de un muro de piedra por encima de ellos, vertían el fuego de mosquete en las filas bien apretadas y hacían rodar los proyectiles, con las mechas encendidas y humeantes, hacia el ataque atascado, donde los proyectiles explotaban y hacían retroceder a la compañía de granaderos.

—¡Adelante, cabrones! ¡Adelante!

Sharpe observaba a los granaderos que escalaban el muro. El sargento Lynch, con su immaculada bayoneta, iba caminando detrás de los hombres de Harper, y Sharpe le gritó que los alcanzara. Al alférez que llevaba la bandera del rey le dispararon, el estandarte cayó y lo cogió un sargento. Sharpe vio que la siguiente barrera estaba llena de fuego de mosquetes. Los hombres de Harper estaban volviendo a cargar, agazapados tras un muro, y Sharpe gritó a los granaderos que atacaran deprisa. Los franceses, que habían huido a la nueva posición, todavía se estaban instalando. Estaban nerviosos y éste era el momento de atacar.

—¡Adelante! ¡Adelante! —No tenía a la vista a la columna de la izquierda, pero había entendido que la lucha iba a ser así—. ¡Venga, bastardos! ¡Gritad!

Los muchachos gritaron. Iban corriendo junto a él, con las bayonetas brillantes. Los hombres de Harper dispararon una descarga delante de ellos, lanzando trozos de piedra en las caras de los defensores, luego Sharpe oyó el bramido de los mosquetes franceses, vio la oleada de humo sucio, más gris que el de los ingleses, y sintió que las balas le pasaban cerca y alcanzaban a los hombres que venían detrás, pero él estaba a salvo, llevaba la espada en la mano y gritó mientras saltaba el muro e iba segando con ésta.

Un francés intentó parar el golpe con su mosquete, pero lo único que consiguió fue desviarlo de manera que la enorme espada le diera en el antebrazo, destrozándole el hueso y cortándole la articulación del codo. El hombre chilló, Sharpe pasó, y un oficial francés, con una espada delgada y brillante, lo desafió. El oficial les gritaba a sus propios hombres, Sharpe no sabía si para que retrocedieran o contraatacaran. Él lanzó su grito de guerra, vio el miedo en el francés y arremedó con su espada, torciendo al mismo tiempo su mano de manera que la hoja, al clavarse en el estómago del enemigo, no quedara atrapada por la succión de la carne. Arrancó la hoja, le dio un revés a la respuesta débil y moribunda del francés, pasó por encima del hombre caído y gritó a sus hombres que siguieran avanzando. La velocidad lo era todo, allí, la velocidad haría que el ataque fuera atravesando los sucesivos muros antes de que los defensores pudieran instalarse y apuntar.

A su lado, chillando y gritando como hombres poseídos por el diablo, avanzaba arrolladora la compañía de granaderos. Tenían la moral alta: resistieron el primer

golpe, sobrevivieron, y ahora corrían ante él sin pensar en la muerte que, tan sólo unos minutos antes, les había aterrorizado. El aire zumbaba con las balas de los mosquetes, los gritos, el humo espeso como la niebla. Sharpe sabía que los hombres nuevos, conquistado el primer terror, estaban delante de las filas de ataque. Los veteranos, más cautos porque eran más sabios, les dejaban ir delante.

Sharpe se fue hacia la izquierda. El grupo con las banderas, intentando quedarse con él, lo siguió. Volvió a oír los fusiles, luego vio a los hombres ocupados con las bayonetas, metiendo las hojas en una trinchera mientras que, detrás de ellos, la compañía número tres había rebasado a d'Alembord por el flanco hacia la izquierda y aguantaba el ataque desde ese lugar. Eso era lo que se suponía que tenían que hacer las compañías de apoyo, pero la tercera estaba al mando de Carline. Sharpe le apuntó un buen tanto al nuevo oficial.

Un muro de piedra, luego otro. Los franceses formaban una línea, pero los ataques procedían primero de la izquierda, luego de la derecha, los franceses retrocedían. Un trozo de piedra le dio a Sharpe en el pómulo, una bayoneta le rasguñó el muslo y una bala de mosquete le arrebató y destrozó la cantimplora. Eran los instantes que después recordaría con terror, pero de momento hacía que el batallón siguiera moviéndose y acercándose cada vez más a las últimas defensas, los muros que rodeaban el pináculo. Sus hombres luchaban ahora en profundas trincheras, acorralando al enemigo en trampas de rocas, siguiendo su camino en medio del júbilo de la batalla que no permitía que un hombre sintiera miedo y piedad, sino ira para matar y sobrevivir.

Vio casacas rojas con vueltas blancas a su derecha y se dio cuenta de que los hombres de otros batallones seguían tras el hueco que se había abierto en las defensas de la colina. Nadie les había dicho que vinieran, ningún oficial los había organizado, pero aquél era el Ejército de Wellington y así era como combatían. El South Essex, pensó Sharpe, podía haber retenido aquella colina contra las legiones del mismísimo infierno. Entonces un chasquido le hizo darse la vuelta. Se llevó la mano a la cara, pues le había pegado el aire de una bala de cañón al pasar. Los cañones de montaña, en el pie del pináculo, masacraron con una descarga a los atacantes, e hicieron que Sharpe y el grupo que portaba los estandartes se metieran en una trinchera. No había señal del teniente coronel Girdwood.

Iba pisando a muertos y heridos. Vio un mosquete británico abandonado, con la bayoneta casi doblada por la mitad a causa de la fuerza de una estocada que había dado contra la roca. Había charcos resbaladizos de sangre. Un perro bebía de uno de ellos, luego echó a correr para alcanzar a su amo. Las balas de los mosquetes franceses pasaban continuamente por encima de su cabeza, el sonido de las descargas era como el de un fuego furioso entre espinos, los estruendos de los cañones de montaña ensordecedores. El ataque se detuvo. Las trincheras que conducían al

pináculo, zigzagueando por entre los muros, estaban bloqueadas, allí donde atravesaban las defensas exteriores, por barreras transversales de piedra. A medida que los franceses se veían obligados a retroceder, los fugitivos de las posiciones capturadas reforzaban las otras defensas.

—¡Venga! ¡Venga!

Sharpe se abrió camino hasta el frente donde los hombres, arrodillados en las trincheras, disparaban inútilmente contra los obstáculos. Tres cuerpos yacían arriba de la trinchera, lo que quería decir que los franceses, ocultos por el muro superior, tenían el avance cubierto por los cañones.

Parecía que los hombres temblaran, no de miedo sino de impotencia, lo miraban fijamente con los ojos bordeados de manchas de pólvora, salpicados de sangre. Sharpe se dio cuenta de que todavía querían atacar, pero ningún hombre podía atravesar la trinchera y sobrevivir mientras los cañones de montaña, que disparaban desde el corazón de la posición enemiga, convirtieran el terreno que estaba encima en una trampa mortal. Sharpe se aupó hasta el parapeto de la trinchera y miró a la derecha. El terreno descendía abruptamente hacia la carretera, pero no se podía pasar por allí. Se preguntaba dónde estaban los hombres de d'Alembord y sintió vergüenza por esperar que la otra columna hubiera arrancado al enemigo de su posición y le ahorrara la necesidad de atacar.

—¡Carguen! —Esperó mientras los hombres que tenían los mosquetes vacíos volvían a cargar—. ¡Directo a los bastardos! Un esfuerzo, muchachos, sólo un esfuerzo más.

Los chicos sonrieron. Tenían los nudillos blancos de agarrar sus armas.

No tenía sentido esperar. La indecisión tan sólo le proporcionaba tiempo a la mente para imaginar lo que esperaba en aquel lugar donde las balas de los mosquetes vibraban en el aire y el humo que salía de las baterías de cañones era espeso. Tan espeso, percibió Sharpe, que el enemigo tenía que mirar a través de la neblina que él mismo producía.

—¡Venga! ¡Que les oigan! ¡Que les oigan! —aullaba como si fuera un grito de guerra mientras subía por el lateral de la trinchera.

Durante unos segundos pensó que estaba solo. Temía ponerse de pie sobre el parapeto de la trinchera, temía perder la alegría que había encontrado, pero se obligó a hacerlo y avanzó corriendo, gritando, oyendo su voz sola en el estruendo de los cañones. Entonces oyó unos vítores detrás de él y vio, a su izquierda, que más hombres surgían del refugio de los muros y escuchó sus gritos salvajes.

Patrick Harper, en el centro de la línea, vio que Sharpe hacía avanzar a la columna derecha y le gritó a su grupo que fuera hacia el muro. Había un canto rodado al exterior de la línea enemiga, con los flancos descantillados y blancos por las balas, y él corrió hacia allí, descolgándose el arma de siete cañones mientras avanzaba,

cantando un aire extraño inventado por él mientras saltaba, se detenía en la cima del borde, un blanco enorme para todos los mosquetes franceses que estuvieran en la ciudadela rocosa, y empezó a disparar.

Las siete balas salieron vomitadas, despejando un trozo de muro al derribar a tres enemigos, y Harper saltó, levantando el arma como un garrote. Tenía a sus hombres junto a él, chillando como esos espíritus malignos irlandeses, las *banshees*, rajando y arrancando con sus hojas, y tomaron el muro. Sharpe estaba del otro lado, a la derecha, y la trinchera estaba rebasada; gritó a las compañías que avanzaran al siguiente muro que estaba envuelto por la niebla de la batería:

—¡Venga! ¡Venga!

La velocidad lo era todo. No había tiempo para formar una línea, o alinear filas, tan sólo había tiempo para levantar las bayonetas manchadas de sangre y llevarlas hasta la defensa siguiente y volver a matar. Un cabo británico, con la mandíbula reventada por un cañón de montaña, lloraba entre sus manos empapadas en sangre. Un perro, al que le habían dado en las ancas, gemía inútilmente llamando a su amo muerto.

Charlie Weller, en su primer combate, escuchaba los gritos y el ruido, y pensó que nunca sería capaz de avanzar, pero lo hizo. Le había ayudado estar al final de la compañía, siguiendo al hombre que iba al frente, sin saber con certeza qué cosas terribles eran las que provocaban los gritos que procedían de las primeras filas. Una vez, por entre una cortina de humo, vio una bandera francesa que ondeaba en el pináculo, y, de alguna manera, aquella batalla no se parecía a nada que él hubiera imaginado. Oía los gritos de los enemigos, más altos de lo que él hubiera pensado, y vio lo que les habían hecho a hombres más grandes que él; sin embargo, avanzaba escuchando a los sargentos pero en realidad sin oírlos. *Boney*, gimoteando a causa del ruido, permanecía cerca y leal. La bala de un mosquete dio en el chacó de Weller, se lo hizo caer sobre el ojo izquierdo y él se lo enderezó nervioso. Se puso de cuclillas cuando su escuadrón se detuvo, miró las pulgadas de bayoneta sin sangre que tenía ante sus ojos y pensó que no llegaría nunca a ser soldado.

—¡Señor Price! —gritó una voz desde el frente de la columna—. ¡Lleve a su escuadrón a la derecha!

—Ésos somos nosotros, Charlie. —El soldado Clayton, un canalla cuya mujer era la envidia del resto del batallón, sonrió a Weller—. Reza tus oraciones y no te hagas pipí encima. ¿Listo?

Un estruendo de mosquetes se oyó en el frente de la columna, luego el teniente Price, con su torpe espada en la mano, ordenaba a sus hombres que lo siguieran.

—¡Venga, muchachos! ¡Nos pagan para esto!

Weller, creyendo que al cabo de unos segundos estaría muerto, y pensando en su madre que le había dicho que tendría un fin miserable si se hacía soldado, se encontró

con que sus piernas se movían con obediencia a los gritos del oficial. Aguantó el mosquete delante de él, imitando a otros hombres, y luego oyó que gritaban e intentó gritar él también, aunque lo que le salió fue más un gemido de terror añinado; y de repente, en una trinchera detrás de un parapeto de poca altura hecho con rocas amontonadas, vio a unos hombres con bigote que apuntaban con sus mosquetes enormes contra él.

Los mosquetes dispararon. Weller chilló con terror absoluto y, sin saber cómo, el chillido se convirtió en ira y vio a Clayton que saltaba dentro de la trinchera y atravesaba a un enemigo con la bayoneta. A Charlie le parecían enormes y de repente se sintió muy pequeño, pero entonces ya se encontraba en el borde de la trinchera y un francés, un pedazo de hombre que le recordó a Charlie el herrero de su pueblo, arremetía con su bayoneta.

Desesperadamente, como si fuera una horca, Weller paró el golpe. El chasquido de los dos mosquetes al encontrarse fue potente y, con la fuerza que le había dado ser criado en una granja, hizo el arma del enemigo a un lado y, de repente, oyó a Clayton que le gritaba:

—¡Mata al cabrón, Charlie! ¡Mátalo!

Empujó la bayoneta, chillando más de miedo que de rabia, y la hoja penetró en el cuello del enemigo. El hombre se giró, Weller perdió el equilibrio y cayó encima del herido. El francés le golpeó y Weller le asestó un puñetazo en la cara con bigote, y luego una hoja pasó por encima de su hombro y penetró en el pecho del francés. El hombre jadeó una vez, se ahogó y se quedó quieto.

—No está mal, Charlie, pero agárrate al arma. —Clayton lo levantó—. Cógete la mochila del franchute. ¡Rápido!

—¿Su mochila? —preguntó Charlie, que se había olvidado totalmente del consejo de Harper.

—¿No lo has matado para eso?

Weller desabrochó las correas de la mochila, la sacó de la espalda del cadáver sin importarle que estuviera empapada en sangre. Sacudió todo lo que contenía, abandonó la ropa pero compartió una salchicha con *Boney*, luego se abrochó el trofeo. Cuando todo hubiera terminado, traspasaría sus pertenencias a la nueva mochila. La miró orgulloso.

—¡Venga! ¡Venga! ¡Venga! —les gritaba el capitán d'Alembord—. ¡Moveos!

Ángel, chillando de rabia, intentaba contar a los franceses con los que había acabado mientras iba matando más. Junto a él, siempre en silencio, Daniel Hagman, con el hombro herido ya curado, disparaba su fusil con precisión mortífera.

—Venga, Charlie —le dijo Clayton empujándolo.

La compañía ligera estaba alcanzando las defensas del pináculo y Weller, con la bayoneta ensangrentada y las manos resbalosas de la sangre enemiga, empezaba a

pensar que tal vez llegaría a ser soldado.

El teniente coronel Bartholomew Girdwood entonaba una canción. Estaba sentado en una trinchera abandonada, con los muertos yaciendo como cosas rotas a su alrededor, y cantaba:

*Estamos entre el fragor de la batalla
y todo es por la victoria, muchachos,
por nuestra bandera luchamos.
¡Hurra!*

Volvió a cantar, mientras las lágrimas le rodaban por el rostro y se acumulaban en las esquinas de su bigote sin embrear. Oyó el disparo de unos de los cañones de montaña y sintió un estremecimiento que le provocó más lágrimas. El teniente coronel Girdwood miró a uno de los muertos, un cabo galés que yacía con un agujero de bala en la garganta, y le explicó al hombre que, en verdad, aquello no era una batalla. No era una batalla en absoluto, pues las batallas, le dijo, se libraban en llanuras. Siempre en llanuras, no en colinas. El cabo no contestó y el teniente coronel Girdwood le gritó al hombre que si no contestaba lo arrestaría.

—¡Habla, cabrón! ¡Habla!

Otro cañón le hizo gemir. Miró al cielo.

—Veinticuatro pulgadas es el intervalo adecuado entre los hombres en el ataque. Formen.

Se echó a reír. Pensaba que tal vez pudiera salir de la trinchera y poner algo de orden en aquel lugar. Miró al cabo.

—La piel de ella es blanca, ¿sabes? ¿Lo sabías? Blanca, blanca. —Se miró los pies—. Dos pies.

Volvió a cantar su poema.

Entonces, del otro lado de la esquina de la trinchera, uno de los muchos perros que plagaban aquel batallón avanzó trotando hacia el coronel. Miró a Girdwood, olisqueó la sangre del muerto y empezó a preocuparse por la garganta del cabo galés.

—¡No! ¡No! —le gritó Girdwood al perro.

Extrajo su pistola, apuntó, pero el pedernal dio con una cazoleta vacía. Las manos le temblaban, demasiado para poder volver a cargar. El perro lo miraba, con las quijadas rojas y mojadas, meneó la cola y el teniente coronel Girdwood, que lo único que quería era combatir en una batalla real, chilló y chilló sin parar.

—¡Cristo! —se exclamó d'Alembord, a quien le resultaba un milagro seguir estando vivo, separándose de un rebote que daba contra la roca que tenía junto a él.

Oyó los gritos provenientes de la derecha, se dio cuenta de que la compañía de granaderos debía de estar atacando el muro y, aunque una parte de él tenía la terrible tentación de dejar que ellos acabaran el trabajo, también sabía que no podría perdonarse si así lo permitía.

—¿Están cargados?

—¡Sí, señor! —contestaron las voces a coro.

—¡Una vez más, muchachos! Una vez más hacia la brecha, que debemos estar locos. ¡Venga!

Se reía históricamente mientras los iba guiando. Vio a los franceses situados tras el muro, gritó la orden de disparar, y la misma descarga de sus hombres le pasó silbando por los oídos mientras él saltaba hacia el extremo superior del muro. Blandió su espada contra el aire vacío e hizo que sus hombres, que iban avanzando a trompicones por encima de las piedras, fueran en dirección a las troneras de los cañones de montaña, rodeados por un humo bien espeso. Un oficial francés lanzaba piedras desde la parte superior de la muralla improvisada, pedazos enormes de roca que rebotaban y caían con gran estrépito en dirección al ataque británico.

Charlie Weller no había disparado aún cuando d'Alembord dio la orden. Había toqueteado el mosquete, luego se había quedado sobrecogido por el estallido de los cañones cerca de sus oídos. Todavía tenía el mosquete cargado. En Lincolnshire, en la granja donde trabajaba su padre, a veces le dejaban ir con el granjero a matar conejos. Al granjero le gustaba fanfarronear delante del joven Weller.

—¡Si les quita los ojos!

Apuntó al oficial francés que lanzaba las piedras grandes. De repente, Weller no tenía que pensarlo, el arma parecía una parte de él; disparó, sintió la pólvora ardiendo que le escocía en la mejilla, y el oficial retrocedió. Por fin había matado. Gritó de alegría por haberlo conseguido y cargó junto con los otros hombres de su compañía; era un soldado. Ángel le dio una palmadita en la espalda.

—¡Bien hecho!

El capitán Smith, cuya compañía se había colocado en el flanco derecho de d'Alembord, se estremecía aterrorizado. Un oficial francés muerto yacía a sus pies, lo había matado Smith con la espada. Acababa de hacer lo que había hecho Charlie Weller; se había convertido en un soldado.

—¡Detrás de mí!

El grito le pareció débil, pero los hombres lo siguieron. Observó cómo desalojaban las últimas trincheras, oyó sus gritos y no se percató de que el fuego francés aminoraba.

Charlie Weller, con el perro a su lado, ya no encontró más enemigos en aquel lado del pináculo. Estaba observando el otro ataque, viendo a Sharpe y a Harper juntos; y, de repente, se sorprendió por haber compartido la tienda durante ocho días con aquellos hombres que, buscando instintivamente en la batalla, iban abriendo un paso hacia las últimas defensas. El grupo de irlandeses iba con ellos, gritando sus amenazas, pero los franceses corrían. Los gritos se oían por doquier, el sonido de la victoria, pero todavía quedaban algunos hombres agazapados en los huecos de las rocas, con los mosquetes cargados y, como si se tratara de alimañas, Sharpe los atacaba. Las hojas de sus hombres estaban rojas hasta la empuñadura. El tenía su rifle y su bayoneta en las manos, pero en ese momento, al ver a los franceses que bajaban corriendo por la ladera opuesta, gritó a sus hombres que cesaran el fuego.

—¡Hagan prisioneros! ¡Hagan prisioneros!

Sharpe oyó aquel grito. Había vuelto a matar, había metido la espada por uno de aquellos agujeros, pero ahora se percataba de lo que Harper veía: el enemigo se retiraba presa de la confusión. Miró hacia arriba. En el pináculo, al que se podía acceder por unos peldaños naturales marcados burdamente en la roca, no ondeaba la bandera tricolor sino una camisa blanca. Un hombre, agitando un pañuelo sucio, oteaba con cautela por el borde. Sharpe le ordenó que descendiera. Todo había terminado: habían derribado la última barrera de las montañas de la frontera.

Se encaramó al cañón caliente de uno de aquellos cañones de montaña, apoyando el pie en la rueda, y dirigió la mirada hacia el norte. Vio una campiña amplia, ondulada, extrañamente verde del otro lado de aquellas montañas invernales, salpicada de pueblecitos, y poblada con muchos árboles que todavía mantenían las últimas hojas del otoño. Como plata fundida que se hubiera derramado, bajo los reflejos de la luz del sol, vio los ríos y los lagos de una tierra fértil: Francia. Aquella noche, cuando los muertos estuvieran enterrados, avanzarían hacia aquella tierra, el corazón del enemigo. Detrás de él, ondeadas por la brisa, iban las banderas de seda por las que él había luchado para que estuvieran allí. Estaban en Francia y habían conseguido la victoria.

—Murmura algo de campos verdes —anunció d'Alembord—. O algo de pieles blancas, que no es muy poético. Se ha vuelto loco.

—¡No puede ser!

—¡Ha perdido totalmente la chaveta! —dijo d'Alembord mientras limpiaba la hoja de la espada—. Está lloriqueando, recitando unos poemas que no me atrevo a repetirle y farfullando como un idiota. Si estuviera en Bedlam, pagaría usted dos peniques para verlo. El sargento Harper separa a los curiosos, pero yo creo que requiere su atención, señor.

—¿Qué diablos se supone que debo hacer con él?

—Si fuera usted, lo ataría y lo enviaría a la brigada. Allí están acostumbrados a los coroneles locos.

Sharpe sonrió.

—Cuenta las bajas, Daily, voy a ver a Girdwood.

Bartholomew Girdwood estaba tal como había descrito d'Alembord. Iba amontonando trozos de roca sobre el muslo; sentado, con unas lágrimas que le corrían por la cara, a veces se reía, a veces cantaba trozos tristes de poemas heroicos bajo el aire helado.

—¡Teniente Mattingley!

—¿Señor?

—Necesitará dos hombres. Llévelo a la brigada.

—¿Yo, señor?

—Usted.

Sharpe volvió a mirar al teniente coronel que había perseguido a los reclutas de Foulness, que se había creído el mejor de los soldados, un guerrero que se había muerto de ganas por tener una oportunidad de luchar contra los franceses.

—No hace falta que lo ate. Trátelo con amabilidad.

—Sí, señor.

Sharpe regresó al pináculo, que estaba coronado por sus estandartes bajo el sol de la tarde. El humo todavía olía a pólvora y a sangre, todavía se oían los sollozos de los heridos. Dio las gracias a Smith, Carline y los otros oficiales. Se detuvo junto a los heridos y les dijo que se pondrían bien. Les gritó a los músicos que se apresuraran con las camillas. D'Alembord, cuando Sharpe volvió al pináculo, regresaba con las bajas de la carnicería. Sharpe vio que el alto capitán parecía triste.

—Dígame, Daily.

—Once muertos, señor, cuarenta y tres heridos.

—¿Malheridos?

—Unos veinte, señor.

—¿Oficiales?

—El capitán Thomas está muerto, señor —dijo d'Alembord, encogiéndose de hombros—. ¿Eso significa que Harry se queda con su compañía, señor?

—Sí.

Price estaría contento, aunque el ascenso fuera a causa de una muerte. Sharpe pensaba que las bajas no eran excesivas.

—¿Hemos perdido a algún sargento?

—Sólo a Lynch, señor —dijo d'Alembord con desaprobación.

—¿Lynch?

—Rajado, señor —contestó d'Alembord con ojos acusadores.

—Una docena de bastardos debe de haber caído sobre él, señor. No resulta muy

agradable de ver.

—Se lo merecía, Daily.

—Yo tenía entendido que había tribunales militares, señor.

Sharpe miró al alto capitán, sabía que se merecía la recriminación de d'Alembord.

—Sí, tiene usted razón.

D'Alembord se sintió muy incómodo al oír la respuesta de Sharpe.

—Pero el batallón luchó bien, señor, de verdad lucharon bien.

—¿Sí? —A Sharpe le gustó el cumplido—. ¿Qué tal Weller?

D'Alembord sonrió, aliviado porque ya había pasado el momento.

—Muy bien, señor. Será un gran soldado. Y muy bien por usted, señor.

—Gracias, Daily.

Sharpe se quedó debajo del pináculo observando a los grupos de hombres que trasegaban por el paisaje rocoso llenos de heridas, y que retiraban a los muertos y heridos antes de que los animales carroñeros aparecieran por el cielo invernal.

—¡Sargento mayor del regimiento!

—¿Señor? —contestó Harper avanzando hacia él.

—Gracias por su esfuerzo.

—No ha sido nada, señor.

Sharpe había encontrado una cantimplora francesa abandonada llena de vino, y dio un sorbo.

—El coronel se ha vuelto loco. —Le tendió la cantimplora a Harper—. Y he oído que ha perdido usted a Lynch.

—Sí, señor —dijo Harper sin sonreír—. ¿Así que ya se ha acabado todo?

—Y olvidado, Patrick. Diga a sus hombres que han luchado bien.

—Lo haré, señor.

El Ejército ya iba avanzando por la carretera que flanqueaba la ladera de la colina. Sharpe oía el estruendo de las ruedas de los cañones que entraban en Francia. Miró hacia el otro lado, hacia los lejanos picos de España que, ahora que el sol se había quedado envuelto entre nubes, quedaban ensombrecidos. Tenía una hija allí. Había luchado en aquel país durante más de cinco años, en montañas y valles, en fortalezas y en las calles de las ciudades; y ahora se iba.

—¡Señor!

Miró hacia la izquierda. El capitán Smith sonreía como un idiota y le miraba con autocomplacencia; Sharpe metió la espada limpia en la vaina.

Allí donde la carretera rodeaba la ladera de la colina, veía a un grupo de cuatro mujeres con unos criados españoles que les llevaban las bridas de los caballos.

Las mujeres eran las esposas de los oficiales de Sharpe. Más cerca, sonriéndole y subiéndole por la colina con la atención y ayuda, totalmente innecesarias, de una docena de hombres, iba su propia esposa. Llevaban casados dos meses. Ella había

insistido, a pesar de las órdenes de Sharpe, en acompañarle.

—Siempre he querido viajar. Además, me irá bien para mis dibujos.

—¿Dibujos?

—Dibujo y pinto, ¿no lo sabías?

—No.

Isabella, que había decidido que Londres era un lugar extraño y temible, había insistido en regresar como sirvienta de Jane. Harper, que le había ordenado a su mujer embarazada que se quedara en Londres, había sido absolutamente desobedecido, al igual que Sharpe.

—¡Richard! —gritó Jane, que se cubría con una capa roja.

—Amor mío —contestó él, y le pareció extraño decirlo ante tantos hombres.

La mujer sonrió y lo atravesó con su belleza como una espada.

—He visto al teniente coronel Girdwood, pobre hombre.

—Pobre hombre.

Se volvió y miró el campo de batalla. Los británicos muertos ya no estaban, pero los cadáveres de los franceses, desnudos, todavía yacían entre las rocas.

—¿Me da tiempo de hacer un dibujo?

—No resulta muy propio, ¿no?

—No seas pomposo —contestó ella sonriéndole; puso a *Rascal* en el suelo y sacó de su bolsa una libreta ancha y una caja de lápices.

Llevaban dos meses casados y Sharpe no se había arrepentido ni un momento. Nunca imaginó aquel tipo de felicidad, incluso tenía miedo de que un día le fuera arrebatada, y ni siquiera le importaba que los hombres se rieran de él. La risa no era cruel y él era feliz. Creía que también Jane era feliz. Le asombraba que la felicidad de su esposa fuera tan importante para él. Observó su lápiz, sorprendido de su destreza.

—Tengo que ir a hacer formar el batallón.

—Eso te pasa por ser importante y pomposo. No olvides que estoy aquí.

—Intentaré que así sea, pero te pierdes de vista con facilidad —le dijo a Jane, sonriendo y pensando que era el hombre más afortunado del mundo.

Una hora más tarde les ordenaron que dejaran la colina. El batallón estaba formado en orden de desfile a un lado de la carretera, listo para avanzar y con los bagajes detrás. El capitán Harry Price iba a la cabeza de una compañía. Las banderas estaban de nuevo recogidas.

Avanzaban hacia Francia.

Sharpe montó a *Sycorax*. Jane estaba junto a él sobre su yegua. Empezaba a llover, las gotas eran grandes como peniques cuando caían sobre las rocas.

—¡Sargento mayor!

—¿Señor?

—El batallón marchará en líneas de compañías.

—¿Hacia dónde, señor? —preguntó Harper sonriendo.

—¡Hacia Francia!

Pero, de repente, antes de que se diera la orden de marcha, y con gran embarazo por parte de Sharpe y alegría por el de su mujer, alguien lanzó unos vítores. Gritaron por ellos y por su victoria. El ruido se fue extendiendo hasta que el Voluntarios del Príncipe de Gales llenó el valle con su regocijo.

Sharpe había cogido a unos hombres destrozados y perseguidos y los había convertido en soldados.

—¡Es suficiente, sargento mayor!

—¡Señor! ¡Batallón!

Girdwood estaba loco, así que estos hombres, hasta que nombraran a otro coronel, eran de Sharpe. Contempló cómo marchaban, escuchó las canciones que ya habían empezado y pensó en cómo habían luchado entre las rocas hasta conseguir la victoria. El consideraba que eran tan buenas tropas como cualquier otra que hubiera conocido antes y, de momento al menos, eran sus hombres, su responsabilidad y su orgullo. Jane, que lo observaba, percibió en el rostro de Sharpe, duro y severo, un destello acuoso que no era de lluvia. Sharpe contemplaba a los hombres por los que había luchado contra todos los bastardos que los despreciaban porque eran simples soldados. Ellos eran sus hombres, sus soldados, su regimiento; eran Sharpe y su regimiento.

Nota histórica

La batalla de Vitoria, descrita en *Sharpe y la batalla de Vitoria* acabó con las esperanzas de los franceses en España. Un puñado de guarniciones aguantaron en las fortificaciones, pero los Ejércitos de campaña franceses, derrotados por Wellington, huyeron hacia el norte atravesando los Pirineos. Nadie esperaba que regresaran. Se pensaba que el resto de 1813 se pasaría limpiando las guarniciones francesas y preparando, desde la nueva base de aprovisionamiento, la invasión de Francia. Un buen momento para regresar a Inglaterra.

Sin embargo, Sharpe y Harper, al volver a Gran Bretaña, se perdieron un combate duro y confuso. El mariscal Soult, enviado por Napoleón para apuntalar las defensas que se desmoronaban en la frontera española, sorprendió a Wellington al atacar en lugar de esperar con pasividad a verse atacado. Los Ejércitos marcharon, contramarcharon y combatieron en medio de los Pirineos, pero hacia finales de otoño todos los ataques franceses habían sido derrotados; las últimas fortificaciones que les quedaban en España habían sucumbido, siendo la caída de San Sebastián especialmente horrible, y Wellington pudo finalmente penetrar en Francia. Sharpe y Harper regresaron a tiempo para el final del combate en los Pirineos que liberó las estribaciones.

La acción que se describe en el epílogo de la novela está basada en la famosa descripción de sir William Napier del papel que desempeñó el cuarenta y tres durante la batalla de Nivelles, el 10 de noviembre de 1813. Napier describió la batalla en el volumen V de su *History of War in the Península*. Se trata de un relato particularmente fidedigno, pues sir William Napier había sido el oficial al mando del Cuarenta y tres durante el ataque en el Bajo Ródano.

Las batallas de Sharpe con la jerarquía del Ejército en Inglaterra son igualmente históricas. El mando del Ejército británico durante las guerras napoleónicas era un caos: escindido por los celos entre el Ministerio de Guerra y la Guardia Real y con la burocracia siempre ávida de mantener su participación. Se trataba de un sistema corrupto, dado a los abusos, cuyo escándalo más famoso fue el de 1809, cuando se descubrió que Mary Anne Clarke, siendo amante del duque de York, comandante en jefe, había estado vendiendo ascensos a unos oficiales. Le habían pagado y ella persuadía a su amante de que hiciera los nombramientos. Algunas veces, cuando el duque se olvidaba, ella le dejaba notas clavadas con alfileres en las cortinas de su cama. El duque, el segundo hijo del rey Jorge III, aunque se probó que no había recibido dinero, se vio obligado a dimitir durante dos años.

El duque de York tenía mala prensa: hasta los niños conocían al gran duque de York, que tenía diez mil hombres a quienes hizo avanzar colina arriba y luego bajar otra vez. Era un general de campo tan malo e indeciso como señala esa canción

infantil, escrita después de la desastrosa campaña de Flandes, en 1794, en la que luchó por primera vez el soldado Richard Sharpe con dieciséis años. Pero, en verdad, y aparte de la cuestión de las cortinas, fue un administrador de lo más eficiente que llevó a cabo unas reformas muy necesarias y sensatas en el Ejército. Dar empleo a los hijos jóvenes de los monarcas siempre ha sido un problema menor de la especie humana, pero a Federico, duque de York y Albany, le iba bien aquel trabajo.

Sin embargo, era poco lo que él, u otro, podía hacer para poner freno a la corrupción existente en el sistema de reclutamiento. Sospecho que el sargento Horatio Havercamp muestra la mayoría de engaños del negocio, aunque me gusta creer que Horatio no hubiera caído tan bajo como algunos grupos de reclutamiento que proporcionaban las prostitutas pagadas para inmovilizar a los voluntarios reacios en la cama. Los burdeles donde tales damas con tanto sentido del deber público trabajaban eran conocidos como casas de reclutamiento. No había servicio militar obligatorio, por supuesto, y todos los hombres, incluso los prisioneros que eran entregados ilegalmente a los reclutadores, eran «voluntarios». Al Ejército le hubiera gustado mucho tener un sistema de patrullas de enganche como el de la Armada, pero, a falta de eso, dependían de las artimañas de sus reclutadores y del peso de sus bolsas. Las primas eran generosas, aunque el recluta se veía, de una manera u otra, privado de la mayoría, y muchos coroneles añadían sus propias recompensas pecuniarias a los reclutadores con éxito. Este tipo de reclutamiento existía con bastante legalidad. A los contratistas, comerciantes civiles independientes, el Ministerio de Guerra les ofrecía una cantidad de dinero por cabeza y sus beneficios estribaban en mantener las primas bajas y las promesas altas. Fue utilizado en Irlanda, donde la pobreza hizo que tantos hombres se enrolaran en las filas del Ejército británico. En los primeros años de la guerra, se ofrecían nombramientos a los hombres que llevaran al Ejército bastantes reclutas; de hecho, es así cómo sir Henry Simmerson consiguió su graduación de teniente coronel en la novela que inició esta serie, *Sharpe y el águila del Imperio*.

Estos recursos eran muy necesarios, pues, a excepción de algunos regimientos selectos, como los Fusileros o las Guardias, la mayoría de unidades estaban siempre carentes de reclutas; una escasez a la que no ayudaba la existencia de una Milicia Nacional que se llevaba a los hombres buenos del Ejército regular. Al príncipe regente le gustaban los desfiles en Hyde Park, en particular cuando se exponían ante él los trofeos enemigos. La familia real del período de regencia no disfrutó del cariño que recibe del público la familia real actual; no resultaban lo suficientemente atractivos. El rey Jorge III había perdido la razón a causa de una enfermedad y su hijo mayor era un gandul fastuoso que odiaba a su padre. Tan impopular era la familia real, que el ayuda de cámara del hijo menor del rey fue aplaudido por el populacho cuando le abrió la cabeza a su amo con un golpe de espada. Los desfiles en Hyde

Park, además de dar rienda a las fantasías militares del príncipe regente, le permitían aparecer en público para recibir más adulaciones que vítores. El público británico, aunque nunca ha sido muy amante de lo militar, estaba orgulloso de lo que el Ejército estaba haciendo al mando de Wellington, y asistía con respeto a Hyde Park a vitorear o a ver los montajes patrióticos que se representaban en los teatros de Londres.

El príncipe regente, después de convertirse en rey, expresó en público la fantasía de que había estado presente en los campos de batalla durante la última guerra. Llegó a incomodar a Wellington afirmando, durante una comida, que había conducido una carga en Waterloo. El duque, muy diplomático, guardó silencio. También es mejor guardar silencio respecto a Foulness. No era un campamento militar secreto en 1813; lo es ahora.

Así que Sharpe y Harper están de nuevo en el Ejército. Ellos, como muchos otros oficiales y hombres de ese Ejército, llevan a sus mujeres consigo, y, por fin, han conseguido abrir una brecha en las defensas de Francia. Wellington fue el primer general extranjero que invadió Francia desde el principio de la Revolución, veinte años antes. En aquel invierno de 1813, existía la sensación de que Napoleón haría pronto un llamamiento de paz: le atacaban en el norte y su amada Francia se veía invadida por el sur. Pero todavía quedan batallas por librar y campañas que ganar, así que Sharpe y Harper volverán a marchar.